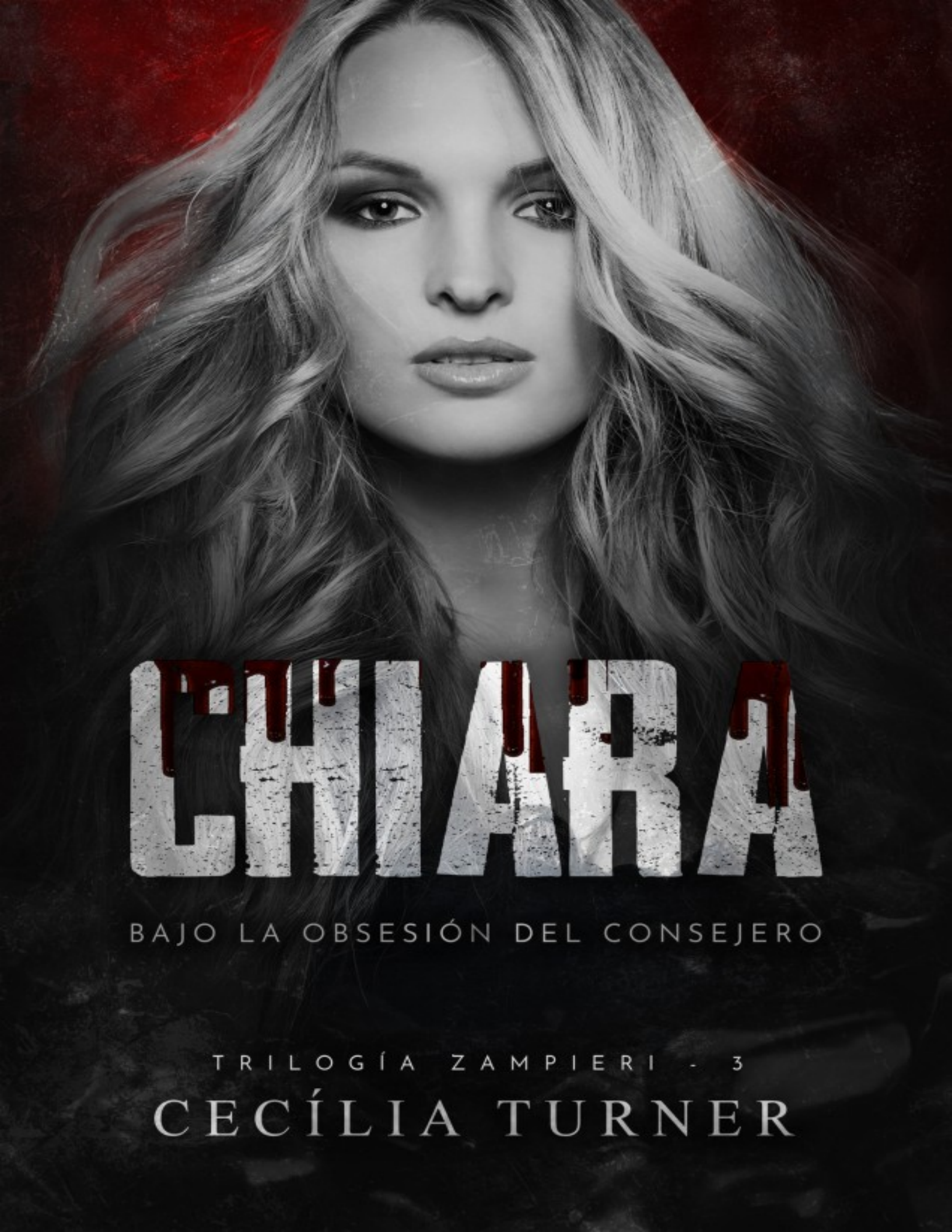

CHIARA
BAJO LA OBSESIÓN DEL CONSEJERO
TRILOGÍA ZAMPIERI - 3
CECÍLIA TURNER

L'HIARA

BAJO LA OBSESIÓN DEL CONSEJERO

TRILOGÍA ZAMPIERI - 3

CECÍLIA TURNER

/

1ª edición

2026

Derechos de autor © 2026 Cecilia Turner
Reseña: Barbara Pinheiro
Diseño de portada: Lilly Desiggn @lillydesiggn
Diseño: Cecília Turner
Consultoría: Ariel @arielassessoria

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con nombres, fechas y eventos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, tangible o intangible, sin el consentimiento escrito del autor.
Creado en Brasil.
La violación de derechos de autor es un delito previsto en la Ley nº 9.610/98 y penado por el artículo 184 del Código Penal.

DEDICATORIA



Para ti, que vienes alentando a esta pareja desde Matteo. Que sabes que todo aquel odio y todas aquellas peleas solo podían significar algo mayor…
A los amores que incluso podemos intentar disfrazar y esconder, pero que la vida se las arregla para restregárnoslos en la cara.

Este libro es para ti.
Disfruta con Chiara Zampieri.

SINOPSIS



"Afortunado será tu futuro marido. Además de tener como esposa a una mujer bellísima y despierta, se asegurará su lugar en el cielo, porque solo un santo podría aguantarte, figlia mia". — Giuseppe Zampieri.

Chiara Zampieri es la hermanita del Don y del Subjefe de la Sacra Siena Organizzata.

La princesita de la mafia.

Creció bajo una cúpula de protección, sabiendo que su papel sería uno solo: conseguir un buen matrimonio y tener herederos.

Había aceptado su destino, pero no contaba con que su corazón traicionero se acelerara cada vez que se cruzaba con él… el consigliere de la mafia, el mejor amigo de sus hermanos.

Lucca Salvatore es el consejero de la mafia de Siena, el brazo derecho del Don de la organización; pero nadie sabe que, detrás de su actitud bromista, hay mucho oculto.

Nunca fue amado por su padre. Una carga, el recordatorio constante de lo que le arrebató.

Fue acogido por los Zampieri y encontró allí mucho más que amistad: encontró la "familia" que nunca tuvo. Por eso, aunque todo en él grite por reclamar a la princesita de la mafia como suya, se resiste.

La niñita que vio nacer, crecer y transformarse en una mujer por la que todos harían fila para tener una oportunidad…

Todos, menos él.

No importa que ella sea su mayor y única obsesión.

Chiara Zampieri merece a alguien mejor, alguien suficiente… alguien que no es él.

Ella cree que él no la soporta.

Él cree que no es digno de ella.

Él es todo lo que ella quiere…

Ella es su obsesión.

Un compromiso falso los acercará.

¿Lograrán mantener las máscaras de indiferencia o lo que sienten el uno por el otro finalmente saldrá a la luz?



Este es el libro 3 de la trilogía ZAMPIERI y se desarrolla en el universo de la mafia.

NO es un dark romance, sino un romance hot ambientado en la mafia. Si esperas encontrar escenas de abuso extremo o detalles operativos de la mafia, te recomiendo que te detengas ahora.

El foco aquí es la pareja y el desarrollo de su relación; por supuesto, con un toque de acción y misterio.

Este libro contiene escenas de duelo, abuso verbal, violencia, tortura, uso habitual de palabrotas y sexo explícito. No recomendado para menores de 18 años.

Destaco que la historia fue escrita a partir de mucha investigación sobre la mafia italiana; sin embargo, opté por crear mi propia mafia, con sede en la provincia de Siena, región de la Toscana – Italia.

Si aun así continúas aquí, espero que te diviertas tanto como yo me divertí escribiendo.

Un gran beso, Cecília.

LISTA DE CANCIONES

Como siempre, muchas canciones acompañaron esta historia…
Y algunos encajan perfectamente… ¡AMO!!
¿Tienes curiosidad?
Abre Spotify en tu teléfono, haz clic en "buscar" y luego en la cámara.
¡Simplemente colócalo sobre el código a continuación y disfruta!

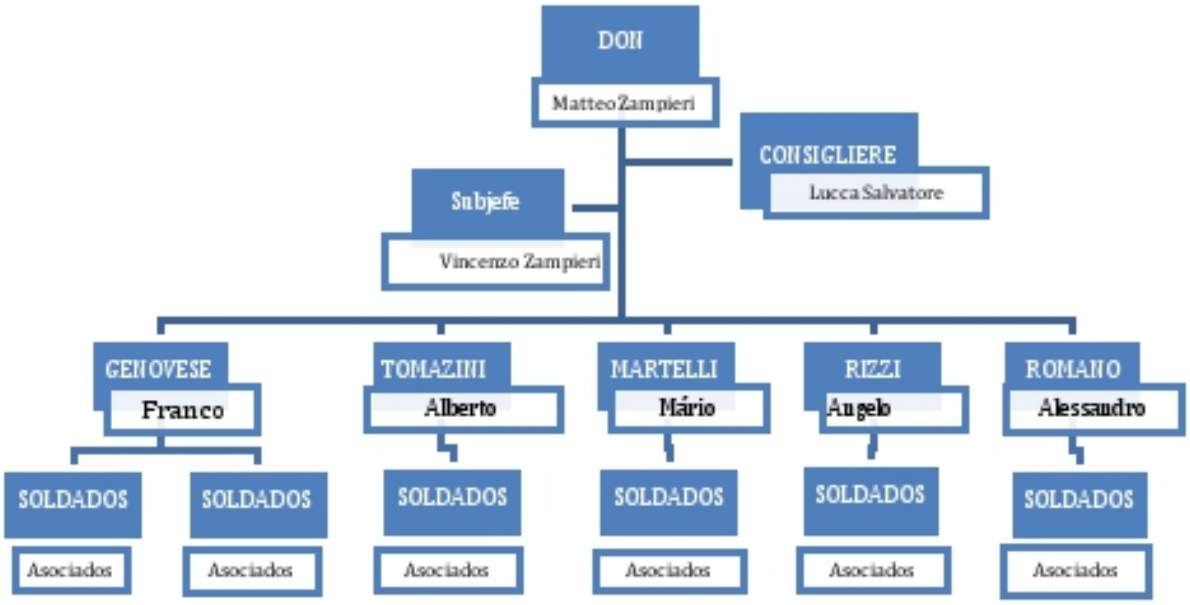


JERARQUÍA

Sacra Siena Organizzata

- **Sacra:** proviene de "sagrada", porque cuando un nuevo miembro se afilia a la organización, es "bautizado" o "consagrado" en una ceremonia religiosa que termina con un ritual de iniciación, en el que cada miembro jura lealtad a la organización y mata a un traidor.
- **Siena:** provincia donde hace décadas se creó la organización y se reunieron las familias. Es la sede donde reside "il capo dei capi", el capo de los capos, en este caso, el Don de la Famiglia Zampieri.
- Organizzata: solo con organización y consenso de intereses y valores se logran la unión y la fuerza. Cada parte de la organización es esencial para el funcionamiento de la *famiglia*, como cada engranaje de un motor.

La SSO está dividida en seis familias autónomas en su propia área, pero están obligadas a respetar los intereses comunes de todas y a entregar parte de las ganancias al Don de la Famiglia Zampieri.



Los capos de cada provincia se reúnen anualmente en un consejo llamado "Sacro Consiglio", ocasión en la que se discuten temas de interés general de la organización y, notablemente, la elección y nombramiento del Don en caso de fallecimiento del anterior sin que haya dejado un heredero legítimo. Si existe un heredero, este será el sucesor legítimo en la administración de la SSO.

Dentro del consejo, la figura de mayor poder siempre es el Don; incluso si el consejo delibera en determinado sentido, la decisión final sobre el rumbo de los negocios de la *famiglia* siempre corresponde a él, al Don.

La economía de la SSO se basa principalmente en el comercio de drogas, fraude en contratos públicos y tráfico de armas. Las ganancias generadas por estas actividades criminales se reinvierten con frecuencia en empresas comerciales y legales, como constructoras, cadenas hoteleras, restaurantes, entre otras.

Está presente en toda América del Sur, con especial énfasis en operaciones en Brasil, Paraguay, Colombia y Bolivia.

- 7.000 millones de euros al año por tráfico de drogas.
- 2.500 millones de euros por delitos relacionados con el emprendimiento (contratos manipulados, lavado de dinero, etc.).
- 2.000 millones de euros por tráfico de armas.

- 362 millones de euros por usura.

TERRITORIO DE LA SSO

Mapa de las Provincias



Provincia de Massa Carrara y Lucca: *Resp. Capo Genovese.*

Provincia de Arezzo y Florencia: *Resp. Capo Tomazini.*

Provincia de Livorno y Grosseto: *Resp. Capo Martelli.*

Provincia de Pistoia y Prato: *Resp. Capo Rizzi.*

Provincia de Pisa e Ilhas del archipiélago toscano: *Resp. Capo Romano.*

Provincia de Siena está bajo el cuidado de la *Famiglia Zampieri.*



ÍNDICE

PRÓLOGO 1 LUCCA
PRÓLOGO 1 - CHIARA
PRÓLOGO 2 - LUCCA
PRÓLOGO 2 - CHIARA
CAPÍTULO 1 - CHIARA
CAPÍTULO 2 - LUCCA
CAPÍTULO 3 - CHIARA
CAPÍTULO 4 - LUCCA
CAPÍTULO 5 - CHIARA
CAPÍTULO 6 - LUCCA
CAPÍTULO 7 - CHIARA
CAPÍTULO 8 - LUCCA
CAPÍTULO 9 - CHIARA
CAPÍTULO 10 - LUCCA
CAPÍTULO 11 - CHIARA
CAPÍTULO 12 - LUCCA
CAPÍTULO 14 - LUCCA
CAPÍTULO 15 - CHIARA
CAPÍTULO 16 - LUCCA
CAPÍTULO 17 - CHIARA
CAPÍTULO 18 - LUCCA
CAPÍTULO 20 - LUCCA
CAPÍTULO 21 - CHIARA
CAPÍTULO 22 - LUCCA

CAPÍTULO 23 - CHIARA
CAPÍTULO 24 - LUCCA
CAPÍTULO 25 - CHIARA
CAPÍTULO 26 - LUCCA
CAPÍTULO 29 - CHIARA
CAPÍTULO 30 - LUCCA
CAPÍTULO 31 - CHIARA
CAPÍTULO 32 - LUCCA
CAPÍTULO 33 - CHIARA
CAPÍTULO 34 LUCCA
EPÍLOGO 1 - CHIARA
EPÍLOGO 2 - CHIARA
EPÍLOGO 3 - CHIARA

PRÓLOGO 1 LUCCA

Lucca



Perfect – Simple Plan
Welcome to my life – Simple Plan
Demons – Imagine Dragons

2008 – 18 años

Es solo un día más… como cualquier otro.

¿A quién le importa?

El soldado estaciona el auto frente a la mansión de los Zampieri; a mi lado, mi padre no dice ni una sola palabra.

Así fue durante todo el camino.

Silencio.

Las pocas palabras que salen de su boca siempre son para criticarme, así que no me escuchará quejarme.

—Dentro de dos horas partiremos —avisa, bajando del vehículo sin que yo tenga siquiera la oportunidad de responder.

—Ok —murmuro para mí mismo.

Dos horas son más que suficientes para entrenar un poco con Matteo y Enzo y ver si el plan de ir hasta aquella discoteca en

Florencia sigue en pie.

Espero que sí. Cuanto más tiempo pueda mantenerme lejos de casa, mejor.

Entro a la mansión y pareciera que no hay nadie.

Papá ya debe estar en el despacho con el *Don* Zampieri, y la *madrina* debe de estar ocupándose de algo en el jardín.

Me dirijo con prisa al gimnasio. No puedo desperdiciar ni un segundo. Estoy a punto de salir del comedor cuando la veo.

Chiara Zampieri.

La hermanita de mis amigos.

La princesita de la mafia.

Con siete años, la pequeña de largos cabellos rubios juega feliz con una de las innumerables muñecas que recibió dos días antes, en Navidad. Una cosa es segura: la niña siempre recibe muchísimos regalos y tiene una sonrisa contagiosa.

La saludo y estoy a punto de salir de su campo de visión cuando grita y corre hacia mí.

—Espera, Luc… espera. —Sonrío ante la forma cariñosa en que me llama. Solo ella lo hace así. Mi nombre ya es corto, pero por lo visto no lo suficiente para ella.

Yo tenía once años cuando la pequeña llegó.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Después de una sesión de entrenamiento con Giancarlo, Matteo me llevó hasta su habitación, toda en tonos rosados, con innumerables peluches distribuidos en los estantes y, en uno de los rincones, dentro de una cuna blanca, ella dormía… un ángel rubio.

"Esta es mi hermana", dijo, lleno de orgullo, presentando a la más nueva integrante de la familia Zampieri. Aquella que sería objeto de deseo de muchos hombres, algunos incluso con edad para ser su padre o su abuelo, lo que me parece repugnante, pero que, según mi padre, es la tradición.

"La mujer no elige con quién se va a casar, no son lo suficientemente inteligentes como para saber qué es lo que les conviene".

El otro día, escuché al *consigliere* hablando con el *Don* sobre celebrar un contrato de matrimonio, Chiara con el heredero de una

mafia enemiga, *un camino hacia la paz*, dijo Santino Salvatore.

Estoy entrenado para no tener miedo, pero aquel día lo tuve… *por ella.*

Incluso sabiendo que el matrimonio solo ocurriría cuando ella fuera mayor, no parecía justo negociar su vida como si fuera una mercancía. Claro que me quedé callado, yo sabía cuál era mi lugar.

Papá me lo recordaba todos los días.

Por suerte, el *Don* Zampieri no aceptó el consejo de mi padre.

Él es un buen padre, a diferencia del mío.

Aquel día me fui a dormir feliz.

—Luc… —Ella tira de mi camiseta, trayéndome de vuelta al presente.

—¿Qué pasa, *bambina*? —pregunto, agachándome frente a ella.

—¡Felicidades! —exclama, sorprendiéndome con un abrazo fuerte… tan fuerte y tan repentino que me desarma—. *Mamma* me dijo que hoy es tu cumpleaños, ¿habrá fiesta? —Arquea la ceja, mirándome con atención.

Una mezcla de tristeza me invade, pero la disfrazo.

Soy bueno en eso.

—No —respondo, forzando una sonrisa.

Ella no necesita saber que nunca la hay.

Mi padre nunca celebra mi cumpleaños.

¡Nunca!

Es una fecha para lamentar, dice, año tras año. Fue el día en que maté a mi madre. No hay regalos, ni pastel… nada.

Es su forma de recordarme lo que causé.

La Navidad es otra celebración inexistente; él dice que es la mayor estupidez, pero cuando estamos en casa de los Zampieri actúa distinto. Allí, en presencia del *Don* y de los demás *capos*, es otro hombre; allí celebra, solo para luego volver a la oscuridad que es nuestra propia casa.

Odio esta época del año.

—Eso es muy triste.

—Está bien. —Me encojo de hombros, intentando tranquilizarla.

—¡No lo está! —replica, sin dudar.

—¿No? —Arqueo la ceja, sorprendido.

—¡No! Tienes que tener pastel, regalos y dulces… —remarca la última palabra sonriendo.

—Está bien, Chi —revuelvo su cabello—, tengo que irme. —Me levanto y ella parece triste.

—Ok, Teo y Enzo ya están entrenando allí, yo también quería entrenar con ustedes —dice, y ahora entiendo su tristeza.

Debería ignorarla y simplemente ir al gimnasio, pero me descubro agachándome de nuevo frente a ella.

—Nosotros entrenamos para que tú no tengas que hacerlo. Nosotros te protegeremos. —Señalo su pecho.

Sus ojos brillan de felicidad, pero enseguida me observa con desconfianza.

—Aun así, creo que yo debería entrenar.

—¿Ah, sí? ¿Y puedo saber por qué?

—¿Quién te va a proteger a ti? —exclama, y maldita sea si no se me forma un nudo en la garganta.

—Yo…

Ni siquiera sé qué decir. Fuera de mis amigos, creo que nadie nunca se preocupó por mí.

Doña Eleonora aparece justo en ese momento.

—Lucca, querido.

—*Madrina.* —Me incorporo, saludándola con un gesto de cabeza.

—Ven aquí y dame un abrazo. —Extiende los brazos y me aprieta con fuerza—. ¡Dieciocho años! ¡No lo puedo creer! —exclama, sosteniendo mi rostro con tanto cariño que siento el conocido apretón en el pecho.

Cuando era niño, Doña Eleonora siempre se las arreglaba para hacerme un pastel. No sé si sabía que en casa no lo tenía, o si era porque siempre fue así… maravillosa.

Claro que mi padre se dio cuenta y, desde entonces, siempre tengo algún compromiso ese día o, incluso cuando no lo tengo, debo

permanecer en casa.

Es su forma de ponerme en mi lugar.

Como si lo necesitara…

Hoy, por lo que parece, se olvidó. Y, al final, creo que es un maldito motivo para celebrar.

Puede que no tenga pastel, pero estoy aquí… con las personas que me importan.



Estoy completamente sudado y dolorido; aun así, con una sonrisa en el rostro.

No importa la paliza que me dé el futuro *Don* de la Sacra, siempre es bueno entrenar con Matteo y Enzo.

La diversión está garantizada.

—¿Nos vemos más tarde en Florencia? —dice, al mismo tiempo que se quita los guantes de boxeo.

—Como si Lucca fuera a perder la oportunidad de conseguir algunas chicas. —Enzo, que solo abre la boca cuando le conviene, se manifiesta y no contengo la sonrisita lasciva.

—Me conoces demasiado bien. —Le guiño un ojo.

—Entonces tenemos un plan.

Asiento, quitándome mis propios guantes.

Matteo quiere visitar una de las discotecas, lo que significa *mujeres*, y obviamente no voy a oponerme.

Será bueno, un poco de diversión. No todos los días se cumplen dieciocho años. Y la mejor parte es que mi padre no podrá negarse a una petición del futuro *Don* en cuanto a mi presencia.

Mi día a su lado puede haber sido una mierda, pero la noche promete.

Me doy una ducha rápida y, diez minutos después, estoy listo.

Una mirada al reloj confirma que papá pronto debe de estar libre y listo para volver a Florencia.

Estoy a punto de llegar a la puerta de la sala cuando Chiara baja apresurada las escaleras.

—Luc… —me llama.

—Ey, cuidado, o te vas a lastimar.

—No puedes irte todavía.

—¿No?

—Ven… ven… —Agarra mi mano y me arrastra hacia la cocina.

—¿Qué pasa?

Ni siquiera intento discutir; acompaño a la rubiecita y, cuando entro, no logro disimular la sorpresa: hay un pastel de chocolate, todo decorado con confites.

—¡Es para ti! —dice, toda emocionada—. Yo ayudé a *mamma*… ¡felicidades!

—Me ayudó muchísimo —comenta Doña Eleonora, uniéndose a nosotros—. De hecho, no se fue de aquí hasta que lo hicimos juntas, ¿verdad, señorita?

—Disculpe la molestia, *madrina*.

—¡Nunca es una molestia, querido! Si fuera por mí, te haría un pastel todos los años, pero sé que tu padre es bastante difícil con eso. —Hace una mueca.

Permanezco en silencio. No digo nada, no me quejo.

Nunca lo hago.

—Gracias —susurro, después de unos segundos—. Gracias, *bambina* —digo, agachándome y mirándola a los ojos verdes.

—Vaya, vaya… pastel de chocolate, *mamma*. —Matteo se acerca con Enzo a su lado.

—¡Es de Lucca, no pueden comer! —replica Chiara, seria, haciendo que su hermano abra los ojos.

—¿No puedo? —provoca a la pequeña.

—Solo después de que él pida su deseo.

—No hace falta… —me apresuro a decir.

—Por favor, cariño —insiste la *madrina*, y una mirada a mis amigos me dice que no tengo escapatoria.

—Es la regla. —Matteo se encoge de hombros, apoyándose en la encimera.

Todos están allí mirándome.

Expectantes.

Y la principal es la rubiecita.

—Sé que odias el "Feliz cumpleaños", así que no vamos a cantar, pero sí habrá vela.

—¡Sí! ¡Sí! —Chiara se entusiasma a mi lado, aplaudiendo, y es imposible negarme.

Con ellos allí, mi familia, soplo la vela.

Deseando con todas mis fuerzas que algún día pueda tener la mía propia y sentirme tan feliz como me siento aquí con los Zampieri.

PRÓLOGO 1 - CHIARA



Photograph – Ed Sheeran
Complicated – Avril Lavigne

2016 – 15 años

Otro día más aquí, sentada, viendo a Lucca y a mis hermanos entrenar.

A todos los efectos, estoy aquí por Teo y Enzo, pero si soy sincera conmigo misma, admitiré que es solo él quien me interesa.

Solo él…

No podría importarme menos que mis hermanos entrenen o bailen en el gimnasio; estoy aquí para conseguir cualquier migaja de su atención.

Cualquier cosa.

Por pequeña que sea… del mejor amigo de mis hermanos, que ni siquiera tiene idea de que existo.

No seas ridícula. Él lo sabe; lo que pasa es que solo eres la hermanita. ¿Qué esperabas? ¡Tiene veintiséis años! Te vio nacer y, detalle no menor, podría estar casado y lleno de hijos.

Lo que no faltan son pretendientes, como ya me cansé de oír a las mujeres comentar en la cocina.

¡No!

La rabia hierve dentro de mí con solo pensarlo.

De ninguna manera, no para mi Lucca.

Él es mío… ¡él será mío!, me corrijo, negándome a pensar en cualquier otro escenario que no sea ese, y simplemente sigo ahí, babeando, observando su cuerpo musculoso moverse, esquivar los golpes, las gotitas de sudor deslizarse por su pecho; pero lo que más amo, además de su mirada, es su sonrisa y los hoyuelos que tiene.

Soy una tonta, lo sé, pero no puedo resistirme.

Puede que no salga mucho de casa ni vaya a tantas fiestas como las chicas de mi edad, pero aquí, en la mansión, tengo a Lucca Salvatore, en carne, hueso y pura tentación, solo para mí. ¿De qué podría quejarme? Y más aún cuando el infeliz es una presencia constante.

No es que las cosas estén en el mejor clima entre nosotros.

¡No, señor!

Lucca y yo siempre fuimos cercanos, dentro de los límites esperables, ya que él es amigo de mis hermanos y no mío. En la práctica, ni siquiera tendríamos mucho de qué hablar y, sinceramente, estar cerca de él me deja de una forma en la que pierdo hasta el rumbo, pero hasta hace dos años todo era normal.

Él se burlaba de mí, yo me burlaba de él… incluso me enseñó a disparar, a escondidas, después de mucha insistencia, claro, y yo juré por lo más sagrado que no se lo contaría a nadie, y no lo hice.

Era divertido.

Lucca es gracioso.

Siempre me hizo reír… hasta el momento en que empezó a acelerar mi corazón… hasta el momento en que todo cambió.

Ya no soy la niñita que él y mis hermanos insisten en ver.

Dios, tengo quince años.

A mi edad, muchas chicas ya se besaron… yo, en cambio, ni pensarlo.

Tengo que permanecer intacta para mi futuro marido, mientras mis hermanos disfrutan la vida sin límites.

¡Qué rabia!

Pero volviendo a Lucca, el hecho es que ahora ya no puedo divertirme con él, no como antes.

Eso se terminó.

Cada vez que cruzo media docena de palabras con Lucca Salvatore, el noventa por ciento son burlas.

No puedo evitarlo.

Me irrita que me vea como una bebé. Que no vea lo que tiene justo delante de los ojos. Al final, creo que es casi un mecanismo de defensa mío. Es eso, o todos se darían cuenta de lo enamorada que estoy… *de él.*

Algo que está completamente fuera de discusión.

Al igual que mis hermanos, fui criada para servir a la Sacra, lo que significa honrar nuestras tradiciones.

Sé lo que se espera de mí.

Lo acepto.

Acepto que en el futuro tendré que casarme… con un hombre de la organización elegido por papá o por mi hermano, en caso de que Matteo ya sea el *Don* para entonces, y todo indica que así será, ya que está asumiendo muchos asuntos que antes eran tratados exclusivamente por nuestro padre; pero si pudiera pedirle algo al universo… solo una cosa…

Ah, sería que fuera él… *mi marido.*

Solo él.

En mi corazón y en mis sueños, hago eso: honro a la *famiglia* formando una familia con él, *Lucca Salvatore.*

Una leve tos me saca de mis ensoñaciones.

—Ahí estás, querida. —*Mamma* se acerca con una sonrisa en el rostro y, al ver quién está con ella, me obligo a corresponderle.

No lo puedo creer.

Me olvidé por completo de que hoy tendríamos visita de los Rizzi.

Junto a mi madre está la esposa del *capo* de Pistoia y su hija mayor, Arianna, que es algunos años mayor que yo, dos o tres, no lo sé con certeza.

Solo sé que no me gusta.

—Buenas tardes, señora Rizzi, Arianna —saludo, recordando mis innumerables clases de etiqueta—. Perdón, *mamma*, me distraje mirando a Teo…

Ajá… ni siquiera me arde la cara.

—No hay problema, *figlia mia*, Arianna está aquí. ¿Qué te parece llevarla a recorrer la propiedad?

—Cla… —empiezo a responder, pero ni siquiera alcanzo a terminar la frase; ella es rápida.

—No hace falta, aquí estoy perfecta —replica, y sé exactamente el motivo de su respuesta apresurada.

—De acuerdo, entonces, diviértanse.

Nuestras madres se alejan y ahí me quedo yo, en compañía de alguien con quien no tengo la menor confianza.

Nos vimos pocas veces, en dos o tres ocasiones, y en todas ellas Arianna estaba más preocupada por quedarse mirando a mi hermano que por mantener una conversación conmigo.

Bueno, al diablo, no me importa en absoluto.

Simplemente no la quería aquí.

Los entrenamientos son mi momento, pero, si me sirve de consuelo, al menos parece más interesada en mi hermano.

Juro que, si la pescara mirando a Lucca, sería capaz de sacarle los ojos.

La chica dice algo a mi lado, que no entiendo.

—¿Qué? Perdón, estaba distraída. —Sonrío con torpeza.

—¿Y quién podría culparte? ¡Es imposible no distraerse aquí! ¡La vista es tan maravillosa! —exclama, abanicándose mientras se echa el cabello hacia un lado.

¿Pero qué le pasa? ¿Tiene un espasmo muscular?

—No entendí —finjo no comprender, y ella esboza una sonrisita extraña.

—Creo que voy a tener que venir más seguido a acompañar a papá —suelta, y casi me atraganto con mi propia saliva.

—¿Qué? Créeme, no hay mucho para hacer por aquí —digo, después de respirar hondo.

—Discrepo totalmente. Yo vendría aquí solo por este paisaje. —No aparta la mirada de mi hermano.

Es hasta incómodo.

Carraspeo, a ver si la chica se da cuenta, pero es inútil.

—Mira a ese Lucca… —exclama.

—¿Qué? —casi grito.

—Relájate, puedes quedártelo —responde, sin siquiera mirarme.

¡Respira! No te desarmes.

—No estoy interesada —afirmo, con la voz más calmada que consigo.

Arianna me observa con desconfianza y siento que la mejilla me arde.

—Mejor así, estoy interesada en tu hermano, sí, pero no puedo negar que Salvatore está buenísimo.

Mis uñas en sus ojos, en eso es en lo que YO estoy interesada.

Inhala, exhala.

—No quiero desanimarte, pero a mis hermanos —ni siquiera menciono a Lucca, él está fuera de discusión— les gustan las mujeres mayores.

Ella sonríe, desafiante.

—Pronto cumpliré dieciocho años, y tu hermano necesitará una esposa y un heredero —señala, como si eso significara algo.

Controlo mi lengua.

Pero… ¿Arianna Rizzi con Matteo?

Dios, no quiero ni pensarlo.

—Entiendo —digo, pero en el fondo solo puedo pensar que no tiene ninguna posibilidad.

Ya los escuché hablando, a escondidas, claro.

Casarse está muy lejos de la lista de prioridades de Matteo y de todos, para ser sincera. Y Lucca, por suerte, no soporta ni escuchar esa palabra, lo cual me parece perfecto por ahora; así, puede esperarme.

—Matteo será mío —susurra, pero la escucho y hago un esfuerzo sobrehumano por no vomitar ahí mismo.

Pobrecita.

No tiene ni idea.

Matteo no aguantaría ni diez minutos a su lado.

Ella no lo sabe, pero si hay algo que nosotros, los Zampieri apreciamos, es la inteligencia y no solo una cara bonita.

—Qué pena que se terminó la diversión —murmura, y ni siquiera necesito girar la cabeza para saber que dejaron de entrenar.

¡Maldición!

Ni respondo. Miro en su dirección y, justo en ese momento, la mirada de Lucca se cruza con la mía y todo dentro de mí vibra.

Cálmate.

Empieza a caminar hacia mí, todo sudado, con esa maldita camiseta sin mangas dejando al descubierto sus brazos fuertes.

¿Cómo voy a calmarme?

—Buenas tardes, señorita Rizzi —saluda, inclinando la cabeza hacia Arianna, con una sonrisa demasiado simpática para mi gusto, y aprieto los puños.

Ciega de rabia, ni siquiera escucho lo que ella dice.

Mejor así, no quiero matarla.

—*Bambina*… —susurra, acercándose a mí.

—Ya te dije que no me llames así. ¿Matteo te golpeó tanto que ya no escuchas? —replico, afilada, y él suelta una carcajada sonora.

—Veo que despertaste de mal humor, como siempre.

—Estaba bien hasta que te acercaste —respondo, y él me revuelve el cabello; sí, me revuelve el cabello, como si yo fuera una niñita—. Vete a la mierda, Lucca. —Me aparto de su contacto, fulminándolo con la mirada.

—Qué boca tan sucia.

—¿No tienes a nadie más a quien fastidiar? ¿En serio?

—Solo a ti… solo a ti…

Resoplo y le doy la espalda.

—Vamos, Arianna —la llamo, pero la chica ni parpadea. Está mirando fijamente hacia donde están Matteo y Enzo, conversando.

Mejor así; al menos no estaba prestándome atención a mí ni al imbécil que tengo al lado.

Dios, ¿cómo puedo gustar de él y al mismo tiempo querer golpearlo?

Esto no es normal.

Respiro hondo, ignorando el hecho de que él sigue allí, divirtiéndose con la situación.

—Tierra a Arianna. —Chasqueo los dedos frente a su rostro.

—Hola… —vuelve a mirarme.

—Vamos. Necesito mostrarte algo —digo de una manera que no le deja opción.

—¿En serio?

—En serio —insisto—. Bien *lejos* de aquí —remarco el "lejos", y escucho su risita detrás de mí.

—Hasta luego, señorita Rizzi —se despide Lucca, todo educado—. *Bambina* —empieza, y ni siquiera lo dejo terminar; sin mirar atrás, solo levanto el dedo medio y sigo caminando, no sin escuchar su encantadora risa.

¡Maldita sea!

Hasta eso es bueno en él…

Me muerdo los labios, conteniendo mi propia sonrisa.

Como decía, Lucca Salvatore y yo tenemos una sola certeza: el 90% de las veces habrá peleas, pero no cambiaría eso por nada.

PRÓLOGO 2 - LUCCA

Lucca



Demons – Imagine Dragons

2019 – 28 años

Hoy debería ser un día de celebración.

La *bambina* está cumpliendo dieciocho años.

¿Dieciocho, puedes creerlo?

Parece que fue ayer cuando la vi en aquella cuna blanca.

Chiara creció, y la dulce niñita se transformó en una chica de carácter fuerte, que no tiene miedo de decir lo que piensa, terca como sus hermanos… quizá yo también sea un poco así.

Siempre fuimos cercanos, a pesar de los más de diez años de diferencia.

Es casi como la hermanita que nunca tuve. Excepto que, en los últimos años, parece decidida a sacarme de quicio…

Por cada palabra que sale de mi boca, ella ya viene armada con una respuesta maleducada.

Atrevida como la mierda.

Pero es como dicen, no son adolescentes, son *aborrecentes.*

Si me escucha decir eso, me saca los ojos o me pone pimienta en la bebida.

Todo debería girar en torno a ella.

Una fiesta enorme, digna de la princesita, pero el ambiente en la mansión de los Zampieri no podría estar peor.

Don Zampieri sufrió un ACV meses atrás y, desde entonces, ha estado luchando con las secuelas.

Matteo, que ya había asumido buena parte de las actividades, continúa al frente con el apoyo parcial de su padre.

El hombre es un luchador y, aun con las dificultades, intenta participar del día a día de la organización.

Mi padre tampoco anda muy bien de salud, pero en su caso creo que es más bien el karma y, sinceramente, no me importa en absoluto.

El día que se vaya al infierno será un día para celebrar, si me preguntan.

Casi no nos hablamos.

En todos estos años, pocas cosas cambiaron. Excepto una: me cansé de preocuparme y de buscar algún tipo de aprobación en su mirada. Y aprendí a aceptar lo que tenemos y lo que no tenemos.

Nunca voy a tener su amor.

Soy solo su sucesor, el próximo *consigliere* de la Sacra Siena.

Para eso estoy vivo.

Para eso me crió, cuando en realidad deseaba que yo hubiera muerto poco después de nacer.

En fin, hoy el día es de ella.

Entro en la mansión y la primera persona que veo es a la *madrina*, hermosa con un vestido elegante.

—Lucca, querido. Qué bueno que viniste.

—No me perdería esto por nada.

—Ah, basta, es solo una cena en *famiglia* —dice, tomando mi rostro entre sus manos con cariño—. Incluso quería una fiesta enorme, invitar a todos los *capos*, celebrar los dieciocho años de mi niña, pero todos coincidimos en que no es el momento.

—¿Incluso Chiara? —pregunto, pensando en cómo habrá reaccionado la *bambina* al no tener una gran fiesta.

—Ella fue la primera en decir que no quería nada —responde, sin ocultar la emoción.

Maldición...

—Estoy seguro de que pronto haremos muchas fiestas, celebrando la recuperación del *Don*.

—Amén, querido. Que Dios te oiga. ¿Y tu padre?

—No pudo venir —miento. La verdad es que no le interesa en lo más mínimo y, con la enfermedad del *Don*, no está muy dispuesto a socializar. Creo que en el fondo sabe que Matteo, el futuro *Don*, no tiene el menor interés en su presencia.

Si me preguntan, mejor así.

—Bueno, qué bueno que te tenemos a ti —dice, dándome una palmada en el rostro.

—¿Y la cumpleañera? —pregunto, pensando que tengo que entregarle su regalo, del que no tengo la menor idea si le gustará; es difícil agradar a la rubia.

—Ya baja.

—En ese caso… —empiezo, y ni siquiera necesito terminar la frase.

—Ellos están en el despacho, ve allí, querido. En breve se servirá la cena.

Golpeo suavemente la puerta y la empujo, encontrando a Matteo y a Enzo sentados, cada uno con su vaso de whisky.

—Veo que ya empezaron temprano. —Alzo una ceja.

—Solo estamos bebiendo para leer estos informes de mierda —gruñe Matteo, arrojando los papeles sobre la mesa.

—¿Qué pasó?

—Lo de siempre, algunos *capos* insistiendo en no enfocarse en el soborno dentro de los contratos, como indiqué en la última reunión.

—Ya sé de quién estás hablando.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Enzo, directo como siempre.

—Por ahora, nada. Tengo problemas más críticos que resolver. Papá…

—Déjame a mí encargarme de esas mierdas, les voy a recordar lo que se habló, con tacto… —Guiño un ojo.

Mi amigo me pasa la documentación y, como imaginaba, son ese bastardo del *capo* Genovese y el imbécil de Ferrara, siempre

queriendo hacerse los listos.

—Hazles llegar el mensaje. No quería decir esto, pero tengo que ser racional. Las posibilidades de que papá continúe al frente de la *famiglia* son bajas; su prioridad es la salud.

—Ya todos esperan que tú asumas —destaco, y Enzo permanece en silencio—. Una razón más para que se ubiquen.

—Aun así, tendremos cierta resistencia. —Mueve el líquido ámbar en el vaso, con la mirada perdida—. Esos hijos de puta están a punto de descubrir que no es una opción meterse conmigo.

Enzo sonríe, seguramente ya entusiasmado con la idea de matar a alguien. De los tres, es el más sanguinario. Si dependiera de él, se quedaría todo el día metido detrás de sus computadoras o en el sótano de Chiusure, su parque de diversiones; aun así, aunque no lo quiera, es un excelente administrador, sobre todo con las rutinas aquí en Siena.

No tengo ninguna duda.

Cuando la organización lo necesite, cuando Matteo asuma su puesto por derecho, Enzo y yo estaremos a su lado.

Y, carajo, no podría estar más orgulloso.

Para esto me preparé toda la vida.

Para ser el puto *consigliere*, no un inútil como mi padre; uno que esté preparado para llevar a la Sacra más allá de los pensamientos retrógrados arraigados en él.

Si hay algo que Matteo y yo tenemos en común es la idea de que es mejor un buen acuerdo que una guerra, pero que no haya engaños: si tenemos que derramar sangre, estamos más que preparados para eso.

—Seguro que podremos resolver esto sin involucrar a Chiusure, ¿entendido, Enzo?

—Aguafiestas.

—Estás completamente loco —respondo, él sonríe y el ambiente se aligera.

¡Cómo amo a estos dos!

Familia, carajo.

—Basta de trabajo, hoy hay que celebrar el cumpleaños de la *sorellina* —anuncia Matteo, poniéndose de pie.

—No sé si tu hermanita se alegrará de verme aquí —*digo*, y el muy desgraciado sonríe.

—Claro que sí, no te soporta —aprieta mi hombro, divirtiéndose con la situación—, pero sabe que eres de la familia.

—Además, siempre es un placer ver a Chiara queriendo sacarte los ojos —completa Enzo, y solo le muestro el dedo medio.

—Qué gran amigo eres, hijo de puta.

—Ey, tú conoces a la *mamma*.

—¡Vamos ya! —Matteo corta el tema, aunque sé que se está divirtiendo.

Salimos del despacho y el aroma en el comedor es divino.

Todo ya está organizado, la mesa puesta, y veo sentado en la cabecera al *Don*, con su esposa a su lado.

Me apresuro a saludarlo.

—*Don* Zampieri. —Asiento con la cabeza, pero él extiende la mano con dificultad.

Sujeto su palma y, sin apartar su mirada de la mía, asiente.

—Lucca… Salvatore. —Su habla es arrastrada, lenta, pero sonrío al ver que recuerda quién soy.

Eso es importante.

Además de las dificultades motoras, el líder de la Sacra ha estado enfrentando problemas de memoria y comprensión, como me confió Matteo, pero se ha dedicado con empeño a sus sesiones de fisioterapia, con la esperanza de que pronto todo esto quede atrás.

Un murmullo a nuestras espaldas atrae mi atención, y solo puedo imaginar que se trata de la cumpleañera llegando. Me giro y la sensación es como recibir un golpe en el estómago.

Por unos segundos, todo parece detenerse y agradezco que la atención de todos esté en lo alto de la escalera, donde aparece Chiara Zampieri, absolutamente deslumbrante en un vestido rojo sangre, que marca su cintura y termina un poco por encima de las rodillas.

Delicado y atrevido, como su dueña.

No entiendo nada de moda, solo sé una cosa: ya no es una niñita.

De ninguna manera.

Mi pene se agita y me esfuerzo para no exhibir una erección monstruosa ahí mismo.

¿Qué carajo está pasando?

¡Es Chiara, carajo! La hermanita de Matteo, la niña que vi nacer, crecer y que se convirtió en una mujer impresionante frente a mis ojos.

¿Cuándo pasó esto? ¡No importa!

Solo necesito calmar la mierda que llevo dentro y olvidar que esto siquiera ocurrió. Olvidar lo que imaginé al verla sonreír, al notar sus pechos pequeños marcados bajo la tela, las piernas hermosas expuestas en un vestido que debería llegar hasta la maldita punta de los pies.

¡Mierda!

¡Respira, carajo!

Aprieto los dientes y desvío la mirada.

Me siento un maldito enfermo y, si pudiera, me lavaría los ojos con ácido, con la esperanza de borrar las imágenes que laten en mi mente, pero sé que ni siquiera así… serviría de algo.

Estoy perdido, eso es lo único que sé.

Escucho a todos saludándola y sé que tengo que moverme.

Es lo esperado.

—Lucca —me llama Matteo y mi mirada se cruza con la suya.

Mi corazón se acelera en el pecho y siento las manos sudadas. Parece que regresé a la adolescencia y voy a matar a mi primer hombre, pero no… solo estoy frente a mi mejor amigo, mi futuro *Don*, deseando a su hermanita.

Cielos, me matarían si supieran esto. No quedaría nada de mí. Ni siquiera para los cerdos de Chiusure.

Chiara está al lado de su hermano y me mira, con las mejillas levemente sonrojadas.

Hermosa…

Es la princesita de la mafia, y lo único que puedo pensar es que la quiero para mí.

Obligo a mis piernas a moverse y me acerco, mi mirada encontrándose con la suya, y ahí lo pierdo todo de una vez.

Ahí, en sus ojos azules que parecen ver a través de mí.

—*Bambina* —susurro, y ella pone los ojos en blanco.

Ah, si supieras que ya no te veo como una niñita. Ya no, aunque no debería.

—Me rindo —responde, con la sombra de una sonrisa en su rostro angelical—. No voy a pelear contigo, Lucca, no hoy.

Sonrío.

—Siempre hay un mañana. —Guiño un ojo y agradezco poder articular media docena de palabras.

—Vamos a cenar —llama Doña Eleonora, dando palmadas animadas—. Vamos, familia hermosa.

Sus palabras me hacen sentir aún más sucio.

Como si estuviera traicionando toda la confianza que los Zampieri depositaron en mí durante todos estos años.

—Ya voy, *mamma*. —Escucho su voz y veo cuando la rubia comienza a alejarse.

—Chiara —la llamo y ella se detiene, girando el rostro hacia mí.

—Lucca… —Su voz es casi un susurro, mirándome con expectativa.

—Tu regalo. —Saco la pequeña caja del bolsillo y la extiendo hacia ella.

Su mirada va del envoltorio a mí, y sé que la sorprendí.

—Yo… —hace una pausa, acercándose— … no hacía falta.

—Claro que hacía falta… una niñita de siete años una vez me dijo —empiezo, dejando que los recuerdos me inunden— que un cumpleaños tiene que tener pastel, regalos y dulces —digo, y ella abre los ojos—. Tu *mamma* ya se encargó del pastel y los dulces, así que es justo que tengas mi regalo.

—Lucca…

—Espero que te guste; si no, puedes ir a cambiarlo.

Con las manos temblorosas, desenvuelve el regalo y, en pocos minutos, la pequeña caja de terciopelo negro queda abierta frente a nosotros; dentro, un collar de platino con un colgante de medallón calado y un cristal en el centro.

—Dios mío… —balbucea, y todo en mí vibra.

Le gustó.

—No me gustó… yo… —Alza el rostro, sus ojos encontrándose con los míos—. ¡Me encantó! Gracias, Lucca. —Se acerca y besa mi mejilla.

Un gesto normal, pero, en ese momento, solo consigue que me sienta de la peor manera.

—Lo voy a usar siempre —exclama, pasando el dedo índice por la pieza—. Siempre que me irrites, voy a mirar el collar y recordar que de vez en cuando —enfatiza, haciendo una mueca— no eres tan insoportable, futuro *consigliere* —bromea, sabiendo que muy pronto esa será mi nueva posición en la organización.

—Entonces creo que estamos a mano —respondo, y ella arquea la ceja, curiosa—. Porque yo siempre recuerdo a la pequeña rubia que insistió para que su madre me hiciera un pastel de chocolate y que, hasta hoy, sigue haciéndolo, año tras año, incluso cuando todo indica que quiere matarme en cada uno de nuestros encuentros.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Está bien —susurra.

—Vamos a la mesa, antes de que tu hermano venga a rescatarte, *bambina* —murmuro, guiñándole un ojo.

—Vamos —responde sonriendo, y empezamos a caminar hacia la mesa, donde todos ya están sentados, esperándonos—. Lucca —me llama, y giro el rostro hacia ella—. Si de mí depende, siempre tendrás un pastel en tu cumpleaños… siempre.

¡Carajo!

Observo a Chiara alejarse para sentarse al lado de su madre, mientras yo me acomodo junto a Enzo.

Matteo se levanta y comienza a hablar sobre la importancia de la familia, de celebrar cada día de vida, de las bendiciones que recibimos, y ahí, reunido con los Zampieri, con la familia que siempre me acogió, solo puedo pensar que estoy traicionando a todos, porque algo me dice que Chiara Zampieri no va a salir de mi mente…

Nunca más.

PRÓLOGO 2 - CHIARA

Clara



[…If I could say what I want to say
Si pudiera decir lo que quiero decir
I'd say I want to blow you away
Yo diría que quiero dejarte boquiabierto
Be with you every night
Estar contigo todas las noches
Am I squeezing you too tight?
¿Te estoy apretando demasiado fuerte
If I could say what I want to see
Si pudiera decir lo que quiero ver
I want to see you go down
Quiero verte caer
On one knee
De rodillas
Marry me today
Cásate conmigo hoy
Yes, I'm wishing my life away
Sí, estoy deseando que mi vida desaparezca.
With these things I'll never say
Con estas cosas nunca diré

Extracto de Things I'll never say – Avril Lavigne
Keep holding on – Avril Lavigne

Julio de 2024 – 22 años

Si alguien me hubiera dicho, a comienzos de año, que vería a mi hermano mayor en cuatro patas y a punto de ladrar, habría dicho: ajá… cuéntame otro chiste; pero eso realmente pasó.

Giulia Tomazini.

La brasileña que irrumpió en nuestras vidas como un huracán y que está cambiándolo todo por aquí, sobre todo el humor de Teo.

Aun con todo lo que está pasando y las preocupaciones con la Sacra, lo veo sonreír más, y el motivo es uno solo: ella.

¿Cómo podría alguien resistirse?

La mujer es increíble y conquistó a todos en casa.

Y, créanlo o no, tenemos prácticamente la misma edad.

¿Se puede creer?

Son solo meses de diferencia.

Giu (ya le puse apodo, porque soy así: cuando me gusta alguien, me gusta de verdad) es de mayo, mientras que yo soy de septiembre, y nuestra conexión fue inmediata.

Es bueno tener a alguien con quien hablar, y las últimas semanas han sido así. Diversión en la piscina, volviendo loco de celos a Matteo, sin que se preocupe siquiera por disimular; muchas clases improvisadas de italiano y portugués; y ahora, la mejor parte: ¡nos vamos a La Spiaggia!

Ni recuerdo la última vez que salí.

No sé, creo que fue en mi cumpleaños número veinte, ¿tal vez? *Papa* ya había fallecido y Teo intentó animarme un poco.

Al final, fue un fiasco. Pero eso ya quedó atrás. Hoy tengo a Giulia a mi lado y la noche promete.

Estamos guapísimas y estoy decidida a no dejar que las bromitas y el mal humor de Lucca me afecten.

Todavía no puedo creer que se haya quejado de mi ropa.

¿En serio?

Justo hoy, que estoy súper recatada con una falda larga y un top corto negro.

"No creas que no vi la maldita abertura, bambina".

Sus palabras se repiten en mi cabeza, mientras la camioneta acelera por la autopista.

Claro que no me quedé callada.

No puedo.

Le respondí que esa era justamente la idea, que los demás miraran, y lo vi apretar los puños, furioso.

¡ME ENCANTA!

Giulia diría que son celos, que ve algo donde no lo hay.

Yo ya lo sé mejor.

Él solo es protector, queriendo tratarme igual que Teo o Enzo lo harían, o, a veces, incluso peor.

Lucca Salvatore es mi infierno personal.

Respiro hondo, mirándolo de reojo, y pienso que, si al menos me viera, si realmente me viera…

Dios, cuánto lo deseo.

Concéntrate, Chiara. Nada de soñar despierta hoy. ¡Vamos a divertirnos!

¡Muchísimo!

El vehículo se estaciona y ya sé lo que nos espera.

Control perimetral, todo ese bla, bla, bla de seguridad, y agradezco cuando, minutos después, Lucca avisa que todo está en orden.

—Perímetro seguro. Todo listo para nosotros —informa.

—¿Ferrara? —pregunta mi hermano, con el rostro convertido en una máscara de frialdad.

—En la oficina, y sorprendido por nuestra visita.

—Mejor, imposible —responde Teo, y sé que se está divirtiendo con la situación. Odia a los Ferrara.

—¿Subimos directo? —pregunta Lucca.

—No. Que el cabrón espere un poco.

El *consigliere* asiente y revisa su pistola antes de volver a guardarla bajo el saco. Y, en ese momento, lo único que puedo hacer es admirar la forma en que sus músculos se marcan bajo la camisa.

Por el amor de Dios, Chiara. Menos, o Teo se va a dar cuenta.

—¿Hay algún peligro? —pregunta Giu, seguramente extrañada al verlos manipulando las armas.

—Solo para quien se atreva a cruzarse en nuestro camino —responde mi hermano con una naturalidad envidiable. De eso se trata. Te cruzas en nuestro camino, recibes una bala—. Tranquila, *ragazza*. Estamos en nuestro territorio. Solo alguien con ganas de morir intentaría algo aquí.

—¡Vamos a divertirnos! —grito, dando palmadas animadas, pero en el fondo solo quiero ayudar a Giu a relajarse un poco, y cambiar de tema es la mejor salida.

—No tan rápido —dice Matteo—. Las quiero a las dos en la zona VIP.

Era demasiado bueno para ser verdad.

—¿Qué? Ahí es aburrido —refunfuño, pero me ignoran y ya sé que no sirve de nada insistir.

Esto es suficiente para una noche normal.

Lucca me ayuda a bajar y sé que está loco por hacer algún comentario, pero lo ignoro y empiezo a caminar hacia la entrada, con algunos soldados protegiéndonos mientras avanzamos.

Matteo y Giulia vienen más atrás y sé que mi amiga está bien acompañada. Mi hermano es gruñón, pero la brasileña lo tiene en la palma de la mano, solo que todavía no lo sabe.

Apenas entramos, no puedo contener la sonrisa.

Soy hogareña, creo que es consecuencia de vivir encerrada allá, pero tengo que admitir que salir de vez en cuando es agradable.

Dejo que el ritmo de la música electrónica me invada.

¡Está bueno! ¡Muy bueno!

Los soldados siguen abriendo paso hasta que llegamos a una puerta de vidrio polarizado: la entrada al entrepiso.

Lucca se acerca al escáner de retina y, en segundos, se autoriza nuestro acceso.

—¡Guau, creo que esto solo lo vi en las películas! —exclama Giu, sin disimular la sorpresa.

—Al menos sus ojos verdes sirven para abrir puertas —bromeo a su lado, pero el desgraciado escucha y murmura en

italiano que abren mucho más que eso.

Hijo de puta.

No esperaba eso y, claro, me pongo roja como un tomate, mientras él solo sonríe, encabezando el camino.

Ignoro las miradas curiosas.

Siempre es así.

Teo atrae mucha atención dondequiera que vaya y no hay forma de que sea distinto.

Es una mezcla de miedo y respeto.

Y no nos equivoquemos: Lucca también es igual de respetado y temido.

Es el brazo derecho del *Don*, y su actitud burlona y divertida esconde a alguien igual de letal.

Todos lo son, aunque Enzo sea el más sanguinario de los tres; eso no es un secreto para nadie. Ya me cansé de verlo llegar a casa cubierto de sangre, para el deleite de *mamma*.

¿Qué puedo decir? Otro día normal en mi familia.

De eso se trata.

—Por aquí —anuncia mi hermano, guiando a Giulia por la escalera de mármol negro que nos lleva directo al piso superior.

—En serio, Teo, aquí es muy aburrido.

—Es seguro, hermanita.

—¿Por qué nunca podemos tener una noche normal?

—¿Tú, normal? —provoca Lucca, y si mi mirada fuera cuchillos, ya estaría muerto a mis pies.

Ahora mismo.

Ok, no exageremos.

Yo quiero al desgraciado vivo… bien vivo.

Chiara, ¡concéntrate!

—Pónganse cómodas. Solo necesito resolver algo y luego podemos disfrutar juntos.

Su manera educada de decir: voy a trabajar, diviértanse sin mí.

—Sin apuro, la molestia estará aquí esperándote —grito, viéndolos alejarse, no sin antes dejar a dos perros guardianes.

Perfecto.

—No es tan malo —intenta consolarme Giu, mirando a su alrededor, y sé que no puedo quejarme.

En realidad, sí puedo…

—Supongo que siempre puede ser peor, ¿no? —Hago una mueca, levantando la mano, y de inmediato aparece un camarero—. Un Prosecco, por favor.

—¿Alguna preferencia, señorita Zampieri?

—Sorpréndame. —Sonrío, y tan rápido como apareció, se aleja a buscar la bebida.

—Me gustó ese "sorpréndame".

No puedo contener la sonrisa.

—Ojalá traiga la botella más cara. Ya que mi hermano nos dejó atrapadas aquí arriba, cuando la diversión está allá abajo, puedes estar segura de que no voy a beber agua.

—La música es buena y al menos no está lleno.

Un plan surge en mi mente y no puedo contener la sonrisa.

—¿Qué? —pregunta Giulia, sabiendo que estoy tramando algo.

—Ven conmigo. —Agarro su mano.

—Tu bebida —dice, pero no podría importarme menos; bajo apresurada por la escalera que lleva directo a la pista de baile.

—Señorita Chiara… —Escucho a los soldados llamarnos, corriendo detrás de nosotras, pero ni me volteo.

—Rápido, Giu —susurro.

—Tu hermano —jadea, preocupada.

—Es solo un baile y luego subimos.

—¡Se va a enojar! —avisa, y solo sonrío.

Lo sé, pero es más fácil pedir perdón que pedir permiso.

—Cuando eso pase, ya habremos bailado. —Le guiño un ojo.

—¡Loca!

—Vamos, solo se vive una vez.

—¡Vamos! —responde Giulia uniéndose a la diversión, y yo lo único que puedo hacer es animarla.

Apenas llegamos a la pista, los soldados están a nuestro lado, hablando sin parar por los comunicadores, como un par de buitres.

Sé que es su trabajo, pero…

—*Don* Zampieri dijo que la señorita subiera ahora —me dice uno, y su cara no refleja nada bueno.

—¿Qué? No te escucho. —Gesticulo haciendo una mueca, pero claro que lo oí, y él lo sabe.

El pobre de Dante habla de nuevo por el comunicador y luego se queda parado a nuestro lado.

Seguro recibió órdenes de no quitarnos los ojos de encima.

Ni me importa; mientras podamos disfrutar un poco aquí, simplemente lo ignoraré.

Giulia se acerca, sonríe ante mi locura y juntas bailamos al ritmo de la música electrónica.

Mi corazón late acelerado, siento el sudor empapando mi cabello y ni recuerdo la última vez que estuve así, tan feliz… viviendo, disfrutando, en lugar de solo pasar los días.

No sé cuántas canciones han sonado, solo sé que es imposible detenerse.

Una es más contagiosa que la otra.

Cierro los ojos y dejo que los beats me guíen.

—No sé tú, pero yo necesito con urgencia una pausa y una botella gigante de agua —dice Giu a mi lado. Toda sudada, pero con una sonrisa enorme.

—Sí, ya abusamos mucho de la paciencia de Teo. —Le guiño un ojo.

—Yo no hice nada, solo te acompañé.

—Qué buena amiga. —Le doy un leve codazo, que solo sirve para hacerla reír; al final, las dos reímos, sabiendo que pronto enfrentaremos a los leones, es decir, a Teo y Lucca—. Avísale a mi hermano que ya vamos; solo iremos al baño y subimos —le digo a Nico, que parece aliviado al escuchar eso.

Lo observo hablar por el comunicador, seguramente con el *consigliere*, y ni siquiera en ese momento deja de seguirnos.

—Ni siquiera se puede ir tranquila al baño —refunfuño.

—¿No quieres ir arriba? —pregunta Giu—. Aquí debe haber fila.

—¿Y llegar allá arriba toda despeinada? No, gracias. Lucca ya me fastidia sin motivos, no voy a darle más razones —exclamo, seria.

—¿Quién podría argumentar contra eso? —responde, y sé que está tratando de contener la risa.

—Menos mal que me entiendes.

Seguimos caminando unos metros más y pronto veo la entrada del baño.

—Qué suerte, no hay fila afuera. Debe estar vacío, oremos para que no esté asqueroso —digo, guiñando un ojo.

—Eso es raro —responde, incrédula.

—Estaremos esperándola, señorita Zampieri —avisa Nico, y asiento antes de empujar la puerta.

—¡Vacío! Te dije, tenemos suerte —exclamo, mirando a nuestro alrededor.

—Ok, suertuda. No sé tú, pero yo estoy en un apuro. Vuelvo enseguida —dice Giu, yendo hacia el cubículo, mientras yo sigo frente al espejo, intentando arreglar mi cabello.

—Realmente tuvimos suerte, Giu. ¿Puedes creer que todavía hay toallitas húmedas en el mostrador? Dios, cómo necesitaba eso. —Celebro, tomando una, y justo cuando voy a pasarla por mi nuca, se abre la puerta.

Servicio de limpieza.

Un escalofrío recorre mi nuca al encontrar la mirada de la limpiadora, parece vacía.

—Buenas noches —saludo, ignorando la sensación y volviendo a mirar mi reflejo.

Todo sucede muy rápido.

Apenas me giro, veo a dos mujeres, la más alta se acerca y presiona el cañón de una pistola contra mi frente; del susto, dejo caer el paquete de toallitas al suelo y ella hace un gesto para que me quede quieta.

Levanto las manos, sabiendo que reaccionar allí significaría la muerte.

Tenemos que ganar tiempo, hasta que los soldados afuera se den cuenta de que algo anda mal.

—¿Chiara? —grita Giu y mi corazón se dispara.

Dios, que no la maten, por favor.

Ella no tiene nada que ver con los negocios de la familia, nada.

Por favor…

Las dos intercambian una mirada y contengo la respiración.

No pasa mucho tiempo; Giu abre la puerta, solo para encontrarse conmigo rendida, mientras la otra bloquea la puerta del baño para que nadie más entre.

—Si no quieres que le vuele la cabeza a la rubia, sugiero que te quedes quieta y hagas lo que te diga. —La que está conmigo escupe las palabras en un inglés cargado de acento.

¿Cómo sabe que Giulia no habla italiano?

—¡Vamos! —insiste, y Giu da un paso hacia nosotras.

La cómplice se acerca y me ata las muñecas con una especie de esposas, con prisa.

—¡La boca! Vamos, antes de que los soldados se den cuenta de la demora —ordena, y la otra no responde, solo obedece, cubriendo la boca de Giulia con cinta adhesiva.

Esto es una buena señal.

Si nos hubieran querido muertas, ya habrían actuado.

Nos quieren vivas, y sé que soy la próxima en recibir un "trato especial".

Piensa.

Necesito intentar obtener información, cualquier cosa…

—Mi hermano te va a matar por esto —la provoco, levantando el mentón, y la maldita sonríe, tirándome fuerte del pelo.

—Cuando él se entere, ya estaremos lejos, y yo que tú no sería tan valiente, princesita, si supieras lo que te espera.

Su mirada es cruel.

Quiso decir cada palabra y se está divirtiendo con eso.

El miedo me atraviesa, pero no hay tiempo para eso.

Soy una Zampieri y si debo morir, será luchando hasta el final.

—Todavía creo que no deberíamos arriesgarnos llevándonos a Zampieri. No estaba en el plan —comenta la chica que amarró a

Giulia, y hay miedo en su voz.

—Cállate. Al jefe le va a gustar el regalo —la que está conmigo replica, áspera, tirándome del cabello con fuerza, pero no me quejo. No le daría ese gusto—. Ata a la puta y vámonos. Ya nos están esperando.

¡Maldita sea! Las cosas empeoran a cada segundo.

—Adentro —apunta hacia el carrito de limpieza y veo el pánico en el rostro de Giulia. Quiero tranquilizarla, pero me cuesta mantener la calma también.

Respiro.

Las esposas están tan apretadas que cortan mi piel, y por más que intento mover mis manos, no ceden ni un centímetro.

Mierda.

¿Dónde están los soldados para molestarnos ahora?

Todo esto es culpa mía; si nos hubiéramos quedado en la zona VIP…

No sirve de nada entrar en pánico ahora ni buscar culpables; necesitamos encontrar una salida o ganar tiempo.

En segundos, estamos apretadas dentro del carrito de limpieza y todo queda oscuro cuando cierran la tapa sobre nuestras cabezas.

Intento moverme, pero es inútil.

Agudizo el oído, tratando de escuchar algo a nuestro alrededor, y lo primero que percibo es el inconfundible sonido de la puerta abriéndose.

Mierda…

Mi corazón se acelera ante la perspectiva de que los soldados noten algo, pero pronto llega la decepción.

Saludan a alguien y el carrito comienza a sacudirse mientras nos alejamos, rumbo a Dios sabe dónde.

Giulia sigue moviéndose, intentando soltarse, y hago lo mismo, sin importar cuánto queme mi piel con el roce del plástico.

Nada.

El desaliento me inunda, pero tan rápido como llega, una chispa de esperanza brota en mi pecho al ver que Giu logró soltar una mano.

¡Sí!

En un parpadeo, ella se quita la cinta adhesiva de la boca, respirando profundo, y enseguida sus manos temblorosas me liberan de la tira asquerosa que cubría mis labios.

Asiente para que permanezca en silencio y yo hago lo mismo.

No es que pretenda hacer lo contrario; tenemos que sorprenderlas de alguna forma. La cuestión es: ¿cómo?

Están armadas y nosotras no tenemos nada que podamos usar a nuestro favor.

—Voy a intentar sorprenderlas —susurra, y mis ojos ojos se abren por el pánico.

—Es peligroso, Giu —lanzo, en una mezcla de preocupación y frustración. Si al menos tuviera un arma conmigo… pero mis hermanos ni siquiera saben que sé disparar.

—Es nuestra única oportunidad. Las escuchaste, no nos necesitan a las dos, lo que significa… —se queda en silencio, pero sé exactamente lo que pasa por su mente, y pensarlo pone a todo mi cuerpo en alerta.

No voy a rendirme… no sin pelear bien.

—Tu hermano y Lucca ya deben estar buscándonos —dice, intentando tranquilizarme, y asiento, aceptando—. Tenemos que ganar tiempo —susurra, volviendo a colocar la cinta adhesiva sobre mi boca, apenas para que no noten nada diferente.

El carrito se detiene de repente, haciendo que nuestros cuerpos golpeen los laterales.

Ignoro el dolor en mi brazo y mantengo la mirada fija en Giulia, observando cómo, astuta, vuelve a colocar la mano atrás y cierra los ojos.

¡Buena chica!

Me mantengo inmóvil, a la espera del próximo movimiento de ellas. No tarda; se abre la tapa, pero a diferencia de las dos mujeres, veo a dos hombres mirándonos y el miedo crece ante la mirada repugnante que recibo.

Teo, Lucca… es un buen momento para que aparezcan y acaben con esto. Por favor, prometo comportarme.

—Vaya, vaya… mira lo que encontramos aquí —comenta uno de ellos, sonriendo en mi dirección, y mi estómago se revuelve—. Me divertiré con la rubiecita y tú te encargas de la otra —avisa, antes de que sus manos sucias me sujeten el brazo con fuerza. No importa cuánto intente resistirme, soy arrastrada fuera del carrito—. Tranquila, gatita, prometo que será divertido —susurra cerca de mi oído, y sentir su respiración en mi piel casi me hace vomitar.

Doy un paso adelante, intentando mantener distancia, pero es inútil; el imbécil sigue restregándose contra mi cuerpo y, solo de pensar en lo que ocurrirá si logran sacarnos de allí, yo…

Siento la garganta arder, pero me niego a llorar.

Fuerza.

Resiste.

—Vamos, idiota, antes de que noten que faltan dos. —Escucho la voz del otro, el que está con Giulia, pero no puedo mirarlo mucho; estoy demasiado ocupada intentando mantenerme alejada de este asqueroso.

—La gatita es brava. Quiero ver cuando tenga mi polla en ese culo —gruñe junto a mi oreja, tirándome del cabello, y mi sangre hierve.

No pienso, solo reacciono, levantando la cabeza con todas mis fuerzas y golpeando de lleno su rostro.

Grita, sujetándose su nariz que sangra, y todo en mí vibra.

—¡Puta! —gruñe, y sé que voy a recibir golpes.

No me equivoco; la bofetada viene fuerte y me hace caer al suelo de cemento.

El dolor irradia por mi rostro, rodilla y brazo, mientras siento el sabor metálico de la sangre.

Me preparo para sus patadas, pero lo que sucede en los segundos siguientes nunca habría pasado por mi cabeza, ni en mis mejores pesadillas.

Giulia grita fuerte, al mismo tiempo que le da un codazo al imbécil a su lado. Sorprendido, él se da cuenta demasiado tarde cuando su pistola está ahora en manos de ella.

Solo puedo rezar para que sepa cómo usarla…

—Déjennos en paz —grita, y la mirada de los dos bastardos se centra en ella.

Teo, Lucca, ¿dónde están?

Intento arrastrarme por el suelo, pero es difícil, y pronto mi captor comienza a caminar hacia mí, con un aire mortal en su rostro ensangrentado.

Estoy jodida.

—¡Aléjate de ella, cerdo! —grita Giulia y él se detiene, mirando hacia ella.

Exhalo el aire que ni siquiera me había dado cuenta que sostenía, agradeciendo esos segundos más sin sentir sus puños o patadas.

Eso, Giu, ¡gana tiempo!

Vendrán, lo sé, vendrán.

—Qué valiente —se burla el que está más cerca de ella—. Lástima que sabemos que no vas a disparar. —Da un paso más hacia ella, y veo a Giu sostener el arma con firmeza, retrocediendo.

Eso, mantente alejada.

No dejes que te atrape.

—¡Atrás! —avisa.

—¡Agarra a la puta ahora! —grita el imbécil cerca de mí, acercándose más.

Me arrastro, necesitando distancia, pero es inútil.

—Te dije que te alejaras —grita Giulia, pero él la ignora; levanto el mentón, orgullosa, desafiándolo a patearme, mientras me preparo para el dolor, cuando de repente el sonido inconfundible de un disparo rompe el silencio y lo veo caer, llevándose las manos al estómago, donde empieza a mancharse de sangre.

¡Eso, eso!

Me emociono en medio del shock.

Giulia realmente disparó.

Ella… me salvó.

El otro hombre avanza hacia ella y quiero gritarle que dispare, que mate al hijo de puta, pero entonces el caos explota sobre su espalda.

Un alivio me inunda al ver a Matteo, Lucca y nuestros soldados avanzar, armas en mano.

El asqueroso que intentó atacar a Giulia cae al suelo como un saco de papas, con un disparo certero en medio de la frente, cortesía de mi hermano.

Y solo entonces dejo que el llanto me salga… es de alivio, de agradecimiento, al ver a Lucca correr hacia mí, y mi mirada encontrarse con la suya.

Todo parece ocurrir en cámara lenta.

Los escucho gritar órdenes, pero no logro seguirlos.

—*Bambina* —susurra Lucca a mi lado, apartando con cuidado un mechón de mi cabello y quitándome la cinta de la boca.

—Vinieron por nosotras —suspiro, con la voz entrecortada.

—Perdona la demora, maldición… —Hay tanto en su voz, en su mirada, que más lágrimas caen, aunque intente ser fuerte. Con cuidado, me levanta y es bueno estar allí, en sus brazos, segura—. Voy a cuidarte —dice contra mi cabello, y escucho sus palabras, cierro los ojos y me aferro a su camiseta, inhalando su perfume.

En pocos minutos estamos dentro de la cabina de la lancha y, con cuidado, me coloca sobre el sofá. Lucca se aleja solo para abrir la nevera y cuando regresa, ya trae una bolsa llena de hielo.

—Ya está hinchada, necesitamos… —dice, y contengo la respiración mientras se acerca, apoyando la bolsa con delicadeza sobre mi mejilla adolorida.

Aprieto los puños.

—Yo… gracias —murmuro, encontrando su mirada, sujetando la bolsa para que pueda alejarse.

Lucca permanece a mi lado, su mirada no me suelta y todo en mí se agita.

Él solo está preocupado.

Eso es todo…

Escucho más pasos y, pronto, Matteo entra cargando a Giulia en brazos, colocándola con cuidado cerca de mí.

Siento mis ojos arder, pero trago las ganas de llorar.

Mejor más tarde, a solas…

—¿Cuál es el destino, señor? —pregunta uno de los soldados, con la lancha ya en movimiento.

Veo a Matteo intercambiar una mirada con Lucca y contengo la respiración, expectante ante lo que nos espera.

—Dirígete hacia Capraia y espera instrucciones —dice Matteo, y tan rápido como apareció, el soldado se aleja, dejándonos solo a los cuatro.

—Necesitamos avisarle a Enzo y a su madre sobre… —Lucca empieza, pero se detiene.

—¿Qué carajo pasó allí? —interrumpe Matteo, pasando las manos por su cabello, visiblemente nervioso—. No puedo creer que hayan venido por Chiara para alcanzarme. ¡Malditos hijos de puta!

—No vinieron por mí —exclamo, apartando la bolsa de hielo.

—¿Cómo?

—Querían a Giulia —afirmo, y la sorpresa llena su mirada.

—¡Pero qué mierda! —Lucca tampoco esconde el shock.

Respiro profundo, sabiendo que ellos necesitan respuestas que solo nosotras podemos dar.

—Estábamos en el baño, preparándonos para volver a la zona VIP, ellas entraron y cuando me di cuenta, ya tenían armas… —Siento mi voz quebrarse y hago una pausa, mordiendo mis labios—. Perdón, Teo, es toda mi culpa.

—*Sorellina*. —Mi hermano se acerca, apoyando la mano en mi hombro. Sé que está irritado, pero en su mirada solo veo preocupación—. Deberías haber permanecido en la zona VIP, expusiste a Giulia y a ti misma, pero… demonios, nada de esto debería haber pasado, no en nuestro territorio. —Lo veo apretar los puños y sé que toda su rabia está dirigida a los hijos de puta, no a mí.

Las lágrimas recorren mi rostro y me apresuro a secarlas.

Tiene razón, yo… nos puse en riesgo a ambas.

Estoy a punto de disculparme de nuevo, aunque eso no cambie nada, cuando él continúa:

—Nada de eso importa ahora, ¿por qué crees que iban detrás Giulia y no detrás de ti? —pregunta, con voz dura. Matteo quiere cazar a los responsables.

—Hablaban en inglés, no en italiano —apunto—. Es como si supieran que Giulia todavía está aprendiendo el idioma.

—No puede ser.

—Además, una de las mujeres dijo que no deberían arriesgarse llevándome a mí.

—Que no era el plan —interrumpe Giulia, completando la frase, llevándose la mano a la boca al darse cuenta del significado de lo que dijo.

—¡Exacto! —confirmo—. Yo habría sido solo un regalo para el hijo de puta detrás de esto.

—¡No tiene sentido! —comenta Lucca, tan sorprendido como Matteo—. ¿Qué podrían querer con Giulia? —Su pregunta es para mi hermano, pero claro que ni él ni nadie allí tiene respuesta, aunque yo…

¿Lo sé?

Matteo empieza a caminar de un lado a otro, intentando encontrar una explicación.

Se suponía que iba a ser una noche de diversión y casi…

Respiro profundo y digo lo que tengo en mente:

—Te vieron bailando, podrían pensar que te interesa ella, y que lastimarla o secuestrarla llamaría tu atención —apunto y veo su mirada. Sabe que tengo razón, que es una posibilidad.

—Si Chiara tiene razón, significa que el responsable de este ataque estuvo en la mansión, o tuvo contacto con algún invitado —comenta Lucca, y no podría estar más de acuerdo.

El silencio cae sobre nosotros y la tensión inunda la cabina.

—Veamos qué puede sacar Enzo de ellas. Hoy anclaremos a una distancia segura de Capraia, pasaremos la noche y mañana seguimos hacia el puerto de Cecina —asegura Matteo, mirando a Lucca—. Avísenles a nuestros hombres para que estén atentos allí. Sin contacto con nadie más, incluidos los Ferrara.

—Se les comunicará.

—Cuando estemos en camino hacia Siena. No quiero lidiar con el imbécil ahora. Ya es suficiente con lo que pasó en la discoteca.

Lucca revisa su celular y sé que tiene más información.

—Ya nos deshicimos de los cuerpos. Ambos sin identificación y sin tatuajes que los vinculen a cualquier mafia rival. ¿Crees que pueda tener relación con los problemas en La Spezia? —comenta, y Matteo parece pensarlo.

No tengo idea de lo que pasó en La Spezia, pero seguro es un problema.

—No podemos descartarlo aún. El movimiento de hoy fue repentino e improvisado. No conocían nuestros planes de antemano, eso está claro. Tuvieron poco tiempo para organizarse y fallaron —puntualiza, mirándome a mí y luego a Giulia, que parece aturdida en medio de toda la conversación.

—Si esta es la versión *sin organización* de ellos, me preocupa lo que podrían hacer con algo de planificación —lanzo, sin poder mantener mi lengua bajo control.

Una cosa es conocer el peligro, otra… es ver el caos en acción.

Si sirve de algo, entiendo un poco más los motivos por los que Matteo es tan radical con nuestra seguridad.

La verdad es que salimos de casa sin tener idea de lo que nos encontraríamos.

—Vamos a descubrir quién está involucrado, es cuestión de tiempo —destaca, y sé que dice cada palabra con seriedad; va a cazar al responsable y matarlo, no tengo dudas. La gran cuestión es: cuánto tiempo pasará hasta que eso ocurra, cuántos morirán… pero me callo, sin empeorar los ánimos—. Mientras tanto, seguridad reforzada —agrega, y sé exactamente a qué se refiere.

—O sea, nada de fiestas para nosotras, Giu —intento bromear para aliviar el ambiente, pero incluso eso duele, y no puedo evitar la mueca de dolor al sentir mi rostro palpitar.

—Basta de hablar de eso, ustedes dos necesitan cuidados.

—Yo me encargo de Chiara, tranquilo —dice Lucca y casi me desmayo ahí mismo.

—Estoy aquí, ¿sabías? Y puedo cuidarme sola, gracias. —Me levanto apresurada, pero en un paso ya está a mi lado.

—¡Cuídala! —ordena Matteo y el *consigliere* asiente.

—Matteo… —Respiro agitada, no necesito que nadie esté encima de mí. Solo quiero estar sola y tratar de olvidar todo lo que pasó.

—Estaría más tranquilo si supiera que Lucca cuidará tus heridas en el rostro y estará presente si necesitaras algo, *sorellina* —explica, y maldita sea, vuelve a surgir la locura de llorar de nuevo. Intento morderme los labios, pero ni eso logro bien, hay un maldito corte justo allí.

Permanezco en silencio unos segundos.

Puedo ser testaruda, pero sé cuándo la batalla está perdida y, en el fondo, Matteo solo está preocupado. Es duro, un mafioso despiadado, pero aquí solo es mi hermano y quiere cuidarme.

Respiro profundo, sabiendo que los próximos minutos serán una verdadera tortura.

Todo lo que tiene que ver con Lucca es…

—Está bien —acepto, abrazándolo con fuerza—. Cuida de Giu, ella me salvó —susurro solo para sus oídos y siento mis ojos llenarse de lágrimas.

Estoy hecha un desastre.

Él no responde, solo asiente, besándome la frente, y yo le dedico una sonrisa tímida.

No podría decir nada más, no sin derrumbarme llorando aquí… frente a todos.

Inspiro profundo, una, dos, tres veces y solo entonces me giro hacia mi pesadilla personal.

—¿Listo para ser mi enfermero, *consigliere*? —Arqueo la ceja, y claro que sonríe, burlón.

Dios, ayúdame.

Asiento hacia Giulia y camino hacia la cabina al lado de la suite principal, donde mi hermano estará con la brasileña. Pueden intentar engañarse a sí mismos, pero a mí no.

Solo quiero que ambos sean felices.

Pero ahora tengo problemas más urgentes que cuidar la vida de Teo, como el *consigliere* que está a pocos pasos detrás de mí.

Mi estómago se agita, y créeme, no tiene nada que ver con el *casi secuestro* ni con mis heridas… no, es él.

Su presencia, su olor…

Empujo la puerta y entro, sin saber qué hacer con él allí. La cabina, grande, con una cama matrimonial enorme y baño privado, se siente pequeña e insuficiente.

—Está bien, ahora es tu turno de perder unos minutos aquí, luego te vas y le dices a Teo que cuidaste de mí, ¿de acuerdo?

—Ni loco —responde, serio.

Maldita sea, *consigliere*, ni siquiera facilitas las cosas.

—Estoy bien, no necesito ayuda —digo, levantando el mentón y tratando de parecer fuerte y valiente, pero basta que él dé un par de pasos hacia mí para sentir que mi convicción se desvanece.

Quiero que Lucca esté aquí, por más loco que parezca.

—Me hubiera gustado matarlo —susurra, con la voz cargada de rabia, deteniéndose a pocos centímetros de mí. Su mirada recorre mi rostro con atención (no necesito un espejo para saber que debo estar hecha un desastre) y luego baja hasta mis labios.

Inconscientemente paso la lengua por el corte, sintiendo un leve ardor, y tiemblo al verlo cerrar los puños.

—Estoy bien —susurro, pero él me conoce demasiado.

—No pasa nada por no estarlo, *bambina*… —Miro mis pies, sintiendo un nudo formarse en mi garganta, y sé que si seguimos conversando no podré contener mis emociones, y lo último que necesito es que Lucca me vea débil. Ya es suficiente con estar toda sucia y despeinada frente a él.

—Necesito ducharme —balbuceo, cambiando de tema.

—Tenemos que revisar tus heridas —responde, sin titubear.

Dios, qué difícil es pensar cerca de él.

—Voy a ducharme, Lucca —insisto, dando un paso atrás, alejándome de él y de todo lo que representa—. Seguro que las heridas seguirán aquí después —agrego, y veo cómo estrecha la mirada.

Siempre es así entre nosotros.

—¡Terca!

—¡Terco! —replico, y él sonríe, haciendo que mi corazón se acelere—. Ahora sal de mi cabina, que merezco unos minutos de

paz.

—¿Me estás echando, *bambina*? —Arquea la ceja y da un paso hacia mí; por más que tenga ganas de darle una respuesta atrevida y malcriada, me quedo callada, con miedo de que note cuánto me afecta.

—Solo sal y vuelve en media hora —le ordeno, dándole la espalda mientras camino hacia el baño.

—Vuelvo en quince minutos.

Sonrío.

Como dije: *terco*.

—Sí, señor —replico, sin siquiera mirar para atrás, sabiendo que está sonriendo.

No espero a ver si sale, empujo la puerta y me apoyo en ella, soltando el aire que ni me di cuenta que estaba conteniendo.

Lucca Salvatore.

Vamos, Chiara, si ha dicho quince minutos, créeme que volverá justo a tiempo.

Apoyo las manos en el lavabo de mármol y respiro profundo. Veo que el daño es peor de lo que imaginé; estoy horrible y sé que solo va a empeorar.

Estamos vivas… estamos seguras.

Abro la ducha y agradezco que Matteo siempre mantenga la lancha abastecida. Me tomo mi tiempo enjabonándome y lavando mi cabello, ignorando el cansancio en mis brazos.

Dejo que el agua caliente caiga sobre mí y me arde todo; soy un desastre de raspaduras, moretones…, pero estoy aquí.

Un sollozo sacude mi cuerpo y no intento contenerlo.

Lloro.

Dejo que las lágrimas fluyan, dejo que la angustia y el miedo de las últimas horas se vayan.

Soy una Zampieri, debo ser fuerte, pero ahora solo puedo sentir miedo por lo que podría haber pasado, si Giu no los hubiera sorprendido, si Matteo y Lucca no hubieran llegado a tiempo…

Tantos "si".

Cierro la ducha después de no sé cuánto tiempo y solo entonces recuerdo que no traje ropa limpia de la suite.

Me envuelvo en la toalla y desenredo mi cabello con los dedos, haciendo lo mejor que puedo, luego busco un cepillo. Seguro que hay alguno por aquí.

¿Estará Lucca ya aquí?

Abro una rendija y trato de espiar.

Nada.

Salgo del baño dejando que una nube de vapor me siga y me apresuro hacia los armarios de la cabina.

Sé que Matteo y Enzo siempre dejan algunos cambios de ropa aquí, para emergencias.

No recuerdes lo que pasó…

Demasiado tarde.

Siento el pecho apretarse y ahí vuelve el deseo de llorar.

Maldita sea, odio sentirme así: débil.

Encuentro una camiseta gris que en mí parece más bien un camisón, pero al menos está limpia; un bóxer y un short que tendré que asegurar bien para que no se me caiga.

Estoy regresando al baño cuando la puerta se abre y Lucca entra, murmurando sobre que ya han pasado veinte minutos.

—¡Maldita sea! —maldice al verme, girándose de inmediato y cerrando la puerta tras de sí—. Demonios, Chiara, pensé que ya estarías lista.

—Yo… olvidé traer algo limpio.

—Maldita sea, cámbiate de una vez, por Dios.

—Estoy en toalla, Lucca, quien te ve pensaría que me viste desnuda.

—No te metas conmigo. —Su voz es dura, sin broma, y me apresuro a ponerme la camiseta.

—Ya me estoy vistiendo, ¡no te gires, eh! —lo provoco, y lo veo apretar los puños.

Está molesto.

—Un minuto más… —respiro agitada, liberándome de la toalla, solo después de asegurarme de que la camiseta llega casi a mis rodillas.

Estoy segura.

—La camiseta es tan grande que podría quedarme sin ropa interior y ni se notaría.

—Puta madre, Chiara. —Su voz es ronca y todo mi cuerpo se estremece entre vergüenza y excitación.

¡Dios!

No puedo creer que dije eso en voz alta.

Maldita sea, maldita sea…

Siento mi rostro arder.

—Perdón, solo pensé en voz alta.

—¿Lista? —pregunta, impaciente.

—Casi —digo, ajustando el bóxer que, claro, me queda un poco ancho, pero no se me caerá, y termino con el short, asegurándome de hacer dos nudos—. ¡Listo! —exclamo, estirando los brazos a los lados, satisfecha con el resultado.

Lucca se gira lentamente, pero su mirada no va a mi rostro; el *consigliere* me observa de pies a cabeza, y juro que se detiene un poco más de lo necesario en mis piernas y mis tetas.

Estoy loca y estoy imaginando cosas… eso es todo.

Bajo su escrutinio, siento que mis pezones se endurecen y solo entonces recuerdo que un sostén limpio no era una opción, así que estoy sin él, y con las luces encendidas…

¡La humillación continúa!

Cruzo los brazos sobre mis pechos, esperando que Lucca no lo haya notado, pero no estoy tan segura.

Se carraspea, pasando las manos por su cabello rubio, y me sorprendo pensando en la sensación de tenerlo entre mis manos.

Eso es, estoy loca.

Parezco una calentona cerca de él.

Respiro profundo y me siento al borde de la cama, sin gracia, esperando que diga algo.

Todavía no puedo creer que hablé en voz alta sobre la ropa interior.

—Vamos a revisar el daño que te hicieron —dice, y sé que intenta mejorar el ambiente.

No respondo, solo asiento, viendo que se acerca y solo entonces noto que trae un neceser en la mano.

Lucca se sienta a mi lado y el colchón se hunde con su peso.

—¿Por dónde empezamos…? —dice, mirando mis brazos y rodillas, donde los rasguños destacan sobre mi piel blanca.

Durante los siguientes minutos, con extremo cuidado y paciencia, cuida cada uno de mis cortes, aplicando antiséptico y haciendo pequeños vendajes.

—Ahora vamos a atender este rostro —dice, haciendo una mueca, y solo puedo pensar en mi reflejo.

Gimo cuando apoya la gasa sobre un pequeño corte en mi mejilla, cortesía del anillo que el imbécil llevaba.

—Perdón —susurra, continuando su labor—. Casi terminamos, solo falta aquí. —Con delicadeza, pasa un algodón con medicina sobre el corte en mi labio y su mirada se encuentra con la mía. Mi pecho parece que va a explotar y no sé cuánto tiempo permanecimos así… parece una eternidad—. Misión cumplida —dice, alejándose, y clavo mis uñas en mi palma, intentando controlar los nervios.

—Gracias —suspiro.

—A tus órdenes, *bambina* —bromea, tratando de sacarme una sonrisa o un insulto, pero no puedo, no hoy… no ahora—. Eh, ¿qué pasa? —Levanta mi mentón con el dedo índice y cierro los ojos, respirando profundo.

—Perdón…

—¿Por qué?

Quiero reír.

¿En serio, Lucca?

—Por todo, creo. —Me encojo de hombros, con la voz ligeramente quebrada—. Por salir de la sala VIP, por poner en peligro a Giu y a mí… —Mis labios tiemblan—. Por todo este caos y por la forma en que te empujé del cuarto, cuando solo querías ayudarme. —Hago una mueca, sintiendo una lágrima rebelde deslizarse por mi mejilla.

Me apresuro a secarla, pero Lucca es más rápido.

—No tienes la culpa de nada. Salir de la sala VIP fue arriesgado, pero no deberías temer un ataque, no en nuestro

territorio, *bambina* —dice, y no hay broma en su voz—. Vamos a matar a todos ellos —sentencia, con rabia en la mirada.

Lucca se levanta y de inmediato siento su ausencia.

—Duerme bien… —empieza y ni lo dejo continuar.

—Quédate conmigo, por favor. —Las palabras salen sin control y veo sorpresa inundar su mirada.

—Chiara…

—Yo… —comienzo, pero paro, necesitando calmarme—. Yo… no quiero estar sola, Luc.

—Estás segura, estamos en alta mar, hay soldados repartidos por la embarcación.

Cierro los ojos, aceptando su negativa.

¿Qué esperaba? Es el *consigliere*, no mi niñera, ni mi amiga.

—Perdón, no debería… —empiezo, sin siquiera mirarlo.

Nunca me había sentido tan avergonzada.

Lucca da dos pasos más hacia la puerta de la cabina, pero cuando creo que va a salir, la cierra con llave.

—Me quedaré aquí… contigo —exclama, girándose hacia mí.

Todo en mí vibra.

Él… realmente, se va a quedar.

—Gracias —respondo, sin preocuparme en ocultar cuánto significa eso para mí.

—Lo que sea por ti, *bambina* —dice, acercándose, y me levanto, lista para acomodar la cama y que podamos recostarnos.

No tengo idea de la hora, solo sé que es muy tarde. El cansancio mental y físico me domina.

—No te irás a mitad de la noche, ¿verdad? —pregunto, desconfiada.

—Dije que me quedaría y me quedaré. No hago promesas vacías.

Oh…

—La cama es lo suficientemente grande… —empiezo y él se detiene.

—Me acomodaré por aquí, no te preocupes.

—Ni en broma, Lucca Salvatore. Te estoy pidiendo que te quedes, no vas a dormir en el suelo ni en ninguna silla dura, ni

pensarlo.

Arquea la ceja, sorprendido por mi arrebato.

—¿Quién soy yo para discutir con la princesita de la mafia?

—No me hagas enojar. No hoy —replico, seria, aunque en el fondo quiero reírme de su provocación.

Es un maldito.

Me acuesto, cuidando de quedarme en uno de los extremos de la cama, y me cubro con la sábana. Lucca sigue de pie, observándome en silencio. Parece medir su próximo movimiento.

Es casi como si le resultara difícil…

Cuando creo que va a rendirse y marcharse, se sienta lo más lejos posible.

No voy a mentir…

Una parte de mí, esa que sueña con estar en sus brazos, se marchita con su necesidad de mantenerse distante, pero no me quejaré, no cuando él está aquí, conmigo.

—Que duermas bien, *bambina*.

—Que duermas bien, Luc… —suspiro, acurrucándome contra la almohada suave, sintiendo cómo el peso del cansancio y la tensión se apoderan de mí.

Cierro los ojos, sin poder contener la sonrisa que brota en mi rostro.

Estoy tan feliz, tan feliz de que él esté aquí, que ni voy a quejarme del apodo. No hoy.

Dormir fue fácil —corrección: dormir fue fácil después de que Matteo y Giulia dejaron de "divertirse" en la suite de al lado… qué puedo decir, paredes finas, pero bueno—, lo difícil fue seguir durmiendo.

Dormitaba unos minutos, pero pronto mi mente me llevaba de vuelta a aquel carrito de limpieza. A todo el miedo y la incertidumbre. A ese imbécil rozándose contra mí, pero cada vez que despertaba, Lucca estaba allí… conmigo, para calmarme, para recordarme que solo era una pesadilla.

"Están todos muertos", susurraba para mí.

Muertos.

—Fui una tonta, ¿verdad? —murmuro, con la voz cargada de sueño, en medio de la oscuridad de la cabina.

Ni miro en su dirección, fijo la vista en el techo, intentando no pensar en él a pocos centímetros de mí.

Pierdo el foco si lo hago.

—Querías divertirte, lo entiendo —dice, después de unos segundos.

—¿De verdad lo entiendes? —replico, girándome de lado solo para encontrar sus ojos semicerrados sobre mí.

—He tenido tu edad, *bambina*.

—Si sabes mi edad, entonces sabes que ya no soy una niña —exclamo, sintiendo que mi corazón se acelera, y Lucca guarda silencio, pero su mirada no me abandona.

—Definitivamente, ya no eres una niña —dice, y siento mis mejillas arder—. Aunque a veces te comportes como tal.

—Tienes que arruinarlo todo, ¿verdad?

—Solo estoy respondiendo a tu pregunta —bromea, y aun en la penumbra, sé que me guiñó un ojo, y no sé si reírme o darle un golpe.

Me giro hacia el lado opuesto, intentando calmar mi corazón.

Al menos, logré que se dé cuenta de que crecí. Eso ya es algo. Al menos no está ciego.

—Sé que muchas veces no estás de acuerdo con las decisiones de tu hermano, ni con lo que decimos —continúa y permanezco en silencio, solo escuchando su voz—. Pero solo queremos protegerte.

Maldición, me giro hacia él, encontrando su mirada.

—Lo sé —suspiro, observándolo acostado, con los brazos flexionados detrás de la cabeza.

—Creo que nunca tuve tanto miedo como hoy, cuando vi que ellos te tenían —revela, y contengo la respiración ante sus palabras.

Lucca se gira, quedando frente a mí, con su mirada fija en la mía.

Es tan íntimo, tan intenso… que temo estar soñando, pero el toque de su dedo deslizándose con cuidado sobre mi mejilla me recuerda que es real.

Cierro los ojos, disfrutando su toque.

—Duerme bien, *bambina*… estaré aquí todo el tiempo —dice, y luego besa mi frente.

Mi frente.

Siento que mis ojos se humedecen, pero me obligo a mantener las lágrimas ahí. Me apresuro a girarme hacia el otro lado, mirando cualquier cosa menos a Lucca.

Él no tiene la menor idea de cómo me afecta. De cuánto deseo algo más que un beso en la frente.

Puede que sepa que he crecido, pero eso parece no importarle en lo más mínimo. Sigo y seguiré siendo: la hermanita de Matteo y Enzo.

Es algo que debo aceptar, y con ese pensamiento dejo que el sueño vuelva a apoderarse de mí.

Despierto asustada por algo que se mueve, y me toma unos segundos recordar donde estoy, pero entonces veo a Lucca… y un alivio me inunda.

—No quería despertarte —susurra.

Sigo medio dormida, pero no tanto como para no darme cuenta de que, de alguna manera, durante la noche terminé enroscada contra él.

Por favor, que no me haya baboseado sobre él.

—Perdón —digo, separándome un poco, sintiendo que mi cuerpo cobra vida, aunque todavía sea de madrugada.

—¿Cómo estás? —pregunta, ya de pie junto a la cama.

—Siento que mi rostro tiene el tamaño de una sandía —me quejo, haciendo una mueca y arrepintiéndome al instante.

—Es porque lo es —responde, guiñándome un ojo.

—Oh, Dios…

—Tranquila, pronto la hinchazón bajará y, si sirve de algo, sigues lin… —Hace una pausa, y abro los ojos sorprendida, *¿sigues qué?*—. Ok —dice, alejándose de mí, como si tuviera alguna enfermedad contagiosa.

¡Puta madre!

—¿Ok? ¿Qué quieres decir? —Entrecierro los ojos y él sonríe, sabiendo que despertó mi curiosidad—. En serio, Lucca, tendré que

levantarme para ver el daño —digo, empezando a mover la sábana a un lado, y su mirada sigue cada movimiento mío.

—No hay daño alguno —exclama, serio. Toda la broma se fue, solo queda él y su mirada fija en mí—. Vuelve a dormir, *bambina*, es temprano —dice, y sin añadir más, sale de la cabina, dejándome perdida entre mis pensamientos.

Me lanzo sobre la cama, reflexionando sobre todo lo que pasó en las últimas horas: el ataque, Lucca… aquí conmigo, pero no puedo contenerme, me levanto y voy al baño.

—Ok, ¡mierda…! —casi grito al ver mi reflejo.

Está peor que ayer.

Abro los cajones, pero claro que no hay maquillaje. Sería pedir demasiado, ¿verdad?

Estoy horrenda.

Si al menos el imbécil me hubiera dado un golpe en el brazo. No, tenía que ser en la cara.

Respiro profundo, tratando de calmarme, ya que no hay nada que hacer.

Menos mal que está muerto, si no, sería capaz de matarlo yo misma.

Vuelvo a la cama, pero dormir de nuevo es imposible.

Me quedo allí, con los ojos cerrados, intentando calmar el torbellino de emociones en mi pecho. No sé cuántos minutos pasan, solo sé que en mi mente está él…

Recuerdo que se quedó, que no me dejó sola… el *consigliere* cuidó de mí.

Y me permito soñar despierta.

Porque eso nadie puede quitármelo.

En mis sueños, él siempre es mío…

Y allí está la sonrisa tonta en mi rostro.

—Soy un chiste —murmuro, sabiendo que es hora de levantarme. El aroma del café es demasiado tentador.

Salto de la cama y hago lo mejor que puedo, acomodando mi cabello.

Ni siquiera vuelvo a mirar el espejo para no deprimirme.

Es hora de volver a la realidad… Donde los problemas no dan tregua, y donde Lucca Salvatore es solo el *consigliere* y mejor amigo de mis hermanos, nada más que eso.

NADA.

CAPÍTULO 1 - CHIARA

Clara



8 MESES DESPUÉS

Finales de marzo de 2025

Need you Now – Lady Antebellum
Rewrite the stars – James Arthur & Anne-Marie
Vivo per lei – Andrea Bocelli & Giorgia
My only one (No Hay Nadie Mas) – Sebastian Yatra, Isabella Merced

Han pasado tantas cosas en los últimos meses.

Muchas, de verdad.

Mis dos hermanos se enamoraron.

Matteo se casó y pronto será padre; y Enzo, finalmente, arregló las cosas con Isa.

Al final, no solo gané dos cuñadas, gané… amigas, hermanas.

Créeme, para alguien solitaria como yo, es mucho.

Algunos me llaman la princesita de la mafia. No podría ser más irreal. Debería ser la prisionera de la mafia.

Está bien, tal vez estoy exagerando.

No puedo quejarme.

Tengo una familia maravillosa, que amo más que a nada.

Nunca sufrí ningún tipo de abuso.

Yo… solo quería haber tenido una infancia normal: ir a la escuela, fiestas en casa de amigas, salir de adolescente, tener novios, tener sexo… poder elegir con quién casarme.

Pero no.

Todo era y sigue siendo muy restringido.

Hay mucho en juego. Muchos enemigos.

Todo siempre estuvo muy controlado.

Realmente fui la princesita de mi papá…

Y solo de recordarlo… siento mi corazón apretarse.

Papá era duro con los chicos y un verdadero príncipe cuando se trataba de mí.

Príncipe y un poco machista, seamos sinceras, pero aún así, él era mi papá.

Estudié en casa, pero al menos tuve esa suerte, mientras que algunas hijas de *capos* ni eso tuvieron. Algunos de esos viejos ridículos creen que las hijas solo necesitan instrucción básica, porque pensar demasiado estorba y no es un requisito apreciado en el mercado matrimonial. La mujer debe ser criada para gobernar la casa y cuidar a los hijos.

Mis padres lo intentaron.

Crecí escuchando eso, pero al mismo tiempo ambos me animaron a leer siempre, estudiar, pensar por mí misma. Papá siempre decía:

"El hombre puede ser la cabeza de la famiglia, pero una buena esposa es el cuello que mantiene la cabeza en su lugar y muestra el camino".

Él y sus frases de enseñanza.

Tenía varias en su repertorio, pero mi favorita era la que reservaba para cuando mi lengua estaba demasiado afilada, o cuando había hecho alguna travesura, que era casi siempre.

"Tu futuro marido será un hombre afortunado. Además de tener como esposa a una mujer hermosa y con espíritu, asegurará su lugar en el cielo, porque solo un santo podría soportarte, figlia mia".

Matteo, Enzo y Lucca siempre se reían; yo, claro, hacía una mueca, pero hoy sonrío al recordarlo, incluso haciendo cara fea. Giuseppe Zampieri, en el fondo, se divertía conmigo, y a veces lograba vislumbrar su sonrisa.

Era bueno…

Siempre logré convencer a mi papá. Lo único que no tuvo solución, aunque insistí durante mi adolescencia, fue hacer clases de lucha. En su cabeza, mis hermanos y mi futuro marido debían protegerme, pero lo gracioso fue que antes de morir, ya debilitado, me dijo que mi esposo sería un hombre de suerte, porque además de ser linda, yo tenía una puntería increíble.

Claro que en ese momento hasta perdí la capacidad de pensar, y él me dio un leve golpe en la cara, sonriendo.

"¿De verdad crees que no sé todo lo que pasa bajo mi techo, principessa?"

Lo dijo con cierta dificultad, y mordí mis labios para no llorar.

No estaba enojado, pero sí orgulloso.

Le respondí que esperaba nunca necesitar esa habilidad, pero que si fuera necesario, moriría por la Sacra.

Papá me miró emocionado y luego dijo que debería haber sido él quien me enseñara, pero que moriría tranquilo, sabiendo que Salvatore había hecho un buen trabajo.

"Es un buen muchacho".

Lo es papá… y ahora es mi prometido.

Sí, de todas las cosas que pasaron en los últimos meses, esto fue lo más destacado.

Lucca Salvatore… el mejor amigo de mis hermanos.

Ese… con quien sueño desde que tenía quince años.

Que me vio crecer y que aún cree que soy una niña.

Que me fastidia siempre que puede… pero que me cuidó, que mataría por mí…

Aquel que a veces parece verme de otra manera… que hace que mi corazón se acelere…

Soñar…

Mi futuro esposo, de mentira.

El afortunado según las palabras de papá, pero no según su opinión.

No, de ninguna manera.



Miro mi reflejo por décima vez.

El vestido es hermoso… digno de una princesa. La princesita de la mafia.

Hago una mueca; odio cuando me llaman así. Es peor que cuando me dicen *bambina*.

Mentirosa.

En el fondo, muy en el fondo, me encanta cuando él me provoca de esta manera; es la migaja que recibo de Lucca Salvatore.

Miro alrededor y es imposible no recordar la última vez que estuvo aquí, en mi cuarto. Su cuerpo a pocos centímetros del mío, su mirada…

Mierda.

Mi corazón se acelera, como si necesitara estar aún más ansiosa y nerviosa. El plan era hacer de su vida un infierno, obligarlo a reconocer que me desea, pero ni eso logré.

Soy una cobarde.

Aparte de llamarlo "amorcito" y casi verlo infartar, no pasó nada demasiado interesante.

Bueno, la piscina no estuvo mal, pero sé que puedo lograr más.

Necesito hacerlo.

Tengo que ver este compromiso como una oportunidad y no lamentarme por ser ignorada por el *consigliere*.

Respiro hondo, mirando nuevamente al espejo.

Tal vez aún pueda arreglarlo.

Giro y no estoy nada mal. Nada parecido a lo que suelo usar… si dependiera de mí, sin duda sería algo negro o rojo sangre, pero la ocasión pide algo más sutil, digno de una princesita.

Aliso la falda de tul rosa claro; es realmente hermosa, pero la mejor parte es el corsé. Ajustado, con escote en V que realza mucho mi escote, y eso que no tengo mucho pecho.

Mamma dudó, lo admito; fue difícil convencer a doña Eleonora, pero después de cinco minutos argumentando que no mostraba nada de más, y que lo mínimo era poder llevar un vestido que me gustara, accedió.

Creo que, en el fondo, sabía que podía ser peor. Ni tiene abertura, nada. Excepto el escote, apenas pronunciado, casi nada, y la espalda descubierta, que es otro detalle que amé, con tres tirantes finos cubiertos de cristales; el vestido es mega recatado.

Unos golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos.

—¡Ya voy! —grito, caminando hasta allí solo para encontrarme con *mamma*, hermosa con un vestido dorado—. ¡Guau, *mamma*! Estás preciosa —exclamo, pero ella ni responde.

No deja de mirarme y veo sus ojos llenarse de lágrimas.

Ah, ni pensarlo.

Nada de llanto, si no me contagio.

—Ni lo pienses, nada de llorar, doña Eleonora.

—Estás hermosa, querida… —Apoya su mano en mi rostro y cierro los ojos—. Ojalá tu padre estuviera aquí para verte a ti y a Lucca.

Oh, mierda.

Tremendo golpe bajo recordarme a mi papá.

Siento mi pecho apretarse y hago todo lo posible por no quebrarme.

—*Mamma*, todo esto es una mentira.

Hace una mueca.

—Es tu compromiso, *figlia mia* —dice, con la voz quebrada—, y eres la novia más hermosa.

—Dices eso porque eres mi madre —replico sonriendo, pero sí, me siento bonita.

Mis largos cabellos rubios están recogidos en un moño que resalta el vestido, y los pendientes de diamantes colgantes son la cereza del pastel.

Si voy a ser la estrella de la noche, ¿y adivinen qué?: *estoy lista para serlo.*

—Intenta no pensar demasiado, querida —sujeta mis manos —, solo disfruta.

—Es difícil —digo.

—Tu hermano sabe lo que hace, tú sabes que él no actúa sin evaluar todas las consecuencias.

Tengo que reconocer que Matteo es así.

Estratega.

No da un paso sin evaluar todo lo que puede suceder, y tal vez sea por eso. Espantar a ese viejo repugnante y, de paso, asegurarme después una propuesta más interesante, porque una cosa es cierta: comprometerme con Lucca nos pone bajo los reflectores de toda la organización, incluidos nuestros enemigos.

—Prometo intentarlo —respondo después de unos segundos.

—Está bien, querida —continúa, mirándome toda embobada. Ah, *mamma*…—. Me iré, los invitados ya están llegando.

—Yo no tardo, solo necesito… —*Calmarme y armarme de valor para bajar.*

—Tómate tu tiempo. —Me besa la frente y sale, dejándome sola con mis pensamientos y angustias.

Aprieto con fuerza el tocador, tanto que me duelen los dedos y las articulaciones se me ponen blancas.

Respira, Chiara, eres una Zampieri, por el amor de Dios.

Nuevamente escucho golpes en la puerta.

Mamma debe haberse olvidado de decir algo, solo puede ser eso.

Abro la puerta solo para toparme con mi hermano mayor.

—Matteo.

Está hermoso, con un traje negro.

Me preparo para su reclamo, pero lo único que sale de su boca es:

—Caramba, estás hermosa, *sorellina*.

—Tú también —digo, apenas pudiendo disimular el shock.

—Realmente eres la princesa de la Sacra; cualquier hombre allá abajo sería afortunado de tenerte —dice serio, casi pensativo.

—Al final, el afortunado es el *consigliere*. —Hago una mueca —. Aunque no creo que él lo vea así.

—Lucca puede ser muchas cosas, pero no es tonto —responde, y no sé qué contestar.

Me quedo en silencio.

Hasta que el silencio se hace demasiado pesado.

—Sé que es importante que crean la mentira, Teo, tranquilo.

—Disfruta la fiesta, es Lucca, habla con él, baila, trata de divertirte, y no lo mates.

Imposible no sonreír cuando es evidente que mi hermano mayor intenta relajarme.

—¿Lista?

—Sí —me tropiezo con las palabras—, solo necesito hacer algo.

—Te espero.

Corro al baño, cerrando la puerta detrás mío.

Me pongo mi perfume favorito y doy una última mirada al espejo.

—Tú puedes —murmuro.

Vamos, es solo una fiesta.

Cierro los ojos e inhalo profundo. Una, dos, tres veces, y cuando creo que es seguro, abro la puerta del baño.

Mi mirada encuentra la de Teo. Parece ligeramente preocupado y fuerzo una sonrisa, ignorando el torbellino dentro mío.

—¿Lista?

—Listísima.

—En ese caso… —Matteo extiende el brazo y yo acepto, agradeciendo el apoyo, tan nerviosa que ni confío en mis propias piernas. Rodar escaleras abajo sería una entrada infernal.

Caminamos por el pasillo en silencio, pero al ver la multitud abajo, no contengo la sorpresa.

—¡Cuánta gente! —susurro.

—Vinieron todos los *capos*, además de algunos asociados y, claro, nuestro invitado especial y la familia —subraya, y entiendo el mensaje.

El *Don* de Civitavecchia está aquí.

—Claro —replico, sintiendo cómo mi estómago se revuelve a cada paso, y cuando creo que finalmente logro normalizar mi ritmo cardíaco, lo veo.

¡Santo cielo!

Mi corazón late desbocado en el pecho y siento mis manos heladas.

Respira, Chiara, respira.

¿Cómo puede Lucca ser tan hermoso? Debe tener algún defecto. Sería mucho más fácil, pero no… el maldito sabe que es bello y usa eso a su favor. El traje azul marino hecho a medida no oculta lo fuerte que es, marcando perfectamente sus brazos y su espalda ancha, y, Dios, ¿qué decir de su cabello y la barba ligeramente recortada?

Es Lucca, ¡recuerda eso!

Ese es justamente el problema… es él, el hombre que quiero para mí, y no falsamente.

Mi mirada se encuentra con la suya, y lo veo analizarme de arriba a abajo, demorándose un poco más de lo necesario en mi escote. Claro que rápidamente disimula, pero yo lo vi…

Yo lo vi.

Y todo mi cuerpo se estremece con la idea de que el *consigliere* realmente me vea a mí… y no solo a la niñita que él vio crecer.

—*Don* Zampieri. —Su voz ronca suena mientras camina hacia nosotros y saluda a mi hermano.

Me dan ganas de comentar algo, ya que nunca llama a Matteo así, pero me contengo.

—Lucca. —Matteo lo recibe con un abrazo mientras yo sigo allí, intentando no desmayarme al sentir todas las miradas sobre mí.

—Chiara… —Lucca extiende la mano hacia mí, fijando su mirada en la mía, y acepto su toque.

Es algo simple, sus dedos tocando los míos, sus labios besando el dorso de mi mano, y aun así, todo mi cuerpo se eriza.

Respira.

—¡Atención, atención a todos un momento! —exclama Matteo, tomando una copa de champán y golpeándola con un

cuchillo. Quiero gritar porque todos ya nos están mirando, pero me concentro en controlar mi respiración.

Miro alrededor y encuentro rostros conocidos.

Giu, hermosa en un vestido turquesa que marca su pancita; *mamma*, Enzo e Isa, ambos de negro, guapísimos; funciona por unos segundos, pero luego noto que todos los demás extraños me observan fijamente, y por un instante me cuesta respirar.

Mi mirada se cruza con la de Lucca y veo preocupación allí.

Inhalo y exhalo despacio.

—Hoy es un día muy especial para la *famiglia* —continúa mi hermano y me obligo a prestar atención a su discurso—. Todos saben que Lucca Salvatore es mi *consigliere*, un hombre honrado y de mi total confianza; lo que muchos no saben es que también es mi amigo.

Ah, Teo, qué lindo.

Es evidente cómo sus palabras afectan a Lucca.

Lo conozco demasiado bien.

Sus puños están apretados, y me imagino que por mucho que sepa todo esto, escuchar a mi hermano debe ser gratificante.

—Él es *famiglia* —continúa Matteo y varios empiezan a aplaudir—, y nada me traería más felicidad que ver a mi hermana casarse con él.

¡Santo cielo!

—¡Un aplauso para los novios, por favor! —grita, y todo explota a nuestro alrededor.

Mi corazón parece que va a salirse del pecho. Muerta de miedo de que alguien note que mis labios tiemblan, los muerdo.

¡Cálmate!

—Está todo bien, *bambina* —susurra Lucca solo para mí, y mi mirada se encuentra con la suya.

Muevo la cabeza, incapaz de decir algo en ese momento.

—Pronto dejaremos de ser el centro de atención…

Cuando creo que todo terminó y podré alejarme y beberme una copa entera de champán (o algo más fuerte si hay), no…

Lucca saca del bolsillo un anillo.

—¡Oh, Dios! —jadeo, sin poder ocultar la sorpresa cuando extiende la mano hacia mí en una invitación que no puedo rechazar, que no quiero rechazar… y todos nos observan atentamente.

Acepto su mano y miro en shock cómo desliza un anillo de oro blanco con un hermoso zafiro azul rodeado de diamantes.

—Este anillo era de mi madre —dice, sin apartar los ojos de los míos—, y ahora será de mi futura esposa —susurra, besando mis dedos, y siento mis ojos llenarse de lágrimas.

Más gritos y aplausos suenan a lo lejos, pero no logro procesarlo. Estoy congelada, perdida en los ojos verdes de Lucca, que parece tan afectado como yo con este teatro.

—¡Vamos a celebrar! —grita Matteo y agradezco que el show haya terminado.

Lucca es inmediatamente rodeado por los saludos de los *capos* y doy gracias al universo, porque no podría soportar un segundo más cerca de él sin tener un colapso.

—Respira, hasta estás blanca —susurra Isa cerca de mi oído, y le agradezco tenerla a mi lado.

—No puedo —murmuro.

—¡Sí puedes! Eres Chiara Zampieri, recuérdalo.

—¿Todo bien por aquí? —La voz de Enzo suena detrás mío y me obligo a sonreír.

—Ajá —digo, y claro que no me cree ni una palabra.

—¿Qué tal si tomamos algo? —dice Isa, y sé que lo hace para que podamos quedarnos solas.

—Gracias —le agradezco cuando mi hermano se aleja sin decir palabra.

—¿Todo bien por aquí? —Giu se acerca, sonriendo y saludando a los invitados, y no puedo ni responder.

—Creo que fue demasiada emoción —exclama Isa, pero las veo mirarse entre ellas.

Están preocupadas y odio dejarlas así.

—¿Quién no lo estaría, verdad? Lo peor ya pasó, Chi —dice bajito.

Espero que tenga razón.

—Denme unos minutos y estoy lista de nuevo. No esperaba el discurso, ni el anillo… —Mi mano tiembla y juro que parece pesar cinco kilos.

—¡Qué hermoso! —exclama Giulia, admirándolo.

—Era de su madre… —Mi voz es casi un gemido.

Esto es algo que debería entregarle a su verdadera novia. No importa cuánto lo desee, no… no soy yo.

—Se te nota en la cara que estás colapsando. Basta con eso.

Hago una mueca.

Es una mierda ser tan transparente.

—Recuerda lo que hablamos. Hora del juego, ponte el top corto y pelea, chica. Sabes lo que quieres, ¿no?

Sí, lo sé.

Asiento y respiro hondo.

—¡Lo sé! —digo después de unos segundos.

Pero en este momento, solo consigo pensar que la noche apenas comienza.



Por unos minutos, logro escapar.

Lucca está entretenido con los invitados, pero mi paz termina en el segundo en que empieza a sonar una música lenta y lo veo caminando hacia mí.

—Oh, mierda… —susurro.

—¿Bailas conmigo, *bambina*? —pregunta, deteniéndose a pocos pasos, para mi total desesperación.

—¡No tengo mucha elección, ¿verdad?! —se escapa de mi boca antes de que pueda procesarlo, y lo veo fruncir el ceño, pero sonrío.

Vamos, Chiara…

Acepto su mano y, al son de una versión instrumental de *Vivo per lei* de Andrea Bocelli & Giorgia, empezamos a bailar.

—Intenta no destrozarme los pies —comenta Lucca rompiendo el silencio, y es evidente que intenta aliviar la tensión.

—¿Y me voy a perder esta oportunidad? —respondo, y ver su sonrisa hace que un poco de tensión desaparezca.

Solo un poco más…

—¿Falta mucho para que termine esto? —murmuro solo para sus oídos.

—¿Tan malo soy, *bambina*?

—Ya te pedí que no me llames así —susurro, sintiendo mi cuerpo tensarse.

—Me temo que no puedo cumplir tu pedido.

—Claro, sería pedir demasiado que me vieras como alguien ya mayor —replico, levantando el mentón.

—Ya te lo dije en la lancha y te lo repito: sé que no eres una niña —subraya, y su mirada arde en mí—. Solo que a veces actúas como tal.

—Vaya, tú… —Mi sangre hierve.

—No sé cómo tu hermano te permitió bajar con este vestido —dice, y veo cómo su mirada recorre mi escote.

Ah, entonces es eso.

—¿Cuál es el problema, *consigliere*? ¿Te interesa algo? —provoco, aunque sé la respuesta.

—Ya lo sabes, no seas ridícula —responde con voz ronca.

—Entonces me alegra que no seas mi hermano, ¿verdad? Y tampoco mi prometido… no de verdad —digo con una enorme sonrisa.

—Chiara… —Su tono se endurece cuando aprieta mi cintura y, consciente o no, su mano recorre suavemente mi espalda, sus dedos rozando mi piel hasta detenerse, entrecerrando los ojos—. Demonios, por favor, dime que llevas ropa interior —murmura, y casi me atraganto con la saliva.

—No seas ridículo, Lucca —susurro en su oído, repitiendo sus palabras de hace un momento—. Claro que sí, solo que es diminuta y es tipo tanga.

—Carajo —murmura y siento sus dedos apretarme.

Felicidades, Chiara, todo va perfectamente bien: si él ya te consideraba una niña, acabas de empeorar las cosas.

Lucca me saca de quicio.

Es imposible.

La música termina y no pierdo un segundo.

—Gracias por el baile —susurro—, pero necesito aire —digo, y camino apresurada hacia los jardines.

Seguro allí hay menos gente y podré disfrutar de unos segundos de paz.

Sé que Lucca me sigue incluso sin que me dé la vuelta, su perfume está allí… persiguiéndome.

—Chiara —me llama, y cierro los ojos.

—Solo quiero estar sola unos minutos, Lucca… —digo, girándome hacia él, pero, de repente, soy arrastrada hacia sus brazos—. ¿Qué? ¿Enloqueciste?

Estamos demasiado cerca.

Apoyo mi mano en su pecho, confundida.

—Nos está observando —susurra en mi oído, haciendo que mi cuerpo se estremezca.

¿Quién?

Maldición, ¿cómo razonar con él tan cerca de mí?

—¿Quién? —jadeo.

—Del Vecchio.

Oh, mierda.

Intento mirar alrededor, ver donde está el desgraciado, pero no puedo.

—Mira mis ojos, *bambina* —pide, y solo puedo pensar en su respiración contra mi piel.

¡Dios mío!

—Lucca —exclamo bajito, necesitando alejarme; esto es demasiado.

Su índice se posa en mi mentón, levantando mi rostro, y cuando lo hace, noto lo cerca que estamos.

Sus labios casi rozan los míos.

No hay distancia.

—Eres mi perdición, Chiara Zampieri —susurra sin apartar la mirada de la mía, y luego roza suavemente mis labios.

Es rápido, solo un roce, pero es real…

Lucca Salvatore acaba de besarme.

Cierro los ojos, todavía asimilando todo lo que acaba de pasar, cuando se aleja con rapidez.

—Se fue.

—¿Qué?

—Del Vecchio, volvió adentro. —Se pasa las manos por el cabello, y es entonces cuando entiendo todo.

Besarme fue parte de una puesta en escena.

Es casi como un puñetazo en el estómago, no es que alguna vez haya recibido uno para saberlo, pero… Cierro los ojos, respirando hondo.

No llores. No aquí. No le des ese gusto.

El dolor me rasga el pecho, pero me esfuerzo por poner una sonrisa en el rostro.

—Con permiso, *consigliere* —mi voz es cortante—, pero me gustaría quedarme sola.

—Chiara —me llama, pero lo ignoro, caminando apresurada hacia la mansión.

Para quien lo vea desde fuera, estoy sonriendo, pero por dentro… soy un caos.

Mamma conversa animadamente con algunos invitados al pie de la escalera. ¡Rayos, qué ganas tengo de subir y quedarme encerrada en mi habitación unos minutos!

Piensa, piensa…

Ignoro todo a mi alrededor.

Las risas, la música alta, solo sigo caminando, ciega de rabia; ¿cómo pude olvidar que todo era una farsa?

Abro la primera puerta que veo y la cierro tras de mí.

Doy unos pasos y solo entonces exhalo, sin darme cuenta de que había estado conteniendo el aire.

—Oh, Dios… —Apoyo las manos en las rodillas y solo entonces noto que, de todas las opciones, elegí justamente la oficina de Teo.

Agradezco en silencio que no haya nadie allí, pero parece que me precipité: mi paz no dura mucho.

—Chiara.

Cierro los ojos con fuerza, pero es inútil; una lágrima obstinada resbala por mi rostro. Me apresuro a secarla.

—Necesitamos hablar.

—No hay nada que hablar.

—Yo…

—Déjame en paz. —Mi voz sale más dura de lo que pretendía —. Solo quiero unos minutos, luego volveré a fingir ser tu prometida, ¿ok? —escupo las palabras sin siquiera mirarlo.

—Mírame…

Lo ignoro.

—¡Mírame, por Dios!

Hago una mueca, pero atiendo a su pedido.

—¿Qué quieres, Lucca? No hay nadie mirando aquí, no tienes que fingir que te importa.

Eres mi perdición.

Su frase resuena en mi cabeza y cierro los ojos.

—Perdón, eso no debería haber pasado —dice, pasándose las manos por el cabello.

¿Cómo puede ser tan contradictorio?

—Tranquilo, Lucca, sé que si dependiera de ti, nunca me besarías, ¿verdad?

Lo veo apretar los puños.

—No sabes nada —exclama.

Habla, di todo lo que tienes reprimido.

—¡Lo sé! Lo sé muy bien —replico, caminando hacia él y deteniéndome a pocos pasos—. Vi tu mirada aquel día, en mi cuarto… yo… —Mi voz falla, pero me obligo a continuar; sin más miedo—. Ahora lo veo, me deseas tanto como yo a ti —digo, y veo la sorpresa inundar su mirada—, solo eres demasiado cobarde para admitirlo.

—No sabes de lo que hablas —da un paso atrás—, las cosas no son tan simples.

Lo sabía, ni siquiera puede reconocerlo.

—Dime que no me deseas, dilo —casi grito—. Con todas las letras —le pido, colocando mi dedo índice sobre su pecho, y él cierra

los ojos—. Dime que no imaginaste lo que llevo puesto debajo de este vestido, que no querías besarme más… ¡DILO!

Silencio.

Siento que mi pecho va a estallar.

—Eso imaginé. —Suspiro, dándome la vuelta y caminando hacia la ventana de la oficina.

Allá afuera todo parece calmado, tranquilo, lo opuesto a cómo me siento en este momento.

—Desearte es muy diferente a poder tenerte, *bambina* —dice, y ni siquiera me tomo la molestia de voltearme.

—¡Cobarde! —grito.

Y es liberador.

—Sigue viviendo en tu cuento de hadas, Chiara, pero en el mundo real las cosas funcionan distinto. No siempre se obtiene lo que se quiere.

—Tienes razón —susurro, girándome y mirándolo a los ojos —. Para obtener algo, primero hay que quererlo… y dejar de autoengañarse.

Él niega con la cabeza.

—Voy a volver a la fiesta y te sugiero que hagas lo mismo. Ignoraré esta conversación y te sugiero que tú también lo hagas.

—No te preocupes, volveré y seré la novia que todos esperan. —Seco las lágrimas que me insisten en caer. Mierda—. Haré lo que mi hermano me pidió, seré la novia de Lucca Salvatore, engañaremos a los enemigos, pero no esperes que olvide lo que pasó, o lo que vi en tu mirada, lo que… sentí, porque a diferencia de ti, yo no tengo miedo… ya no.

Lucca no dice nada; su mirada no deja la mía. Nos quedamos mirándonos en silencio y sé… solo sé que está tan emocionado como yo.

—No tardes, Chiara —pide, y entonces, sin decir nada más, sale de la oficina dejándome sola, perdida con mis sentimientos.

Puedes ser cobarde, Lucca Salvatore, pero yo soy una Zampieri, y tendré coraje… por los dos.

Y sé lo que quiero; y te quiero a ti.

CAPÍTULO 2 - LUCCA

Luca



Rewrite the stars – James Arthur & Anne-Marie
Hold on – Chord Overstreet

Soy el maldito *consigliere* de la Sacra Siena Organizzata.

Asumí el cargo hace dos años, justo cuando Matteo asumió el lugar que le correspondía como *Don*.

Mi padre aún estaba vivo y se indignó por ser dejado de lado como consejero, pero a Matteo no le importaba en absoluto; él quería a alguien de confianza a su lado, y ese ciertamente no era Santino Salvatore.

Muchos dirían que, en ausencia del *Don* y del subjefe, yo ocupo la posición más alta en nuestra jerarquía, sin embargo, estoy nervioso.

Nervioso como nunca antes.

He perdido la cuenta de cuántas veces he caminado en círculos por la sala o he revisado la pequeña caja de terciopelo en el bolsillo de mi saco.

Una mirada al reloj de pulsera que llevo indica que ha llegado la hora; debo ir a la mansión. Los invitados ya deben estar llegando, y se espera que el novio esté presente… yo: *Lucca Salvatore.*

Me imagino lo que mi padre pensaría de todo esto.

Seguramente lo habría considerado escandaloso, algo totalmente absurdo, y habría insistido en que convenciera al *Don* de lo contrario.

En su cabeza, cualquiera sería mejor que su desgraciado hijo, o peor, siendo tan codicioso como era, seguramente intentaría sacar algún beneficio del matrimonio.

No es momento de pensar en él, sino en cómo sobrevivir a las próximas horas.

Debo asegurarme de que Del Vecchio crea esta mentira y, de paso, resistir los encantos de Chiara.

La mujer ha hecho mi vida miserable.

No me preocupan sus comentarios punzantes o su lengua afilada…

Es su presencia, sus acciones disfrazadas de inocencia pero destinadas a hacerme perder la cabeza.

Ella se dio cuenta.

Ese día en su cuarto, cuando fui a verla justo después del anuncio de nuestro falso compromiso.

Claro que estaba aterrorizada y convencida de que la farsa no duraría, pero por los motivos equivocados.

¿Odiarla yo?

No podría dejarla pensar ni por un segundo eso.

Nunca podría odiarla.

No cuando el problema es exactamente el contrario.

Casi pierdo la cabeza, y Chiara lo notó…

La desgraciada sabe que hay algo, sin importar mi silencio o la manera en que la evito, hablando solo lo necesario para mantener esta farsa creíble frente al personal de la mansión; de alguna manera, mi *bambina* está decidida a hacer que ceda a sus encantos.

Esa es la única explicación para su comportamiento.

Y mi misión es permanecer indiferente.

No importa cómo, no importa cuánto duela… o cuán difícil sea. Chiara no entiende…

No puedo tenerla.

Es incorrecto, impensable…

La vi crecer y ella es una Zampieri, mientras yo…

Soy solo el *consigliere*.

Como decía mi padre, debo mantenerme en mi lugar.

Y en este momento, creo que el imbécil tenía razón, porque si dejo que mis sentimientos por Chiara salgan a la luz, corro el riesgo de perder todo lo que más valoro: la confianza de mi *Don* y amigo… maldita sea, de toda la familia.

La única que tengo.



Llego a la mansión y, como imaginaba, todo está decorado.

Mi *madrina* siempre sorprende, y hoy no sería diferente.

Ni parece que estemos celebrando solo un compromiso.

Maldita sea.

Siento mis manos heladas y las meto en los bolsillos del pantalón, tratando de proyectar algo muy alejado de la realidad: tranquilidad.

Varios invitados comienzan a llegar y reconozco a la mayoría.

Saludo a los *capos* de Pisa y Grosseto, y agradezco cuando veo a Enzo, su futura esposa y a Giulia más adelante.

—Vaya, vaya, miren a quien tenemos aquí: al novio, ¿o debería decir "amorcito"? —provoca el subjefe, y solo no levanto el dedo del medio para no sorprender a los invitados.

—Vete a la mierda, antes de que se me olvide —respondo, y el cabrón sonríe.

—Deja de fastidiarlo, es tu futuro cuñado —reprende Isa, pero no sé quién es el peor de ellos dos, ambos parecen disfrutar de la situación.

—Dejen a Lucca en paz, acaba de llegar—Giulia sale en mi defensa.

—Por fin alguien de mi lado —celebro antes de tiempo.

—Esperen cinco minutos más y luego sigan, por favor —exclama seria, pero luego sonríe, y nadie puede mantenerse serio, incluido yo.

Es una pena que la tensión pronto regrese.

—¿Cómo estás? —pregunta Enzo serio, y respiro hondo.

—Estoy muy nervioso. —Me encojo de hombros—. ¿Ya llegó Del Vecchio?

—En la entrada, me avisó Rafaelle hace un momento.

—Mierda…

—Tranquilo, todo está bajo control. No sería tan loco de intentar algo aquí.

—No es eso lo que me preocupa —reconozco.

—¿Chiara? —Arquea la ceja, pero ni tengo tiempo de responder.

—Ah, ahí estás… —La voz de mi *madrina* suena a mi lado, y me giro, solo para encontrar a la mujer que es casi como una madre.

Otro motivo para dejar de desear a su hija, maldita sea.

No tengo tiempo ni para hablar, cuando estoy envuelto en sus brazos.

—Qué hermoso estás, querido. —Emocionada, toca mi rostro con cariño—. Chiara bajará pronto. Matteo está con ella.

Maldita sea.

No sé si agradecer la información o perder la cabeza por completo.

Miro hacia Enzo y veo que el subjefe está atento a cada reacción mía y trago saliva.

¿Sospechará algo?

Estoy a punto de preguntar cómo le fue en Chiusure, esperando cambiar de tema, cuando un movimiento en la entrada anuncia que el jefe de la mafia de Civitavecchia acaba de entrar.

—Es hora de recibir al invitado —provoco a Enzo, sabiendo que odia toda esta parte diplomática.

—Matteo se está haciendo el tonto. Ni siquiera pudo bajar a saludar al imbécil.

Estoy a punto de compadecerme de él e ir yo mismo a recibir al invitado, cuando un nuevo murmullo surge, seguido del más absoluto silencio.

No necesito ser un genio para darme cuenta de quién es…

Lo siento.

Levanto la mirada hacia la escalera y veo a Chiara absolutamente deslumbrante con un vestido rosa, ondulante.

Una verdadera princesa… *mía.*

¡Contrólate!

Mi mirada se cruza con la suya y el tiempo parece detenerse.

No puedo apartar los ojos, maldita sea, creo que ni siquiera puedo respirar.

Observo, hipnotizado, cómo desciende los escalones, sosteniéndose del brazo de su hermano, mi amigo… el *Don* de la Sacra.

Recuerda eso si quieres seguir respirando.

Con cada paso suyo, siento el pecho a punto de explotar.

Tan hermosa y atractiva, no puedo resistir, recorro su cuerpo con la mirada, haciendo un esfuerzo por no mostrar cómo me afecta, y por supuesto que tendría un maldito escote, no sería Chiara si no tuviera algo que nos vuelva locos.

En este caso, para volverme loco a mí.

Felicidades, *bambina*, lo lograste.

No entiendo nada de moda, solo sé que sería tan fácil deslizar esa tela a un lado y chupar sus tetas como el hombre hambriento que soy.

¿Qué carajo fue eso?

Siento mi polla latir y aprieto los puños, necesitando pensar en cualquier cosa triste antes de exhibir una maldita erección aquí en medio de todos.

Controla tus tonterías, Lucca. Ojos en su cara, maldita sea.

Hago eso solo para perderme en sus ojos azules y, aun desde la distancia, veo su nerviosismo, cómo sus mejillas se tiñen levemente de rojo, lo incómoda que está ante tantas miradas.

Créeme, yo también estoy incómodo, pero por razones puramente egoístas: no quiero que nadie vea lo bella que es…

Ni siquiera termino el pensamiento, pero sigue retumbando en mi mente, casi como un eco: mío, mío… Chiara es mía.

¡Concéntrate! ¡Muévete!

Fuerzo mis piernas a caminar hacia ellos.

—*Don* Zampieri —saludo, sabiendo que la ocasión exige un trato más formal, al menos de mi parte.

Sí, mantente en tu lugar.

A Matteo, por supuesto, eso no le importa en absoluto.

—Lucca. —Me abraza y siento un nudo formarse en mi garganta, porque sé que es real, años de amistad; fuerzo mi atención hacia ella… la razón de mis tormentos, de mis noches en vela.

—Chiara… —Extiendo la mano hacia ella, sin apartar la mirada de la suya.

Tan hermosa…

¡Perfecta!

Ella acepta, y no pierdo tiempo: beso el dorso de su mano, sin apartar mi vista de la suya.

Mía… mía…, sigue resonando dentro de mí.

—¡Atención, atención a todos un momento! —exclama Matteo, tomando una copa de champagne y golpeándola con un cuchillo.

Por supuesto que daría un discurso para "abrir" oficialmente la fiesta, no que me importe la curiosidad de todos; lo que me interesa es la reacción de un solo invitado, el jefe de Civitavecchia, pero desde donde estoy no logro verlo.

Pero incluso eso se vuelve secundario cuando miro a Chiara y veo lo incómoda que está con toda esta atención. Mi mirada se cruza con la suya y quiero asegurarme de que todo estará bien, que pronto habrá terminado, aunque sé que la noche será larga.

—Hoy es un día muy especial para la *famiglia*… —continúa mi amigo y me obligo a apartar la vista de su hermana—. Todos saben que Lucca Salvatore es mi *consigliere*, un hombre honrado y de total confianza; lo que muchos no saben es que también es mi amigo…

¡Maldita sea, Matteo!

Dije que no me importan las miradas, olvida esta mierda…

Mi pecho parece que va a estallar.

Aprieto los puños, cada palabra me golpea y siento un nudo formarse en mi garganta.

Honor, confianza, amistad…

Todo lo que arriesgaría si siguiera mi corazón.

—Él es *famiglia*… —continúa Matteo y algunos aplauden—… y nada me daría más felicidad que ver a mi hermana casarse con él.

Maldita sea, maldita sea…

Es difícil contener la emoción, pero sé que todo esto es parte de la farsa, del teatro orquestado para convencer a Del Vecchio, pero maldita sea, cómo desearía que fuera real.

—¡Un aplauso para los novios, por favor! —grita el *Don*, y todo explota a nuestro alrededor. Trago mis propias frustraciones preocupado por la mujer frente a mí.

Chiara se muerde los labios y sé que está temblando.

¡Infernal!

—Está todo bien, *bambina* —susurro solo para sus oídos y su mirada encuentra la mía.

Asiente con la cabeza, y la tentación de abrazarla es enorme, pero me contengo.

—Pronto dejaremos de ser el centro de atención…

Ni siquiera termino la frase para no ponerla más nerviosa; saco del bolsillo el anillo, la única cosa que tengo de mi madre, y lo extiendo hacia ella, en un pedido silencioso.

—Oh Dios… —jadea, sin esconder la sorpresa, mirando desde mi rostro hacia la joya por unos segundos, para finalmente aceptar mi mano, y no puedo hacer otra cosa que sonreír al deslizar el anillo en su dedo.

—Este anillo era de mi madre —explico, sin apartar la mirada de la suya—, y ahora será de mi futura esposa —susurro, queriendo decir cada palabra, aunque sea… imposible; entonces beso cada uno de sus dedos con una caricia suave.

Los invitados enloquecen y más gritos y aplausos suenan a lo lejos, pero no puedo pensar en nada más que en Chiara frente a mí.

Matteo grita algo que ni escucho, pero debe ser el final del discurso, ya que inmediatamente varios *capos* comienzan a acercarse para felicitarme.

Un grupo de interesados me hace preguntas, pero es normal: quieren acercarse a mí, ya que en su mente pronto estaré aún más conectado con la Familia Zampieri.

La princesita de la mafia será mía.

Gran error.

Miro hacia donde estaba Chiara y descubro que ahora está con las chicas, menos mal.

Que cuiden de ella.

—¿Qué te pareció? —susurra Matteo solo para mis oídos, poniendo su brazo sobre mi hombro.

—Creo que fue convincente… —aclaro con un carraspeo.

—Eso es porque… —comienza a responder, pero ni puede terminar la frase; de pronto, *Don* Del Vecchio aparece frente a nosotros, acompañado de su esposa y su hijo mayor, aquel que estamos intentando emparejar con Arianna Rizzi.

—Una hermosa celebración, *Don* Zampieri —lanza—. Una lástima que no sea mi hijo el novio, con todo respeto, *consigliere* —añade, mirando desde mis ojos hacia Matteo; *maldita sea*, debo admitir que el hijo de puta tiene agallas.

—Estoy seguro de que su hijo…

—Tommaso. —El imbécil abre la boca, pero Matteo ni se inmuta.

—Como decía, seguro que su hijo —Matteo enfatiza la palabra, dejando claro que no nos importa un carajo su nombre— podrá hacer un buen matrimonio. ¿Qué le parece si aprovechamos para que conozca mejor a los Rizzi?

—El *capo* de Pistoia y Prato… —exclama el *Don*, sin ocultar el desprecio, quedándose en silencio unos segundos.

El ambiente se tensa y, aunque a la distancia intercambio una mirada con Enzo, sé que todos están atentos, hasta que, de la nada, el viejo suelta una sonora carcajada.

—¿Esto es una fiesta o no? Vamos a celebrar y después ocupémonos de los negocios —dice, sonriendo como si nada hubiera pasado, sirviéndose un vaso de whisky que el camarero le acaba de ofrecer.

No pierdo la oportunidad, tomo uno para mí también.

El líquido ámbar me baja quemando la garganta.

La noche apenas comienza, pero promete.

Durante los minutos siguientes, casi no puedo moverme; cada *capo* y varios invitados se acercan para hablar conmigo.

Afortunadamente, cuando comienza a sonar una música lenta y algunas parejas se animan a bailar, es mi señal.

—Con permiso, señores, necesito encontrar a mi novia. —Sonrío, pero por dentro solo pienso que Chiara no estará nada feliz con esto.

Es una situación infernal, pero no hay forma de escapar de ella.

Los dos tenemos que fingir, y ahora es una excelente oportunidad o, dentro de poco, nadie creerá en esta mierda.

Estoy a pocos pasos de ella cuando percibe mi acercamiento; su mirada se cruza con la mía y puedo jurar que murmuró algo bajo.

Oh, Chiara, ¿qué voy a hacer contigo?

—¿Bailas conmigo, *bambina*? —provoco, claro, deteniéndome a pocos pasos, para mi total desesperación.

—No es que tenga muchas opciones, ¿verdad? —responde rápidamente, y aunque quiero mantenerme serio, no puedo; me descubro sonriendo, la verdad es que amo su boca atrevida.

Mi mirada se dirige a sus labios, y demonios, las imágenes de ellos alrededor de mi polla me golpean con fuerza.

¡Concéntrate!

Es solo un baile, por el amor de Dios.

—Intenta no destrozarme los pies —bromeo, intentando romper el silencio, pero más que eso, necesitando cualquier cosa, aunque sean sus ataques, para pensar en algo que no sea su cuerpo suave contra el mío, su perfume dulce, o el maldito escote que apenas cubre sus pechos.

—¿Y me voy a perder esta oportunidad? —responde, y no puedo contener la sonrisa.

Aquí está ella, mi chica.

—¿Falta mucho para que termine? —murmura solo para mis oídos.

—¿Tan malo soy, *bambina*?

—Ya te pedí que no me llames así —susurra, y siento cómo se tensa entre mis brazos.

—Me temo que no puedo cumplir tu pedido —susurro, sabiendo que se molestará con mi respuesta.

—Claro, sería pedir demasiado que me vieras como alguien ya mayor —retruca, levantando el mentón en señal de desafío.

—Ya te lo dije en la lancha y te lo repito: sé que no eres una niña —enfatizo, y mi polla se agita para reforzar el punto; *control, carajo*—, solo que a veces actúas como tal.

—Vaya, tú… —jadea, su pecho subiendo y bajando al ritmo de su respiración acelerada, y me absorbe por completo, evitando que la arrastre de ahí ahora mismo.

—No sé cómo tu hermano te permitió bajar con este vestido —lanzo, intentando no mirar el maldito escote, pero fracaso miserablemente.

—¿Cuál es el problema, *consigliere*? ¿Te interesa algo? —provoca la maldita, y aprieto los dientes, preparándome para el dolor de cabeza infernal que vendrá.

—Ya lo sabes, no seas ridícula —respondo, intentando sonar indiferente, pero en mi mente solo puedo pensar en lo bien que se sentiría sentir el peso de sus tetas en mis manos, morderlas, succionar fuerte.

¡Carajo! Me iré al infierno.

—Entonces me alegra que no seas mi hermano, ¿verdad? Y tampoco mi prometido… no de verdad —dice, con una sonrisa enorme.

—Chiara… —Mi tono es duro, la chica tiene el *Don* de desestabilizarme, y cuando me doy cuenta, la tengo más cerca, mis dedos apretando su cintura, la mano deslizándose por su espalda desnuda, sintiendo su piel caliente…

¡Carajo!

Me doy cuenta de lo que estoy haciendo y dónde estamos, y paro, con la mano apoyada en su cadera, justo encima de su deliciosa nalga, pero en una posición que ya me pone en serio riesgo si Matteo siquiera lo sospecha…

Ignoro las advertencias en mi mente; un único pensamiento martilla mi cabeza, al sentir, o mejor dicho, al no sentir.

—Demonios, por favor, dime que llevas ropa interior —murmuro, apenas reconociendo mi propia voz.

—No seas ridículo, Lucca —susurra en mi oído, usando la misma frase que yo dije antes—. Claro que sí, solo que es diminuta y es tipo tanga.

Cierro los ojos y respiro hondo, solo para embriagarme con su perfume.

Maldita.

—Carajo —murmuro, apretando su cintura.

Si Chiara no me hace infartar hoy, nada más lo hará.

—Gracias por el baile —murmura—. Pero necesito tomar aire —dice apresurada, caminando hacia los jardines, y solo entonces me doy cuenta de que la música terminó.

La observo alejarse y paso las manos por el cabello, intentando calmar el torbellino en mi pecho.

Me invade una loca necesidad de dejar su trasero rojo solo para luego cubrirlo de besos.

Si ella cree que puede decir algo así y simplemente alejarse, está equivocada, maldición. Sigo tras ella, rezando para que nadie note lo trastornado que estoy.

—Chiara —la llamo, apretando los puños, tratando de contener la loca necesidad de atraerla a mis brazos.

—Solo quiero estar sola unos minutos, Lucca… —responde, girándose hacia mí, y justo en ese momento veo a lo lejos a Del Vecchio mirándonos. No pienso mucho y la acerco hacia mí—. ¿Qué? ¿Enloqueciste? —jadea, apoyando la mano en mi pecho, con una expresión de sorpresa reflejada en sus ojos.

—Nos está observando —susurro en su oído, y siento su cuerpo estremecerse contra el mío.

¡Maldición, Chiara!

—¿Quién? —susurra.

—Del Vecchio.

Ella intenta mirar alrededor, pero ni girando completamente el cuello lo vería. El hijo de puta está casi fuera de visión, pero siento su mirada sobre nosotros.

—Mira mis ojos, *bambina* —pido, tratando de razonar, lo que es casi imposible con Chiara tan cerca.

¿Por qué nos está observando?

¿No habrá creído en el compromiso?

¿Qué está planeando el hijo de puta?

Miles de escenarios comienzan a surgir en mi cabeza, pero todo queda en segundo plano al tenerla en mis brazos… conmigo.

—Lucca… —exclama bajito, y por un momento ignoro la razón, ignoro a todos alrededor, levanto su mentón con el dedo índice, necesitando perderme en sus ojos.

Tan cerca…

Puedo sentir su respiración en mi rostro, y mi corazón parece que va a estallar.

—Eres mi perdición, Chiara Zampieri —susurro, sin apartar la mirada de la suya, y luego rozo sus labios en un beso rápido, no es ni cerca de lo que deseo, de mi hambre por ella, pero es todo lo que puedo tener… de ella.

Aprieto los puños, conteniendo la locura de empujarla a algún rincón y perderme en sus labios, en sus curvas, tener mi lengua en su boca, sentir su sabor…

¡Mierda!

Eso está totalmente fuera de cuestión.

Me aparto rápido y agradezco al universo al ver que el *Don* de Civitavecchia ya no está acechando.

—Se fue —suspiro, recuperando un poco la razón.

—¿Qué?

—Del Vecchio, volvió adentro. —Me paso las manos por el cabello, nervioso, pero siendo sincero conmigo mismo, el viejo es el menor de mis problemas.

Todo se trata de ella.

Sobre cómo quiero más y más…

No debí besarla, fue un error.

Chiara cierra los ojos y se aleja.

Es evidente en su rostro que está molesta.

¡Mierda!

Va a malinterpretarlo todo.

—Con permiso, *consigliere* —su voz es cortante—, pero me gustaría quedarme sola.

—Chiara… —la llamo, pero ella ignora, caminando apresurada hacia la mansión.

—Demonios —murmuro.

Todo esto es culpa de mi falta de control.

¿Qué estaba pensando, carajo?

No pensé.

Ese es el problema.

Y ahora tengo que limpiar el desastre que yo mismo creé.

Respiro hondo y no pierdo tiempo.

Necesito hablar con ella, pedirle disculpas; Del Vecchio estaba allí, pero aun así, nada lo justifica…

La veo entrar como un huracán al despacho de Matteo y la sigo apresurado en la misma dirección.

Algunos invitados intentan acercarse, pero ni les doy oportunidad, camino enfocado, con un solo objetivo: arreglar las cosas con mi *bambina*.

Soporto todo, menos saber que la lastimé.

Yo…

Cálmate, *consigliere*.

Abro la puerta despacio, solo para encontrarla de espaldas, con las manos apoyadas en las rodillas, y verla así me destroza.

—Chiara —la llamo y la veo enderezarse, llevándose la mano al rostro.

Soy un maldito inútil.

—Necesitamos hablar —digo, intentando pensar qué decir, pero no se me ocurre nada.

—No hay nada que hablar —responde, sin siquiera mirarme.

—Yo…

—Déjame en paz —repite, con la voz ligeramente quebrada —, solo quiero unos minutos, luego volveré a fingir ser tu prometida, ¿ok? —escupe las palabras.

—Mírame…

Me ignora.

Cierro los ojos, molesto por haber arruinado la noche, pero ni loco salgo de ahí dejándola así.

—¡Mírame, por Dios! —insisto y ella se gira hacia mí.

Ver la tristeza en sus ojos siempre alegres es un golpe en el estómago.

Todo en mí grita ir hacia ella, pero no debo…

—¿Qué quieres, Lucca? No hay nadie mirando aquí, no tienes que fingir que te importa.

Sus palabras duelen…

¿Por qué me importa tanto…?

Si al menos ella supiera…

Ignoro su comentario, necesitando ser racional.

—Perdón, eso no debería haber pasado —comienzo, pero ni me deja continuar.

—Tranquilo, Lucca, sé que si dependiera de ti, nunca me besarías, ¿verdad? —se burla, irónica.

Aprieto los puños, tratando de dejar mis sentimientos de lado.

Estoy acostumbrado a hacerlo desde hace mucho, pero hay un límite entre lo que puedo soportar escuchar y permanecer indiferente.

—No sabes nada —exclamo, dejando que las emociones me dominen.

Chiara entrecierra los ojos y se acerca.

—¡Lo sé! Lo sé muy bien —responde, deteniéndose a pocos pasos—. Vi tu mirada aquel día, en mi cuarto… yo… —Su voz tiembla, pero sigue—. Ahora lo veo, me deseas tanto como yo a ti —exclama, y diablos, todo en mí vibra al escuchar que me quiere, ¡A MÍ!, pero al mismo tiempo recuerdo que no importa, y es como un balde de agua fría—, solo eres demasiado cobarde para admitirlo.

Mi sangre hierve con su última frase, pero no podría estar más acertada.

—No sabes de lo que hablas —me alejo, necesitando distancia—, las cosas no son tan simples.

—Dime que no me deseas, dilo —aumenta el tono, alterada —. Con todas las letras —pide, metiendo el dedo en mi pecho, y

cierro los ojos, respirando hondo, cada palabra suya revolviendo todo lo que intenté esconder en los últimos cinco años—. Dime que no imaginaste lo que llevo debajo de este vestido, que no querías besarme más… ¡DILO! —exige.

Silencio.

No sé cuánto tiempo nos quedamos ahí, mirándonos, pero no puedo mentir, así que tomo el camino más fácil: me callo.

—Eso imaginé. —Suspira, dándome la espalda, caminando hacia la ventana del despacho.

No puedo apartar la mirada de ella.

Chiara es como un imán… atrayéndome.

—Desearte es muy distinto a poder tenerte, *bambina* —exclamo, y esa es toda la verdad que tendrá de mí.

—¡Cobarde! —responde, sin molestarse en girar la cara.

Sonrío, pero es una sonrisa triste.

Si al menos intentara comprender.

Ojalá fuera simple, y pudiera reclamarla y tenerla solo para mí, pero…

—Sigue viviendo en tu cuento de hadas, Chiara, pero en el mundo real las cosas funcionan distinto. No siempre se obtiene lo que se quiere. —Mis palabras salen duras, cargadas de la frustración que me inunda.

—Tienes razón —susurra, girándose y encontrando mi mirada. Hay tanto ahí, tanta tristeza, tanto sentimiento—. Para obtener algo, primero hay que quererlo… y dejar de autoengañarse.

Niego con la cabeza, sabiendo que esta discusión es inútil.

No cambiará.

—Voy a volver a la fiesta y te sugiero que hagas lo mismo. Ignoraré esta conversación y te sugiero que tú también lo hagas.

—No te preocupes, volveré y seré la novia que todos esperan —responde, y veo que llora. Me siento una mierda—. Haré lo que mi hermano me pidió, seré la novia de Lucca Salvatore, engañaremos a los enemigos, pero no esperes que olvide lo que pasó, o lo que vi en tu mirada, lo que… sentí, porque a diferencia de ti, yo no tengo miedo… ya no.

¡Mierda, Chiara!

No hagas esto.

No lo compliques más de lo que ya es.

Haz algo, di algo…

Permanezco allí, congelado, admirando a la mujer que vi crecer: inteligente, valiente, jodidamente hermosa… y una enorme tristeza me invade, porque sé que todo esto, su enojo, sus sentimientos, o lo que cree sentir, pasará… tiene que pasar… porque yo soy solo yo, maldición.

No soy suficiente.

No soy lo que ella merece.

Chiara Zampieri tiene el mundo a sus pies.

Desvío la mirada, poniéndome nuevamente la máscara que conozco bien, y me preparo para volver a la realidad, donde no existe un nosotros, no de verdad.

—No tardes, Chiara —digo, y sin añadir nada más, salgo del despacho dejándola sola, como el cobarde que soy.

CAPÍTULO 3 - CHIARA

Clara



Secret Love Song – Little Mix, Jason Derulo

Siete días.

Hace exactamente siete días que no veo a mi "prometido".

Sé que Lucca está huyendo de mí. Solo lo sé.

Y, en el fondo, quizá sea mejor así, aunque la rabia todavía hierva dentro de mí.

¡Cobarde de mierda!

Un maldito cobarde.

Después de nuestra conversación en el despacho, no sé cómo logré sobrevivir esa noche hasta el final. En realidad, sí lo sé.

Pasamos la mayor parte del tiempo separados, o cerca, pero siempre con alguien alrededor.

Era eso o podría arrancarle los ojos, o lo que es peor, agarrarlo, para que reconociera que yo tenía razón.

Yo sé que soy…

Entonces, ¿por qué?

¿Por qué se resiste?

"Desearte es muy diferente a poder tenerte… bambina".

Su frase no se ha ido de mi mente desde aquella noche.

La he analizado cientos de veces y sigo con dudas.

¿Significa que me quiere, pero por qué diablos cree que no puede tenerme?

¿Sabe algo que yo no sé?

¿Será que Teo tiene planes para mí, después de que esta farsa termine?

Lucca podría saberlo, siendo el *consigliere*. Es una posibilidad real.

Dios mío, a este ritmo me va a salir una úlcera.

Me duele el estómago y me obligo a respirar profundo.

Inmediatamente, los recuerdos de nuestro compromiso regresan a nuestra mente.

Él conversando con los invitados, sonriendo, haciendo sus pequeñas bromas…

Parecía que nada había pasado.

Como si para él no fuera algo importante, mientras yo solo podía sonreír y asentir ante cualquier tontería que me decían.

Quizá se trate de eso.

Los dos usando nuestras máscaras de indiferencia, mientras por dentro… todo es caos.

Si tuviera que resumir la fiesta en una palabra, sería fácil: tortura, pero… no quiero seguir pensando en eso.

Lo pasado, pisado, ¿no es lo que dicen?

Termino de arreglarme y me miro satisfecha en el espejo.

Nada mal para alguien que pasa casi todas las noches llorando.

El maquillaje es vida.

Bajo las escaleras, tensa, y solo suelto el aire al ver que no hay señal de él en el piso de abajo.

Ni de él ni de mis hermanos.

No sé qué está pasando esta semana por aquí, pero Matteo y Enzo apenas están en casa.

—Pensé que no ibas a bajar —comenta Giu, con su enorme pancita, y es imposible no sonreír.

¿Puedes creer que dentro de dos meses tendremos un bebé en la mansión?

A finales de mayo, Pietro llegará para completar aún más nuestra familia y estoy lista para ser la tía más babosa.

—¿Y perderme tu compañía? ¡Nunca! —digo, acercándome y dándole un beso en la mejilla—. ¿Todo bien, niño? —Me agacho

junto a su barriga, asegurándome de que Pietro ya conozca mi voz.

Giulia se ríe e Isa pone una mueca, pero sé que está bromeando.

Es nuestra sana competencia.

—No sirve de nada, él sabe que la *madrina* soy yo.

—Y yo seré la tía favorita.

—La única, el bebé tampoco tendrá opción —retruca, y estoy lista para responder cuando *mamma* entra en la sala, y su mirada va directo hacia mí.

—Querida…

—Hola, *mamma*.

—No creas que me engañas con todo ese maquillaje. Te veo muy triste y abatida.

¿Cómo lo hace? Creí que había escondido bien mis ojeras.

—Está todo bien —miento.

—Por ahora fingiré que me lo creo. —Me besa la frente, y me siento, lista para comer algo, aunque no tenga mucha hambre.

—¿Dónde están Teo y Enzo? —pregunto, sintiendo todas las miradas sobre mí.

—En el despacho, con Lucca —responde Isa, enfatizando su nombre, pero lo ignoro.

—¿Pasa algo? —pregunto, después de tomar un sorbo generoso de café.

—Dínoslo tú.

—No entiendo. —Arqueo la ceja, sin disimular la confusión.

—Es duro verlos así… a ustedes.

—¿Ustedes?

—Lucca tampoco tiene buena cara —comenta Giu, y *mamma* solo permanece en silencio, observando todo.

Esto es tan incómodo.

No les he contado nada a ellas.

Nada sobre el hecho de que me besó, un beso breve, pero aún así, me besó… o nuestra conversación en el despacho.

Sé lo que dirían… que no me rinda, que haga que él vea que nada lo impide. O peor aún, que Giulia decida hablar con Matteo.

No.

Esto es algo solo entre Lucca y yo y, de una forma u otra, lo resolveré. Incluso si tengo que arrancar al desgraciado de mi mente y de mi corazón.

Aún estoy debatiéndome con eso.

Pero si me rindiera con él, ¿Dónde estaría mi valentía?

¿Cómo puedo llamarlo cobarde si yo cedo ante el primer obstáculo?

—No puedo decir nada, apenas lo vi después…

—Del compromiso. —Isa finaliza la frase, y solo asiento.

—Todo está bajo control, se preocupan por nada. Iré más allá… —comienzo, sabiendo exactamente qué hacer para dejar este asunto atrás de una vez.

—¿En qué estás pensando? —Giulia se acomoda en el sillón y no puedo contener la sonrisa.

—Creo que las voy a dejar conversar solas, siento que no me va a gustar lo que viene.

—¡*Mamma*! —exclamo.

—Solo digo, te conozco demasiado bien, *figlia*.

Muerdo mis labios para no reír.

—Ok, cuenta ya, tengo curiosidad —pide Isa, apenas Eleonora se aleja lo suficiente—. ¿Vas a hablar sobre lo que pasó entre tú y el *consigliere* en esa fiesta?

Hago una mueca.

—No.

—Vaya, ya pensé que finalmente tendríamos detalles.

—Olvídenlo. Lo que iba a decir es… La Spiaggia.

—Tienes que estar bromeando —exclama Giulia.

—No. Nada de bromas. Escúchenme bien —comienzo, captando su atención—. Con la amenaza contra Isa superada, la familia volvió a respirar, todo está normal, bueno, excepto por esta cuestión del compromiso falso —pongo los ojos en blanco—, lo que significa que podemos y DEBEMOS —enfatizo— aprovechar para tener una noche de chicas.

—Matteo nunca lo aceptaría —comenta Giu, pero sé que ya sembré la semilla.

—Es nuestra oportunidad de divertirnos antes de que llegue Pietro, con sus pañales sucios y noches sin dormir —destaco, y Giulia hace una mueca.

—Ignora a tu tía, bebé. —Acaricia la barriga.

—Y de paso, aprovechamos para hacer la despedida de soltera de Isa.

—Hum… ahora sí me interesa, pero ¿no fue ahí donde casi las secuestran?

—Los Ferrara ya no existen. Ahora todo está controlado por otro *capo*, iremos con todos los guardias que quieran y —hago una pausa, porque estoy siendo dramática— prometo quedarme en la aburrida zona VIP.

—Sí, pagaría por ver eso —exclama Giulia, soltando una carcajada.

—Pensé que confiarías en mí, cuñadita.

—Ese es el problema, te conozco.

—La última vez no cuenta —replico, observando cómo las dos intercambian una mirada—. ¿Entonces? —pregunto después de unos segundos, mordiendo mi tostada.

—Veré si consigo convencer a Matteo.

—Siiii… —vibro, saltando de la silla, casi sin contenerme—. Va a ser divertido, estoy segura.

—No te emociones, aún no sé si aceptará.

—Claro que sí, solo tienes que pedirlo con delicadeza. —Le guiño un ojo.

—Estoy de acuerdo —exclama Isa, mordiendo sus labios—. Y debo admitir que estaría bien ir a una discoteca, ni recuerdo la última vez que fui a una.

—Ok, veré qué consigo, pero les aviso que no podré estar mucho tiempo parada, mis pies comienzan a hincharse.

Isa y yo intercambiamos una mirada.

—Bailaremos por ti, no te preocupes —dice, sacando las palabras de mi boca.

—Y no olvides la parte de las bebidas —agrego sonriendo.

—Estoy empezando a pensar que no vale la pena hablar con mi esposo —bromea, fingiendo estar seria, pero no puede resistirse

y termina riendo de manera contagiosa—. Espero tener noticias mañana, crucen los dedos.



Ya estaba acostada en la cama cuando llegó un mensaje al grupo de chicas, y aunque somnolienta, la curiosidad pudo más que yo.

Giu: ¡Todo listo! La Spiaggia, mañana por la noche.

Isa: ¡Esaaa, se ve que la noche fue divertida!

Yo: Fingiré que no leí eso. ¿Podrían recordar que es mi hermano?

Isa: Ups, lo siento Chi, pero sabes que es verdad.

Giu: Ni lo negaré. Me enseñaron que mentir está mal.

Yo: Dios, socorro… ustedes dos no tienen filtro alguno.

Giu: Ah, casi lo olvido. Tu prometido irá también.

¿Qué?
Casi grito, pero me contengo y escribo rápidamente.

Yo: Ok.

Giu: ¿Está bien, en serio?

Yo: ¡Claro! No cambia absolutamente nada para mí. ¿Olvidaron que el compromiso es falso?

Isa: Ajá…

Yo: Me voy a dormir, ya pensando en el outfit de mañana.

Giu: Por favor, trata de no infartar a tu hermano. Te lo agradezco mucho.

Yo: Dramática. Me comportaré… un poco.

Las dos envían una serie de emojis riendo, y yo no puedo evitar sonreír también.

Algo me dice que mañana será un día fantástico.

Con Lucca o sin Lucca…



Como imaginaba, el día pasó lento, era casi medianoche, pero aún no era hora de empezar a arreglarme. Claro que ya tenía todo el look en mi cabeza, y sería todo menos recatado.

Tomo un baño largo, lavo mi cabello, lo cepillo, aunque sé que quedará algo desordenado al final de la noche. Si hay algo que odio en estos lugares es el olor a cigarrillo que se impregna en la ropa y el cabello, pero es un sacrificio que estoy dispuesta a hacer.

Una hora después, estoy vestida, maquillada y satisfecha con lo que veo en el espejo.

Falda de cuero negra a la altura de los muslos, acompañada de una blusa de manga larga del mismo color, ligeramente transparente y cubierta de pequeños cristales.

El sostén de encaje negro debajo le da el toque final.

Cabello liso, suelto, cayendo sobre mi espalda.

Maquillaje gris en los ojos y labios rojos.

Eso es todo.

Nada de princesita por aquí.

No hoy.

Un golpe en la puerta me devuelve al presente.

—Pueden entrar —grito, terminando de ponerme unas pulseras.

—¡Por Dios! ¡Estás hermosa! —Isa es la primera en hablar, espectacular con unos jeans rasgados en los muslos y rodillas, y una blusa de satén negra, suelta.

—¿Te gusta? Tú estás divina, cuñadita —exclamo, enfatizando cada palabra, y ella sonríe.

—No puedo creer que solo yo vaya de vestido y, además, verde —resopla Giu, mirándome a mí y luego a su amiga—. Tenía que ir de negro para combinar con ustedes —bromea.

—Estás hermosa. Ni pienses en cambiarte —digo, y realmente lo está, el vestido verde musgo de manga larga con botas altas le quedó perfecto.

—Coincido, estás espectacular. En realidad, los dos lo están. Empiezo a pensar que vamos a tener problemas para salir.

—Matteo ya vio el vestido. —Giu guiña un ojo.

—¿Y no se quejó? —pregunto, y viendo el rubor en su rostro, supongo que resolvió cualquier reclamo.

—Digamos que hice algunas promesas… para después de la fiesta.

—Por el amor de Dios. —Me tapo los oídos.

—¿Y tú, Chi? —insiste Isa, sonriendo.

—Seguro que Matteo está más preocupado por la ropa de su esposa que por la mía —replico, ligera.

—No hablo de él.

Ohhh… *él.*

—Nunca llegará el día en que Lucca me dicte lo que debo ponerme —escupo, sintiendo la rabia recorrer mis venas.

—Sabía que la noche sería fantástica —responde, divirtiéndose con la situación.

—Tú y Enzo no podrían formar una mejor pareja. Ambos disfrutan viendo el sufrimiento ajeno, es increíble.

—¿Yo? —Pone cara de inocente—. ¡Nunca! —afirma, pero no aguanta y admite—: Ok, ok, admito que estoy loca por ver la cara de Lucca al ver… todo esto. —Señala hacia mí.

—¡Loca!

—Bien, ya que estamos todas listas, voy a avisar a Matteo e intentar calmarlo para cuando vea a Chiara. —Guiña un ojo.

—Hazlo, cuñadita. ¿Ya te dije hoy que te amo? —bromeo, enviándole un beso.

—Nos vemos allá abajo en cinco minutos, ¿ok? —pregunta Isa, y ambas asentimos.

Cinco minutos.

Mi corazón late como loco en el pecho.

La expectativa crece con cada minuto.

Me miro una última vez al espejo, me pongo el perfume que amo y listo.

Es hora de divertirse.

Tomo mi cartera negra y salgo del cuarto, sintiendo mis manos ligeramente frías.

No esperaba que Lucca fuera.

Realmente pensé que seguiría evitándome, pero… bueno, tendré que lidiar con eso.

Al escuchar voces en el piso de abajo, Giu e Isa ya están allí, me apresuro y, al llegar al inicio de la escalera, las veo, pero mi mirada se dirige inmediatamente hacia él, es casi como un imán.

Hermoso ni siquiera empieza a describir al cretino.

Apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos de su pantalón de vestir color carbón, que contrasta con la camisa negra de manga larga abrazando sus músculos.

Deja de mirarme, consigliere. ¡Detente ahora!

Mi mirada se cruza con la suya y lo veo analizando cada centímetro de mi cuerpo. Intento mantenerme indiferente, pero todo en mí vibra y siento mis mejillas arder.

Maldita sea.

¿De qué sirve solo mirar?

Me obligo a prestar atención a los escalones y avanzo hacia la sala.

Un silencio extraño cae sobre el ambiente.

—¿Entonces? ¿Vamos o no?

—Todavía estoy pensando si hacerte subir a cambiarte, *sorellina*… —La voz de Matteo suena dura y, por un segundo, creo que estoy perdida, pero entonces mi hermano se rasca el mentón y se relaja, volviendo su atención a Giu—. Vamos pronto a Castiglione, cuanto antes vayamos, antes volveremos —dice, y sé que esa indirecta fue para ella, que se sonroja.

Por el amor de Dios…

Intercambio una mirada con Isa y ella muerde sus labios para no reír. Enzo, a su lado, permanece en silencio, pero no me engaño, sé que mi hermano notó mi ropa; afortunadamente decidió no meterse. El único incómodo parece ser quien no debería… él.

Lucca sigue mirándome fijamente, y su mirada es dura sobre mí.

Lo conozco lo suficiente para saber que está irritado, pero, ¿saben qué? No me importa.

Como si fuera poco, claro que iré en el mismo carro que él. Ni discuto para no irritar a Matteo; simplemente entro en la camioneta, agarro mi celular e intento con todas mis fuerzas ignorar su presencia.

Fallo.

Mis ojos están en la pantalla, pero no tengo la menor idea de lo que tengo delante.

Mi corazón parece que va a salir por mi boca en cualquier momento, y ese olor… su perfume… hace que hasta respirar sea difícil.

—¿Vas a seguir ignorándome, *bambina*?

—El que está huyendo de mí eres tú, *consigliere*. Recuerda eso.

Lo veo entrecerrar los ojos, pero no responde.

La tensión, que ya era grande, empeora.

La noche apenas comienza, pero sé que será larga…

Me pongo los auriculares y me recuesto en el asiento, haciendo mi mejor esfuerzo para ignorar su presencia y cómo me afecta.

La paz dura unos minutos, hasta que mi celular vibra sobre mi regazo.

Desbloqueo y no tardo en descubrir que son ellas, preguntando cómo van las cosas con mi "prometido".

Muerdo los labios para no reír y escribo un mensaje rápido.

Yo: Si no hubieran dicho nada, ni siquiera me habría dado cuenta de que estaba aquí.

Isa: Cuéntame otro chiste. Ojalá fuera una mosca en ese coche.

Giu: Apostaría a que hace calor ahí, y ni el aire acondicionado ayuda.

Yo: ¿No tienen a nadie más a quien molestar?

Ni espero respuesta, lo pongo en silencio y guardo el celular en mi bolso, porque sé que si lo mantengo en las manos, la conversación se alarga, y ahora solo quiero olvidar quién está a mi lado y llegar pronto a la discoteca.

Cuando el vehículo se detiene, cuarenta minutos después, un alivio recorre mi cuerpo y esa emoción deliciosa comienza a invadirme.

Observo a los soldados bajar y me apresuro a soltar el cinturón, pero apenas me muevo, escucho su voz ronca.

—No tan rápido, *bambina*.

¿Qué pasa ahora?

En segundos, Lucca está libre y demasiado cerca para mi cordura.

—Tu hermano puede haber hecho la vista gorda con tu ropa… —Su mirada recorre mi cuerpo y todo vibra dentro de mí.

—Vaya, tu… —comienzo, pero no puedo terminar; sus dedos agarran mi nuca y siento su toque allí, firme y caliente.

—Apenas te cubre los muslos, maldita sea.

—¿Qué vas a hacer? —Levanto el mentón—. Justo como sospechaba. Nada.

—No me pongas a prueba, Chiara. —Acerca su rostro, deteniéndose a pocos centímetros, claramente irritado—. No te gustará el resultado.

Sonrío, burlonamente.

—Creo que debes recordar que no tiene nada que ver conmigo, Lucca, no realmente.

Su mirada sigue fija en la mía, inquebrantable, y me cuesta respirar.

Un golpe en la carrocería nos devuelve al presente, y él se aparta, pasando las manos por su cabello.

—Recuerda lo que te dije —advierte, girando levemente el rostro hacia mí, y luego abre la puerta, saliendo del vehículo.

Maldición…

Él es un verdadero idiota.

¿Por qué tiene que importarle mi ropa?

Mi corazón parece que va a estallar, pero me obligo a respirar profundo y bajo con una sonrisa enorme en el rostro.

De ninguna manera dejaré que Lucca arruine mi entusiasmo.

Hoy me voy a divertir… eso es una promesa.



—Creo que ya tuviste suficiente, rubia —dice Isa, quitándome de la mano la copa que acabo de tomar del camarero.

—Oye, ¡esa es mía! —resoplo, con la voz ligeramente arrastrada.

—Exactamente.

—Deja de arruinarme el placer. Ya que tengo que quedarme atrapada en el VIP, al menos voy a beber todas —exclamo, tomando otra copa, agradecida de que el hombre de las bebidas siga pasando.

—Ni quiero pensar en tu resaca mañana.

—Deja que Chiara se divierta un poco más —comenta Giu, y sonrío.

—Así es, cuñaditaaaa. ¿Ya te dije que te amo hoy?

—Unas diez veces —responde riendo—. Pero debo admitir que esta versión tuya borracha es bastante divertida. Aprovecha, que pronto tu hermano regresará y creo que la fiesta se acabará para nosotras.

—Nooooo —resoplo, moviendo mi cuerpo al ritmo de la música electrónica —. ¡Está tan bueno! Tenemos que quedarnos más.

—Estoy con Giu, ya me desquité —responde Isa, tirándose en el sofá a su lado.

—¡Flojas! La noche apenas empieza, si al menos pudiera… —Miro hacia el piso de abajo, y la pista llena de cuerpos saltando es una seductora invitación.

—Ni lo pienses —advierte Giu, y vuelvo mi atención hacia ellas.

—Allá parece tan divertido.

—Aquí también lo es, vamos… bailamos, bebimos, yo tomé jugo, pero aún así cuenta, fue divertido.

—Aún no ha terminado —le recuerdo.

—Créeme, para mí sí… —Se ríe, y veo que ya está sin sandalias; realmente no mintió, sus pies parecen esponjosos panes.

Aunque estoy un poco alcoholizada, sé que Giu tiene razón.

Nos divertimos, bajo la mirada constante de mis hermanos y de él…

Solo de pensar en Lucca, me siento extraña.

Después de nuestra conversación en el carro, no volvió a abrir la boca, ¿verdad?, pero aún así sentía su mirada… en todo momento.

Con los demás, siguió actuando normal, habló con mis hermanos, soldados y con las chicas, pero cada vez que mi mirada se cruzaba con la suya… era como si todo el aire se esfumara, como si nada más existiera a nuestro alrededor.

Cierro los ojos, tomando el resto de champán que queda en mi copa. Necesito más.

—Aquí tiene. —Sonrío al camarero, tomando una copa colorida que ni sé qué es y la bebo de un trago. El líquido dulce desciende quemando. Es bueno… quizá así deje de pensar en el desgraciado.

—Algo me dice que están ansiosas por volver a casa. —La voz de mi hermano suena detrás de mí, y eso solo puede significar una cosa: Lucca ha vuelto.

—Lo estamos —responde Giu, pero entonces me mira—. Excepto Chiara, que podría quedarse hasta tarde.

Levanto la copa, confirmando sus palabras, y siento mi cuerpo balancearse ligeramente.

¿Está soplando viento aquí o es solo mi impresión?

Apoyado contra la pared, Matteo entrecierra los ojos en mi dirección, pero no dice nada; solo hace un gesto a los soldados que comienzan a moverse.

Maldición…

—Nos vamos —anuncia, con toda autoridad, levantando a Giu en brazos como si no pesara nada.

—Puedo ir caminando, lo sabes —murmura, sorprendida por su acción.

—Tus pies están hinchados, *diavoletta* —susurra, todo cuidadoso, y a veces es difícil de creer cómo mi hermano se ha transformado en este hombre apasionado.

Matteo y Enzo harían cualquier cosa por sus elegidas, y me sorprendo pensando si algún día tendré a alguien que me mire de la misma manera…

El movimiento a mi alrededor me recuerda que debo dejar de soñar despierta y moverme.

Los soldados avanzan hacia la salida, abriéndose camino entre la multitud. Matteo y Giulia están unos pasos delante de mí, con Isa y Enzo justo detrás.

La música sigue vibrando y la multitud baila ajena al hecho de que el *Don* de la mafia de Siena pasa a pocos pasos de distancia.

Seguramente piensan que es algún empresario importante.

No están equivocados, pero no saben ni la mitad.

Un movimiento a la derecha llama mi atención.

El pilar… está vacío.

Muerdo mis labios y miro al frente, solo para confirmar que mis hermanos se alejan cada vez más. Todavía tengo algunos soldados detrás, sin contar al desgraciado de Lucca que debe andar perdido por ahí, pero…

Sería tan fácil… solo unos minutos.

Siempre quise subir y bailar sobre él.

No pienso demasiado, salgo del camino, ignorando los llamados de los soldados, y subo apresurada a la columna de

concreto estratégicamente ubicada en medio de la pista.

Hay cuatro más repartidas en el lugar y todas están ocupadas.

Cierro los ojos y dejo que la música me lleve, bailando como si mi vida dependiera de ello.

Escucho silbidos, voces de hombres gritando groserías, pero lo ignoro todo, disfrutando de aquello, de la pequeña sensación de libertad, aunque sea por unos segundos.

—Chiara… —La voz de Lucca suena dura, pero lo ignoro.

—Estás buenísima. —Alguien silba, y siento una mano sobre mi pierna.

Abro los ojos con el toque indeseado, solo para descubrir que es un idiota cualquiera.

—¡Fuera! —grito, pero él continúa y su agarre en mi pierna es tan fuerte que pierdo el equilibrio.

Ohh.

Cierro los ojos, preparándome para el impacto, pero no es el suelo lo que encuentro, sino el pecho fuerte y perfumado de Lucca.

—Ey, yo la vi primero… —El idiota ni siquiera puede terminar la frase.

El *consigliere* le da un cabezazo, haciéndolo caer hacia atrás, llevándose la mano a la nariz que sangra tiñendo el suelo de rojo.

—Puedo ir caminan…

—Ni una palabra más o juro por Dios que te dejaré el culo rojo.

Trago la respuesta atrevida, sabiendo que no está bromeando.

—Y tú todavía dices que ya no eres una niña —escupe las palabras, y no puedo callarme.

No, de ninguna manera.

—¡Vete a la mierda, Lucca!

Su presión sobre mí aumenta, prensándome contra su pecho.

—Solo quería divertirme —le digo.

—Chiara… —Su voz es una advertencia, y no sé si es el alcohol, pero las palabras salen de mi boca antes de poder controlarme:

—Apuesto a que te encantaría dejar mi trasero rojo, *consigliere*.

Veo su mandíbula tensarse.

—Normalmente ya eres irritante, pero cuando estás borracha...

—Pues hay gente que lo disfruta —replico, esperando llegar pronto al carro y salir de su abrazo. Es sofocante, y mi estómago parece dar vueltas con cada paso.

—Esos idiotas —se burla, pero luego su frase me sorprende —. Podrías tener algo mucho mejor.

—Excepto que la persona que quiero, no me quiere —resalto, encontrando sus iris verdes, y maldita sea, podría perderme ahí. Desvío la mirada y respiro hondo—. Tengo que arriesgarme, no voy a querer que mi primera vez sea con algún viejo calvo y… —comienzo, pero no puedo terminar.

—¿Qué diablos pasa? —pregunta Matteo, furioso, y estoy lista para contarle todo, cuando veo sangre corriendo por el rostro de Lucca.

—Te lastimaste —susurro, acariciando su rostro con cuidado, y su mirada está en la mía otra vez.

—Un idiota en el camino. Todo resuelto —responde, sin contarle a mi hermano lo que realmente hice y provocó su herida.

¿Por qué no me delató?

—Cuídala —ordena Matteo, y Lucca solo asiente.

Seguramente quiere ser él quien me castigue, y debo estar muy loca, porque la idea de su mano sobre mí no me asusta.

—Vamos, *bambina*. —Su voz suena más calmada, pero sé que todavía está enojado.

Su cuerpo está tenso.

Con cuidado, me acomoda en el asiento y cierra la puerta dejándome sola. Ya empiezo a pensar que iré sola en la camioneta cuando finalmente se abre la puerta del otro lado y Lucca entra, sin mirar en mi dirección.

En pocos minutos, el vehículo está en movimiento y no sé si soy yo, pero todo parece sacudirse.

Intento mantenerme inmóvil, inhalar y exhalar, pero a cada minuto siento mis manos más frías mientras todo dentro de mí parece revolverse.

—Lucca… —jadeo, y no necesito decir nada más.

—¡Detén el maldito coche! —grita, y con un chirrido de frenos, el vehículo se detiene en la vereda.

Mis manos tiemblan al intentar abrir la puerta, y es él quien viene en mi ayuda, empujándola, y agradezco mentalmente, porque un segundo más y habría vomitado dentro del vehículo, aumentando mi humillación.

—Oh, Dios —jadeo, sintiendo mi estómago convulsionar.

—Está todo bien. —Su voz es calmada, y siento sus dedos sujetando mis cabellos.

Además de todo, tiene que ser gentil.

Solo cuando tengo certeza de que no hay nada más que expulsar, me acomodo en el asiento.

Ni siquiera necesito un espejo para saber que estoy horrenda.

—Toma. —Me entrega un pañuelo y una botella de agua.

—Gracias —susurro, avergonzada, y él no dice nada, sigue serio, analizándome, luego se acerca y todo mi cuerpo se tensa, pero solo para cerrar la puerta que golpea señalando que estamos listos para continuar.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo, deseando que la humillación quede ahí, pero sé que aún tenemos un largo camino por recorrer hasta Siena.

¡Dios, ayúdame!

Me despierto con un sobresalto, y aunque todavía estoy somnolienta y bajo los efectos del alcohol, noto tres cosas: estamos cerca de la mansión, de alguna forma me dormí, y tengo la cabeza apoyada en su hombro, con su blazer sobre mí, manteniéndome caliente.

Respiro.

Me aparto lentamente y siento su mirada sobre mí.

—Gracias —susurro, devolviéndole su chaqueta, pero él sigue mirándome, inmóvil.

—Tenías frío por el aire acondicionado —explica, pero en ese momento, solo me siento caliente bajo su mirada.

—Dios… me duele la cabeza —murmuro, desviando la mirada.

—Espera hasta mañana —responde, con una sonrisa pícara en su rostro.

El maldito se está divirtiendo con la situación.

Muerdo mis labios, reprimiendo la tentación de darle una respuesta atrevida.

Lucca me cuidó, *otra vez…*

Permanezco en silencio.

—¿Por qué hiciste eso, *bambina*? —Se gira hacia mí y es imposible ignorarlo.

Siento mis manos temblar y aprieto los puños.

—Quisiera saber cómo es tener una vida normal…

Lucca arquea una ceja y yo giro los ojos ante su pregunta.

—Beber, bailar… tener sexo. —Me encojo de hombros, como si no hubiera dicho nada fuera de lo común.

—Chiara —exclama, pasando las manos por el cabello, visiblemente incómodo, y agradezco que los soldados no puedan escuchar nuestra conversación—. No vas a acostarte con nadie, maldita sea. —Su voz es ronca y su mirada arde sobre mí.

—Sí, sí… —Pongo los ojos en blanco—. Se me olvidó, tengo que reservarme para mi marido, ¿no es así? Mientras tú y mis hermanos andan acostándose con todas las mujeres que encuentran.

En un segundo está distante, en el siguiente muy cerca, y sus ojos no sueltan los míos.

—Tú… —susurra, y hay tanto no dicho en su voz—. Juro que no sé qué hacer contigo. —Acaricia mi rostro con el dedo índice.

Tengo algunas ideas.

Pero ahora ni el alcohol me da el valor suficiente para hablar, mucho menos en voz alta.

—Vamos, te dejaré en tu cama con un vaso de agua y un medicamento para el dolor de cabeza —avisa, y solo entonces noto que la camioneta está estacionada.

—Puedo ir sola, *consigliere* —replico, y aunque ya vomité, todavía me siento algo mareada.

—Claro, para caerte por las escaleras, ni pensarlo.

—Matteo, Enzo…

—Tus hermanos ya están adentro, y deberías agradecer que no vieran tu estado.

—¡Estoy perfecta! —destaco, guiñándole un ojo, pero casi me caigo, siendo salvada por su brazo fuerte alrededor de mi cintura.

—Vamos, *bambina* —murmura cerca de mi oído, y ya ni sé donde estoy; solo puedo sentir su perfume fresco cerca de mí.

Por el amor de Dios… es Lucca, recuerda, él no te quiere, o algo así.

Poder y no querer, no… era: quererte es diferente a poder tenerte… creo que era así, maldita sea, estoy confundida ahora.

La mansión tiene solo algunas luces encendidas.

Todo indica que mis hermanos ya subieron a sus habitaciones con sus mujeres. Seguramente ya están en la post-fiesta, mientras que para mí…

Nada de diversión.

A no ser que vomitar con Lucca sosteniéndome el cabello cuente como diversión.

Qué noche del infierno.

Ignoro el hormigueo en mi cuerpo y su toque caliente en mi cintura. Solo necesito una ducha y acostarme.

Lucca empuja la puerta y es bueno estar en mi rincón.

—Dios, necesito ducharme —comienzo, sujetando el borde de la blusa, intentando quitármela sin mucho éxito.

Mi coordinación está hecha trizas, casi me caigo de nuevo.

—Lo harás mañana. —Lucca sostiene mi mano, y allí está otra vez, su toque caliente… que intento ignorar con todas mis fuerzas.

—¿Ahora eres el inspector de mi ducha, *consigliere*? —digo, con la voz algo arrastrada, pero él ni se inmuta, me ayuda a llegar a mi cama que, guau, ni recordaba que fuera tan suave.

Mmm, tal vez dormir y luego ducharme no sea mala idea, después de todo.

Apoyo la cabeza en la almohada, sintiendo ese aroma a limpieza, a hogar… y respiro profundo.

—Está bien —susurro, con los ojos cerrados.

De alguna manera, mis botas salen de mis pies, y siento la manta cubrir mi piel.

Definitivamente, voy a dormir y a olvidar esta noche, bueno, casi toda, menos a Lucca, menos él… y su mirada sobre mí, su cuidado.

Todavía con los ojos cerrados, siento sus labios en mi frente.

Un beso cariñoso de hermano, de amigo… de protección, y mi corazón se aprieta.

—Buenas noches, *bambina* —susurra tan bajito que apenas lo escucho. ¿Ya estaré soñando?

Fuerzo mis ojos a abrirlos un poquito, están tan pesados, pero entonces lo veo, mi mirada se encuentra con la suya.

Ese verde que amo, y me sorprendo sonriendo.

—Buenas noches, Luc —lo llamo como solía hacerlo años atrás, cuando todo era más simple.

Cuando nada había cambiado.

Cuando un beso fraternal era lo que esperaba y quería.

Eso ya es cosa del pasado.

Yo quiero más, pero eso solo lo tendré en mis sueños, y pensando en eso dejo que el sueño se apodere de mí.

Porque cuando duermo, tengo a Lucca Salvatore para mí sola... de verdad.

CAPÍTULO 4 - LUCCA

Lucca



[…These minefields that I walk through
Estos campos minados por los que camino
Lo que arriesgo por estar cerca de ti
¿Qué no arriesgaría por estar cerca de ti?
These minefields keeping me from you
Estos campos minados me mantienen alejado de ti.
What I risk to be close to you
¿Qué no arriesgaría por estar cerca de ti?
Close to you
Cerca de ti
Close to you
***Cerca de ti** …]*

Extracto de Minefields – Faouzia & John Legend

Apenas logré dormir un poco.

Flashes de la noche infernal seguían apareciendo en mi mente sin parar.

Imágenes nítidas de Chiara con esa ropa que apenas cubría sus muslos. Ella bailando…

Increíblemente hermosa.

La tentación era arrancarle los ojos a cada uno de los imbéciles que se atrevieron a mirarla, pero eso terminaría en un baño de sangre sin precedentes.

La chica atrae atención donde sea que va, y todo en mí grita: **MÍA.**

Maldita sea.

Termino de vestirme y pronto estoy listo para otro día más.

Problemas y asuntos por resolver no faltan, sin embargo, mi cabeza sigue en ella.

¿Estará bien después de la borrachera de anoche?

Aún no entiendo qué la llevó a beber tanto, pero entonces sus palabras llegan a mi mente.

"Quisiera saber cómo es tener una vida normal…".

Y tengo que reconocer que creció rodeada de cuidados y restricciones, y aunque todo fue para protegerla, al final fue privada de muchas experiencias que la mayoría de las mujeres de su edad ya había tenido, incluyendo…

Aprieto los puños, recordando lo que dijo.

Maldita sea…

Chiara dijo que quería tener sexo.

Casi me infarto en ese momento, y mi polla, traicionera, por supuesto, se excitó.

Maldición.

Respiro hondo, sabiendo que hoy será otro día difícil, como todos los anteriores.

Fingir indiferencia y seguir adelante es la meta.

Aguantar unas semanas más, hasta tener todo resuelto con los Rizzi.

Cobarde, cobarde… sus palabras parecen resonar dentro de mí, y doy un puñetazo en la mesa de la cocina, irritado, mientras el dolor se extiende por mi brazo.

—Maldita sea —murmuro, mirando la sangre que corre por los golpes recién dados.

Felicidades, Lucca, excelente forma de empezar el día.

Cero control.

Diez minutos después, finalmente estaciono mi auto frente a la mansión. Podría haber dormido aquí, en uno de los cuartos de huéspedes como tantas veces hice, pero incluso con todo el cansancio y siendo altas horas de la madrugada, cuando regresamos de Castiglione, fui a mi rincón, a pocos kilómetros de distancia.

La verdad es que necesitaba un maldito respiro de ella, pero no sirve de nada… Chiara sigue persiguiéndome.

—Buenos días, querido —mi *madrina* me saluda con una enorme sonrisa y algo de tensión se disipa—. ¿Cómo estás? ¿Se divirtieron ayer?

Su pregunta me toma desprevenido y me demoro unos segundos en responder, lo que no pasa desapercibido para ella.

La mujer es demasiado astuta.

—Se puede decir que sí.

—Ya veo… ¿te golpeaste en algún lugar?

—¿Esto? —Llevo el dedo índice hasta el pequeño corte, que apenas se ve, pero ella, por supuesto, lo notó—. No es nada. Ya sabes cómo soy de cabezón. —Guiño un ojo y ella sonríe.

—Lo sé, come algo antes de meterte en esa oficina.

—Por más tentador que sea, no puedo, me están esperando.

—*Figlio* —me reprende, y su forma cariñosa de llamarme es un golpe en mi cara, recordándome que no dejo de pensar en su hija y no como debería.

Maldita sea.

—Un bocado. —Agarro el croissant y ella sonríe satisfecha mientras camino hacia donde Matteo y Enzo me esperan.

Golpeo suavemente la puerta y pronto la inconfundible voz de Matteo suena desde el otro lado.

—¡Adelante!

—¡Buenos días! —saludo, encontrando al *Don* y al subjefe de la Sacra, pero más que eso… a mis amigos.

—¡Tarde! —bromea Enzo mirando el reloj.

—Hasta donde sé, ni siquiera son las nueve, lo que significa que para mí ya es de día.

El imbécil se ríe, recostándose en el sillón.

—Antes de tratar otros asuntos —comienza Matteo, poniendo fin a la broma mientras enciende un cigarrillo—, ¿Chiara te dio mucho trabajo? —pregunta, arqueando la ceja, y casi me atraganto.

—No —digo simplemente, y ambos me miran como si supieran que hay más.

—¿Vomitó en el auto?

Claro que sabe todo. Es Matteo, por Dios.

—Ah, no. Logramos detenerlo a tiempo —replico rápidamente.

—No sé qué le pasó a la *sorellina*, nunca la había visto así. —Se pasa las manos por el cabello.

—Dijo que quería tener una vida normal, bailar, beber… —repito parte de su frase, ni loco voy a decir lo de querer tener sexo, mucho menos lo que pasó por mi cabeza en ese momento, sin mencionar el sentimiento insano de posesión que me domina solo de imaginar a Chiara con cualquier otro imbécil que no sea yo.

Mía… mía.

—¿Qué carajo significa eso?

Debería callarme, pero me veo defendiendo a la *bambina*.

—Hay que admitir que no tuvo muchas oportunidades de salir y divertirse con amigas, emborracharse… carajo, ni siquiera tenía amigas antes de Giulia e Isa —argumento y Matteo permanece en silencio.

—Lucca tiene razón. —Enzo rompe el silencio, haciendo que el hermano gire la silla y mire al horizonte, pensativo.

—Todo siempre fue para protegerla —murmura para sí mismo, pero es imposible no escucharlo.

—Ella lo sabe —lo tranquilizo, conociéndolo lo suficiente para saber que en el fondo se culpa.

—Otro motivo para no elegir a un viejo calvo como futuro marido, o te odiará para siempre. —Enzo, siempre callado, decide hablar, y solo puedo pensar: ¿qué diablos es esto de marido otra vez?

—Ese problema está lejos, por ahora ganamos tiempo —replica Matteo, con los ojos fijos en mí, y todo en mí se agita.

—¿Tuvimos alguna respuesta del maldito? —pregunto, y solo de pensar en Del Vecchio y el imbécil de su hijo, mi sangre hierve, pero me obligo a mantener la calma.

—Nada. El viejo ha estado callado desde la fiesta. Rizzi ya señaló que está más que dispuesto a firmar el compromiso, dependemos de que el hijo de puta esté de acuerdo, pero…

—¿Pero? —Arqueo la ceja, sabiendo que me voy a arrepentir de preguntar.

—Esperaré a que venga a nosotros, el interés es de Civitavecchia, no podría importarme menos esta mierda.

Maldita sea.

Asiento, pero por dentro solo puedo pensar que esperar una respuesta del imbécil significa más tiempo fingiendo estar comprometido con Chiara.

—¿Pasa algo, Lucca? —pregunta Enzo, y solo entonces noto que estoy apretando los puños.

—¿Conmigo? ¡No! ¿Y contigo? Faltan pocos días para atarte de una vez, con correa y todo —desvío la conversación, pero en lugar de insultar o replicar, Enzo solo sonríe.

Sí, el hijo de puta sonríe.

—No puedo esperar, por Dios.

—¿También das la pata como un perrito?

—Vete a la mierda, tu turno llegará.

—Debo recordarte que estoy comprometido en este momento, lo que hace imposible que *"llegue mi turno".*

—Veremos —resopla, entrecerrando los ojos, al estilo Nostradamus, y maldita sea, siento hasta que se me erizan los pelos.

—Basta los dos. ¿Qué noticias hay de Livorno? —pregunta Matteo, cerrando el tema, algo que agradezco.

Los siguientes minutos se concentran en los problemas con los cargamentos y en cómo el nuevo *capo* de Grosseto está manejando la situación.

—Avísale a Martelli que, si es necesario, podemos hacer unas llamadas.

—Lo haré, pero parece que está controlando bien la situación con nuestros asociados —advierto.

—¡Bien!

—Si fuera el imbécil de Ferrara, ya nos habría llamado corriendo con el rabo entre las piernas —exclama Enzo, y carajo, no podría estar más acertado.

—Maldita sea, creo que si pudiera, mataría al idiota otra vez, solo por ese placer —exclama Matteo y es imposible no reír—. Bien, si no hay nada más que discutir, voy a ver si mi mujer ya desayunó.

—Igual, *mamma* quiere hablar con nosotros sobre la boda —explica Enzo.

—Correa, pata, es el combo completo aquí. —Toso, divirtiéndome al verlos conversar.

—Enzo tiene razón —resopla Matteo, con la mirada fija en mí.

—Sé más específico, ya que casi siempre lo soy —bromeo.

—Será gracioso verte caer, Lucca —exclama y antes de que pueda responder con una broma, sale del despacho dejándome ahí, perdido en mis pensamientos.

Lo cual, no es nada bueno.

No, porque me llevan directo hacia ella.

Respiro hondo y salgo del despacho, decidido a regresar pronto a casa.

Todo lo que necesito resolver puede hacerse desde allí, y si Matteo necesita algo, no dudará en llamarme.

Apenas piso fuera del despacho, noto que toda la *famiglia* está en la mesa.

Matteo y Enzo ya se unieron a sus respectivas mujeres y están entretenidos, y mi mirada va inmediatamente hacia ella; no importa cuánto intente frenarme, es automático.

Su mirada cruza la mía, rápido, una fracción de segundos, pero suficiente para recordarme que debo salir de aquí pronto.

—Buenos días —saludo y comienzo a dirigirme hacia la salida.

—¿No te quedarás con nosotros, Lucca? —pregunta Giulia y me doy vuelta, solo para encontrar la mirada de todos sobre mí.

Maldita sea.

—Ya desayuné y tengo mucho que resolver, quizás más tarde…

—¡Qué pena!

Ni miro en dirección a Chiara, con miedo de que vean lo que intento ocultar con tanto esfuerzo.

Maldita sea, muévete.

—¡Hasta más tarde! —me despido y vuelvo a caminar.

—¡Lucca, espera! —Su voz me hace congelarme en el lugar.

Me doy vuelta solo para ver a la *bambina* levantarse y caminar hacia mí, deteniéndose a pocos centímetros.

Ni necesito mirar la mesa, sé que todos nos observan, lo siento.

—¿Algún problema? —pregunto, cuando ella permanece en silencio.

Hace una mueca, y sé que está nerviosa.

—No, ningún problema —me tranquiliza y entrecierra los ojos.

—Ok, entonces ¿qué necesitas?

—Maldita sea, Lucca, solo quería agradecerte por lo de ayer.

—No hace falta, *bambina*.

Levanta el mentón, sus ojos azules fijados en los míos, y siento mi corazón acelerarse.

Tan hermosa…

—Sí hace falta. Exageré y arruiné el final de la noche, te lastimaste… —Mira mi frente, preocupada, y quiero reír.

—Estoy bien.

—El tipo, seguro, la pasó peor, pero aun así…

—Chiara —interrumpo.

—¿Sí? —Me mira expectante, mordiéndose los labios. Maldita sea, daría lo que fuera por volver a sentir eso.

—Eso no es ni una décima parte de lo que haría por ti —exclamo, sin apartar la mirada, y veo sorpresa en sus ojos.

Ah, bella… no tienes idea de lo que me provocas.

—Yo… —balbucea, pero se detiene—. Gracias por el medicamento para el dolor de cabeza, lo encontré esta mañana y me ayudó, ¡MUCHO! —resalta, sonriendo y apretando los puños.

—Me alegra verte mejor.

—Mejorando, pero no puedo quejarme. Me lo merecía, bueno, eso es todo, voy a dejar de retenerte. —Ahí está de nuevo mordiéndose los labios.

Maldita sea.

—Hasta más tarde, *bambina* —digo, sin poder dejar de admirarla.

—Tengo resaca, no voy a dejar que me molestes con eso. —Guiña un ojo—. Al menos hoy, no.

—Mejor otro día, entonces —bromeo, sin poder contener la sonrisa, y ella pone los ojos en blanco.

—En tus sueños, tal vez —replica, bromeando, y mi corazón se acelera. Maldita sea, cuánto extrañé estos juegos nuestros en los últimos días, verla sonreír por mí, o para mí—. Hasta luego, Lucca —se despide y yo asiento, incapaz de hablar en ese momento, no sé cómo sonaría mi voz.

Hasta luego, Chiara, pienso mientras me doy vuelta y camino hacia mi auto.

El silencio de mi casa nunca había sido tan atractivo, pero sé que en el fondo es inútil. Podría estar a miles de kilómetros y aún así mi mente estaría allí… con ella.

Con la única chica que no debería desear.

La única que deseo.

Chiara Zampieri.



CAPÍTULO 5 - CHIARA

Clara

[…You never thought you'd be much good for anyone
Nunca pensaste que sería muy bueno para alguien.
But that's so far from the truth
Pero esto está lejos de la verdad.
I know there's pain in your heart
Sé que hay dolor en tu corazón.
And you're covered in scars
Y estás cubierto de cicatrices.
Wish you could see what I do
Desearía que pudieras ver lo que yo veo.
'Cause, baby, everything you are
Porque, cariño, todo lo que eres
Is everything I need
Eso es todo lo que necesito.
You're everything to me
Eres todo para mí.
Baby, every single part
Querido, cada parte
Is who you're meant to be
Esto es lo que deberías ser.
'Cause you were meant for me
Porque fuiste hecho para mí.

And you're everything I need
Y eres todo lo que necesito…

Extracto de Todo lo que necesito – Skylar Gray
Un cuento tan antiguo como el tiempo – London Music Works

Despierto y me estiro despacio, sabiendo que el día de hoy promete muchas emociones.

Sí.

Llegó el gran día.

Isa y Enzo se van a casar.

Y mi pecho parece que va a explotar de tanta felicidad por los dos.

Después de un comienzo tumultuoso, gracias a la terquedad de mi hermano para reconocer que estaba enamorado y que Isa pertenecía aquí… con nosotros, con su *famiglia*, todo se acomodó.

Hizo falta que un venezolano imbécil entrara en escena para que él sacara la cabeza del agujero y la trajera con nosotros; lo demás es historia.

Y los dos son absolutamente HERMOSOS juntos.

Salto de la cama, sabiendo que en cualquier momento llegará el equipo de maquilladoras, y todavía necesito llenar mi estómago con algo.

Camino hasta el balcón, corro la ligera tela de la cortina y no puedo contener la sonrisa.

—¡Perfecto! —suspiro, al ver el cielo azul, sin una sola nube oscura.

Aun así, sé que *mamma* mandó instalar las mismas carpas que hubo en la boda de Teo. Al final, más vale prevenir. Llueva o haga sol, una cosa es segura: todo estará hermoso.

No veo la hora de ver la cara de Isa; desde ayer le prohibimos salir al exterior de la mansión. *Mamma*, Giu y yo nos estamos ocupando de todo, y estoy ansiosa por ver su sorpresa al encontrarse con las mesas de madera y las sillas distribuidas por el jardín, todo decorado con hermosos arreglos de lavanda y esas flores blancas bien chiquitas, creo que se llaman paniculatas;

mamma es la que sabe de estas cosas, yo solo sé que me gustan mucho.

Y en este caso, ¡me encantó! No hay mejor palabra.

Quedó delicado y absolutamente hermoso.

Tal vez no tan simple como ellos querían, pero es difícil contener a Doña Eleonora. Créeme, ya fue una victoria que tengamos como invitados solo a los *capos* y a la familia.

Se trata de eso, de una boda en la Toscana.

Con el mejor estilo posible, teniendo cerca a quienes importan, y a las colinas, los olivares y los cipreses como testigos.

Siento que los ojos se me llenan de lágrimas y carraspeo.

Respira, Chiara…

Es solo porque siempre me emociono en las bodas, no tiene nada que ver con el hecho de que sé que difícilmente tendré la mía.

Al menos, no con quien yo quiero.

Oh, maldita sea. No vayas por ahí, no hoy.

Ya es suficiente con saber que voy a tener que estar muy cerca del *consigliere* por el bien de mi cordura. Somos los padrinos.

Todo va a salir bien.

Si aguanté mi propio compromiso, esto va a ser pan comido.

Unos golpecitos en la puerta me sacan de mis pensamientos negativos.

—¡Ya voy! —grito, secándome una lágrima terca que se escapó.

—¡Todavía estás en pijama! —Giu casi grita, y hago una mueca.

—Perdón, me distraje.

—Vamos, vamos —dice, ya entrando toda entusiasmada—. Rápido, a cambiarnos, que tenemos que ir a atormentar a Isa.

—Dame cinco minutos, solo voy al baño y ya…

—Ve, ve… —Se sienta en mi cama, que todavía está sin hacer.

Tal como prometí, unos minutos después estoy de vuelta, lista para empezar el día.

—¿Ya hablaste con ella? —pregunto, mientras agarro un short de jean y una remerita y me cambio ahí mismo, bajo su

mirada atenta.

—Está asustada. —Sonríe, y solo puedo imaginar la ansiedad y los nervios.

—Yo también lo estaría.

—Dentro de poco te toca a ti.

—No empieces —replico, poniendo los ojos en blanco, y ella suelta una risita mientras acaricia su pancita hermosa—. ¿Vamos?

—¡Vamos! Ya pedí que llevaran unos panecillos y frutas para comer mientras esperamos al equipo.

—Ahora sí que me convenciste del todo.

Caminamos juntas hasta el antiguo cuarto de Isa, donde pasó su última noche, para deleite de Enzo.

Giulia está a punto de golpear la puerta cuando la interrumpo, señalando hacia las escaleras, donde aparece Martina trayendo una bandeja llena de delicias.

—Déjame a mí —susurro, yendo hacia la señora y tomando la bandeja con cuidado—. Gracias, Martina.

—No hay de qué, señorita. Hola señora Zampieri. —Hace un gesto hacia Giulia y baja las escaleras rápidamente.

—Ahora sí. Puedes golpear. —Le guiño un ojo, y Giu hace exactamente eso.

Pasan unos segundos; Isa abre apenas la puerta y parece sorprendida al vernos.

—Servicio a la habitación para la novia —exclamo, sin poder contener la emoción, y ella esboza una sonrisa enorme.

—¿Creíste que íbamos a dejarlo pasar? —comenta Giu, y ella abre la puerta para que entremos.

—Ay, eran ustedes. Pensé que era mi tía…

—No, tu tía y tus primos están muy bien, no te preocupes por ellos. Ella está abajo con *mamma*, y tus primos están con Enzo —explica Giulia, guiñándole un ojo.

—Ese es mi miedo —susurra, mordiéndose los labios para no reír.

—Ok, déjame apoyar esto antes de que todo termine en el suelo. Listo. —Suspiro al dejar la bandeja sobre el mueble—. Ahora que nuestra comida está a salvo, puedo hablar —continúo, y las dos

me miran con curiosidad—. Solo iba a decir que pasar un rato con mi hermano es justo lo que esos primos tuyos pegajosos necesitan, créeme.

Ellas intentan contenerse, pero no lo logran… estallan a carcajadas, y no me queda otra que sumarme: *las amigas que mis hermanos me dieron.*

—Confieso que estoy loca por verles la cara —admite Isa.

—Yo ya quiero saber si van a volver enteros.

—Chiara. —Giu da un gritito.

—¿Qué? Es Enzo, solo digo.

—Él me prometió mantenerlos enteros —bromea Isa, sabiendo perfectamente quién es su futuro marido.

—Ok, señoras, la charla está muy buena, pero quiero comer antes de que empiecen a consentirme —bromeo, y ellas responden al unísono con un sonoro "sí".

Durante los siguientes minutos, nos damos un festín con las delicias preparadas por Martina.

—Dios, solo espero poder entrar en el vestido —comenta Giu, chupándose el chocolate del dedo.

—No digas eso, ya nos las arreglaremos, no hay otra opción.

—Estoy tan emocionada —dice Isa de la nada, y es evidente lo nerviosa que está.

—Todo va a estar bien, amiga —la tranquiliza Giulia, tomándole la mano.

—Lo sé, es que… —Hace una pausa, mordiéndose los labios —. No dejo de pensar… en ellos. —Hace una mueca y veo las lágrimas correr por su rostro—. Maldición, hoy estoy hecha una llorona.

¡Oh, mierda!

Me apresuro a secarme el rostro, sintiendo el corazón apretado.

—Ellos están contigo —susurra Giulia, con la voz quebrada, abrazándola fuerte, y sin pensarlo demasiado me uno a ellas, necesitando que Isa sepa cuánto la queremos y que estamos ahí para ella.

—¡Las amo! —solloza.

—Y nosotras a ti —digo, haciendo énfasis en cada palabra.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Está todo bien? —pregunta *mamma*, angustiada, al vernos a las tres ahí, todas llorando.

La tía de Isa está a su lado y parece igual de sorprendida.

—Nada, *mamma*, solo estamos sensibles. —Hago una mueca mientras Isa se apura a secarse el rostro.

—Ay, mis hermosas, hoy es un día para celebrar. ¡Las quiero a todas sonriendo!

—¡Sí, señora! —bromeo, y las chicas se ríen, aligerando otra vez el ambiente.

—Hablando de eso, Isa, tengo algo para ti, querida.

—¿Para mí?

—Ajá… —Saca una caja de terciopelo negro de una bolsa.

Ohhh.

—Vincenzo pidió que te lo entregara, *figlia*.

—Oh, Dios… —Acepta el regalo con las manos temblorosas y se sienta en la cama.

Contengo la respiración cuando ella, con cuidado, abre la caja y deja al descubierto un collar que es absolutamente hermoso. Una cadena finísima de oro blanco, con dos dijes de flores y, al final, dos perlas en forma de gota.

Increíble.

—Yo… —balbucea, pasando el dedo índice con cuidado sobre la joya.

—Hay una nota, amiga —señala Giu, y recién entonces noto el pequeño papel.

No sé qué escribió mi hermano ahí, pero sea lo que sea, acertó, y muy bien, porque Isa ni siquiera terminó de leer y ya estaba llorando.

¿Dónde están mis pañuelos?

Sabía que había olvidado algo en mi habitación.

—¿Y? —pregunta Giu, y le agradezco su curiosidad.

—*Ninguna palabra ni regalo será suficiente para demostrar cuánto te amo…* —Su voz falla, pero ella sonríe y continúa—. *Qué feliz me haces*. *Gracias por aceptarme, amarme y hacerme el hombre más feliz de este mundo. Te amo, piccolina.*

—¡Oh! —exclaman todas las mujeres, yo incluida, pero Isa simplemente continúa:

—Sé lo difícil que debe ser este momento para ti, amore mio… por eso me tomé la libertad de recordarte que ellos siempre estarán contigo, incluso hoy, en cada paso que des hasta llegar a mí… Espero que te guste el ramo. Besos, tu Vincenzo.

Isa termina de leer y mira en dirección a *mamma*, que se está secando los ojos con un pañuelo.

—¿El ramo? —Arquea una ceja.

—Aquí, querida, él pidió que te entregara esto también —dice, sin disimular lo emocionada que está.

Tardo un poco en entenderlo, pero cuando Isa toma el hermoso arreglo de hortensias lilas, todo cobra sentido.

Mierda, Enzo realmente se pasó.

En la base del ramo, sujeto con una cinta roja, hay dos pequeños broches, cada uno con una fotografía, que solo puedo imaginar que pertenecen a sus padres fallecidos.

Intento no llorar, pero es imposible, sobre todo cuando un sollozo sacude el cuerpo de Isa y ella llora bajito, acariciando las fotos.

—Miren, menos mal que no estábamos maquilladas, ¿eh? —digo sollozando, y todas sonríen entre lágrimas.

Un golpe en la puerta llama nuestra atención.

—Con permiso, señora Zampieri —dice Martina, mirando a *mamma*—, pero el personal del salón ya llegó.

—Gracias. Pídales que esperen en la sala un momento.

—Sí, señora.

Observo a *mamma* acercarse a Isa y tomarle el rostro entre las manos, secándole el llanto con el pulgar.

—Ellos están contigo, querida… siempre.

—Siempre —responde Isa, y me muerdo los labios, haciendo lo posible por no llorar todavía más.

—¿Qué les parece si empezamos a arreglarnos? Tenemos una boda a la que ir —provoca Doña Eleonora, y no hay quien se quede en silencio.

Giulia, yo e incluso la tía de Isa celebramos con un sonoro "sí".

¡Ahora sólo derramaré lágrimas de alegría!



Una hora y media después…

Uñas hechas, el cabello medio recogido y un vestido precioso lila claro, que me quedó perfecto. Liviano, de tul, con tirantes finos y el detalle en los cristales que marcan la cintura.

Como diría *mamma*: simple y elegante.

Tanto Giulia como yo elegimos algo en ese tono, pero a diferencia del mío, el suyo es un modelo plisado, con escote de un solo hombro.

La mujer parece una verdadera diosa.

Mamma y la tía de Isa también están impecables, con vestidos tirando al rosado, pero lo cierto es que todas estamos ansiosas por ver a la novia, que lleva cinco minutos encerrada en el baño con una de las empleadas del salón.

—¿Todo bien ahí? —grita Giulia.

—Ya voy —responde ella.

—Después la ansiosa soy yo —bromeo, y Giu hace una mueca.

—¡Necesito verla!

—¡Todas lo necesitamos! —exclamo.

—Ay, están tan desesperadas. —Se oye la voz de Isa, y todas nos giramos para mirarla, y carajo, me faltan palabras.

—Estás… —empiezo.

—Maravillosa —completa Giulia, y no podría estar más de acuerdo.

—¡Demasiado perfecta! —exclamo, aplaudiendo.

—¿Les gustó? —Se muerde los labios, nerviosa, y dan ganas de reír.

—Mujer, es imposible que no nos guste.

Sí, no estoy exagerando.

El vestido largo, todo de encaje, con un escote en V, la espalda levemente descubierta y un lazo delicado para cerrar en la parte de atrás.

Divino.

—Estás deslumbrante, *figlia*.

—Gracias, *mamma* —agradece, y luego se acerca a su tía, que está llorando.

—No llores, tía, tu maquillaje.

—Ay, niña, no puedo dejar de pensar en tu madre, en cuánto le gustaría estar aquí y verte así…

—Ella está —dice Isa, secándole la lágrima con el dedo índice.

—¡Tienes razón! —Aprieta sus manos.

Unos nuevos golpes en la puerta es la señal que necesitábamos para bajar.

—Algo me dice que debemos irnos —avisa *mamma*, y mi corazón se acelera de expectativa, por la ceremonia a punto de comenzar y por saber con quién me voy a encontrar.

No lo he visto desde hace una semana.

Desde aquel día, en el desayuno.

—Tengo tantas ganas de ver la cara de Enzo —comenta Giu, y el llanto es reemplazado por risas, pero mi mente ya está lejos… *en él.*

Me obligo a concentrarme en el aquí y ahora.

—Creo que eso es un sentimiento general —respondo, guiñándole un ojo.

—Oh, Dios… ¡está pasando! —exclama Isa, nerviosa.

Cada una de nosotras se acerca a ella y se despide, y en ese momento fue difícil no arruinar el maquillaje, pero celebro haber salido del cuarto ilesa.

—Veamos cuánto dura este maquillaje —suspira Giu a mi lado, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya fue una victoria haber salido de ahí intactas… o casi. —Sonrío al verla hacer una mueca.

—Boda de Isa y Enzo, allá vamos —exclamo, tomando su mano.

—¡Vamos!



Ya sabía que todo estaría hermoso, aun así, bajar las escaleras y presenciar el resultado final es reconfortante.

—Está todo…

—¡Maravilloso! —exclamo, sin saber siquiera hacia donde mirar—. Vamos, quiero ir afuera —digo, caminando apurada hacia el área exterior.

¡Santo cielo!

¡Perfecto!

—Tenías razón, el arco con las flores blancas y la lavanda quedó increíble.

—Espero que a ella le guste.

—Le va a gustar. —Giu apoya la mano en mi hombro y nos quedamos las dos ahí, admirando el lugar de la ceremonia.

Un carraspeo detrás de nosotras y el gritito de Giu son la respuesta que necesito. Me doy vuelta, lista para encontrarme con Teo, pero no es solo a él a quien veo.

—Lucca —se me escapa al ver al *consigliere*, absolutamente hermoso con un traje gris claro que parece hecho a medida.

—Chiara —responde, guiñándome un ojo, y siento el cuerpo arder bajo su mirada.

¡Concéntrate!

—Nada mal, ¿eh? —exclamo, desviando la mirada y enfocándome en mi hermano.

Es más seguro.

—¿Te gustó, *sorellina*?

—Oh… es genial.

—¿Y yo qué? ¿No recibo ningún elogio? —Claro que no iba a poder mantener la boca cerrada.

Adivina qué, yo tampoco.

—Los elogios que sobraron están reservados para Enzo —me burlo, y él entrecierra los ojos, y carajo, el vestido es de tirantes, liviano, pero solo puedo sentir calor—. Hablando de eso, ¿donde

está el novio? —Cambio de tema, mirando alrededor para que no noten mis mejillas encendidas.

—Enzo estaba cerca del altar, caminando de un lado a otro, nervioso —avisa Matteo.

—Creo que nunca lo vi así.

Miro hacia donde indica y entonces lo veo y, carajo, solo tengo hermanos guapos, mis cuñadas son unas afortunadas.

—Voy hasta allá —aviso, dándole una última mirada en su dirección.

Lucca no dice nada, pero su mirada sigue sobre mí.

Maldito hombre.

Solo me está mirando porque tiene que fingir ser un prometido amoroso.

Cierro los ojos, intentando apartar esos pensamientos, y camino hasta mi hermano.

—Vas a gastar las suelas de tus zapatos a este ritmo —disparo cuando estoy a pocos pasos de él.

—Chi… —Sonríe al verme—. Estás hermosa, *sorellina*.

—Gracias. —Giro sobre mí misma y hago una pequeña reverencia—. Tú tampoco estás nada mal —digo, acercándome para acomodarle la corbata.

—Quiero que esta mierda se termine de una vez —exclama, y me muerdo los labios para no reír.

—¿Ya estás pensando en la luna de miel, hermanito?

No responde, pero su sonrisa es todo lo que necesito.

—Dios, ustedes son terribles. Ni disimulan. Si te sirve de consuelo, Isa está tan nerviosa como tú.

—¿Está bien?

Ay, mi corazón…

—Está bien, tranquilo —respondo, mirándolo a los ojos azules, iguales a los míos—. Y, por cierto, te luciste con el regalo y el ramo, hasta yo derramé algunas lágrimas —me burlo.

—¿Algunas? —Arquea una ceja, desconfiado.

—Bueno, muchas. —Hago una mueca y le doy un golpe en el hombro—. Tienes suerte de que todavía no estaba maquillada.

—Eres terrible, *sorellina*.

—Todos mis hermanos casándose, quién lo hubiera dicho.

—La próxima eres tú —suelta, y casi me atraganto con la saliva.

—Ajá… sí, claro. Avísale a Matteo que después de esta farsa —susurro, con miedo de que alguien nos oiga—, como mínimo me debe unos buenos años de soltería.

Enzo estalla en carcajadas, y es lindo verlo así, más liviano.

—Qué bueno que te diviertas con la desgracia que es mi vida amorosa.

—Basta, ya hasta me duele la panza.

Al final, me uno a él y los dos terminamos riéndonos.

—Gracias —susurra, pasando un brazo por mis hombros.

—¿Por qué?

—Por distraerme. —Me guiña un ojo.

—Siempre a tu disposición —respondo, devolviéndole el guiño—. Ah, y antes de que me olvide, después quiero todos los detalles: ¿qué hiciste con los primos de Isa, que están pálidos y ni se animan a mirarte?

—Digamos que los llevé a conocer Chiusure…

—¡No! ¿Lo hiciste?

—Claro, y dejé bien claro que quien molesta a mi mujer tiene un pasaje solo de ida para allá.

—¡Eres terrible! —exclamo, y él se encoge de hombros, sonriendo.

—Que Paolo haya pasado justo cuando salíamos, cargando lo que quedó de un imbécil al que torturé ayer para alimentar a los cerdos, fue solo una coincidencia desafortunada.

—¡Enzo! —casi grito, solo de imaginar la escena.

—Vomitaron sobre sus propios zapatos —dice unos segundos después, y los dos estallamos en carcajadas.

—Isa te va a matar —digo cuando logro calmarme.

—Prometí devolverlos enteros y lo están.

—¡Es verdad! ¡Bien hecho! —Le guiño un ojo.

La organizadora de la ceremonia se acerca a nosotros, lo que solo puede significar una cosa.

—Todo listo, señor Zampieri —avisa.

—Entonces vamos, que no quiero perderme ni un solo segundo —responde.

Sonriendo, caminamos juntos hasta el lugar donde *mamma*, Matteo, Giulia y Lucca nos están esperando.

Los demás invitados ya están acomodándose en las sillas, mientras la banda toca "*Incancellabile"* de Laura Pausini, y ya sé que, a este ritmo, va a ser difícil mantener el maquillaje intacto.

Intento ignorar al hombre atractivo y perfumado que está a mi lado y concentrarme solo en ellos: Isa y Enzo.

Fallo.

Es imposible.

Estoy tan nerviosa que parece que soy yo la que se va a casar.

—Respira, *bambina* —susurra Lucca a mi lado.

—¿Es tan evidente? —pregunto, encontrándome con su mirada y, maldita sea, ¿por qué hice eso?

—A este ritmo, tus labios van a estar sangrando antes de que termine el día —dice, y su mirada baja hasta mi boca, y en ese momento me olvido incluso de cómo respirar.

Inhala y exhala.

Vamos.

Cierro los ojos, ignoro su atención y trato de calmar el corazón. Por suerte, las primeras notas de "*Con te partirò"* comienzan a sonar y me concentro en mover los pies, sin tropezar con el dobladillo del vestido.

—Chiara —susurra Lucca, extendiendo su brazo, y apoyo la mano con cuidado, tratando de no pensar en lo cerca que estamos, en su aroma…

Oh, mierda.

Los minutos siguientes pasan como un borrón.

Bajo la mirada atenta de los invitados, caminamos hasta el altar y nos ubicamos junto a *mamma* y Giulia.

¿Dónde está Matteo? Entró con Giu y desapareció…

Miro hacia las primeras filas y solo veo a la tía de Isa y a los imbéciles de sus primos, que evitan incluso mirar en dirección a Enzo.

Me muerdo los labios, pero esta vez es para no reír.

La melodía cambia, dando paso a algo… no puedo creer que realmente haya hecho esto.

Sí.

Con la melodía instrumental de "*Tale as Old as Time"*, Isabella aparece junto a Matteo, arrancando suspiros de sorpresa y un mar de lágrimas.

Intento no llorar, pero es inútil, más aún al ver la emoción clara en el rostro de mi hermano y en el de ella.

—Mierda —resoplo, sintiendo cómo las lágrimas recorren mis mejillas, mientras veo a mi amiga, sí, porque en eso se ha convertido— entrar, no solo en los brazos de mi hermano mayor, sino del *Don*, con un mensaje claro: Isa es familia. Siempre lo fue.

Parpadeo, tratando de contener el llanto, pero es imposible.

Respira, Chiara.

—Toma… —Lucca me extiende un pañuelo y ni siquiera puedo agradecer. Siento un nudo enorme en la garganta.

Emocionante no es suficiente para describir los minutos que siguieron, y creo que solo cuando el sacerdote dijo el tan esperado "puede besar a la novia", y Enzo, por supuesto, no perdió un segundo, fue que exhalé el aire que ni siquiera me había dado cuenta que estaba conteniendo.

En ese momento, solo podía aplaudir con todas mis fuerzas, explotando junto con todos los invitados en una gran ovación, mientras más lágrimas recorrían mi rostro.

—No llores, *bambina*. —Su voz es suave a mi lado.

—Es de felicidad, es por saber que mis dos hermanos son afortunados…

—¿Afortunados?

—Se casaron por amor, en un mundo donde todo gira en torno a conveniencias o contratos.

—¿Crees que tendrás la misma suerte? —Su pregunta me sorprende y por un segundo me quedo paralizada, con su mirada fija en la mía.

—Me gusta pensar que sí —suspiro, sintiendo el corazón casi salirse por la boca.

Me gusta pensar que sería contigo.

—Yo… —Desvío la mirada, rompiendo el contacto—. Con permiso, Lucca —digo, trabándome con las palabras y su mano sujeta mi muñeca.

—Chiara…

Levanto el mentón, encontrando su mirada.

—Yo… necesito retocar mi maquillaje para las fotos —digo lo primero que se me viene a la cabeza, y entonces libero mi brazo, alejándome con prisa.

Ni siquiera sé hacia donde voy.

Solo sé que necesito salir de allí.

Cuando me doy cuenta, estoy en medio de la sala de estar y camino rápido hasta el baño.

Cierro la puerta tras de mí y respiro hondo, mirando mi reflejo en el espejo.

Está todo bien.

Todo bajo control.

No sé cuánto tiempo permanezco allí.

El hecho es que necesito salir.

Apenas piso la sala, me encuentro con *mamma*.

—Ahí estás. Te estaba buscando, el fotógrafo quiere tomar una foto con los hermanos y los padrinos.

—Oh, sí, vamos. Estaba viendo si no había arruinado todo.

—Estás hermosa, querida. —Acaricia mi rostro.

Sonrío, pero no refleja lo que siento.

Estoy feliz por Enzo, por Isa… mucho.

Es evidente lo perfectos que son el uno para el otro, cuánto se preocupan y se aman, pero al mismo tiempo, solo siento este nudo, esta ansiedad dentro del pecho.

No sé cómo explicarlo.

Durante los próximos minutos, hago lo que se espera de Chiara Zampieri, la hermana, la *madrina*… Sonrío, poso para las fotos, pero en el fondo, solo quiero alejarme y quedarme en un rincón, lamiéndome las heridas.

Sé que hoy deberíamos estar celebrando pero… no todo está bajo nuestro control.

Cómo me siento es una de esas cosas.

Me siento en un rincón apartado de los jardines, lejos de todos, de toda atención. No quiero ser yo quien arruine la diversión de nadie, y desde allí observo a todos conversando, bailando, divirtiéndose, pero solo puedo pensar en cuánto falta para terminar… cuánto tiempo hasta que pueda subir a mi habitación y dar el día por cerrado.

—¿Puedo saber qué hace la señorita aquí, sola? —Matteo aparece de la nada y fuerzo una sonrisa.

—Descansando mis pies —miento, y él solo arquea la ceja, sin creerme ni por un segundo.

—Creo que tus pies aguantan un baile con tu hermano mayor —comenta, extendiendo la mano hacia mí.

—Hum… —Finjo pensar, pero claro que me levanto, aceptando su invitación.

En pocos segundos, estamos en medio de la multitud, y para ser sincera, ni siquiera sé qué canción está sonando, solo dejo que Teo me guíe.

—*Sorellina* —me llama, y mi mirada se encuentra con la suya, parece pensativo.

—¿Qué?

—Sé que te privaron de muchas cosas, la universidad, las salidas… —Comienza y ni lo dejo terminar.

—Lo sé, todo es para protegerme. —Las palabras salen solas, pero no puedo callar mis sentimientos—. Y estoy inmensamente agradecida por todo lo que tú, y todos, hacen por mí —me detengo, pensando cómo decirlo sin parecer una niña ingrata—, pero siento que no estoy viviendo, solo paso por los días.

—Chiara… —mi hermano empieza, pero solo continúo:

—Hablé con *mamma*, voy a empezar la universidad online, no es lo que quería, pero es mejor que nada, y está bien. —Fuerzo una sonrisa—. Tengo que aprovechar mientras todavía estoy en casa, después…

—¿Después? —No disimula la curiosidad.

—Después de que me entregues a mi verdadero novio, puede que no me deje terminar mis estudios.

—Verdadero novio… —Las palabras suenan extrañas en su boca, pero es lo que hay.

—Se entiende —pongo los ojos en blanco—, cuando Lucca sea liberado del castigo que es ser mi novio.

—¿Tan mal están las cosas entre ustedes? —Arquea la ceja, y suspiro, sin saber ni por donde empezar.

—Tal vez todavía esté un poco molesto por aquel día…

—¿El de la discoteca?

—Casi vomito dentro del coche, y me quedé dormida sobre su hombro, puede que hasta haya babeado sobre su traje. —Hago una mueca y mi hermano se ríe a carcajadas—. Me alegra que alguien se esté divirtiendo —resoplo, pero en el fondo, quiero reír.

—Ah, *sorellina*, ya sea Lucca o cualquier otro, tú, Chiara Zampieri, ¿vas a permitir que te digan qué hacer?

—¿Y tengo elección?

—Siempre la tienes —responde serio, y mi corazón se acelera.

—Sé que Lucca aceptaría… maldita sea, puede ser un pesado, pero apoyaría mis estudios; pero un viejo calvo en potencia, no sé… y sabes que me estás provocando, si algún día me castigan por responderle a mi feo esposo, no creas que no me voy a defender.

—No espero menos. De hecho, espero que lo mates, si no, yo mismo lo haré.

Intento no emocionarme, pero siento mis ojos llenos de lágrimas.

Esta es mi *famiglia*.

Y saber que tengo su apoyo significa todo para mí.

—Gracias, Teo —suspiro.

—Te amo, hermanita.

Sonrío porque no puedo responder.

—Ya que vas a empezar a estudiar, creo que te va a gustar lo que tengo para proponerte.

Abro los ojos, curiosa.

—¿Qué te parece empezar a trabajar en la parte administrativa de nuestros negocios… legítimos?

—¿Estás hablando en serio?

—Implicaría asistir a algunas reuniones de directorio. La verdad es que la Sacra ya ocupa casi todo mi tiempo, y con la llegada de Pietro…

—No hace falta decir más —respondo, y él sonríe.

—Algo me dice que te iría muy bien manejando esto, o debo decir, volviéndolos locos.

—Dios, sí, sí, mil veces sí —exclamo, casi saltando de felicidad frente a él.

—Las condiciones… —continúa, pero lo ignoro.

—Acepto lo que sea, solo dime.

Dios, deben estar todos mirándonos, pero ni me importa.

—Como mi *consigliere*, Lucca está al tanto de todo, de hecho, mucha de esta parte burocrática, pedidos de reuniones, reportes, pasan por él.

—Ok —digo, sin saber qué esperar.

—Te acompañará en las primeras reuniones, te explicará lo que necesites, hasta que te sientas cómoda manejándolo sola.

¡Santo cielo!

No hay manera.

¿Por qué el universo sigue empujando a Lucca en mi camino?

Respiro hondo, sabiendo que solo puedo aceptar.

—¿Él aceptó eso? —pregunto, y Matteo arquea la ceja—. Déjame formular la pregunta bien, sé que él aceptó, después de todo, tú eres el *Don* —pongo los ojos en blanco—, pero, ¿se quejó mucho?

—La idea de que tú te encargues de esto surgió de él —responde, y mis ojos deben haber quedado del tamaño de unos platos de lo sorprendida que estoy—. Fue Lucca quien me hizo pensar en ello, *sorellina*.

Él…

¡Oh, Dios!

No puedo disimular la emoción que me invade.

Cuando creo que Lucca no puede sorprenderme más, lo hace.

—Creo que ya tengo la respuesta que necesito.

—La tienes —suspiro, asintiendo con la cabeza, mirando discretamente a mi alrededor, buscando la razón de mi reacción, solo para toparme con sus increíbles ojos verdes fijos en nosotros, mientras se acerca a donde estamos Matteo y yo.

¿Qué voy a hacer contigo, consigliere?

CAPÍTULO 6 - LUCCA

Lu



All of me – John Legend

Debí haber mantenido la boca cerrada.

Pero, ¿qué hice?

Exactamente lo contrario.

¿Qué carajo fue eso? ¿Qué me importa si ella cree que se casará por amor o no?

Un idiota total, lo sé.

Y lo peor fue ver su mirada y desear que lo logre. Que se case por amor y que ese afortunado… sea yo.

Es lamentable.

Ponte en tu lugar, carajo.

Su frase martilla en mi cabeza, obligándome a recordar quién soy y que hay límites en mi relación con los Zampieri.

Este es uno.

Durante los últimos treinta minutos, seguí a Chiara mientras se escondía en los jardines, lejos de la atención de todos… pero no de la mía. De ninguna manera.

Sé donde está, quién está cerca…

Y por más difícil que sea, me contuve, aunque tenía ganas de ir a comprobar que estaba bien. Pero creo que ya hice lo suficiente por hoy.

Al menos Matteo logró arrastrarla de vuelta al salón, y es agradable verlos conversando, bailando. No sé qué le habrá dicho mi amigo, pero ella está sonriendo y eso me hace sonreír.

—Creo que sería una buena oportunidad —dice Giulia, deteniéndose a mi lado.

—¿Una buena oportunidad?

—Yo recupero a mi marido y tú… a tu novia —explica, guiñándome un ojo—. Les vendrá bien estar juntos, ya sabes.

Tiene razón.

Desde que terminamos las fotos con Isa y Enzo, Chiara se escapó de mí como el diablo de la cruz.

Se escondió… hasta ahora.

Y por más que sé que es mejor así, que es mejor alejarse de la tentación, mi lado racional me dice que lo último que necesitamos es un *capo* chismoso diciendo que hay problemas en nuestro compromiso y que eso llegue al maldito Del Vecchio.

Sí, eso es todo.

Sigue engañándote a ti mismo.

No tiene nada que ver con que YO quiera sacarla a bailar por todos los motivos incorrectos: porque la deseo, y mucho.

—¡Déjame a mí! —respondo, como si no fuera nada, y la matriarca sonríe.

Aprovecho que la música da sus últimos acordes y avanzo hacia donde están ellos, observando varios invitados atentos a cada movimiento de los novios.

Ni loco voy a permitir que cualquier imbécil se acerque.

Chiara es mía… y llámalo coincidencia o no, lo cierto es que la niña parece saber que estoy llegando, porque gira la cabeza cuando apenas nos separan unos pasos y todo en mí vibra al cruzar mi mirada con la suya.

¡Enfócate!

Se trata de mantener las apariencias.

La música se detiene y ni siquiera necesito decir nada.

—Ahora, si me disculpas, *sorellina*, te dejo en buenas manos —dice, mirándome a los ojos—, y voy a disfrutar a mi mujer.

Asiento hacia Matteo y lo observo alejarse hacia Giulia, y entonces quedamos solos, frente a frente.

—No necesitamos… —comienza ella, pero ni la dejo terminar.

—¿Bailas conmigo, *bambina*? —digo, extendiéndole la mano.

Chiara mira mi mano y luego mi rostro. Espero alguna respuesta atrevida, pero no llega; solo acepta, sus dedos tocando los míos, el anillo que un día fue de mi madre brillando en su dedo… y, demonios, se siente tan bien.

—Ahora solo hay que esperar la música —bromea, ante el silencio, y apenas termina la frase, las primeras notas de "*All of me" de John Legend* comienzan a sonar, y solo puede ser el universo queriendo jugar con mi mente.

La acerco hacia mí, y la letra nunca me había parecido tan perfecta.

[…You're my downfall, you're my muse
Eres mi perdición, eres mi musa.
My worst distraction, my rhythm and blues
Mi peor distracción, mi ritmo y mi tristeza…]

Canto bajito, sintiendo sus dedos apretarme la espalda.

Chiara está tan afectada como yo.

Y eso es una mierda, se suponía que sería simple, pero nunca lo será, no cuando ella… nosotros…

—¿Te estás divirtiendo? —lanzo, necesitando romper el silencio y la tensión que nos rodea.

Su mirada encuentra la mía y es casi un golpe en el estómago.

Tan hermosa.

No puedo ni pensar con claridad, estando así… tan cerca.

—No puedo quejarme —dice, sonriendo tímidamente, pero sé que hay más detrás de esa respuesta.

—Bueno, al menos dejaste de llorar, tus labios te lo agradecen —digo, y mi mirada va directo hacia ellos, llenos, tentadores.

Maldición...

Me callo y vuelvo a mirar sus increíbles ojos azules.

No es seguro permanecer cerca de ella.

Cada día pierdo más el control.

Observo su pecho subir y bajar al ritmo de su respiración acelerada y, carajo, si no puedo imaginar lo que el trozo de tela oculta, qué bueno sería tocarla, tenerla deshaciéndose entre mis manos, en mi cama.

¡Atención!

—Gracias. —Su voz es casi un suspiro, muy distinta a nuestras conversaciones habituales.

—¿Qué hice esta vez? —bromeo, tratando de aliviar el clima, pero Chiara sigue seria, mirando directo a mí.

—Matteo me contó sobre los planes de que empiece a supervisar la gestión de algunos de nuestros negocios.

—Ah, sí, puede que haya comentado algo con él al respecto. —Me encojo de hombros y ella entrecierra los ojos.

—¿Por qué?

—Solo señalé lo obvio: serías una administradora excelente. Atenta a los detalles, organizada, es decir, un dolor de cabeza tremendo. —Le guiño un ojo—. No tienes por qué agradecerme.

Una sonrisa tímida asoma en su rostro, pero en lugar de una respuesta sarcástica o una broma, Chiara sigue mirándome y hay tanto en su mirada que de repente es difícil pensar.

En ese instante, parece que solo estamos nosotros.

—Yo… —muerde los labios y, Dios, cómo quiero probarlos— …esto es importante para mí.

—Lo sé —digo la verdad y veo sus ojos llenarse de lágrimas.

Oh mierda, por favor, no llores, hermosa.

La música termina, pero no quiero soltarla.

Maldita sea… nunca.

—Lucca —susurra mi nombre y, carajo, parece que mi corazón va a salirse del pecho.

—*Bambina*.

Quiero besarla, tanto.

—Tengo que… —Paso las manos por mi cabello, alejándome antes de meter la pata, como la otra vez.

Chiara me desequilibra.

Es como la música.

Ella es mi ruina.

Y, al mismo tiempo, es todo lo que más deseo.

—Muchas gracias —grita, y aunque estamos a unos pasos de distancia, la escucho, solo asiento, incapaz de enfrentarla, porque sé lo que encontraría en su mirada.

Tristeza, decepción… y el culpable soy yo.

CAPÍTULO 7 - CHIARA

Clara



Everything I need – Skylar Grey

Quince días.

Quince días sin noticias de Lucca Salvatore.

Debería estar agradecida, pero solo consigo sentir tristeza y nostalgia.

Es un vacío inexplicable, la sensación de que algo falta para que el día se sienta completo.

Es raro, lo sé, pero nunca había pasado tanto tiempo sin verlo, sin sus bromas, sin que me provocara, sin observarlo disimuladamente cuando creo que nadie me está mirando.

En tres ocasiones estuve a punto de irrumpir en la oficina de Teo para exigir saber qué diablos estaba pasando, pero en todas desistí.

Soy muy valiente ¿no?

Sé que está vivo y bien…

Las malas noticias llegan rápido, sobre todo en la mafia. Hasta *mamma* notó su ausencia y parece molesta.

La excusa es el trabajo, estar ocupado, pero no es eso.

Lo sé: Lucca me está evitando.

No ha sido fácil aceptarlo y pasar los días así.

Ayudar a Giulia con los preparativos para la llegada de Pietro y estudiar es lo que ha salvado mi cordura.

Isa y Enzo se fueron de luna de miel, lo cual era justo, ya que ya no hay amenazas y la pobre estuvo meses encerrada en la mansión. Los dos hicieron un pequeño recorrido por la Toscana y la Costa Amalfitana y después se embarcaron en una aventura en Nueva Zelanda.

Sí, ¿puedes creerlo?

Fueron a explorar la naturaleza, a ver los paisajes de las películas de El Señor de los Anillos, a conocer la cultura y demás, y yo solo podía pensar: son unos nerds totales. Dos nerds hermosos y enamorados.

Regresaron la semana pasada de su viaje y la celebración continuó aquí, ya que era el cumpleaños de Isa, y si hay algo que nos gusta, es la fiesta.

Claro que hubo, ¿no?

Con pastel, dulces y regalos, para sorpresa de la cumpleañera.

Mi cuñadita ni podía hablar y eso me hizo recordar a Lucca… las innumerables veces que pedí a *mamma* que me ayudara a hacer un pastel de chocolate para él.

Oh, mierda, ya estoy queriendo llorar otra vez.

La verdad es que no importaba que hubiera docenas de dulces en la nevera, o sobras de Navidad.

No, señor.

Él merecía su pastel, su momento…

Tal vez me precipité.

Tal vez no hay nada más que un sentimiento de cariño, cuidado y protección, tal vez él simplemente no siente lo mismo que yo.

La verdad es que no importa.

Mientras dependa de mí, Lucca Salvatore siempre tendrá su pastel de cumpleaños, siempre se celebrará el día en que llegó al mundo para hacernos reír, para irritarme y hacer que mi corazón lata más fuerte.

Respiro hondo.

Todo se está acomodando… casi todo.

Cierro la computadora, porque no tiene sentido engañarme.

No puedo concentrarme en lo que el profesor dice. Es tiempo perdido.

Después veré la grabación de la clase.

Miro el espejo mientras me ato el cabello en una cola de caballo, lista para salir un poco del cuarto, cuando alguien toca suavemente la puerta.

—Ya voy —grito.

Abro y me encuentro con Giulia y su enorme barriga, e Isa a su lado.

—Vinimos a sacarte de este cuarto y no aceptamos excusas.

—Ya estaba bajando —respondo, sonriendo.

—Ya veo… —Isa entrecierra los ojos.

—¡Lo juro! —exclamo—. Incluso cerré la computadora. No podía concentrarme mucho, así que veré las clases después.

—Eso, vamos, estás hasta más pálida de tanto que te encierras en este cuarto.

—¡Exagerada!

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste a la piscina?

Me detengo a pensar y no recuerdo. Debe hacer mucho tiempo.

—¿Ves? Ni siquiera lo recuerdas.

—Creo que fue antes de Venezuela —recuerda Isa y tiene razón.

Fue ese día, todos divirtiéndose, y yo aproveché para pedirle a Lucca que me aplicara protector solar en la espalda, a propósito.

Muerdo los labios con el recuerdo y siento mis mejillas arder.

—Ya sé en qué estás pensando —comenta Isa, observándome.

—¡Loca! —cambio de tema.

—Vamos, vamos, los tres llevan más de una hora encerrados en la oficina.

Espera, dijo tres.

—Sí, apareció tu prometido —responde, como si hubiera leído mi mente, pero finjo indiferencia, aunque por dentro experimento una mezcla de emoción y preocupación.

¿Habrá problemas?

—Quisiera ser una mosca en esa oficina —comenta Isa.

—Si fuera importante que la familia lo supiera, Teo nos llamará —digo simplemente, intentando no pensar demasiado en el tema y, sobre todo, en quién está allí.

Pero claro, fracaso.

Cada paso que doy hacia la sala es con el corazón latiendo desbocado.

Él puede aparecer en cualquier momento.

Nos unimos a *mamma* en los jardines y, gracias a Dios, me distraigo y ni veo pasar los minutos.

Un poco de tensión se va, solo un poco, pero todo se va al diablo cuando escucho las voces de mis hermanos, y no están solos.

No…

Lucca está a su lado, y claro que mi mirada va directo a él.

Hermoso como siempre, pero demasiado serio para mi gusto.

Una ligera barba cubre su mandíbula, y aprieto los puños sintiendo mis manos helarse cuando su mirada encuentra la mía.

Rápido, segundos, pero suficientes para desestabilizarme.

Cálmate.

—Mira lo que encontramos aquí —comenta Matteo acercándose a Giulia y siendo recibido con un beso cariñoso.

—Vinimos a reponer vitamina D y ponernos al día —explica ella, guiñándome un ojo.

—No sé cómo todavía tienen tanto de qué hablar.

—Podría hacerte la misma pregunta —responde, señalando hacia Enzo y el *consigliere*, y muerdo mis labios para no reír.

Eso es, Giu.

—Créeme, trabajo no falta.

—¿Algún problema, *figlio*? —pregunta *mamma* y me quedo en silencio, esforzándome por no mirar a Lucca.

—Nada de qué preocuparse, señora Eleonora. Ya resolvimos todo lo necesario, solo queda un punto que debo tratar con Lucca y Chiara.

Casi me atraganto al escuchar mi nombre.

—¿Problemas con ese imbécil de Civitavecchia?

Todos se ríen.

Es difícil ver a *mamma* maldecir.

—Disculpen…

—No es por eso, *mamma* —se manifiesta Enzo—. Todos estamos de acuerdo con tu elección de palabras. Creo que, incluso, fuiste educada.

—No podría estar más de acuerdo —refuerza Lucca, y es bueno escuchar su voz ronca.

—Del Vecchio sigue en silencio —explica Matteo.

—¿No es raro? —Giulia formula la pregunta que yo iba a hacer.

—Mucho, pero solo estoy esperando su próximo movimiento.

—¿Qué necesitas decirme, Teo? —voy directo al grano, incapaz de contener mi curiosidad.

Todas las miradas están sobre mí.

Observo a Matteo intercambiar una mirada con Lucca y mi corazón se acelera.

¿Será algo sobre el compromiso? ¿Se terminó?

Cálmate y deja de inventar hipótesis.

—Vamos a la oficina —dice, haciendo un gesto con la mano para que los siga.

Asiento e, ignorando mi estómago dando volteretas y las miradas curiosas de las chicas, camino hacia la gran puerta de madera, sintiendo la presencia de Lucca detrás de mí.

¡Oh, mierda!

Que sean buenas noticias. Es lo que pienso al dar el primer paso dentro de la oficina de mi hermano… y solo puedo cruzar los dedos para no decepcionarme.

CAPÍTULO 8 - LUCCA

Lucca



Minefields – John Legend & Faouzia

Durante más de una semana, logré evitarla, con la esperanza de que eso me ayudara a mejorar cómo me siento, que calmara el torbellino dentro de mí.

No sirvió para una mierda.

Estoy hecho una bomba de tiempo.

Me he estado ahogando en trabajo y, en el poco tiempo libre, me estoy ejercitando, corriendo por la propiedad hasta que mis piernas ardan, hasta que no pueda dar ni un paso más… hasta que solo me quede una ducha caliente y esperar que el cansancio se imponga sobre mí y que Chiara Zampieri no venga a perseguirme en mis sueños.

Pero ella viene… *noche tras noche.*

Con sus increíbles ojos azules, su cabello largo suelto, la sonrisa burlona, la lengua afilada…

—¿Lucca, estás en la Tierra? —La voz de Enzo me saca de mis ensoñaciones.

—¿Qué pasa?

—Matteo te estaba preguntando por la situación en Arezzo.

Miro a mi *Don* y veo su mirada curiosa dirigida hacia mí.

Si hay algo que soy, además de bromista, es muy centrado cuando se trata de trabajo. Fueron años de entrenamiento para volverme lo más metódico y organizado posible.

Todo tenía que estar al nivel de Santino Salvatore, aunque sabía que nunca sería lo suficientemente bueno para él.

No importaba cuánto me esforzara y entrenara.

—Perdón, me distraje —suspiro—. Todo bajo control. Ya hablé con Tomazini y me aseguró que los arreglos se hicieron en la comuna. Pronto se anunciará que nuestra constructora ganó la licitación.

Matteo asiente, con la mirada fija en mí, y entiendo su preocupación; no es cualquier negociación. Este contrato es multimillonario y traerá muchas ventajas para la *famiglia*, no es casualidad que el *capo* esté completamente enfocado en el asunto.

—¿Qué pasa?

—Nada —me apresuro a decir—. Después de la publicación en el diario oficial, la firma debería ocurrir en siete días hábiles y ya tengo todo coordinado con nuestros asociados para iniciar las obras cuanto antes.

—No me interesa esa mierda, sé que va bien encaminado. Quiero saber de ti, carajo —dice mientras se levanta, rodeando la mesa y deteniéndose a pocos pasos de mí—. ¿Qué diablos está pasando? ¿Hay algo que deba saber?

Maldición...

—Está todo bien, ¿por qué preguntas?

—Esperaba que me lo dijeras. —Se sienta en la mesa y enciende un cigarrillo, mientras Enzo permanece en silencio, solo observando.

Seguro que el hijo de puta quiere reírse. Lo conozco lo suficiente.

—Solo la rutina de siempre —respondo, pasándome las manos por el cabello.

—¿Es esta la razón por la que apenas has estado aquí estos últimos días?

—No era necesario. —Me encojo de hombros—. ¿Todo esto es porque me extrañas? —bromeo, pero Matteo sigue mirándome;

sabe que hay algo.

Eso es lo que pasa por vivir encerrado en la mansión.

—Lo que quiere decir es que *mamma* está extrañada porque sobra comida en las comidas —dice Enzo, sonando serio.

—¡Vete a la mierda! —respondo, mostrándole el dedo medio, y él sonríe.

Matteo se acerca, apoyando la mano en mi hombro.

—Sabes que puedes venir a hablar conmigo, sin importar el asunto, ¿verdad? —Sus dedos aprietan mi hombro y su mirada se fija en mí.

Por un minuto, imagino cuál sería su reacción si llegara y le contara todo lo que llevo dentro.

En mi mente, nada termina bien… para mí.

¡NUNCA!

Sé que a Matteo le importo, no se trata de eso, pero mi amigo es objetivo y estratega.

No hay ventaja en casar a su hermana, la joya de la *famiglia*… con un simple *consigliere*.

No, cuando puede usarla para crear o fortalecer alianzas con otras mafias o con algún *capo* crucial para la organización.

"*Ubícate, carajo".*

Las palabras de mi padre resuenan en mi cabeza.

Un recordatorio constante de que nuestra amistad tiene límites.

Chiara es uno…

—Lo sé, carajo. No pasa nada —miento—. Solo quería adelantar algunas cosas y terminé haciéndolo desde casa en lugar de ir a la sala de apoyo.

—Usa la maldita sala.

Asiento en señal de acuerdo.

Ni siquiera tengo argumento para eso.

—Ya que tenemos eso resuelto, vamos al siguiente asunto: Marina de Pisa.

—¿El hotel? —pregunto.

—El mismo —responde.

—Ya coordiné con Domenico. Esta semana habrá una reunión del consejo y participaré en línea. Recibí todos los informes y te actualizaré después.

—Respecto a eso, quiero que vayas allí en persona.

Maldición.

Matteo ni siquiera necesita terminar la frase; sé exactamente lo que está pensando. Pensé que aún tendría algo de tiempo, pero me equivoqué.

—Ok —respondo, después de todo, es orden de mi *Don*.

—Quiero que lleves a Chiara contigo —dice, fijando la mirada en mí—. Será una oportunidad para que vea cómo es, interactúe con los engreídos, y además habrá una celebración por los veinte años del hotel. Es el momento para que circulen y sean vistos.

—¡Perfecto! Quizá eso haga que Del Vecchio rompa el silencio y se manifieste; después de todo, el compromiso de Chiara sigue firme —comenta Enzo.

—Y así seguirá hasta que tengamos todo resuelto —exclama Matteo.

—Dalo por hecho —respondo, ya pensando en el tormento que serán los próximos días.

—Lleva algunos soldados contigo, por precaución.

—Ok, partiremos a primera hora de la mañana.

—Perfecto. Ahora, ¿qué les parece una pausa?

—¡Maldita sea, sí! —Enzo se levanta y no puedo evitar sonreír.

Apenas salimos de la oficina, sé que mis planes de no ver a Chiara hasta mañana están arruinados.

Controla tus tonterías, maldita sea.

Giulia, Isa, la *madrina* y ella están en los jardines conversando animadamente, y claro, todo se detiene cuando perciben nuestra aproximación.

Ni siquiera puedo seguir mi camino y marcharme; llamaría demasiado la atención, además de que estoy seguro de que Matteo aprovechará la oportunidad para hablar con la *bambina*.

Hablando de ella…

La bruja está hermosa con shorts de jean y una camiseta sin mangas.

¡Diablos! Chiara podría estar vestida con un saco de papas y aún así sería la mujer más bella para mí.

¡Enfócate!

Su mirada cruza con la mía, rápido, pero lo suficiente para hacerme apretar los puños.

Maldita sea, ¿alguna vez lograré mantenerme indiferente en su presencia? ¿Alguna vez volverán las cosas a ser como antes?

—No hay de qué preocuparse, señora Eleonora. Ya resolvimos todo lo necesario, solo queda un punto que necesito tratar con Lucca y Chiara.

Escucho mi nombre seguido del suyo y vuelvo a prestar atención a la conversación.

Como ya imaginaba, Matteo se lo comunicará a su hermana.

—¿Problemas con ese idiota de Civitavecchia? —La *madrina* no se contiene y es imposible no sonreír.

Todos reímos.

Ese viejo idiota ni siquiera pudo conquistarla, y eso que la mujer simpatiza con todo el mundo.

Durante los siguientes minutos, Matteo explica que el *Don* de Civitavecchia sigue en silencio y que piensa esperar su próximo movimiento.

Nadie cuestiona nada; al final, los únicos que se están volviendo locos con este falso compromiso somos la *bambina* y yo, que no disimula lo curiosa que quedó al saber que su hermano quiere hablar con ella y conmigo.

Seguro está deseando que tengamos una fecha final para que esta locura termine. ¿Quién podría culparla?

Matteo cruza una mirada conmigo y sé que es momento de avisarle que vamos a viajar.

No debería estar tenso.

Es un viaje de trabajo.

Uno de los tantos que ya hice para la Sacra y, aun así, estoy jodidamente nervioso.

Cierro la puerta detrás de mí y me quedo de pie, esperando las indicaciones de Matteo.

—¿Entonces? —pregunta Chiara, sin siquiera sentarse.

Parece que no soy el único desesperado por salir de aquí cuanto antes.

Concéntrate, carajo.

—Tranquila, *Sorellina* —dice Matteo, sirviéndose un trago de whisky y gesticulando para que se siente en el sillón frente a él.

—Estoy bien de pie. Ya estuve sentada toda la mañana —responde, y él no disimula la sorpresa.

—¿Algún problema?

—Estudiando.

—¡Bien! Espero que te esté gustando —comenta, y ella sonríe.

—¡Sí! Me sorprendí. Debería haber empezado antes.

—Me alegra saberlo. Creo que también te va a gustar lo que tengo para decir.

—Ahora se puso todavía más interesante. —Guiña un ojo, y lo único que puedo pensar es cuánto va a durar ese entusiasmo.

—Lucca —dice Matteo, y sé que me tocó a mí la misión de informar nuestros próximos pasos.

—Mañana habrá una reunión gerencial en nuestro hotel, en Pisa, por la mañana, seguida de un cóctel por la noche para conmemorar los veinte años del establecimiento.

—Oh… —suspira, sorprendida, pero noto la emoción en su mirada.

—Iremos allí como representantes de la *famiglia*.

—Ok —responde seria.

—Partiremos mañana a las seis y media.

—No hay problema, ya voy a preparar mi maleta.

—Perfecto, nos hospedaremos en el mismo hotel, lo que facilitará toda la logística. Hoy mismo te enviaré la agenda de la reunión, además de los balances y los informes gerenciales que se van a tratar.

—¡Genial! —exclama Chiara, y es evidente lo entusiasmada que está con esta oportunidad.

Eso solo me hace sentir peor conmigo mismo, porque aunque fui yo quien le dio la idea a Matteo, en este momento solo puedo pensar en cómo voy a sobrevivir a este viaje y a ella.

—¿Alguna duda, *sorellina*? —pregunta Matteo, arqueando la ceja y mirándonos a ella y a mí.

—No, todo claro. Solo quiero agradecerte otra vez por esta oportunidad.

—Estoy seguro de que me voy a arrepentir de no haber tomado esta decisión antes. Eres brillante, hermanita.

—Voy a honrar a la *famiglia* —dice, con la voz apenas quebrada, y carajo, tengo la absoluta certeza de que sí—. ¿Algo más? —pregunta, mirando a su hermano y a mí, y lo único que puedo pensar es en todo lo que me gustaría decir y hacer.

Contrólate, carajo.

Niego con la cabeza y Matteo también hace un gesto negativo.

En segundos, Chiara sale del despacho y quedamos solo nosotros dos: el *Don* de la Sacra y yo.

—¿Necesitas algo más? —pregunto, intentando aparentar una calma que no refleja cómo me siento.

—Cuida de mi hermanita —*exclama*, con la mirada fija en mí.

—Con mi vida —respondo, sin titubear, y entonces salgo del despacho sabiendo que dormir hoy será una misión imposible.

Estoy jodido.

CAPÍTULO 9 - CHIARA

Clara



Everything I need – Skylar Grey
Tale as olds as time – London Music Works
Breathe – Anna Nalick

Pisa.

Me voy a Pisa… con Lucca.

Respira. Es un viaje de trabajo, ¡tu primer viaje!

Sí, esto es increíblemente emocionante, de verdad, pero no voy a mentir: en este momento solo consigo pensar en mi acompañante.

Maldición.

Salgo del despacho tratando de no mostrar cuánto me afectó la noticia, lo cual es casi imposible, porque estoy al borde.

Los primeros rostros que veo son los de ellas: Isa y Giu, y por la expresión de sus caras, están muy curiosas.

¿Quién podría culparlas?

—¿Entonces? —pregunta Isa, siempre directa.

—Habla de una vez, no dejes a tu sobrino con la duda —bromea Giu, y no puedo evitar reírme.

—Ustedes son muy curiosas, señoras.

—Es cierto, ahora suéltalo —exclama Isa, aplaudiendo—. Todo bien con el compromiso, ¿verdad? Por el amor de Dios.

—Sí, no era sobre eso.

Arquean las cejas y, claro, genero un poco de suspenso.

—Mañana viajo a Pisa, por trabajo.

—Oh… —dicen al mismo tiempo, y se nota que esperaban algo más emocionante.

—Con Lucca —agrego, como si nada.

—Ahora sí se pone interesante. Hum… —exclama Isa, levantándose, sin ocultar la emoción—. ¿Estás pensando lo que yo estoy pensando? —pregunta, mirando a Giu, y yo no entiendo nada.

—¡Sí! —responde, también poniéndose de pie—. ¿A qué hora salen? —me pregunta de repente.

—Mañana temprano, ¿por qué?

Sonríe de oreja a oreja.

—Vamos a ayudarte a preparar tu maleta.

—No hace falta, es solo una noche fuera, no voy a llevar muchas cosas…

—Muchas cosas pueden pasar en una noche fuera, créeme, por experiencia propia. —Me guiña un ojo y siento mis mejillas arder al entender a donde quieren llegar.

—Ustedes dos están completamente locas.

—Puedes llamarnos como quieras, pero te vamos a ayudar.

—Más bien a molestar.

—Haré como si no escuchara eso —resopla Isa, mirando a Giu—. ¿Estás ocupada, amiga? Porque yo tengo todo el tiempo del mundo para ayudar a Chiara en esta misión, aunque ella sea ingrata.

—Ah, listo. —Respiro, mordiendo mis labios para no soltar una carcajada—. ¿No tenías que ir a tu casa? ¿Dónde está Enzo?

—Ocupado con Rafaelle, pero no cambies de tema. Vamos a subir y ayudarte ahora mismo.

—Eso…

Miro a ambas y está claro que no van a rendirse, no importa cuánto insista.

—Ok… —resoplo, haciendo una mueca—. Vamos rápido, ya sé lo que voy a llevar para la reunión y el cóctel.

—Y encima habrá una fiesta, cada vez se pone mejor.

—Dios ayúdame a sobrevivirlas.

—Después me lo agradecerás.

Lo dudo mucho, pero las sigo.

Destino: mi cuarto.



—¿Dónde están esas tangas asesinas que te hicimos comprar cuando fuimos al centro comercial? —pregunta Isa, al verme empezar a organizar sobre la cama unos conjuntos de lencería.

—Todavía falta mucho para llegar a mi ropa interior —respondo.

—¡Detalles! —replica, mirando con desdén lo que acabo de separar—. No puedes estar pensando en llevar eso.

—Voy a estar en una reunión, una tanga no es lo más cómodo para eso.

—¿Quién está preocupado por la comodidad, mujer?

—Además, nadie la va a ver —insisto.

—Eso crees, nunca se sabe.

—¿Olvidaste que estamos hablando de Lucca? El hombre no vino aquí durante más de una semana solo para evitarme.

—¿Y vas a dejar que el *consigliere* salga ileso? Vamos a atormentarlo.

—¿Qué voy a hacer con ustedes? —Resoplo.

—¡Escúchanos! —responde Isa, y muerdo mis labios para no reírme.

—Estoy de acuerdo —exclama Giu, sonriendo—. Ok, es una reunión de trabajo, pero aún así, tienes que ir guapísima, para que todos los hombres babeen por ti y él vea todo lo que se está perdiendo. —Me guiña un ojo y, por un instante, lo considero.

Eso sí puedo hacerlo.

—Probablemente habrá un montón de viejos allí.

—Vamos a pensar en positivo. Esperemos que haya algún empleado o huésped atractivo.

—Ok. —Voy hasta mi armario y tomo el conjunto rojo de tanga y sujetador, siento mis mejillas arder, ya que la parte de abajo

es prácticamente inexistente, solo un hilo que se mete entre las nalgas—. No puedo creer que me convencieron.

—¡Siiiii! —ambas celebran.

Media hora después, me duelen hasta las mejillas de tanto reír, pero fue divertido este tiempo con ellas, y lo principal: la maleta está lista.

Para la reunión, separé una falda tubo negra que, modestia aparte, me hace un trasero impresionante, y usaré una blusa blanca con pequeños detalles de encaje, absolutamente divina, y en los pies unos tacones negros que amo, la cereza del pastel.

Esto ciertamente cumplirá su función de atraer todas las miradas hacia mí, y esperamos que también la de él.

Y si eso no funciona, mi última carta es el vestido negro, ajustado, de un solo hombro, que llega hasta las rodillas y abraza mis curvas.

Mira, Lucca, o haces un movimiento o te juro que no sé qué más hacer.

¿Quizá quedarme desnuda frente a él?

Por el amor de Dios, seguro que no llegaremos a tanto, no por ahora.

Ay, solo de pensar en estas cosas, siento mi corazón acelerarse.

Concéntrate, Chiara.

—Maleta lista, ahora solo… —empieza Isa, pero se detiene, guiñándome un ojo travieso.

—Ahora solo queda esperar que todo salga bien allá —completo la frase.

—Así será, ¡ya está sucediendo, de hecho! —Giu, siempre tan optimista—. Y mantennos informadas de todo.

—¿Seguras que quieren saber sobre las reuniones aburridas? —las provoco.

—¡No te hagas la tonta! —responde con una sonrisita—. Lo que queremos saber es lo que pasa fuera del horario de trabajo.

—¡Eso! —exclama Isa.

—Me rindo con ustedes.

—Nosotras no. La esperanza es lo último que se pierde, ¿verdad?

¡Buen punto!

Intento mantenerme seria, pero desisto, sonrío como tonta, esperando tener realmente buenas noticias o al menos algo que contar.

—La conversación estuvo muy bien, pero me tengo que ir —dice Giu haciendo pucheros.

—Yo también, a esta hora Enzo debe estar libre y… —empieza Isa, y no la dejo terminar.

—Ahórranos los detalles, por favor —la interrumpo—. Como si no bastara con Giu, ahora tú…

—Ni siquiera lo niega —bromea Giu.

—¡Es feo mentir! —Se encoge de hombros sonriendo, y solo pongo los ojos en blanco—. No te preocupes, Chi, pronto será tu turno.

—Ajá…

—Bromas aparte, buena suerte mañana, estaremos apoyándote —dice Giu, acercándose y abrazándome, y maldita sea, no lo esperaba.

—Gracias —susurro—. No quiero decepcionar a nadie.

—No lo harás —responde, sin apartar la mirada de la mía.

—Ve y arrasa, cuñadita —exclama Isa, y cuando me doy cuenta, también estoy envuelta en sus brazos.

Ah, cómo amo a estas dos.

—Quieren hacerme llorar, pero no lo van a lograr —bromeo.

—Solíamos ser mejores, Giu —se burla, haciendo una mueca.

—Vamos, seguro que Chiara tiene más cosas que hacer que aguantarnos.

—Maldita sea, te están persiguiendo —resopla, pero luego se ríe y me guiña un ojo.

Observo cómo salen y, sola en mi cuarto, me tiro sobre la cama, mirando el techo con una sonrisa tonta en el rostro.

En el pecho siento una mezcla de expectativa y un poco de miedo.

Todo saldrá bien.

Respiro hondo, una, dos, tres veces, y luego me levanto.

Hay mucho por hacer.

Necesito leer todos los informes que él envió.

Si Lucca cree que llegaré a esta reunión desprevenida, está muy equivocado.

Mañana será el primer día de una nueva etapa aquí.

Basta de dejar que los días solo pasen por mí.

Haré la diferencia.

A mi manera… voy a honrar a la familia.



Dormir fue casi imposible.

A cada rato me despertaba con miedo de quedarme dormida.

Al final, cuando el reloj marcó las cinco de la mañana, me rendí y salté de la cama.

Ahora, con la ducha tomada, el cabello peinado y el maquillaje listo, me siento relativamente preparada para lo que el día traerá.

Relativamente, claro, porque solo imaginarme en el mismo coche que Lucca revuelve mi estómago.

Ni sé si podré comer algo.

Miro mi reflejo por décima vez y no podría estar más satisfecha. El conjunto de pantalón y blusa de sastrería que pensé que nunca usaría tuvo su oportunidad y, modestia aparte, quedó perfecto.

Serio y elegante, y ni siquiera es la ropa que elegí para la reunión.

—No puedo esperar para ver la cara del *consigliere* —suspiro para mí misma.

Bajo las escaleras, intentando no hacer ruido, ya que no porque me haya levantado temprano todos deben hacer lo mismo.

—¡Guau! —Claro que mi *mamma* ya estaba despierta.

—*Mamma*, debería estar durmiendo —respondo, acercándome y besando suavemente su frente.

—¿Acaso crees que puedo? Me duelen un poco los hombros, pero no cambies de tema, ¡qué hermosa estás! —Me examina de pies a cabeza.

—¿Te gusta? —Giro, dando una vuelta, y ella aplaude.

—Imposible no gustarme, *figlia* —dice, y escucho su voz quebrarse un poco.

—¿*Mamma*?

—Ignórame, es solo que estoy feliz de verte arreglándote…

Me acerco y tomo su mano.

—Primero la universidad, ahora esto. —Me da un golpecito en la palma—. Qué bueno verte animada, incluso con las limitaciones que nuestra vida nos impone.

—Lo estoy, gracias por el apoyo.

—Oh, querida, siempre estamos aquí para ti, ¡siempre!

Lo sé.

No respondo, no puedo.

Solo la abrazo fuerte y ni sé cuántos segundos pasan; solo sé que escucho una tos pequeña y me giro, para encontrar los ojos verdes de Lucca fijos en nosotras.

—Lucca. —Suspiro, con el corazón disparado mientras mis ojos recorren descaradamente cada centímetro suyo, marcado por el pantalón gris y la camisa azul marino, resaltando sus brazos fuertes, y ni hablar de la zona más al sur.

Por el amor de Dios, concéntrate en los ojos.

—Chiara —responde, y sé que me ha descubierto mirándolo.

¡Maldición!

Nada como empezar el día pasando vergüenza.

—Querido… —La voz de *mamma* suena a mi lado, recordándome que no estamos solos.

¡Contrólate, mujer loca!

—Hola, *madrina*, disculpa la interrupción —comienza él, y ni siquiera puedo responder, *mamma* es más rápida.

—Para con eso, no interrumpes nada, solo estaba diciendo lo hermosa que está mi hija, ¿no crees?

Oh, mierda.

Siento mis mejillas arder, aún más cuando veo su mirada recorrer mi cuerpo, exactamente como hice hace un momento con él.

—Siempre lo está —responde, con la voz ronca, para mi sorpresa.

—Buena respuesta, muchacho. —*Mamma* sonríe, y él se acerca para saludarla con un beso en la mejilla.

Quedo paralizada, pero afortunadamente Lucca solo me hace un gesto con la mano, y en ese momento no puedo enojarme por eso.

En serio, no sé cómo reaccionaría si me besara ahora, aunque fuera algo tonto, en la mejilla.

Siento mis manos heladas y me apresuro hacia mi maleta, apretando con fuerza la manija.

—¿Vamos a desayunar? —pregunta *mamma*, y ni necesito pensar.

—Estoy bien —respondo, porque no puedo comer nada ahora.

—Pero no comiste nada, *figlia mia.*

—No puedo ahora, *mamma*.

Me observa unos segundos y creo que percibe lo nerviosa que estoy.

—Lleva una manzana o un pastelito, ¿puedes comer algo en el camino? —pregunta, mirándome con esperanza.

¿Cómo decirle que no a Doña Eleonora?

—¡Un pastelito, eh! —bromeo.

—Y tú, querido, ¿qué vas a querer?

No debería mirar en su dirección, pero no me contengo, y cuando levanto la vista, solo encuentro su iris verde sobre mí.

Puta mierda.

¿Cómo puede Lucca desestabilizarme así?

Maldito hombre.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí, parados, solo mirándonos, pero no seré yo quien desvíe la mirada, de ninguna manera.

Quiero gritar: "¡Vamos, Lucca, responde! ¿Qué quieres?", pero claro, me quedo en silencio, perdida en su mirada.

—*Figlio* —*mamma* lo llama, y solo entonces rompe el contacto.

—Nada, *madrina*. No quiero nada —dice, y algo en mí me dice que no habla solo de la comida.

Mentiroso.

—¿Seguro? El viaje es largo.

—Seguro —confirma, con esa sonrisa que conquista a todos, incluido yo—. Tan pronto como Chiara esté lista, partiremos.

—Estoy más que lista —respondo, y su mirada vuelve a cruzar la mía, y maldita sea si no me hace latir el corazón más rápido otra vez.

Respira, mujer.

¿Así cómo vas a sobrevivir las próximas horas?

Un problema a la vez.

—En ese caso… —Sin decir nada más, toma mi maleta y camina hacia la puerta.

—Yo puedo… —empiezo, pero ni siquiera puedo terminar.

—¿Sabes que es solo una noche fuera? —pregunta, arqueando la ceja.

—No es de tu incumbencia, *consigliere*, pero llevo solo lo esencial —respondo, entrecerrando los ojos, fingiendo estar enojada, pero no puedo por mucho tiempo; pronto estoy sonriendo, disfrutando la situación.

Por más que lo niegue, en el fondo extrañaba nuestras bromas.

Prefiero mil veces esto a tu ausencia.

Lucca no responde, solo sigue caminando.

Miro a *mamma* y es evidente que le cuesta mantenerse seria.

—¿Puedes creerlo? Si supiera lo difícil que fue hacer que todo entrara allí.

—Ah, cómo son… —susurra, apoyando su brazo sobre mi hombro mientras caminamos hacia afuera.

Lucca cierra el maletero y abre la puerta de la camioneta, haciendo una leve reverencia.

Hijo de puta.

Pongo los ojos en blanco, sabiendo que hoy se levantó decidido a provocarme.

¡ME ENCANTA!

Vamos a ver hasta donde llega.

—Que tengan un buen viaje —dice *mamma* a mi lado, acariciándome el cabello, y quien vea esto pensaría que estaremos meses lejos.

—Es cerquita —le recuerdo, aunque sé que es inútil—. Te avisaré en cuanto lleguemos.

—¡Perfecto!

—Cuidaré de Chiara, *madrina* —dice Lucca acercándose, y contengo la respiración, dividida entre responder que sé cuidarme sola y admitir que sí, quiero que él se ocupe de TODAS mis necesidades.

Por el amor de Dios… estoy pasando demasiado tiempo cerca de mis cuñadas.

—Lo sé, querido —responde Doña Eleonora, despidiéndose de él, y solo entonces viene a abrazarme—. Cuídate, mi amor.

—Lo haré, *mamma*.

Entro al vehículo y contengo la respiración.

Es ridículo.

Lucca y yo hemos estado en esta situación innumerables veces, y aun así… es inevitable.

Lo observo en silencio mientras entra, y el auto parece encogerse.

Su perfume inunda el ambiente y temo que pueda escuchar mi corazón desbocado.

Fijo mi atención en la ventana, fingiendo una calma que no existe, pero él no necesita saberlo.

Durante los próximos treinta minutos consigo mantenerme en silencio; ayuda que Lucca esté serio, concentrado en el celular, pero ya no por mucho más.

—¿Piensas quedarte en silencio hasta que lleguemos? —digo de repente y no tarda en captar mi atención.

Respira, es Lucca…

—¿Qué quieres que diga, *bambina*? —pregunta, arqueando la ceja.

—Cualquier cosa. Ya no soporto este silencio.

Veo la sombra de una sonrisa en su rostro, pero tan rápido como aparece, desaparece.

¿Dónde está el *consigliere* bromista y parlanchín cuando *lo necesitas?*

—No estoy acostumbrada a que estés callado. Generalmente es todo lo contrario —continúo, sintiendo mis mejillas arder con su atención.

—¿Me estás llamando parlanchín? —Entrecierra los ojos, y muerdo los labios, de repente nerviosa.

—¿En serio, Lucca? ¿Vas a hacerte el tímido ahora? Normalmente no puedes mantener la lengua dentro de la boca. ¡Eso es un hecho! —replico.

—Para tu información, hablo cuando es necesario.

—¿Estás diciendo que no es necesario mantener una conversación conmigo? —retruco, levantando el mentón.

¿Ya dije que despierta lo peor de mí? Sí, lo dije.

El maldito estrecha la mirada.

—Vaya que me estaba resultando extraño verte…

—¿Qué? —Ni siquiera lo dejo terminar.

—¡CALLADA! —puntualiza, enfatizando cada sílaba, sin apartar la mirada de la mía.

—Vaya, tú…

—¿Leíste los informes que te envié? —Cambia de tema, y decido abandonar esta discusión tonta.

Si hay algo de lo que puedo hablar por horas, es sobre eso, ya que leí y releí los documentos hasta quedarme dormida.

Esbozo una enorme sonrisa.

—¿Qué opinas, *consigliere*? —pregunto, sin esperar respuesta; durante los próximos minutos hablo de mis impresiones, de los puntos que me dejaron dudas, y cuando finalmente guardo silencio, la sorpresa en el rostro de Lucca es impagable.

—Creo que estás muy bien informada —responde sonriendo, y todo en mí vibra con su elogio.

En serio, podría gritar de felicidad.

—Pensaste que me ibas a atrapar, ¿no?

—¡Nunca!

—Admítelo, Lucca Salvatore. —Arqueo la ceja, disfrutando ver cómo su sonrisa se ensancha.

—Sabía que leerías el material, pero confieso que tu percepción del negocio me sorprendió.

—¿Hablas en serio?

—No tengo por qué mentir, *bambina* —dice, sin apartar la mirada de la mía, y contengo la respiración. El auto parece encogerse de repente.

—Gracias.

—Soy yo quien tiene que agradecer; a este ritmo, pronto toda esta sección estará bajo tu control.

—No seas exagerado —respondo, haciendo una mueca.

La próxima media hora pasa volando; la conversación fluye fácilmente. Hablamos de los informes, de lo que nos espera en Pisa.

—No sabían que la hermana del *Don* también vendría, no te sorprendas si recibes miradas curiosas.

—¿Ahora sí saben?

Asiente.

—Avisé a Domenico para que reservaran los cuartos.

Mi mente traviesa no deja pasar el plural "cuartos". Podría ser como en los libros de romance y tener solo uno, pero ni siquiera esa suerte tengo.

—Somos prometidos, ¿no deberíamos quedarnos en la misma habitación? —Sale de mi boca antes de poder detenerlo, y siento mi rostro arder instantáneamente.

—Por Dios, Chiara —gruñe, y lo veo apretar los puños.

—Solo digo, para que la farsa sea más convincente.

—Del Vecchio ya está más que convencido —responde, y su mirada sobre mí es tan intensa que siento que puedo desmayarme en cualquier segundo.

—Si tú lo dices. —Me encojo de hombros, con cara seria.

Jesús, merezco un Oscar solo por fingir esta seguridad que no siento.

—Te aviso —puntualiza—. Nuestros cuartos estarán en el mismo piso.

—*Qué desperdicio.*

—¡No me provoques, Chiara! —Su voz es ronca y solo entonces me doy cuenta de que pensé en voz alta.

Puta mierda.

Di algo, cualquier cosa…

No puedo, simplemente me bloqueo.

¿Dónde está tu coraje ahora, mujer loca?

—Yo… —balbuceo cuando consigo volver a poner en marcha mi cerebro—. ¿Cómo van los preparativos para la boda del hijo de Del Vecchio con Arianna? —Cambio a un tema seguro, algo que no involucre a Lucca y a mí en la misma habitación.

—Cuando tengamos novedades, serás la primera en saber. En realidad, el plan es que toda la Toscana sepa que Lucca Salvatore ha vuelto a la acción —dice, guiñándome un ojo, queriendo ser gracioso, pero solo siento mi estómago revolverse.

Soy una idiota, en serio.

Ni siquiera respondo.

Vuelvo mi atención a la ventana, agradeciendo en silencio al ver la señal que indica que estamos a pocos kilómetros de Pisa.

Perfecto.

—Chiara —me llama Lucca y cierro los ojos, respirando hondo antes de girar el rostro para mirarlo.

—C*onsigliere* —suspiro.

—¿Intentamos tener un viaje tranquilo?

—Haré lo posible por no estorbarte ni a ti ni a tus planes —respondo, enfatizando la última parte, como una indirecta clara.

Sí, no puedo resistirme.

Sin esperar su respuesta, vuelvo mi atención a la ventana, no sin antes escucharlo murmurar una grosería.

Sí, apenas llegamos y ya sé que el día promete.

¿Qué esperabas, tonta? ¿Que él de repente se declarara y dijera que te ama? Despierta, esto no es un cuento de hadas. Lo más cerca que estuviste de Lucca Salvatore ya lo lograste… y todo es una gran mentira.

Es hora de aceptar esta realidad.

CAPÍTULO 10 - LUCCA

Lucca



En mis venas – Andrew Belle

Parece que todo lo que hago es empeorar las cosas entre nosotros.

Todo iba bien… hasta que ella habló de las habitaciones, maldita sea, de compartir habitación, y ahí perdí el control.

Sabía que me estaba provocando, incitándome…

Es Chiara.

Pero entonces veo cómo aflora la tristeza en lugar de la luminosidad de segundos atrás y sé que fui yo… otra vez.

Además de cobarde, puedo añadir mentiroso a mi lista de adjetivos, porque no podría haber dicho algo más alejado de la verdad.

Este compromiso falso está terminando, y lo que menos me importa es anunciarlo y salir detrás de todas las mujeres disponibles.

No cuando solo quiero a una.

Lo que Chiara no sabe y nunca sabrá…

Es que mucho antes de que empezara esta farsa, mi mente y mi polla solo querían una cosa: ella.

Como dije: *estoy jodido.*

La camioneta se estaciona en el subsuelo del hotel, en la zona más concurrida de Pisa.

En segundos, nuestros soldados bajan y revisan el perímetro.

—Todo listo, señor Salvatore.

—Gracias —respondo, bajando y extendiendo de inmediato la mano a Chiara.

Ella la acepta y todo en mí vibra con el deseo de abrazarla.

Caminamos juntos hacia los ascensores que llevan a la recepción, y cuando llegamos al lobby, no me pasa desapercibida la mirada lasciva de los hijos de puta en su dirección.

Apoyo mi mano en su espalda, dejando un mensaje claro, mientras fulmino con la mirada a cada imbécil que se atrevió a mirar a mi mujer.

¡Pero qué carajo!

Mi sangre hierve.

Y en el fondo deseo que sigan mirando; quizás eso es justo lo que necesito: golpear a algún imbécil hasta sacar toda la tensión de mi interior.

Para mi suerte o su desgracia, milagrosamente todos desaparecen.

Sea mentira o no, *Chiara es mía.*

—Señorita Zampieri, señor Salvatore, ¡bienvenidos! —nos saluda Domenico y yo asiento, intentando calmar mi confusión.

—Buenos días, señor…

—Domenico, a su disposición.

No sé qué me pasa, pero maldita sea, hasta el viejo gerente parece sonreír demasiado para mi gusto.

¡Contrólate, maldita sea!

—El placer es mío, Domenico —responde Chiara y claro, el hombre se queda sin palabras.

—¿Nuestras habitaciones? —interrumpo, haciéndolo volver a la rutina.

—Ya reservamos nuestras mejores suites para ustedes.

—¿La reunión?

—Todo organizado y listo, tal como solicitaron.

Bien.

Asiento con la cabeza.

—Aún tenemos algo de tiempo antes de la reunión —le aviso a Chiara y ella solo asiente—. Gracias, Domenico.

—No hay de qué, señor y señorita.

Respiro hondo, con la mano apoyada en la espalda de Chiara, y camino hacia los ascensores.

Tan pronto las puertas se cierran, me alejo, cuando lo que realmente quería era quedarme allí, junto a ella.

—¿Los soldados? —pregunta, rompiendo el silencio, y justo en ese momento, mi celular vibra con un mensaje.

—Están revisando nuestras suites. Todo en orden.

—¿Vinieron hasta aquí? ¿No es exagerado? —Arquea la ceja.

—Como dice tu hermano, mejor pecar por exceso.

Chiara asiente, mordiendo los labios, y mi mirada se fija en ella.

Maldita sea, cómo quisiera…

—¿Cuál es mi habitación?

—Ah, sí, aquí está tu llave. Estaré al lado.

—Ok —responde, sin siquiera mirarme.

Las puertas del ascensor se abren y ella se apresura hacia el pasillo y yo la sigo de cerca.

¿Cuándo se complicaron tanto las cosas?

Chiara se detiene frente a su puerta, con la tarjeta en la mano.

Permanezco unos pasos atrás, observando cada uno de sus movimientos.

Háblame, bambina…

—Nos encontramos aquí… —me dice, sin girarse, pero ya me cansé de este juego.

Necesito perderme un poco más en sus ojos azules.

—Mírame, Chiara —le pido y veo cómo su cuerpo se tensa, pero no duda, se gira y me encara en un desafío silencioso.

Maldición… sería tan fácil presionarla contra esta puerta, hacerla sentir cómo me enloquece.

¡Enfócate!

—Nuestro compromiso es en una hora —respondo a su pregunta, sin apartar la mirada de la suya.

—Estaré lista, *consigliere* —responde, girándose con prisa y abriendo la puerta.

—Chiara —la llamo, sujetándola del brazo, y su mirada está fija en la mía.

Hay tanto ahí…

—¿Pasa algo? —pregunto y aparece una sonrisa triste en su rostro.

—Si me preguntas eso, es porque además de cobarde, eres increíblemente lento, Lucca —dice y, sin darme tiempo a responder, cierra la puerta en mi cara.

Y solo sé que merezco cada palabra suya.

Lo sé.

CAPÍTULO 11 - CHIARA

Clara



Take me home – Jess Glynne

Respira… no llores.

Fracaso miserablemente, sintiendo las lágrimas recorrer mis mejillas, pero al menos él no las ve.

No.

Cobarde y estúpido.

¿Cómo puede preguntarme si pasa algo?

¡Claro que sí! ¡Muchas cosas!

¿Por qué tuve que enamorarme justamente del hombre más confundido de la organización?

¿Por qué no de algún hijo de *capo*, cualquiera…?

Flashes de Lucca, de su risa, de su sonrisa, de él volviéndome loca, cuidándome, me invaden.

Es eso, por más que intente, él siempre está en mi mente.

Dejo mi maleta en cualquier rincón y me tiro sobre la cama, mirando al techo.

¿Qué voy a hacer?

Respiro hondo, sabía que no sería fácil.

Lo que sea que esté frenando a Lucca, es algo que no logro comprender.

Si tan solo se abriera un poco.

"*Desearte es muy diferente a poder tenerte, bambina".*

Seco las lágrimas y me levanto; una mirada al celular me muestra que aún tengo treinta minutos para arreglarme.

Eso es.

Apoyo la maleta sobre la cama, decidida a empezar a separar mi ropa y maquillaje, y casi me atraganto al hacerlo.

—¡De ninguna manera! —empiezo a reír al ver que, de alguna manera, Isa y Giu lograron distraerme y metieron un succionador de clítoris entre mi ropa.

Miro el aparato, todavía sin creer que realmente esté ahí, pero al final, tal vez sea lo mejor.

Saco el celular del bolsillo, tomo una foto y la envío al grupo, lleno de emojis riendo.

Yo: ¡Solo a ustedes se les ocurre! Casi me da un infarto.

Isa: Diviértete después de las reuniones…

Giu: Para que te relajes después de un día al lado del consigliere.

Isa: Sería mejor que él mismo se "pusiera a trabajar".

Oh, Dios… ni siquiera puedo imaginar eso sin que mi cuerpo se incendie, y lo último que necesito es excitarme justo antes de mi primera reunión de trabajo.

Yo: Ustedes están completamente locas, pero las AMO. Gracias por la sorpresa.

Isa: Úsalo y disfrútalo…

Yo: ja, ja, ja.

Giu: Buena reunión, Chi.

Yo: Me voy a arreglar ahora, besitos.

Isa: ¡Ponte increíble!

Déjamelo a mí.

Aún tengo cinco minutos cuando termino de arreglarme, y lo admito…

D.E.L.I.C.I.O.S.A.

Sí, la modestia definitivamente estuvo ausente hoy.

Giro frente al espejo, revisando si la falda tubo negra marca mi ropa interior, pero no, todo bajo control y perfecto.

Termino mi maquillaje, me pongo perfume y me calzo los zapatos negros de tacón.

Me tomo una foto frente al espejo y la envío a las chicas.

Isa: Hasta me da pena del consigliere.

Giu: Carajo, pero estás increíble.

Yo: Ustedes realmente saben cómo subirle el autoestima a alguien.

Isa: Detalles, vivo para los detalles, por favor.

Un golpe suave en la puerta llama mi atención.

Lucca.

Solo puede ser él.

Yo: Tengo que irme. Más tarde les cuento.

Recibo varios emojis de dedos cruzados y besitos y bloqueo el celular, apoyándolo sobre la carpeta que llevaré conmigo. En ella llevo un bloc de notas y un bolígrafo. Sí, soy de esas a las que le gusta anotar todo.

—Ya voy —aviso, respirando hondo antes de caminar hacia la puerta.

La reunión es de negocios, pero demonios, estoy deseando mostrarle a Lucca Salvatore que no estoy aquí *para andar con rodeos*.

Es hora de hacer que el *consigliere* vea todo lo que se está perdiendo.

CAPÍTULO 12 - LUCCA

Lucca



In my veins – Andrew Belle

Sería mucho más fácil si ella…

Maldita sea, si entendiera que por más que la desee, no puedo tenerla, que merece a alguien mejor.

Que lo que ella cree sentir está condenado al fracaso.

¿Cómo podría ser diferente?

Creo que prefiero nuestras provocaciones, nuestras peleas, a su indiferencia, a saber que la he lastimado.

Mierda, eso me destruye.

Golpeo la puerta, ya imaginando que tendré que esperar unos buenos minutos, pero no.

—¡Maldita sea! —se me escapa cuando Chiara aparece increíblemente sexy, en una versión ejecutiva del pecado.

Carajo, si mi polla no se presiona inmediatamente contra el cierre del pantalón.

—¿Dijiste algo? —pregunta, con los ojos azules fijos en mí, y ni pierdo el tiempo con mentiras.

Ahora no.

—Estás hermosa, *bambina* —reconozco, y veo que no esperaba el elogio.

—Gracias —responde—. Espero estar adecuada para nuestro compromiso.

—Esos bastardos no merecen este placer, pero…

—¿Placer? —Arquea la ceja.

—De verte así.

Intento controlarme, pero demonios, no puedo.

Recorro su cuerpo, devorando cada centímetro: la camisa blanca ajustada marcando sus pechos que mataría por sostener en mis manos, morderlos y succionar fuerte mientras observo el placer inundar su rostro; la falda negra pegada, marcando su trasero, del que ya perdí la cuenta de cuántas veces imaginé mi mano recorriéndolo, y para rematar… carajo, pierdo hasta el raciocinio al mirar los tacones, que hacen que sus piernas se vean aún más deliciosas.

Maldita sea, mi nueva fantasía es follarme a Chiara usando solo esos tacones.

Mi polla late y cierro los puños, obligándome a mirar su rostro.

Soy un hombre necesitado, sediento… de ella.

No sé qué es peor: no poder controlar mi polla o saber que todos en esta maldita reunión la desearán… y Chiara es mía.

Solo mía, carajo.

—Pero respondiendo a tu pregunta, sí, la ropa es más que adecuada.

—Lo tomaré como un elogio.

—Sí… —me paso las manos por el cabello, desconcertado—… me preocupa que nadie preste atención a los informes.

—Ah, ¿sí? —me provoca, sabiendo muy bien a donde quiero llegar.

Me acerco, sabiendo que está mal, pero estoy necesitando cualquier migaja.

—Todos estarán ocupados admirando lo que es mío.

—De manera falsa —recuerda, y me detengo a pocos centímetros, con las manos deseando tomarla y mandar esta farsa al carajo, pero mi celular vibra, devolviéndome a la realidad y recordándome que sería otro error.

—Ya están todos allí —aviso, alejándome de la tentación.

—En ese caso, no los dejemos esperando —responde—. Estoy ansiosa por conocerlos. —Sonríe, y algo me dice que esta

reunión será larga.

Muy larga.



—Vaya, ¿qué te pasa? Él… Ay, olvidé su nombre, pero ese hombre solo estaba siendo amable y su comentario tenía sentido. —Chiara susurra a mi lado cuando todos empiezan a levantarse y salir de la sala de reuniones.

—Amable, mis pelotas —replico, apenas conteniendo la rabia que hierve dentro de mí—. Lo que hacía era mirar tu trasero en esa falda ajustada.

Si una palabra pudiera definir la última hora, tortura sería una de ellas.

Casi no pude concentrarme en la maldita reunión.

Estaba demasiado ocupado asegurándome de que cada hijo de puta que mirara un poco más hacia Chiara recibiera una advertencia clara: *no te metas conmigo*.

—¿En serio, Lucca? ¿Ahora también vas a criticar mi ropa?

—No te estoy criticando; estás hermosa, aunque la verdad, dan ganas de hacerte subir y ponerte un maldito vestido ancho, unos tres números más grande, quizá.

Ella se ríe.

Sí, la maldita ríe, y cuando me doy cuenta, me uno a ella.

Un poco de la rabia se me va.

—Vamos a almorzar antes de que te desmayes por ahí —lanzo, sabiendo que tiene hambre, ya que no comió nada de lo que le han servido.

—Vaya, qué cambio sutil de tema.

—No voy a perder tiempo hablando de esos idiotas. La reunión terminó, conseguimos la información que necesitábamos y dejamos el mensaje claro: la *famiglia* está vigilando de cerca el negocio.

La veo morderse los labios y sé lo que pasa por su cabeza.

Chiara es tan transparente.

—Estuviste perfecta —digo, y veo sorpresa en su mirada.

—Yo… ¿en serio?

Todos ya se han ido.

Estamos solo nosotros dos en la gran sala, y ni siquiera pienso mucho; me acerco, apartando un mechón que se escapó de su moño.

—Escuchaste todas las explicaciones e hiciste preguntas muy acertadas —comento, con las manos deseando seguir tocándola, sujetar su nuca y posar mis labios sobre los suyos—. Sabía que te destacarías. —Le guiño un ojo, alejándome, y Chiara sigue parada mirándome, entre sorpresa y felicidad.

Ah, bambina…

Solo necesitabas la oportunidad para brillar.

Ser más que solo la princesita.

Ser lo que quieras…

Ser mía.

¿De donde salió este maldito pensamiento?

Cierro los ojos, sintiendo un dolor punzante en la cabeza.

—¿Te duele? —Su voz suave rompe el silencio, con preocupación.

—Estoy cansado, nada más.

Para mi sorpresa, Chiara abre su carpeta y saca una pastilla, entregándomela.

—Toma esto antes de que empeore.

—Gracias —digo, tragando la pastilla sin dudar.

—De nada —responde—. ¿Sigue en pie la invitación para almorzar? —pregunta, arqueando la ceja, y no puedo contener la sonrisa.

—¡Claro! Tienes hambre, ¿verdad?

—Estoy muriéndome.

—¡Lo sabía!

—Solo he comido ese pastelito desde temprano —se defiende, y mi sonrisa se ensancha.

—Vamos, *bambina*, la pasta de aquí no es tan buena como la de tu madre, pero sirve.

—Me extrañaría si lo fuera —exclama, y el ambiente está mejor que hace unas horas; esperemos que se mantenga así, lo

cual, admitámoslo, es casi imposible. Tener a Chiara cerca es tentación suficiente y la rubia disfruta provocándome y tomándome el pelo; además, cada maldito empleado y huésped de este hotel está decidido a hacerme perder el control y golpear a alguien.

Sí, porque ni una bala de mi pistola valdría.

Sería a puño limpio.

Por suerte, el almuerzo transcurre tranquilo.

—Tenías razón —exclama Chiara tras probar los espaguetis con albóndigas al estilo del chef, y tardo unos segundos en procesar, ya que solo puedo concentrarme en sus labios.

Puta madre.

—¿Qué pasa? ¿Tengo salsa en la cara?

—¿Qué?

—Me insultaste —explica, y recién entonces me doy cuenta de que hablé en voz alta—. ¿Pasa algo?

—Solo estoy pensando en todas las cosas que tengo que hacer y todavía falta ese cóctel.

—Puedo ir sola —responde, después de unos segundos—. Ya sabes, solo con los soldados. —Hace una mueca.

—Ni loco —replico de inmediato, y mi voz suena más dura de lo que quisiera.

—Está bien, entonces. No dije nada —exclama, y sé que se ha ofendido.

Mierda.

—Llamaría la atención, tú sin… —comienzo, y consigo empeorar aún más las cosas.

—Mi prometido —dice, limpiándose la boca con la servilleta —. Claro, ¿cómo no me acordé de eso? —Hay tristeza en su voz, y sinceramente me da igual.

La verdad es que quiero bajar, porque quiero aprovechar cada maldito segundo cerca de ella, diablos, quiero asegurarme de que nadie se atreva a mirar lo que es mío… carajo, pero solo me callo.

¡Perfecto!

Un buen ambiente, arruinado en segundos.

—¿Lista? —pregunto, viendo que ya ha dejado los cubiertos sobre el plato.

Asiente.

Me levanto y casi no tengo tiempo de acercarme para ayudarla; Chiara se pone de pie con prisa, pero apenas da dos pasos lejos de mí, su tacón se engancha en el piso de madera y veo cómo su cuerpo pierde el equilibrio.

Todo sucede muy rápido.

En segundos, la tengo atrapada y segura en mis brazos.

—Oh, mierda —suspira, mirándome, y todo en mí se agita.

—Por poco, *bambina* —respondo, sin apartar la mirada de la suya, disfrutando del contacto rápido de su cuerpo con el mío.

Dios, cómo la deseo.

—Gracias —susurra, enderezándose con vergüenza, recogiendo el zapato del piso mientras murmura bajito.

—De nada, *bambina* —respondo, y la veo poner los ojos en blanco con el apodo que es suyo… y siempre lo será.

En silencio, seguimos hacia los ascensores.

Las puertas se cierran y la tensión entre nosotros es palpable.

Di algo, maldita sea.

¿Qué podría decir?

Todo lo que quiero con Chiara no implica hablar, sino… actuar.

Las puertas se abren y la sigo mientras camina sin mirar atrás rumbo a su habitación.

La *bambina* se detiene con la mano sobre el picaporte.

—¿A las 8 P.M.? —pregunta, sin mirarme.

—Exacto.

—Hasta más tarde, entonces, *consigliere* —exclama y, sin decir nada más, entra en la suite, cerrando la puerta tras de sí.

No sé cuántos segundos permanezco allí parado, reflexionando sobre las últimas horas, sobre cómo es al mismo tiempo fácil y difícil estar a su lado, cómo la conversación fluye con naturalidad cuando no estamos intentando matarnos, y maldita sea, cómo me siento al verla sonreír.

Mi celular vibra en el bolsillo, devolviéndome a la realidad.

Matteo.

Le escribo un mensaje rápido, actualizándolo sobre la reunión, y como imaginaba, el *Don* se siente orgulloso de su hermana. En el fondo, el maldito sabía que ella se desempeñaría bien.

No había ninguna duda de nuestra parte.

Desbloqueo la puerta de mi propio cuarto y me aflojo la corbata.

Mi cabeza no para.

Sigo intentando encontrar una respuesta a las innumerables preguntas que llevo dentro.

¿Qué hacer con Chiara Zampieri?

Mejor dicho… ¿qué hacer con la forma en que me siento?

La imagen de ella prácticamente escapando hacia su habitación me inunda, y tal vez sea mejor así.

Huye, bambina.

Huye de verdad.

Lejos, muy lejos, maldita sea.

Porque mi control… ah, mi control está al borde del colapso.

CAPÍTULO 13 - CHIARA

Clara



(You Drive me) Crazy – Britney Spears

Era demasiado bueno para ser verdad.

El almuerzo, la charla ligera, las risas, y luego, claro, todo se vino abajo.

Lucca lo arruinó todo.

Tal vez mi reacción haya sido exagerada, pero en el momento…

Maldita sea, mi sangre hervía, porque lo último en mi mente era ese falso compromiso.

Camino de un lado a otro, todavía irritada y tensa.

—Dios, qué calor —resoplo, encendiendo el aire acondicionado y empezando a quitarme la ropa.

Tampoco es que vaya a recibir visitas aquí.

A la mierda, me quedo solo en ropa interior, y una sonrisa tonta aparece en mi rostro al doblar la falda y la camisa.

Ustedes arrasaron.

El *consigliere* puede negarlo cuanto quiera, pero la verdad es que le gustó lo que vio, tanto que se volvió loco de celos, y yo, claro, me divertí viéndolo casi matar a cualquiera que se atreviera a mirarme.

Sería gracioso si no fuera trágico, porque fuera de eso, Lucca no hizo ningún movimiento más, a no ser que cuente recordarme que estamos en una relación de mentira.

Tomo mi celular pensando en cómo voy a distraerme aquí sola, hasta que llegue la hora de prepararme para el cóctel.

Lo primero que veo son algunos mensajes de las chicas.

Isa: Esa reunión no termina, ¿verdad? Necesito saber los detalles.

Giu: Uy, cómo estás de ansiosa. Tranquila, que pronto Chi te contará.

No puedo evitar sonreír.

Ah, cómo las amo.

Isa: Vamos a pensar positivo, quizá ella se esté divirtiendo con Lucca.

Giu: ¿Oí un amén?

Isa: Jajaja.. Chiara nos va a mandar a la mierda cuando lea estos mensajes.

Giu: Seguro que sí.

Tiro el celular sobre la cama, todavía riéndome sola.

¡Locas!

Si empiezo a responder, voy a quedarme allí un buen rato charlando, lo cual sería bueno, porque me distraería, pero ahora…

Mi mirada se dirige a mi maleta abierta, y la caja del juguete está allí, mirándome.

—Hum, no sería una mala idea, ¿verdad? —suspiro, levantándome—. Ayudaría a aliviar un poco la tensión, o no. —Hago una mueca.

Me quedo de pie, mirando el paquete no sé cuánto tiempo, dividida entre usarlo o buscar otra cosa que hacer, algo que no me lleve directo a… él.

A la mierda todo.

Agarro el juguete y vuelvo a la cama.

Mi mente se dirige inmediatamente a Lucca, que está en la habitación de al lado, Dios sabe haciendo qué, probablemente

trabajando con esa cara seria, la mandíbula apretada como cuando está tenso…

Oh, mierda.

Mi pecho se agita y, antes de darme cuenta, aparto la tela de la ropa interior y enciendo el succionador, colocándolo sobre mi clítoris.

El aparato empieza a funcionar y trato de relajarme, pero con cada movimiento de succión, solo consigo imaginar cómo sería tener a Lucca ahí, su boca en mi…

—¡Oh, Dios! —jadeo, sintiendo el placer creciendo con solo imaginarlo.

Soy virgen, no tonta.

Sé todo en teoría, pero cómo desearía ponerlo en práctica con él… siempre él.

Aumento la velocidad y, mierda, esto funciona de verdad.

Cierro los ojos con fuerza, con una mano sostengo el juguete firme contra mi punto sensible, mientras con la otra agarro las sábanas con fuerza.

—Sí, Lucca, sí… —gimo, sintiendo cómo mis muslos tiemblan, mientras mi mente se llena de imágenes vívidas del *consigliere* sonriendo, su cuerpo sin camisa, su mirada en mí, devorándome, la barba rasposa rozando mi rostro, sus labios tocando los míos—. Ah… —Exploto en un orgasmo intenso, y todo estaría más que perfecto, si no fuera porque la puerta que comunica mi cuarto con el de Lucca se abre de golpe y él aparece solo con pantalones, sin camisa, y armado.

—¿Qué pasó? —*exclama*, pero pronto se da cuenta de lo que está pasando y que el único peligro que corro es morir de la más absoluta vergüenza.

—¡Oh, Dios! —grito, soltando el juguete y levantándome de un salto, intentando encontrar alguna tela para cubrirme. Tiro de la sábana, pero apenas se mueve.

—¡Maldita sea, Chiara, maldita sea! —gruñe Lucca, y no hay duda, está sorprendido y muy, pero muy enojado.

—¿Por qué entraste aquí de repente? —tartamudeo, dejando de intentar cubrirme, colocando la maldita almohada delante de mí,

intentando tapar algo.

—Porque creí que estabas en peligro, demonios. ¡Te escuché gritar! —Mete la pistola en la cintura del pantalón y pasa las manos por su cabello.

Mi corazón parece que va a salirse por mi boca y creo que nunca sentí tanta vergüenza en mi vida.

Lucca me vio… masturbarme.

Oh, Dios… no recuerdes, no pienses.

Al menos, no sabe que estaba pensando en él.

Como si eso ayudara en algo.

Voy a perder la cabeza, eso es todo.

Para empeorar las cosas, mis manos tiemblan tanto que dejo caer la almohada.

Me apresuro a recogerla, pero en el proceso, termino mostrando mi trasero y la minúscula ropa interior que llevo puesta.

—Tienes que estar bromeando. Mierda, Chiara —sale de su boca, y siento mi rostro arder, pero apenas tengo tiempo de replicar; Lucca sale de mi cuarto pisando fuerte y cierra la puerta tras de sí, dejándome allí, perpleja y completamente avergonzada.

Respira… Fue todo una gran confusión y malentendido.

¿Qué hago? ¿Le hablo o finjo que nunca pasó?

Imposible, Lucca vio eso. ¡ESO!

Tiro las almohadas sobre la cama y agarro la primera ropa que veo en mi maleta, un vestido suelto y súper recatado.

Eso es.

¿Dónde estás mis sandalias? Ah, a la mierda, iré descalza.

Corro hacia la maldita puerta, de la que ni siquiera tenía idea que estaba abierta.

Puta madre, ¿cómo iba a saber?

Dios, ayúdame a arreglar este lío.

Calma, solo se trata de hablar con tranquilidad, somos dos adultos, es simple, vamos a olvidar totalmente este episodio.

Sí, simple. ¿A quién quiero engañar?

Mi memoria puede ser como la de Dory, pero seguro que esto me perseguirá para siempre.

Finge que no fue nada.

Finge.

Finge.

Repito la frase decenas de veces en mi mente y luego empujo lentamente la puerta, esperando que Lucca esté más calmado, porque el hombre salió de aquí como si hubiera visto al propio diablo, o sea: *yo.*

CAPÍTULO 14 - LUCCA

Lucca



Demons – Imagine Dragons
Hold on – Chord Overstreet

Estoy perdiendo la cabeza, no hay otra explicación.

Años de control yéndose a la mierda.

Me aflojo la corbata y me quito la camisa. Hace un calor infernal, no parece que recién salimos del invierno. Me sirvo un trago de whisky, sin importarme que mi cabeza todavía duela un poco.

Necesito algo… algo que me haga olvidar sus ojos azules.

Bebo el vaso de un trago, haciendo una mueca mientras el líquido ámbar baja quemando. Me sirvo otro, pero en el fondo sé que ni una botella entera solucionaría mis problemas.

Apoyo el vaso vacío sobre la barra y miro hacia la cama.

La idea de echarme una siesta es tentadora, ya que dormí pésimo la noche anterior, pero tan rápido como viene, la descarto; ya me basta con soñar con Chiara por la noche.

Estoy a punto de empezar a revisar mis mensajes, meterme en el trabajo, cuando escucho la voz de Chiara, un sonido ahogado, un grito.

Ni pienso, solo actúo.

Tomo mi pistola y empujo la puerta que separa nuestros cuartos con fuerza.

—¿Qué pasó? —digo, buscando cualquier señal de peligro, y cuando veo la verdadera razón del grito, siento que nada, absolutamente nada, me preparó para la visión frente a mis ojos.

Si aún me quedaba algo de cordura, se acabó AHORA.

Chiara está acostada en la cama, solo con lencería, piernas abiertas, la ropa interior corrida hacia un lado, masturbándose con algo y, maldita sea, nunca podré borrar esto de mi mente.

Mi boca se hace agua ante la vista de su coño suave, implorando ser chupada y, demonios, en este momento, solo quería ser ese maldito juguete.

Quería estar con mi cara metida allí, lamiéndola entera.

—¡Oh, Dios! —grita, levantándose apresurada mientras trata de cubrirse con algo.

—¡Maldita sea, Chiara, maldita sea! —Apenas reconozco mi propia voz.

Respira y deja de mirar mientras ella intenta, en vano, cubrirse.

Maldita sea, nunca olvidaré esto…

—¿Por qué entraste aquí de repente? —tartamudea, agarrando la maldita almohada que no cubre nada.

Su pregunta hace que mi sangre hierva.

—Porque creí que estabas en peligro, demonios. ¡Te escuché gritar! —digo, guardando la pistola, sin saber siquiera cómo reaccionar en este momento.

Ya sé que está bien y a salvo.

¡Dale la espalda y vete!

Sí, directo a una ducha fría.

Maldita sea, maldita sea…

Paso las manos por el cabello, con el corazón latiendo como loco en el pecho.

¡Muévete!

Como si la desgracia fuera poca, antes de que yo me mueva, la rubia deja caer la almohada y, al apresurarse a recogerla, termina levantando el trasero hacia mí.

Un hilo dental.

Está usando un maldito hilo dental.

Esto solo puede ser una broma del destino.

—Tienes que estar bromeando. Mierda, Chiara —gruño, dándole la espalda y saliendo apresurado del cuarto, cerrando la puerta tras de mí.

¡Control! Es Chiara, no importa cuánto quieras perderte en ella… porque no puedes tenerla.

Camino directo a la ducha, entrando con los pantalones puestos, pero el agua fría no parece suficiente.

Nada lo será.

Maldita sea, maldita sea…

Apoyo las manos en la pared y cierro los ojos, necesitando calmar mi corazón, cuando siento su presencia, su perfume.

Ni siquiera abro los ojos, permanezco inmóvil.

—Lucca —me llama, pero sigo con la cabeza bajo la ducha, esperando que se dé por vencida, se dé la vuelta y regrese a la seguridad de su cuarto—. ¿Me vas a ignorar?

Mi polla late y no hay duda de que, incluso bajo el agua helada, tengo una maldita erección.

Hay cosas que puedo controlar y otras que no.

La reacción de mi cuerpo ante Chiara Zampieri es un ejemplo.

—Vete, Chiara —exclamo, sin mirar en su dirección, con voz dura y seca.

—Perdón, no quise asustarte —comienza, y es evidente lo nerviosa y avergonzada que está—. No pensé que haría ruido…

Puta madre.

Aprieto los puños.

Tanto esfuerzo intentando olvidar esa escena… en vano.

—Ya conseguiste lo que querías, ahora vete.

—¿Cómo dices? —responde, indignada. Adivina, somos dos, aunque mi frustración es conmigo mismo por mi total falta de control—. ¿Crees que hice esto a propósito? —Hay furia en su voz y en su mirada. Sí, no puedo resistir y giro mi rostro hacia ella, y lo que veo me dice que no fue intencional, lo cual no calma mi ira.

—¡No me importa! —replico, decidido a terminar el asunto.

—¡A mí sí me importa! —replica, acercándose y, por un segundo, creo que la loca es capaz de entrar conmigo a la ducha.

Dios, ayúdame.

—Solo ve a tu cuarto —gruño, volviendo mi atención a la pared de azulejos.

—Mírame, Lucca.

Cierro los ojos, aprieto los puños, pero atiendo a su pedido.

—Tú —su voz tiembla, pero levanta la barbilla y continúa—, ¿crees que me gusta admitir que estaba —muerde sus labios, y demonios, mi mirada no deja de seguirla— tocándome pensando en ti? —escupe y el corazón me da un vuelco—. ¿Crees que me gusta pensar en el hombre al que no le importo nada? —exclama, con la voz quebrada, y si antes ya estaba en shock, ahora más.

No respondo, no sabría qué decir.

Ella estaba pensando en mí, maldita sea… en mí.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí, parados, mirándonos, solo sé que incluso bajo el agua fría, estoy en llamas, ardiendo por ella.

¡Responde! Di algo, cualquier cosa…

—Creo que no —replico, después de lo que parece una eternidad.

—Gracias. —Su voz es solo un suspiro—. Al menos, tengo esa respuesta de ti. —Y entonces, se da la vuelta y regresa por donde vino, dejándome solo con el torbellino de emociones que me domina.

Golpeo la pared, ignorando el dolor que se irradia por mi brazo y las gotas de sangre que tiñen el piso del baño.

Mi pecho parece a punto de estallar.

Me siento atrapado en un cruce de caminos, es difícil…

Muy.

Tranquilízate, maldita sea.

Permanezco allí, no sé por cuánto tiempo, parece poco…

Parece que nunca superaré esta situación y, por primera vez en años, no sé qué hacer.

Siempre tuve un plan, pero ahora… nada parece suficiente.

Salgo de la ducha en piloto automático, mojando todo por donde paso.

Sin pensar mucho, me seco y hago un maldito vendaje en mi mano.

Tengo algunos cortes, ni una décima parte de lo que merezco.

¿Cómo dejé que las cosas llegaran a esto?

Fallé…

Lastimé a la persona que más amaba…

Maldita sea, no puedo dejar de pensar en ella y sé que es cuestión de tiempo antes de decepcionar a todos los que me importan.

Creo que, en el fondo, mi padre tenía razón, *solo traigo destrucción.*



Termino de ajustarme la corbata y llamo a Nico a mi suite.

El soldado no tarda ni cinco minutos en golpear la puerta.

—Señor Salvatore.

—¿Los hombres están listos?

—Esperando su orden.

—Manténganse en alerta y a la espera de la señorita Zampieri. Quiero dos hombres en la puerta de su cuarto. Cuando salga, acompáñenla al ático.

—¿Y usted, señor? Roberto y Vittorio pueden acompañarlo.

—¡No! —replico—. Quiero a todos protegiendo a la hermana del *Don*.

—Sí, señor.

Asiento con la cabeza y me dirijo al ascensor, ignorando la opresión en el pecho al mirar hacia la puerta de su cuarto. Normalmente sería yo quien la esperara, provocándola por la demora, pero la verdad es que no estoy listo para confrontarla.

No cuando me estoy aferrando al poco control que me queda.

Las puertas del ascensor se abren en la terraza, revelando un ambiente elegante y cuidadosamente decorado; no es que entienda mucho de estas cosas, pero parece algo que haría una *madrina*.

Madrina…

Pensar en la señora Eleonora solo empeora la situación. Si supiera la mitad de los pensamientos que tengo con su hija menor.

—Señor Salvatore. —Domenico se acerca, sonriendo de oreja a oreja, y no sé cómo hace el hombre para estar tan animado.

—Domenico —asiento, intentando sonreír.

Fallo.

—¿Todo bien, señor? —Mira el vendaje y me apresuro a tranquilizarlo.

—Mejor imposible.

—¿La señorita Zampieri? —pregunta, mirando alrededor, y aprieto los puños, molesto por su descarado interés en Chiara.

—Se unirá a nosotros en breve.

—Oh, qué bien, su presencia sin duda iluminará el evento.

Te iluminaré la cara si sigues hablando de ella, maldita sea.

¡Contrólate!

—Mientras tanto, aprovecharé para presentarle a algunos asociados y clientes muy especiales.

Justo lo que necesitaba.

Quedarme viendo al gerente adulando a gente influyente de la región.

Mi celular vibra y asiento, pidiendo un minuto.

—Dime.

—Estamos en camino con la señorita Zampieri.

—Perfecto.

Ignoro a Domenico y me mantengo enfocado en la entrada. Ya hay muchos invitados circulando, lo que dificulta una visión clara del ascensor, pero veo cuando nuestros hombres entran al recinto.

¿Dónde está la bambina?

Estoy a punto de dejar al gerente con sus invitados e ir tras Chiara, cuando la veo, y si tenía alguna duda de cuánto podía empeorar el día, ya no la tengo.

Toda la atención masculina está sobre ella, que camina indiferente, deslumbrante en un vestido negro que es casi una segunda piel de lo ceñido que es.

Preciosa como el infierno.

Mi mirada se cruza con la suya y todo en mí grita por ir hacia ella, por tomarla en mis brazos y dejarle claro a cada maldito que Chiara Zampieri es mía, pero antes de que pueda dar un paso, algunos asociados eufóricos me interceptan.

Son segundos, solo el tiempo necesario para librarme de los imbéciles, pero cuando vuelvo a mirar hacia donde estaba, no la encuentro.

Qué demonios…

Estoy a punto de llamar a los soldados que están repartidos por el lugar para preguntar donde carajo se metió la rubia, cuando la veo, y poco me importa quién sea el infeliz; solo sé que está demasiado cerca de quien me pertenece, y está a punto de descubrirlo.

CAPÍTULO 15 - CHIARA

Clara



Breathe (2Am) – Anna Nalick

Mi rostro está rojo y ligeramente hinchado.

Intenté no llorar, pero en cuanto cerré la maldita puerta detrás de mí, salió todo, y simplemente dejé que fluyera.

No es que tuviera mucha elección.

Ahora llevo treinta minutos frente al espejo, pensando en cómo arreglar este desastre.

Trágate tus lágrimas y ponte tu top corto.

Tengo que ir al cóctel, no puedo quedarme encerrada en mi cuarto lamiéndome las heridas y tratando de superar la humillación.

Dios, ¿cómo voy a mirar a Lucca a la cara de nuevo?

Ah, lo harás… y encima vas a sonreírle al desgraciado.

Quince minutos después, nadie diría que hace unas horas pasé por la mayor humillación de mi vida.

Estoy increíble.

Eso es lo importante.

Si Lucca no me quiere, alguien me querrá.

Miro el celular una vez más, ya son las 8 de la noche y él no aparece, lo cual es extraño, porque el hombre puede ser cualquier cosa menos impuntual.

Nunca lo es.

Abro la puerta, decidida a actuar como una adulta y tocar a su cuarto, y me sorprendo al encontrar no a uno, sino a dos

soldados plantados como estatuas frente a mí.

—¿Qué ocurrió?

—Recibimos órdenes de escoltarla hasta el cóctel.

—Oh… —se me escapa, pero rápidamente disimulo mi sorpresa—. ¿Lucca? —pregunto, sin ocultar la preocupación.

—El señor Salvatore ya se fue al evento.

Ah, claro que se fue.

¿Para qué esperar a la novia de mentira?

Ignóralo. Vamos, y enséñale todo lo que se está perdiendo...

Él ya lo vio, me recuerdo y siento mis mejillas arder.

—¡Vamos entonces! —aviso, caminando hacia el ascensor con ellos siguiéndome.

Pocos minutos después, las puertas del ascensor se abren en el ático, que está lleno de invitados y bellamente decorado.

Nada mal, nada mal en serio.

Lástima que mi humor esté por los suelos.

Respiro hondo, decidida a disfrutar un poco la noche; Dios sabe cuándo volveré a otra fiesta.

Los soldados se dispersan, cada uno caminando en distintas direcciones, mezclándose entre los presentes, y yo quedo sola, y no me preguntes por qué, parece que todos deciden mirar hacia el ascensor justo ahora.

Maldita sea.

¿Habrá algo mal con mi ropa? No.

Me aseguré de mirarme diez veces en el espejo antes de salir.

Siento mis manos frías, pero lo ignoro.

Soy Chiara Zampieri, pueden mirar todo lo que quieran.

Levanto el mentón, sonrío y estoy a punto de caminar, cuando mi mirada se cruza con la suya… Lucca, hermoso en un traje oscuro. Su mirada me provoca sensaciones extrañas.

Mi corazón se dispara, todo se agita y me maldigo por ser tan tonta.

Una música lenta empieza a sonar y varias personas comienzan a bailar, todo para hacerme sentir aún más incómoda.

Excelente comienzo.

Alguien tira a Lucca del brazo y es mi oportunidad; no voy a quedarme aquí esperando que mi querido novio me reciba.

Ni hablar, solo quiero una bebida, preferiblemente fuerte, y estar en paz.

Un mesero parece escuchar mis plegarias y aparece de la nada.

—Acepto —digo, tomando la copa sin tener la menor idea de qué es. No importa.

Solo giro el líquido, apoyo la copa vacía y tomo otra, frente a su mirada sorprendida.

Discúlpame, amigo, tengo sed.

Sigo esquivando cuerpos, evitando las miradas curiosas y, cuando me doy cuenta, estoy en una especie de balcón.

—Guau… —suspiro, teniendo una vista privilegiada del horizonte; las palmeras se mecen con la brisa nocturna y la inmensidad del mar al fondo es la guinda del pastel.

Hermoso.

Cierro los ojos, dejando que esa sensación me invada y calme mi corazón, pero pronto me doy cuenta de que ya no estoy sola.

Me doy vuelta y descubro que no son los ojos verdes que, aunque me irriten profundamente, anhelo… Al contrario, me topo con un hombre alto, que calculo tendrá unos veintiocho años, y que me mira de una manera tan descarada que me siento hasta incómoda.

—Creo que morí y fui al cielo, porque una mujer tan hermosa como tú no debería estar aquí sola. ¿Bailas conmigo, preciosa?

Apenas puedo abrir la boca para rechazar al Don Juan.

Todo pasa muy rápido.

—Lárgate antes de que te mate de verdad. —La voz de Lucca es dura, haciéndome erizar la piel y acelerar el corazón.

El hombre abre los ojos, pero ni siquiera se atreve a replicar.

Lucca exuda poder, peligro y posesión.

En cuestión de segundos, estamos solos, y maldita sea, de repente el lugar parece pequeño.

—¿Puedo saber qué carajo está pasando?

¿En serio, consigliere?

—Yo soy la que pregunta, alguien podría pensar que estás celoso.

—¡No me jodas, Chiara! ¿Qué estaba pasando aquí?

—¿Qué crees? —replico, indignada por su pregunta, mientras lo observo acercarse, con la mirada fija en mí, deteniéndose a pocos pasos.

—Eres mi prometida —dice cada palabra pausadamente, como si no lo supiera.

—¡De MENTIRA, recuerda eso! —respondo, disfrutando provocarlo.

—Aun así, eres mía —gruñe, y no sé de donde sale todo eso, pero por más enojada que esté, me gusta escucharlo decirlo.

Suya… es todo lo que quiero ser.

—¿Cómo van a creer que somos novios si a la primera oportunidad ya estás coqueteando con el primer idiota que aparece? —continúa y muerdo los labios para no reírme.

¿En serio, Lucca?

—Eres muy tonto y ciego si realmente crees que yo estaba haciendo eso. —Le doy un golpe en el pecho con el dedo índice, ignorando mi parte racional que me dice simplemente alejarme y dejarlo hablando solo.

—Chiara… —Su voz es una advertencia y es mi límite.

—¿Sabes qué? —Aproximo mi rostro hasta quedar a pocos centímetros del suyo. Un poco más y podría besarlo—. Vete a la mierda, Lucca… —Y entonces paso por él como un huracán.

—¿A donde crees que vas?

—No es de tu incumbencia, pero cualquier lugar lejos de ti me sirve.

—¡Maldita sea!

No miro atrás, camino rápido hacia la salida, con los soldados siguiéndome.

—Déjenme en paz, voy a mi cuarto —respondo, llamando al ascensor.

—Señorita Zampieri, las órdenes del *consigliere*… —comienzan, pero se distraen hablando por el comunicador,

seguramente con Lucca.

Aprovecho y abro la puerta que da acceso a las escaleras, dejando a los dos plantados allí.

Las lágrimas nublan mi visión mientras subo los escalones.

Estoy tan enojada.

No debería haber salido de allí.

Debería haber bailado con todos los que quisiera, pero eso solo empeoraría las cosas.

—Dios, ¿cómo puedo ser tan idiota?

—Chiara… —Escucho su voz a lo lejos y acelero el paso.

Solo quedan unos cuantos escalones.

Apresurada, me quito los zapatos y sigo subiendo corriendo, hasta que un dolor me atraviesa el pie.

—Maldita sea, maldita sea —gimo, viendo un enorme pedazo de vidrio clavado en la planta del pie. Parece que toda la desgracia del mundo no es suficiente.

Aprieto los dientes y saco el pedazo de vidrio, observando cómo la sangre empieza a correr de la herida, pero lo ignoro, pisando el suelo lo mejor que puedo, dejando un rastro de sangre en el concreto digno de una película de terror, y si antes ya era más lenta que él, ahora…

—Chiara, qué carajo. ¿Qué pasó, maldita sea? —Su voz suena demasiado cerca, apenas unos pasos nos separan.

—Nada… —balbuceo—. Déjame, Lucca —exclamo, intentando seguir caminando con dificultad, pero entonces su brazo agarra el mío, tirándome hacia él, haciendo que mi pecho golpee fuerte contra el suyo.

—Ni loco —responde, levantando mi mentón con el dedo índice y encontrando su mirada con la mía.

Quiero gritarle que se aleje, pero me quedo callada, porque en el fondo… ahí es donde quiero estar.

—Voy a cuidarte, *bambina* —susurra y, en segundos, me alza en sus brazos.

Las lágrimas corren por mi rostro.

Frustración, derrota…

Claro que va a cuidarme… soy la hermanita del *Don*.

—Puedo cuidarme sola, es solo un corte.

Ni siquiera responde.

—Estoy con Chiara, todo está bien, pueden ir a descansar —dice por el comunicador antes de abrir la puerta de su cuarto y entrar conmigo.

Con cuidado, me apoya sobre la cama.

—Eres la mujer más terca que conozco —murmura, deslizando suavemente su mano por mi pierna, haciendo que todo mi cuerpo se erice.

Por un segundo, incluso olvido el corte.

—No sé qué relación tiene el maldito vidrio con que me consideres terca, pero…

—¿Por qué saliste así? ¿Por qué no esperaste el maldito ascensor? —pregunta, sin siquiera mirarme, concentrado en mi pie, y por un instante me parece bien, porque siento que mi pecho va a explotar.

—Porque, si me hubiera quedado un segundo más cerca de ti… —comienzo, apretando fuertemente la sábana, cuando él aplica un antiséptico en la herida—… podría arrancarte los ojos.

Él sonríe.

—Eso suena como algo que harías.

—Entre otras cosas —respondo y él arquea la ceja.

—Listo, no fue tan profundo —dice, y solo entonces noto que ya tengo un vendaje enorme en la planta del pie.

Lucca se levanta y va al minibar, sirviéndose un trago de whisky.

Está de espaldas y la tensión en mí aumenta.

El mensaje es claro: la buena acción del día ha terminado. Sé que mi presencia allí lo incomoda.

Humillación del día completada con éxito.

Me pongo de pie, pero apenas puedo apoyar el pie en el suelo sin hacer una mueca de dolor.

—Como decía, terquísima. ¿Quieres arruinar el maldito vendaje que acabo de poner?

Su comentario suena duro, seco y más doloroso que un golpe en la cara. Mientras camina hacia mí, mis labios empiezan a

temblar.

Los muerdo con fuerza y respiro hondo.

—Solo quiero ir a mi maldito cuarto. Está claro que mi presencia aquí te molesta —digo, y él percibe mi estado.

—Chiara… —Cierra los ojos, apretando los puños—. Lo siento…

—No necesito tus disculpas, solo necesito salir de aquí —respondo, intentando esquivar su cuerpo y arrastrarme hacia la puerta, pero apenas puedo dar un paso.

De nuevo, estoy en sus brazos.

—Déjame en el suelo.

—No.

—¿Cómo dices?

—No vas a ir a ningún lado.

—Lucca… —jadeo, mirando sus ojos verdes.

—Vas a dormir aquí conmigo.

—¿Perdiste la cabeza?

—Tú me haces perder la maldita cabeza —confiesa, sin apartar la mirada de la mía—. Tú… siempre tú. —Su voz es ronca y hay tanto en ella.

Con cuidado, me vuelve a colocar sobre la cama y se aparta, dejándome allí, en un estado de shock y algo que no puedo explicar.

—Voy a buscarte ropa para dormir —avisa—. ¿Necesitas algo más?

—Ir a MI cuarto.

—Eso está fuera de discusión.

—Es solo un corte —argumento.

—Apenas puedes pisar, puedes necesitar algo durante la noche, ayuda para ir al baño…

—Si mi hermano descubre que estoy durmiendo en tu cuarto, tendremos que casarnos… de verdad —digo, pero él no responde, solo sigue mirándome, esperando la maldita respuesta—. Mi maleta está cerca del armario, ya dejé todo listo por si tenemos que salir.

Asiente y va a la otra habitación.

No tarda mucho en regresar.

—Listo —dice, colocándola sobre la cama cerca de donde estoy—. ¿Puedes cambiarte?

—Es un corte en el pie, Lucca, no soy una inválida.

Él frunce el ceño y empieza a alejarse.

Maldita sea.

Habla, habla.

—Perdón —murmuro, incómoda—. Gracias, me estás ayudando, y yo… —Respiro hondo, Dios, qué difícil es estar cerca de él.

Me pongo de pie, sujetándome del borde de la cama, evitando apoyar la planta en el suelo, e intento abrir el cierre de la parte trasera.

Es algo simple, pero ahora, sin poder mantener el equilibrio, parece increíblemente difícil.

—Déjamelo a mí —dice y, en segundos, siento su presencia detrás de mí.

El toque de sus dedos en mi cuello, mientras aparta mi cabello, me hace cerrar los ojos.

—Listo, *bambina*… —susurra, deslizando el cierre hasta la mitad de mi espalda.

Sostengo el vestido y me giro, solo para ver que está de espaldas, dándome privacidad.

Agarro la parte superior del pijama y me maldigo por no haber llevado algo más sensual en la maleta.

Pero, al diablo, esto es lo que tenemos para hoy.

—¿Lista?

—No —casi grito, dejando que la tela resbale por mi cuerpo y luego, con prisa y torpemente, me pongo el short.

Sí, es corto, pero podría ser peor.

—Está bien, puedes girarte.

Su mirada recorre cada centímetro de mi piel expuesta.

Lucca murmura una maldición, pero la escucho y todo vibra en mí.

—¿Puedo ir a mi cuarto…? —recuerdo.

—Voy a ducharme, *bambina* —responde y frunzo el ceño.

—¿En serio, Lucca?

—Siéntete libre —comienza, caminando hacia el baño—. Pensándolo bien, NO tan libre —enfatiza, y siento mis mejillas arder.

Sé lo que quiso decir, y quisiera tener la valentía de hacer justo lo contrario, solo para ver su reacción, pero no la tengo.

Es demasiado para mí.

Resultado: me cepillo el cabello, intentando calmar el corazón, y luego me acomodo de la mejor forma que puedo en su cama.

Es imposible relajarme.

De alguna forma, su perfume está en las sábanas.

Prendo la tele para intentar distraerme pero no lo consigo.

Toda mi atención está en el sonido de la ducha, imaginando que Lucca está desnudo a solo unos pasos.

Pensamientos extremadamente inapropiados invaden mi mente y me siento acalorada.

Jesús…

Él cierra la ducha.

Finge indiferencia. Actúa normal.

Ajá…

Pongo cualquier canal y miro al frente, aunque no tenga la menor idea de lo que está pasando.

La puerta se abre y el aroma a champú y jabón inunda el cuarto.

Debí insistir en ir a mi cuarto; allí, con el pie cortado o no, aún podría entretenerme sola.

—¿Cuál es el pronóstico? —pregunta, y me giro solo para descubrir que está con una toalla alrededor de la cintura.

—¡Santo Dios! —casi grito, girando la cara apresuradamente.

—Tranquila, *bambina*, estoy tapado. Olvidé recoger mi ropa.

—Pues intenta ponértela, rápido… Jesús.

Él se ríe.

Sé que estoy roja como un pimiento.

—Pensé que te gustaría… *noviecita.*

—Eres demasiado engreído —bromeo, todavía con el rostro girado—. ¿Puedo?

—¡Claro!

—¡Estás solo en bóxer! —exclamo, evitando mirar la ropa interior negra, las piernas gruesas cubiertas apenas por un ligero vello.

—No traje pijama. —Se encoge de hombros—. Y de ninguna manera voy a dormir con pantalón.

—Tú… tú… —No consigo ni terminar la frase.

—Generalmente duermo desnudo, pero como estoy aquí…

—Vaya, muchas gracias por la consideración.

No mires hacia abajo...

Demasiado tarde.

Imposible no notar… todo el volumen que hay allí.

¿Es normal?

—Chiara —su voz está ronca—, no me hagas arrepentirme de la decisión de dejarte aquí.

—Estoy… totalmente arrepentida, por favor, llévame de una vez a mi cuarto. —Comienzo a levantarme.

—¿Tienes miedo, *bambina*? —Claro que iba a fastidiarme. No sería Lucca si no dijera algo.

Cierro los ojos, apoyando los pies cuidadosamente en el suelo.

A la mierda con todo.

—El cobarde aquí eres tú, ¿recuerdas? —murmuro, y en segundos Lucca está frente a mí.

—Mírame —ordena y sé que está molesto.

Aprieto el puño.

Tú lo empezaste, ahora afronta las consecuencias.

Levanto la mirada, encontrando la suya.

La tensión es inmensa, pero no desvío la vista, no importa lo intenso que sea su mirar, no importa que se sienta como brasas, quemando todo en mí, haciendo difícil pensar, respirar…

—Si eres tan valiente, ¿por qué quieres tanto ir a tu cuarto? —susurra cerca de mi oído y cierro los ojos, sintiendo su respiración.

Hijo de puta.

—Eso imaginé, es fácil ser valiente… de la boca para afuera.

—Luc… —comienzo, pero él apoya el dedo índice sobre mis labios.

—¿Qué voy a hacer contigo, Chiara? —susurra, con la voz ronca, y estoy a punto de responderle mal, cuando su mano va hasta mi nuca, sus dedos entrelazándose con mi cabello, sus labios casi rozando los míos.

Apoyo mis manos en su pecho, sintiendo su piel caliente, su corazón acelerado bajo mis dedos.

—Bésame —pido, mirando sus ojos verdes.

—¡Maldita sea!

En un segundo, está maldiciendo, al siguiente sus labios están sobre los míos, intensos, necesitados; no es lento.

No se parece en nada al roce suave en nuestro compromiso, es crudo, hambriento, y me entrego por completo, enroscando mis brazos alrededor de su cuello, mientras nuestras lenguas se enfrentan en un duelo.

Lucca agarra mi trasero, acercándome a su regazo, prensando mi cuerpo contra la pared.

Sí, sí…

Esto es lo que esperé por años.

Agarro su cabello, entregándome de cuerpo y alma a este beso, necesitando más, queriendo más, aunque sé que nunca, nunca será suficiente.

—Chiara… —jadea, apoyando su frente contra la mía, ambos agitados.

—Por favor, no pares.

—Maldita sea, *bambina* —su voz tiene dolor—, esto no debería haber pasado… mierda.

—Debería —respiro entrecortada—. Te deseo tanto, Lucca.

—No podemos…

Agarro su rostro.

—¡Mírame! Dime que no me deseas…

—Nunca… —abro los ojos—… nunca podría decir eso.

Rozo mis labios con los suyos, pero él ya toma distancia y con cuidado me coloca sobre la cama y se aparta, poniéndose unos pantalones con prisa.

—Vas a huir, ¿verdad? Me vas a evitar… —Hay tanta rabia y frustración en mi voz, pero simplemente no puedo evitarlo.

—Volveré más tarde. Dejaré a los soldados en la puerta de tu cuarto. ¡No salgas! —exclama, agarrando una camiseta y poniéndosela a una velocidad increíble.

—Lucca… —lo llamo, pero es inútil. La puerta se cierra con fuerza detrás de él.

Golpeo el colchón y dejo que las lágrimas caigan.

Lágrimas de tristeza, de derrota, tal vez no soy tan valiente como creí, porque no sé cuánto tiempo más puedo seguir golpeando una pared.

Porque una cosa es segura: duele, y mucho.

Me acuesto y, encogida allí, lloro, lloro, hasta que el sueño comienza a dominarme.

Está claro que Lucca me desea, pero algo le impide entregarse.

Él me desea, pero no lo suficiente.

CAPÍTULO 16 - LUCCA

Lucca



[…I wanna hold you and say
Quiero abrazarte y decirte
We can't throw this all away
No podemos tirar todo esto a la basura.
Tell me you won't go
Di que no te vas a ir.
You won't go
No se irá.
You have to hear me say
Tienes que escucharme decir
I can't stop lovin' you
No puedo dejar de amarte.
And no matter what I say or do
Y no importa lo que diga o haga.
You know my heart is true
Sabes que mi corazón es verdadero…]

Estracto de I can't stop loving you – Van Halen
Rewrite the Stars – James Arthur & Anne-Marie

—Otra copa —digo, golpeando el vaso contra la barra del bar.

El camarero ni siquiera dice nada, solo obedece, manteniendo mi vaso lleno.

El líquido baja quemando, pero no importa, aún consigo sentir su aroma en mí, su sabor…

Maldita sea.

Asiento con la cabeza y él sigue llenándolo.

He perdido la cuenta de cuántas copas de whisky he bebido ya.

No quiero sentir…

Quiero poder borrar las últimas veinticuatro horas, pero están grabadas en mi mente, en mí…

¿Qué carajo hice?

Besarla, sentir su cuerpo contra el mío, caliente, receptivo, deseándome tanto como yo la deseo a ella.

Dios, su sabor…

Hago un gesto al camarero, pero no me ve.

Infierno.

Es una señal, ya he tenido suficiente.

Dejo unos billetes de cien dólares sobre la barra y me levanto con cierta dificultad.

Ni recuerdo la última vez que bebí tanto en tan poco tiempo.

Hablando de eso, ¿qué hora será?

He perdido la noción de todo.

Salí del cuarto sin celular ni arma; por suerte, traje la billetera conmigo, el establecimiento lo agradece.

Salgo del ascensor y respiro hondo antes de empujar la puerta de mi cuarto.

Lo primero que siento es su perfume y, aun en penumbra, veo el contorno de su cuerpo encogido sobre la cama.

Tan hermosa.

Durmiendo como un ángel, *mí ángel.*

Con cuidado, cierro la puerta detrás de mí; lo último que necesito es despertar a Chiara. Me quito el zapato y el sillón, que no parece nada cómodo, me llama.

Ni de broma me voy a acostar a su lado.

No podría.

Veo la manta aún doblada sobre la cama y me acerco, con las manos deseando tocarla.

Cálmate, consigliere.

Eso es lo que eres... nada.

Cierro los ojos e inspiro y exhalo profundo, tratando de ignorar los recuerdos.

Con cuidado para no despertarla, cubro a Chiara y la observo acurrucarse, agarrando el tejido grueso, y no puedo evitar sonreír.

—Duerme bien —susurro, dando un beso suave en su frente, y antes de alejarme, aunque sé que no me va a escuchar, aún así necesito decirlo—: Te quiero más que a nada, *bambina*.

Levemente ebrio o no, el hecho es que el sueño tarda en llegar, y allí, en la oscuridad de la habitación, observo la razón de mis noches sin dormir, la mujer que vi crecer, que se transformó ante mis ojos, y que hoy habita mis sueños y mi corazón.

No sirve intentar engañarme.

No es solo atracción, algo tonto o pasajero.

Ya me cansé de sentir esto, suficiente para reconocer lo que tengo frente a mí.

Contra todo lo que creí posible, me he enamorado de Chiara Zampieri, la chica atrevida y dulce, aquella que me vuelve loco, que me hace sonreír y que, incluso cuando no debería, me hace soñar que esto podría ser posible…

Un futuro en el que ella sea mía.

Porque, maldita sea, yo soy de ella…

La princesita tiene mi corazón.

CAPÍTULO 17 - CHIARA

Clara



Photograph – Ed Sheeran
Hero – Chad Kroeger feat Josey Scott

Me despierto en medio de la noche y tardo unos segundos en situarme.

El hotel… Pisa.

No pasa mucho tiempo antes de que los últimos acontecimientos vuelvan a mi mente, nuestro beso… EL BESO, y luego él saliendo alterado del cuarto.

Todo está oscuro y, en silencio, noto que estoy tapada, aunque estoy segura de que ni siquiera me di el trabajo de tomar la manta; simplemente me acosté y, después de un tiempo llorando, me quedé dormida.

Lucca…

Con cuidado para no hacer ruido, me levanto, ignorando el leve latido en la planta de mi pie, y no tardo mucho en encontrarlo a unos metros de la cama, desmayado en un sillón, totalmente incómodo.

—Lucca —lo llamo bajito—. Lucca…

—*Bambina* —murmura dormido, y mi corazón se aprieta.

Estoy segura que, por lo terco que es, no quería acostarse conmigo.

Aunque está todo torcido, al menos está descansando un poco.

Cojeando, voy hasta la cama y tomo otra manta, cubriéndolo lo mejor que puedo.

—Duerme bien, Luc —susurro, pasando el dedo por su mejilla.

Vuelvo a acostarme y tardo un poco en dormirme.

No consigo apartar la atención del hombre a pocos metros de distancia.

¿Qué pasa por tu cabeza, Lucca Salvatore? ¿Qué no me estás diciendo?

Despierto con la habitación completamente iluminada y lo primero que noto es que Lucca ha desaparecido. ¿Es eso o fue todo un sueño?

Miro a mi alrededor, asustada, pero pronto escucho el ruido de la ducha y, Dios, quien necesita una ducha soy yo.

Me levanto, tomo mi maleta y, a mi ritmo, camino hasta el otro cuarto.

El agua caliente cae sobre mi espalda como un bálsamo y me tomo mi tiempo enjabonándome y lavando mi cabello. Solo que no puedo tardarme tanto como quisiera, porque mantener el pie derecho sin apoyarlo en el suelo duele demasiado; pero seguro que en unos días estaré mejor, aunque de mi corazón no puedo decir lo mismo.

Salgo de la ducha cuando mi celular vibra sobre la repisa.

Las chicas…

Dios, me olvidé completamente de responder los mensajes de ayer.

Giu: ¿Cómo van las cosas ahí? ¿Hay alguna novedad?

Isa: ¿Usaste el juguetito?

Si supieran la mitad de lo que pasó.

Yo: Buenos días, chicas. ¿No tienen nada mejor que hacer? Como molestar a mis hermanos… jaja.

Isa: Qué mal humor. Seguro ni usaste el juguete. Qué desperdicio, dicen que es potente.

Yo: Sí… créanlo.

Isa: ¡Siiii, lo usaste!

Solo ellas logran hacerme sonreír después de todo.

Yo: Hablamos después, estoy saliendo de la ducha…

Isa: ¿Sola?

Yo: Por favor…

Isa: Tenía que intentar.

Giu: Loca, si estuviera acompañada, no nos hablaría.

Isa: Eso es cierto.

Pongo los ojos en blanco y continúo escribiendo el mensaje.

Yo: Como decía, creo que nos iremos después del desayuno.

Giu: Ok, buen viaje de regreso. Cuando llegues, quiero saberlo todo.

Yo: No hay nada importante que contar. ¿Y mi sobrino hermoso, cómo está?

Giu: ¡Pietro está agitado aquí! Creo que está ansioso por salir del horno.

Yo: Calma, todavía faltan unas semanas…

Giu: Sí, ya le dije que se tranquilice. Y no creas que me engañaste, cuando llegues quiero saberlo todo.

Envió varios emojis de ojos en blanco y luego besitos, y solo espero que, cuando llegue, ya hayan olvidado los detalles de esta

historia.

Salgo de la ducha sintiéndome un poco mejor, pero la sensación dura poco, porque Lucca está a pocos pasos de distancia, impecablemente vestido con un traje.

Y allí están las mariposas en mi estómago.

—Veo que tu pie ya está mejor —comenta, midiendo mi cuerpo de arriba a abajo, y luego fija su atención en mi pie descalzo.

—Todavía duele, pero nada que no pueda soportar.

—¿Necesitas ayuda con el vendaje?

—No —digo, demasiado rápido, y el silencio cae entre nosotros.

—Chiara.

—Lucca.

—Sobre lo de ayer… —comienza, y levanto la mano.

—Por favor, no —pido, encontrando su mirada.

—Necesito que entiendas… —continúa.

—Lo entendí, el mensaje fue claro esta vez. —Sonrío, pero es una sonrisa triste—. Me deseas, solo que no lo suficiente. —Me encojo de hombros y veo cómo cierra los puños, a punto de decir algo, pero afortunadamente su celular suena y solo puedo agradecer a Dios por la interrupción.

No sé si puedo soportar más de esto.

Al menos no ahora.

Me alejo y concentro mi atención en mi herida y, unos minutos después, tengo un nuevo vendaje y celebro cuando incluso consigo ponerme las zapatillas blancas bajas que traje en la maleta.

Cuando Lucca regresa, finjo estar entretenida en el celular, pero la verdad es que evito hasta mirar en su dirección.

—¿Quieres café?

—No tengo apetito —comento, y es verdad. Por ahora, comer es lo último en mi mente. Siento su mirada sobre mí y espero algún comentario divertido, pero no viene.

El ambiente es extraño.

—Entonces pediré que preparen los vehículos.

Asiento y me ocupo de revisar que no me esté olvidando de nada.

Diez minutos después, los soldados aparecen en el pasillo, listos para escoltarnos hasta el sótano.

Miro hacia atrás y mi mente traicionera recuerda lo de ayer, a Lucca presionándome contra la pared, sus manos sobre mí, su boca y, maldita sea… ¿por qué tuve que recordarlo justo ahora?

Cierro los ojos con fuerza y, cuando los abro, solo encuentro su iris verde sobre mí, y podría jurar que sabe exactamente lo que estoy pensando.

—Todo listo, señor Salvatore.

Lucca sigue mirándome y mi corazón se dispara.

Respira.

—Ok, vamos —dice, rompiendo el contacto visual.

Dios mío.

¿Cómo se sobrevive a este hombre?

Salimos del ascensor directo hacia las camionetas; ni siquiera me despido de Domenico, aunque luego le enviaré un mensaje agradeciendo su recepción y atención, es lo mínimo que puedo hacer.

Nico y otro soldado, cuyo nombre olvidé, nos acompañan, mientras los demás van en el otro vehículo más adelante.

Ignoro la tensión dentro del coche e intento concentrarme en el paisaje mientras nos despedimos de Pisa y tomamos la autopista.

Solo unas horas más y estaremos en casa.

Podré lograrlo.

Durante los próximos minutos, consigo mantenerme en silencio, y Lucca parece haber entendido que no tengo ganas de hablar, porque sigue en lo suyo.

Es extraño, pero es nuestra realidad.

Nos estamos evitando.

Todo va bien, hasta que veo un cartel que anuncia la última estación de servicio en los próximos cincuenta kilómetros.

—Oh… —suspiro, dudando.

—¿Qué pasa? —pregunta Lucca, girando el rostro hacia mí.

—Yo… —empiezo, pero sé que no puedo tardarme, o perderemos la salida—. ¿Hay alguna posibilidad de que paremos? —

Hago una mueca—. Necesito ir al baño y, quizá, comprar algo de comer.

Lucca no responde, pero veo que hace una señal al soldado.

—El vehículo de escolta ya pasó la salida, señor.

—Dile que se detenga y nos espere al costado del camino, no tardaremos.

Gracias a Dios vamos a parar, porque parece que mi vejiga decidió reducir su tamaño justo después de que hablé, y estoy a punto de hacerme pis en los pantalones.

La camioneta se detiene cerca de uno de los surtidores de combustible y los dos soldados bajan primero.

—Acompañaré a la señorita Zampieri. Volvemos enseguida.

Nico asiente y comienza a llenar el tanque del vehículo.

—Puedo ir sola, será rápido.

—No es una opción —responde serio.

—Estamos en medio de la nada, ¿cuál es el peligro? —pregunto.

—Te sorprenderías de la cantidad de posibilidades —responde, evaluando cada rincón mientras avanzamos hacia la pequeña tienda de conveniencia, y sé que su pistola está allí, escondida.

—Ok —Acelero el paso, porque de verdad estoy muy apretada—. ¡Buenos días! —saludo al empleado del mostrador y estoy a punto de empujar la puerta del baño de mujeres cuando Lucca aparece y se adelanta, revisando que no haya peligro—. ¿Puedo orinar sin peligro? —No puedo evitarlo, muerdo mis labios para no reír.

Él ni responde, pero sé que en el fondo quiere hacer alguna broma.

Pongo los ojos en blanco y cierro la puerta, entrando al baño.

Termino de secarme las manos cuando la puerta se abre de golpe y Lucca entra de un salto, pistola en mano.

—Pero qué… —Detengo la frase al verlo gesticular para que guarde silencio.

—¡Ven conmigo! —ordena, extendiéndome la mano, y ni pienso, solo la acepto.

Mi corazón se dispara en el pecho.

¿Qué está pasando?

Lucca nos conduce agachados entre las estanterías del fondo de la tienda y escucho al cajero hablando por teléfono, parece angustiado.

El sonido inconfundible de algo explotando hace que todo tiemble y los vidrios vuelan a nuestro alrededor.

Lucca lanza mi cuerpo al suelo, cubriéndome con el suyo, y un dolor recorre mi espalda.

—Oh, Dios mío… —resoplo, confundida.

—Vamos, *bambina*. —Me levanta y seguimos avanzando hasta el fondo, donde hay dos puertas de hierro.

La primera, que debe dar al exterior, está cerrada con una cadena y un candado.

Lo estaba.

Lucca dispara al cerrojo, liberando el acceso con una patada, pero cuando creo que saldremos por ahí, me sorprende empujando la otra puerta, revelando un almacén de mercancía: enormes cajas de cartón, latas y bolsas apiladas en grandes estanterías de metal.

—Piensa, piensa, maldita sea —resopla, mirando a su alrededor—. Por aquí, linda. Necesitamos escondernos. AHORA.

Sé que no hay tiempo para preguntas.

Con el corazón a punto de salirse del pecho, hago lo que pide y me aprieto lo más que puedo, agachándome detrás de una estantería de metal.

Miro hacia él con pánico, pero de alguna forma logra unirse a mí.

Gracias, Dios.

Lucca mueve algunas cajas y bolsas, y cuando termina estamos completamente ocultos; solo queda una pequeña rendija que nos permite observar la sala, por si alguien entra.

Contengo la respiración al escuchar pasos y voces.

Han entrado a la tienda.

Miro a Lucca, que permanece calmado, con el arma apuntando a la entrada.

—Todo va a estar bien —susurra y asiento, sabiendo que hará lo imposible por protegernos.

Gritos de dolor se escuchan, seguidos del sonido inconfundible de un cuerpo cayendo: el cajero.

Dios…

Oigo voces diferentes, apagadas, y luego la puerta se abre de golpe.

El tiempo parece detenerse mientras dos hombres enmascarados entran, armados.

Que no disparen, que no disparen…

Levantan las metralletas, mirando alrededor, y comienzan a caminar hacia donde estamos.

El miedo crece dentro de mí, pero permanezco inmóvil, con ojos fijos en cada movimiento. Por un instante, creo que nos vieron, pero luego se alejan, caminando de vuelta hacia la tienda, y se escucha una nueva voz.

—La puerta trasera. Revísenla. Quiero a la mujer viva.

Siento un escalofrío recorrer mi cuerpo al oírlo y noto que Lucca tensa su cuerpo a mi lado. Lo escuchó. Están detrás de mí, pero ¿por qué?

Quien haya dado la orden parece ser el líder y, como los demás, es imposible identificarlo.

Solo sabemos que tiene un acento fuerte. *¿Latino?*

No son italianos, eso es seguro.

—Quédate aquí —susurra Lucca a mi lado, y mis ojos deben haberse hecho enormes.

—No, y si… —empiezo, pero él pone su dedo índice sobre mis labios, sus ojos verdes sobre mí.

—Vuelvo enseguida, *bambina*. No iré a ningún lado sin ti, pero necesito saber si se han ido; pronto este lugar estará lleno de policías y no podemos quedarnos aquí.

—¿Por qué no?

—No sabemos quiénes son ni para quién trabajan… aún.

—Aún —repito, mordiendo mis labios con fuerza, sintiendo cómo tiemblan.

—Pronto descubrirán que se metieron con la familia equivocada —exclama, y hay tanta rabia en su voz que sé que no se detendrá hasta acabar con todos.

—Lucca, ten cuidado.

—Alguien podría pensar que estás preocupada por mí. —Me guiña un ojo, y sé que solo intenta calmarme.

—¡No tardes! —pido, y él asiente con la cabeza antes de moverse con cuidado hacia la puerta.

Señor, ¡protege a Lucca!

Tensa, lo sigo mientras abre la puerta y revisa cada rincón en busca de enemigos.

Nada, vacío.

Quienquiera que sean, se fueron dejando solo un rastro de destrucción y muerte, y la pregunta del millón: *¿quiénes son y qué quieren conmigo?*

CAPÍTULO 18 - LUCCA



Master of Puppets – Metallica
In my veins – Andrew Belle

Supe que algo estaba mal cuando vi el Honda gris pasar lentamente por la ruta que lleva a la estación de servicio.

Sentí los vellos de mi nuca erizarse, y si algo aprendí a confiar en los últimos años, fue en mi intuición. En ese mismo momento saqué mi pistola e intenté comunicarme con nuestros hombres en el vehículo de escolta.

Si iba a haber algún problema allí, necesitaríamos todo el apoyo posible.

—¿Luigi, me recibes? —pregunto.

Silencio.

—Maldita sea —maldigo al ver que el Honda vuelve a acercarse, y esta vez mis sospechas se confirman cuando, antes de que Nico y los demás soldados puedan percibir el peligro, se baja la ventanilla y el cañón de una ametralladora apunta hacia nosotros—. Mierda…

En segundos, varios encapuchados bajan del auto y nuestros hombres no tienen la menor oportunidad.

Chiara.

Abro la puerta del baño, necesito sacarla de allí, protegerla. La pregunta es: ¿cómo?

—Pero qué… —empieza, pero al encontrar mis ojos se detiene. Sabe que tenemos problemas.

—¡Ven conmigo! —ordeno, extendiéndole la mano, y ella no duda, la acepta.

¿Qué quieren estos malditos? ¿Quiénes son?

Son preguntas para después; la meta ahora es sobrevivir y luego matar.

Mientras la guío entre las estanterías del fondo de la tienda, escucho al cajero hablando con la policía.

Debo decir que es una pérdida de tiempo. Tendría más posibilidades corriendo hacia afuera, pero en unos minutos estará muerto, lo sé.

Una fuerte explosión retumba y todos los vidrios vuelan en miles de fragmentos. Sin pensar, lanzo mi cuerpo sobre el de Chiara, intentando protegerla, cueste lo que cueste.

Los surtidores de gasolina ya desaparecieron, el próximo objetivo es la tienda.

Se nos acaba el tiempo.

—¡Dios mío! —exclama Chiara, y es evidente lo aterrorizada que está.

—Vamos, *bambina*. —La levanto y avanzamos hacia el fondo de la tienda, donde veo, nada más entrar, dos puertas de hierro.

La primera da al exterior y está cerrada con cadena y candado.

No por mucho tiempo.

Disparo al cerrojo, pateo el pedazo de metal que lo abre, golpeando la pared. Tal como espero, da acceso a la parte trasera de la tienda y al enorme terreno lleno de maleza.

No puede ser más perfecto.

Dejo la puerta abierta, pero en lugar de salir por allí, vuelvo a la anterior que da a un pequeño almacén.

—Piensa, piensa, maldita sea —resoplo, mirando las estanterías de metal llenas de cajas, latas y bolsas de productos.

La salida es escondernos y esperar que crean que huimos hacia la maleza.

—Por aquí, ven, linda. Necesitamos escondernos. AHORA.

No hace preguntas, se agacha detrás de la estantería.

Va a ser ajustado, pero no hay otra opción.

Me aprieto, siento la pared áspera rozar mi espalda, pero ese es el menor de mis problemas. Con rapidez, acomodo los productos de las estanterías para cubrirnos.

Es nuestra única oportunidad de pasar desapercibidos.

Se escuchan pasos y gritos, y sé que nuestro tiempo se acaba.

Miro a Chiara y la veo pálida como un papel.

—Todo va a estar bien —susurro, intentando tranquilizarla, y ella asiente ligeramente con la cabeza.

No puedo fallar, es lo que pienso mientras apunto mi pistola hacia la puerta, listo para matar a cualquier hijo de puta que se acerque a ella.

En esta vida que llevamos, cada día me preparo para morir por la *famiglia*. Hoy no es diferente, pero de alguna manera loca, la idea de morir sin que Chiara esté a salvo me inquieta tanto como que no sepa lo que significa para mí.

Por eso, morir no es una maldita opción.

Como sospechaba, el cajero ya ha encontrado su destino. El sonido seco de su cuerpo golpeando el suelo llega hasta nosotros, junto con varias voces.

Hora de la verdad.

La puerta se abre y dos hombres enmascarados aparecen.

A juzgar por las armas automáticas en sus manos, no están para bromas. Tienen una misión, y algo me dice que la rubia a mi lado es la respuesta.

Siento una gota de sudor deslizarse por mi frente, pero mantengo la mirada fija en ellos mientras se acercan demasiado a donde estamos.

¡Maldición!

Un paso más, y le vuelo la cabeza al primero; el segundo ni siquiera entenderá qué pasó, y ya lo habré liquidado. El problema son los demás.

No tengo idea si hay más, aparte de los cinco que vi llegar.

Respira…

Una tercera voz suena, haciendo que se detengan a pocos centímetros de nosotros.

Maldita sea, eso estuvo cerca. Muy cerca.

—La puerta trasera. Revísenla. Quiero a la mujer viva.

Todo mi cuerpo se hiela al escuchar el final de la frase, mientras una rabia inmensa me domina.

¿Qué quieren estos malditos con mi mujer?

Quienquiera que sean, no son de aquí y acaban de cavar su propia tumba.

—Quédate aquí —susurro a Chiara y veo cómo el pánico inunda su mirada.

—No, y si… —balbucea, y pongo mi dedo índice sobre sus labios, haciendo que sus ojos se fijen en los míos.

—Vuelvo enseguida, *bambina*. No iré a ningún lado sin ti, pero necesito saber si ya se han ido; pronto este lugar estará lleno de policías y no podemos quedarnos aquí.

—¿Por qué no?

—No sabemos quiénes son ni para quién trabajan… aún.

—Aún —repite, y veo cómo muerde sus labios.

—Pronto descubrirán que se metieron con la familia equivocada —exclamo, y maldita sea, lo digo en serio.

—Lucca, ten cuidado.

—Alguien podría pensar que estás preocupada por mí. —Le guiño un ojo, intentando aliviar un poco la tensión de su mirada.

Algo me dice que los malditos ya están lejos.

Yo estaría en su lugar.

Lo peor ya pasó.

—¡No tardes! —pide, y asiento mientras me muevo hacia la puerta.

Con cuidado abro apenas una rendija y no tardo en confirmar mis sospechas.

No hay nadie ni rastros del Honda afuera.

—Todo limpio, necesitamos irnos —aviso, ayudando a Chiara a salir de detrás de la estantería.

—¿A donde vamos?

—Muy lejos de aquí, donde no piensen en buscarte.

—¿No vamos a casa?

—Si realmente eres su objetivo, el primer lugar que buscarán es allí, lo que significa que todas las rutas hacia Siena estarán vigiladas.

—¿Qué vamos a hacer? —Hay miedo en su voz, y demonios, cómo quiero matarlos.

—Iremos en dirección contraria, para estar seguros y luego pensar en una estrategia con tus hermanos.

—Ok, ok…

—No voy a mentir, la situación afuera no es nada buena.

—Nico, los… —empieza, pero se detiene, con sus labios temblando…

—Todos muertos, lo que quedó de la camioneta está en llamas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Fui yo quien pidió que nos detuviéramos.

Ni lo pienso, me acerco sujetando su rostro, necesitando que entienda.

—Oye, ni pienses eso. Nos habrían interceptado en la carretera. Parar aquí fue lo que nos dio la oportunidad de escapar. —Acaricio su mejilla con el pulgar—. Los vengaremos a todos —le prometo.

Asiente con la cabeza, pero sé que está afectada.

La conozco demasiado bien.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —susurra, y estoy a punto de decirle que encontraré la manera cuando la respuesta aparece justo frente a nosotros.

Una motocicleta.

Probablemente del cajero.

No es deportiva ni algo que yo usaría, pero nos llevará lejos de aquí. Ni pierdo tiempo buscando las llaves en el cuerpo del hombre; hago la conexión directa en la moto y vibro cuando el motor cobra vida.

—¿Lista? —pregunto, extendiéndole el casco.

—¿Serviría decir que no?

—No.

—Eso imaginé —responde Chiara, poniéndose el casco, pero sus manos tiemblan tanto que se enreda.

Me acerco y, sin decir nada, la ayudo.

—Listo. Necesitamos poner la mayor distancia posible entre nosotros y este lugar.

—¿Y ellos…? —Gesticula hacia la estación y sonde yacen los cuerpos de nuestros hombres.

—Llamaré a Matteo en cuanto encontremos un lugar seguro.

Subo a la moto y Chiara se coloca justo detrás de mí; sus manos me aprietan con fuerza y, aunque sé que la situación es pésima y que hoy perdimos varios soldados, en este momento solo puedo pensar que ella está conmigo, viva.

Y estoy listo para asegurarme de que siga así.

Cueste lo que cueste.



—Ok, creo que es seguro detenernos unos minutos aquí —digo al aparcar la moto detrás del pilar de un puente.

Estamos escondidos de quien pase por la carretera y, además, ya nos hemos alejado más de cincuenta kilómetros de Pisa.

—¿Dónde estamos? —pregunta Chiara, mirando alrededor.

—En Camaiore.

—Cama… ¿qué?

No puedo evitar sonreír.

—Es una pequeña comuna en la provincia de Lucca.

—No estamos más en Pisa.

—No.

Veo que su cuerpo se relaja un poco.

—No nos buscarán aquí. —La tranquilizo, sabiendo que las probabilidades son bajas.

—Ok.

—Llamaré a tu hermano y seguiremos nuestro camino.

Veo que quiere preguntar más, pero se contiene.

Como ya imaginaba, Matteo contesta al primer timbre.

—Maldita sea, dime que están a salvo —dice, y sé que está nervioso como nunca—. ¿Chiara? —continúa, y puedo ver a mi amigo y al *Don* caminando de un lado a otro en su oficina.

—Estamos bien —lo tranquilizo, y sé que las noticias del ataque de alguna manera ya llegaron hasta él—. Perdón por no haber llamado antes, necesitaba…

—Imaginé que necesitabas encontrar un lugar seguro.

—¿Qué sabes ya?

—Algunos de nuestros asociados en la policía de Pisa reportaron un tiroteo seguido de un incendio en una estación de gasolina, al sur, rumbo a Siena, y además un coche encontrado en llamas en la carretera, un poco más adelante.

—¿Están todos muertos? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Sí. —Hay tanta rabia en su voz.

—Chiara necesitaba ir al baño, nos detuvimos en la estación, el vehículo de escolta ya había perdido el acceso, y pedí que esperara en el arcén más adelante. La acompañé a la tienda mientras los soldados cargaban nafta y esperaban —continúo, y los recuerdos vuelven con fuerza—. Tuvimos suerte. Vi cuando un Honda se acercó, pero no hubo tiempo de avisar a nadie. Ya habían bajado disparando.

—¡Maldita sea! —Escucho la voz de Enzo, y no podría estar más de acuerdo.

—Continúa —pide Matteo.

—Logramos escondernos en el almacén, pero antes de eso, forcé la puerta trasera…

—Y ellos pensaron que habían escapado por allí.

—Exacto.

—¿Sabes lo que quieren?

—A Chiara —digo, y la rabia hierve dentro de mí.

—De ninguna manera.

—¿Pero qué carajo quieren? —pregunta Enzo con rabia.

—Escuchamos a uno de ellos decir que querían a la mujer viva —continúo, y Matteo permanece en silencio, seguramente absorbiendo la información.

—No son italianos, y por el acento, diría que son latinoamericanos.

—¿El cartel? —pregunta Matteo.

—Nos encargaremos de todos esos hijos de puta —interviene Enzo.

—¿Qué tienes en mente, Lucca?

—Sacar a tu hermana del radar —aviso, y si hay algo en lo que he pensado en los últimos cuarenta minutos es a donde llevaría a Chiara—. Estamos en Camaiore.

—La cabaña —me interrumpe, como si leyera mi mente.

—Correcto.

—Si quieren tanto a Chiara como para atacar durante el día, seguro tienen las carreteras hasta Siena monitoreadas y la zona alrededor de la propiedad —comenta Matteo.

—Es exactamente lo que pensé, por eso seguimos en dirección opuesta.

—Bien hecho —resopla después de unos segundos—. Sigan con el plan y manténganse seguros. Cuando lleguen, llámenme. Discutiremos los próximos pasos y descubriremos…

—Quién está detrás de esto —completo.

—¡Sí! Solo quería un maldito segundo de paz.

—¿Paz? ¿Qué es paz? —La voz de Enzo se escucha más al fondo.

—Pensaré en cómo avisarle a Giulia, *mamma* e Isa sin que se desesperen.

—Buena suerte con eso —digo, sabiendo que Doña Eleonora no reaccionará bien a la noticia.

Chiara es la más pequeña, la princesita.

Está acostumbrada a preocuparse por nosotros, no por ella.

—Y, Lucca…

—¡Dime!

—Protege a mi hermana —pide, y ni lo pienso; la respuesta sale de inmediato.

—Con mi vida —digo, y la llamada termina.

Guardo el teléfono en el bolsillo y siento su mirada intensa sobre mí.

—Entonces, ¿van a venir aquí? ¿Cuál es el plan? —dispara una serie de preguntas.

—Necesitamos seguir avanzando. Pronto volveré a hablar con Matteo y Enzo. Por ahora, están más tranquilos al saber que estamos bien.

No parece muy satisfecha con mi respuesta evasiva, pero asiente.

Vuelvo a colocarme el casco y ella hace lo mismo, dando por cerrado el tema por el momento.

La próxima media hora no será nada fácil.

El trayecto hasta nuestro escondite es complicado, y solo espero que la moto aguante el esfuerzo. Más que eso, espero que Chiara entienda que no hay otra opción.

Seremos solo nosotros dos.

En mi cabaña, ubicada en medio del bosque del Valle de Candalla.

CAPÍTULO 19 - CHIARA

Clara



Love the way you lie –Eminem & Rihanna
Breathe (2AM) – anna Malick
Everything I need – Skylar Grey
True Colors – Anna Kendricks & Justin Timberlake

¿A dónde vamos?

Pensé que Lucca se detendría en algún hotel o posada en Camaiore, pero no. Él sigue conduciendo la moto y el paisaje de la ciudad se va perdiendo cada vez más detrás de él, y yo lo único que veo es verde, mucho verde.

Intento leer algunos letreros, pero no puedo.

¿Qué está pasando?

Tengo ganas de gritar que quiero respuestas, pero me limito a agarrar su cintura con fuerza mientras la pequeña moto se sacude por lo que parece una carretera de tierra, aunque más parece un sendero de caminata.

No pienses demasiado. Las respuestas vendrán pronto.

Treinta minutos después de ir saltando de un lado a otro y con el estómago revuelto, Lucca detiene la moto y me ayuda a bajar.

—A partir de aquí, vamos caminando.

—¿Cómo?

Miro alrededor y no hay nada, estamos en medio de la nada.

Hacia donde miro sólo veo árboles enormes y el pequeño camino de tierra donde estamos.

—Perdón, no entendí.

—Vamos caminando, son solo unos minutos más de… —comienza, pero ni lo dejo terminar.

—¿Dónde estamos?

—Cerca —dice, y no puedo evitar reírme.

—No fue lo que pregunté.

Lucca se pasa las manos por el cabello y sé que está nervioso; la cuestión es: ¿por qué?

—Todavía estamos en Camaiore, en el bosque del Valle de Candalla…

—Ok, y… ¿qué estamos haciendo aquí?

Lucca sigue caminando y lo acompaño, buscando respuestas.

Saca la moto del sendero y la coloca de lado en el suelo, unos metros dentro del bosque, cubriéndola con ramas y hojas para esconderla de cualquiera que pudiera pasar por allí.

Como si alguien estuviera lo suficientemente loco para venir.

—Vamos, te voy a contar todo. ¿Puedes caminar o necesitas que te cargue? —Mira mis pies.

Mi pie duele un poco, pero ni de broma voy a admitirlo.

Ni pensarlo.

—Perfecto —respondo, siguiéndolo a su lado. Iré con mis propios pies. Aguantaré mientras seguimos por la espesa vegetación, esquivando troncos y arbustos.

—Este no es el camino que suelo tomar…

—¿Sueles venir aquí?

—Algunas veces —responde tras unos segundos de silencio —. Cuando necesito organizar mis ideas.

—Entiendo, casi nunca vienes —bromeo y él sonríe.

—Buena respuesta, *bambina* —dice y su mirada se cruza con la mía.

—Sigue —le pido y él asiente.

—Mi padre era cercano al *capo* de Lucca y él tenía este lugar…

—Sé más específico, Lucca, la palabra "lugar" es muy amplia.

Se ríe y muerdo mis labios, nerviosa.

—Una vez vinimos con él —continúa, perdido en los recuerdos—. Papá odió cada segundo y en dos días nos fuimos, pero a mí... me ENCANTÓ, el silencio, solo el ruido del viento en los árboles, de las cigarras, de los búhos, la paz…

Todavía no entiendo nada, pero lo dejo hablar.

—Años después, le hice una propuesta al *capo…* —Mira de reojo hacia mí.

Dios, espero que estemos llegando, donde sea que esté, porque cada vez es más difícil esquivar las ramas, y juro que si Lucca me deja aquí, no sabría cómo volver.

Todo se ve igual.

—¿Propuesta?

—La cabaña ahora es mía.

Cabaña…

Tardo unos segundos en comprender lo que dice.

Tiene una cabaña aquí, en medio del bosque, y nos dirigimos hacia allá.

—No me digas… —susurro.

—¡Bienvenida! —exclama, señalando unos metros adelante, donde en un pequeño claro del bosque, una construcción de madera se destaca.

—Dios… —sale de mi boca.

—Vamos, no es tan mala —dice.

No me preocupa eso.

De hecho, si es rústica o lujosa, es lo de menos.

Dios, que tenga al menos dos habitaciones.

Con cada paso que damos hacia su "cabaña", mis esperanzas disminuyen.

Es pequeña, rústica y hermosa, pero aún así, solo puedo concentrarme en lo de "pequeña".

Respiro profundo, sintiendo mis manos heladas.

Después de todo lo que pasó hoy, esto no debería importar, pero mi corazón late con fuerza mientras nos acercamos a la entrada.

Lucca revisa el interior de una maceta y, segundos después, tiene una llave.

—Primero las damas… —Gesticula, dándome paso, y me quedo sin palabras.

El interior es más amplio de lo que imaginé.

Todo limpio y ordenado.

Ni pierdo tiempo buscando un interruptor; la poca luz que entra por la puerta es más que suficiente.

La planta baja tiene un baño sencillo, una pequeña sala con chimenea, dos sillones, una alfombra y una estantería con algunos libros.

Nada de televisión.

Dios, que tenga electricidad.

Sigo explorando: una pequeña cocina, fregadero de piedra, algunos muebles de madera y un refrigerador.

Eso es todo.

Veo una escalera que imagino lleva al cuarto.

—¿Puedo? —pregunto, señalando hacia ella.

—Claro, voy a encender el generador.

Asimilo sus palabras; tiene sentido, ya que estamos en medio de la nada.

No hay postes de luz, así que debe ser un generador para que funcionen la heladera y las lámparas.

Subo despacio los escalones y, al llegar al tope, contengo la respiración: una gran cama matrimonial está en el centro de la habitación.

Miro alrededor, pero básicamente eso es todo; algunos baúles que imagino contienen cosas personales.

No hay colchón adicional ni cama individual.

Pero lo que destaca es la gran ventana de vidrio que permite una vista privilegiada del bosque alrededor, y no puedo ni imaginar cómo debe ser ver el amanecer desde allí.

Está bien, cálmate y baja.

Hay un sillón abajo, y siempre está el suelo, ¿no? Además, debemos quedarnos aquí solo hoy.

Sí, seguro que Matteo ya está viendo cómo mandar un grupo de soldados para rescatarnos.

Todo saldrá bien.

Siento su presencia detrás de mí y me quedo rígida.

—Veo que ya encontraste el cuarto.

Oh, sí, definitivamente lo encontré y estoy a punto de infartarme.

—Este es mi lugar favorito —susurra, y se nota cuánto le gusta estar aquí.

—Puedo imaginar por qué… —susurro después de unos segundos—. La vista es hermosa.

—Espera hasta ver el amanecer.

Imágenes de nosotros dos en la cama invaden mi mente y siento que mis mejillas arden.

Por el amor de Dios, Chiara. Sigue siendo Lucca…

Sí, el mismo que me besó…

No ayuda recordar eso ahora.

Mi mirada se encuentra con la suya y nos quedamos en silencio, observándonos, hasta que él rompe el contacto y dice que necesita llamar a mi hermano.

—Sí, sí, vamos a hablar con Matteo y ver a qué hora llegan.

Lucca parece que va a decir algo más, pero se calla y baja los escalones apresurado.

Apenas me recupero de los últimos descubrimientos, Lucca llama a Matteo y sigo esperando que tengamos buenas noticias en los próximos minutos.

—Matteo, estás en altavoz. Chiara está aquí a mi lado. Llegamos.

—Buenas noticias. ¿Cómo estás, *sorellina*?

—Preferiría estar en casa, tomando sol en la piscina con Giu e Isa, pero no puedo quejarme —bromeo, intentando aliviar la tensión.

—Sobre eso, me temo que va a tardar un poco en suceder.

—¿Cómo es eso?

Ni puedo responder, porque Lucca empieza a hacer una serie de preguntas: si descubrieron algo sobre los atacantes, si hay nuevas pistas, si hubo alguna acción en Siena.

Pero con cada palabra que sale de su boca, solo puedo pensar en lo que Matteo acaba de decirme.

—¿Tienen recursos ahí? —Escucho a mi hermano preguntar, y no puede estar pasando.

—Suficientes para dos semanas —responde Lucca.

—Tiene que ser suficiente.

¡Dios! Esto no puede estar pasando. No después de lo que pasó ayer…

—No entiendo —digo lo suficientemente alto para que sepan que estoy ahí y también formo parte de este lío.

Escucho a Matteo respirar hondo y sé que las noticias no son buenas.

—Todavía no sabemos quién los atacó —comienza, y me siento en el sillón, temiendo que mis piernas fallen—. Sabemos que van tras de ti, *sorellina* —dice, y el miedo se agita dentro de mí—. Fueron audaces al intentar secuestrarte, matando a todos los que se interpusieron.

Voy a vomitar.

—Enzo ya está hablando con todos nuestros contactos y asociados. Vamos a descubrir quién está detrás de este ataque a la familia, pero hasta eso…

—Hasta eso… —susurro, aunque ya sé la respuesta.

—No es seguro que vengas aquí. No sabemos quién está detrás, qué recursos o información tienen. Intentar buscarte a ti y a Lucca puede significar la muerte de más soldados, y la de ustedes.

Cierro los ojos, sabiendo que tiene razón.

—Necesitamos salir de la oscuridad.

Lo que significa… información…

—Ya estoy hablando con Ramón. Si lo que queda de Los Cayos tiene algo que ver con esto, lo descubriré.

Enzo.

—Pocos saben de este lugar, será seguro que te quedes ahí con Lucca —continúa Matteo, y ni siquiera miro hacia él.

Ser honesta es una mierda, porque todo en mí grita que no.

No estaré segura.

Lucca va a destruir lo que queda de mi corazón, pero me obligo a responder.

—Ok —exclamo, intentando inútilmente ocultar cómo me siento.

—Todo estará bien. —Matteo intenta tranquilizarme, pero ni siquiera lo escucho.

Siento mis ojos llenarse de lágrimas y me levanto, de golpe.

Un nudo se forma en mi garganta y ya no puedo quedarme allí.

Respira.

Todo parece girar dentro de la cabaña y sin pensarlo demasiado, abro la puerta principal con fuerza y apoyo las manos en mis rodillas, intentando inhalar profundo.

¿Qué voy a hacer?

—Chiara… —La voz de Lucca suena unos pasos detrás de mí, y seco la lágrima que se me escapó—. ¿Estás bien?

—Esto no va a funcionar —susurro, sin girar el rostro.

—¿Qué no va a funcionar? —Se acerca, deteniéndose a unos pasos.

—Esto… nosotros dos aquí.

—No hay otra opción —responde serio, y veo que tampoco está feliz con la noticia.

Sonrío tristemente y me abrazo.

—Es fácil decirlo, ¿no? Pero ayer ni siquiera pudiste quedarte en el cuarto conmigo, te escapaste, volviste no sé a qué hora y dormiste en el sillón —replico, necesitando sacar todo de dentro—. ¿Cómo puede funcionar esto? ¿Cómo, Lucca? Cuando no soportas estar cerca de mí… —Mi voz tiembla, pero sigo—. Cuando te incomodo tanto.

—Chiara…

—¿Vas a pasar la semana durmiendo en el sillón, en el suelo, vagando por el bosque?

—Estaré donde tú estés —afirma, y sé que dice cada maldita palabra en serio.

Protegerme: la hermanita del *Don*.

Hago una sonrisa triste.

—No realmente —digo, mordiendo los labios con fuerza al verlo acercarse.

Casi no queda espacio entre nosotros.

—¿Por qué, Lucca? Dime, por favor, ¿por qué no me quieres? Ayúdame a entenderte, a sacarte de mi cabeza, de mi corazón. —Una lágrima insiste en bajar por mi rostro y me apresuro a secarla—. Por favor…

—Te quiero. —Y no importa cuánto intente, más lágrimas se escapan mientras levanto la mirada y encuentro la suya—. Te quiero con toda mi alma, pero…

—Basta de "pero", estamos solo nosotros dos aquí, y así será los próximos días. Por favor, al menos una vez sé sincero conmigo, ya no soy una niña, entenderé, dices que me quieres, pero…

—Nunca te mentí, *bambina*, te quiero más que a nada, pero es complicado.

—¿Qué es complicado? ¡Habla! —exijo, con la voz firme.

—Soy el maldito *consigliere* —grita, y hay tanto dolor en su voz—. Y tú… —sujeta mi rostro—… eres Chiara Zampieri, la princesita de la Sacra, a quien vi nacer, crecer y convertirse en la mujer… —se detiene, mirándome con tanta intensidad que es difícil respirar—… en la mujer que cualquier hombre mataría por tener.

—¡Pero yo te quiero a ti! —replico, y él cierra los ojos—. ¡Mírame!

—Podrías conseguir un matrimonio más conveniente, *bambina*, el hijo de algún *capo*, un *Don* de otra organización, yo solo soy…

Ni lo dejo terminar.

—¡Tú eres a quien YO QUIERO! —digo pausadamente, apoyando la mano en su pecho—. ¿De verdad piensas tan poco en nosotros? ¿Crees que a Matteo, Enzo o *mamma* les importaría esta mierda? Eres el mejor amigo de mis hermanos, ¿crees que no estarían felices de entregarme a ti, de verme feliz?

—Chiara…

—¡Eres digno, Lucca Salvatore! —exclamo, y veo emoción cruzar su mirada—. Y sería muy afortunada de tenerte como mi prometido, marido, o como quieras llamarlo —hago una mueca entre lágrimas—, de verdad, si tú me quieres. —Las últimas palabras salen en un susurro.

Esperando que este hombre testarudo me escuche y entienda lo que significa no solo para mí, sino para toda la familia.

El *consigliere* me mira en silencio unos segundos, y cuando pienso que todo fue en vano, me sorprende, agarrando mi nuca con fuerza y sus labios están sobre los míos, exigentes, necesitados, y me aferro a su camisa como alguien a un salvavidas.

—Por favor, no te alejes, no me alejes —gimo cuando interrumpe el beso.

—Nunca más —susurra contra mi boca, apoyando su frente en la mía—. Hay batallas que se pierden, resistirme a lo que siento por ti, *bambina*, es una de ellas… *tú eres mía.*

CAPÍTULO 20 - LUCCA



Lucca

[…

You're in my head
Estás en mis pensamientos.
Always, always
Siempre, siempre
I just got scared away, away
Entré en pánico, estaba aterrorizada.
I'd rather choke on my bad decisions
Prefiero asfixiarme bajo el peso de mis malas decisiones.
Than just carry them to my grave
En lugar de llevarlos a mi tumba.
You're in my head
Estás en mis pensamientos.
Always, always, always
Siempre, siempre, siempre…

Extracto de Always – Gavin James
Power over me – Dermot Kennedy

Intenté resistirme.

Intenté mantenerme alejado.

No más, maldita sea, no más…

Le agarro el trasero, levantándola, y Chiara no pierde tiempo: enrosca sus piernas alrededor de mi cadera, su cuerpo rozando el mío, volviéndome loco, sus manos tirando de mi cabello mientras profundizo el beso, tomándolo todo y sintiendo que nunca es suficiente.

En mi mente, sus palabras resuenan, sofocando toda la amargura que escuché durante años repetir a mi padre.

Santino Salvatore estaba equivocado.

Yo soy digno, ella me quiere. A mí, a Lucca Salvatore, y la sensación es que voy a explotar de tanta felicidad.

¿Esto es real?

Este sentimiento…

Muerdo su labio y el gemidito que deja escapar es un recordatorio de que sí, lo es. Muy real y, carajo, si rendirme a lo que siento por Chiara es un error, prefiero equivocarme antes que llevarme este arrepentimiento a la tumba.

Cuando me aparto, estamos los dos jadeando, y mi polla nunca estuvo tan dura, parece a punto de explotar.

Tranquilízate antes de asustarla.

—¿Qué te parece si entramos?

—Si vas a seguir besándome, puedes llevarme a donde quieras —bromea, enroscando sus brazos alrededor de mi cuello, y no logro contener la sonrisa.

—Será un placer. —Guiño un ojo, caminando con ella en brazos, mientras Chiara esboza una sonrisa enorme.

¡Carajo, sí!

Así es como la quiero: sonriéndome, riéndose conmigo; mientras esté así, feliz.

Basta de peleas, de malentendidos.

La quiero y ella me quiere.

Encontraré la forma de decírselo a Matteo en el momento oportuno, ya que ahora la prioridad es mantener a Chiara a salvo.

—Ya estamos adentro, ¿qué tal si seguimos donde lo dejamos?

—¿Alguien está ansiosa? —bromeo, sentándome en la cama, aún con ella enroscada en mí.

Su coño rozando contra mí es una tortura y no hay forma de ocultar lo duro que estoy.

—¿Alguien está excitado? —Muerde sus labios, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—La culpa es tuya, *bambina.* —Le agarro la nuca, acercando mis labios a los suyos—. ¡Me vuelves loco! —exclamo, y mis labios vuelven a atraparlos.

No es suave ni lento.

Son años de deseo reprimido.

Chiara apoya las manos en mi pecho y, con cada movimiento de su cuerpo, mi polla presiona contra el cierre del pantalón.

Subo mis manos por debajo de su blusa, necesitando sentir su piel, su calor, y ella gime bajito contra mis labios.

—Carajo, Chiara, quieres matarme.

—No hice nada —replica, moviéndose contra mi erección y, a este ritmo, voy a terminar con una cicatriz en la polla—. Pero quiero…

Me aparto, levantando su rostro con el índice, necesitando tener su mirada clavada en mí.

—No tenemos que hacerlo, tú lo sabes…

—Sé que no, Lucca, sé que solo llegarás hasta donde yo quiera; la cuestión es que YO TE QUIERO… todo —dice, y todo en mí vibra ante la expectativa de tener a Chiara de todas las formas que siempre soñé.

—De verdad quieres matarme.

—Ni pensarlo, te quiero bien vivo. —Me guiña un ojo, desabotonando mi camisa, y solo observo esas pequeñas manos trabajando, viendo hasta dónde llega la rubia.

—¿Tienes idea de lo que me estás pidiendo? —Mi voz suena ronca, cargada de deseo.

—Sí, Lucca Salvatore, te estoy pidiendo que me folles.

—Carajo —gruño, agarrándole el trasero y presionando su coño contra mí, haciendo que sienta lo duro que estoy. Sus ojos se abren de par en par.

—Conmigo nunca sería solo una follada, *bambina* —le susurro al oído, mordisqueándolo apenas, y siento cómo su cuerpo se estremece contra el mío.

Tan receptiva.

Estoy seguro de que, si metiera la mano en su pantalón, estaría empapada, toda mojada para mí.

La idea me hace salivar.

—Por favor —jadea, removiendo el cuerpo, provocándome.

—No sé si estás preparada… —empiezo, pero ni siquiera logro terminar.

—Lo estoy, Lucca, te deseo tanto. —Tira de mi cabello, mientras mis manos suben por su espalda, deslizándose por los costados de su cuerpo, sintiendo los pechos pequeños protegidos por el sostén—. Puedo ser virgen, pero todas las veces que me toqué, fue pensando en ti…

—Carajo —jadeo, agarrándole los pechos; la tela fina no esconde los pezones duros, implorando ser chupados—. Mírame —ordeno, y ella

obedece, clavando los ojos en mí, expectante—. Vamos a empezar despacio y a ir calentando —comienzo, y ella ya está lista para replicar—. No prometo que vayamos a follar hoy.

—Ahhh…

—Carajo, Chiara, no lo hagas más difícil de lo que ya es. —Le pellizco un pecho con suavidad, como un castigo dulce, y ella gime, haciendo que mi polla palpite—. Vamos —digo, poniéndome de pie con ella aún enroscada en mí.

—¿A dónde? —pregunta, confundida, y no logro contener la sonrisa.

—A bañarnos. Quiero enjabonarte entera y luego chupar estos pechos y este coño delicioso hasta que te corras gritando mi nombre, sabiendo que esta vez no es un maldito juguete, sino yo, tu hombre.

—Oh…

—¿Cambiaste de idea, *bambina*? —Arqueo una ceja, analizando su rostro, la mejilla sonrojada, los labios entreabiertos.

—Creo que nunca tuve tantas ganas de bañarme.

—¡Maldición, sí! —exclamo, y en pocos pasos estamos en la puerta del baño.

Es simple, pequeño, nada parecido a lo que Chiara está acostumbrada.

—Todavía estás a tiempo de arrepentirte, preciosa —digo, dejándola en el suelo con cuidado.

La rubia ni responde y, para mi delirio, se quita la camiseta, quedándose solo con un sostén rojo frente a mí.

No digo nada.

Permanezco en silencio, observando cada uno de sus movimientos, mientras intento controlar las emociones que se apoderan de mí.

Sin apartar la mirada de la mía, Chiara suelta el broche del sostén y, en segundos, está desnuda de la cintura para arriba.

Aprieto los puños, conteniendo las ganas locas de tirarla contra mí y devorarle las tetas, succionando con fuerza, viéndola deshacerse en mis brazos.

Ella nota cómo me afecta y ni siquiera ahora dejaría de provocarme.

Ni de broma.

Se acerca y, sin decir nada, termina de desabotonar mi camisa, dejando expuesto mi abdomen; sus uñas raspan mi torso, pero no se conforma con eso: pega su cuerpo al mío, rozando sus pezones duros contra mí, y es mi perdición. Le agarro la nuca con una mano, bajando mis

labios sobre los suyos, mientras la otra va al pecho libre, tocando, rozando, provocando, haciéndola jadear contra mi boca.

—Lucca… —Mi nombre en su boca suena como música.

Muerdo su labio, solo para deslizar la lengua allí y luego empiezo a bajar, dejando un rastro de besos por su cuello, hasta que entierro el rostro entre sus tetas.

—¡Eres tan hermosa! —exclamo, frotando mi pulgar sobre el pezón rosado antes de metérmelo en la boca y empezar a succionar de forma rítmica.

—Ohh… —gime, echando la cabeza hacia atrás, pero no paro; sigo, saboreándola, dándole un anticipo de lo que tengo pensado para ella. Suelto un pezón y paso a provocar el otro, mientras Chiara me agarra del cabello, manteniéndome exactamente donde quiero estar.

—Qué deliciosa —exclamo, bajando por su vientre, lamiendo cada centímetro de piel expuesta, hasta que quedo con el rostro a pocos centímetros de su pantalón—. Tenemos que deshacernos de esto.

Chiara asiente y se desabrocha el jean, pero no espero su siguiente movimiento: tiro de la tela para su completa sorpresa, dejándola solo con la diminuta ropa interior, que no esconde la marca de su excitación.

—Carajo, Chiara. —Froto mi cara contra la suya, con los dedos ardiendo por arrancarle ese pedazo de tela que se atreve a llamar bragas y deslizar mis dedos y mis lengua por sus pliegues empapados, pero me contengo.

—Lucca, por favor…

Me incorporo y, sin apartar la mirada de la suya, me quito los zapatos y me saco el pantalón y el calzoncillo en un solo movimiento.

—¡Mierda! —exclama Chiara, con la vista fija en mi polla palpitante.

Contrólate, carajo.

Esto es todo por ella.

—Si sigues mirándome así, voy a romper eso que llamas bragas y el juego se va a terminar antes de empezar —advierto, agarrándome la polla y moviendo la mano de arriba abajo bajo su mirada intensa.

—No harías eso…

Arqueo una ceja y ella lo piensa mejor, deslizando la tela por sus piernas hermosas, y al infierno si estaba preparado para la visión de su coño lisito, brillando de excitación.

—Carajo, Chiara —jadeo, con el corazón latiendo descontrolado.

Ni siquiera parezco un hombre experimentado.

No con ella.

Aquí soy sólo un hombre que necesita de ella: Chiara Zampieri.

—Estás jodida, *nena* —gruño, apretando la punta de mi polla—. Puede que no follemos hoy, pero te voy a chupar tanto las tetas y el coño que mañana todavía me recordarás con la cara enterrada entre tus piernas.

—Lucca… —jadea ella, sus pechos se balancean con su respiración.

Me acerco a ella como un depredador.

Todo adentro mío grita: MÍA.

Jodidamente mía.

Ni siquiera toqué a Chiara como es debido, pero no hacía falta.

Esa maldita mujer me tiene... envuelto alrededor de su dedo meñique.

—No hay vuelta atrás, preciosa —comienzo, apretando su cuerpo contra la pared de madera, haciéndola sentir mi polla contra ella—. Necesito que entiendas que si seguimos adelante, no podré renunciar a ti... NUNCA MÁS.

—Lucca —dice, pero la ignoro, necesito que entienda las consecuencias.

—No podré rendirme, no cuando lo único que quiero eres tú, cariño.

—Yo… —susurra, y llevo mi mano a su nuca, perdiéndome en sus ojos azules.

—No soy el príncipe azul, *nena*, soy un maldito posesivo, y una vez que te lo demuestre, una vez que me entierre profundamente dentro de ti —enfatizo, viendo su cuerpo reaccionar a cada palabra, ella lo desea tanto como yo—, tu cuerpo será mío, tu coño, tu culo, tus orgasmos, tus gritos de placer, maldita sea, todo será mío. TE QUIERO TODA, ¿entiendes eso?

—¿Recuerdas esto? —Señala el collar que lleva alrededor del cuello, apoyado en el valle entre sus pechos.

Eso no es posible.

—¿Aún lo usas?" —pregunto mientras la observo quitárselo.

—Casi siempre está conmigo. Solo me lo quito a veces, para ir a la piscina o, como ahora, para ducharme. —Me guiña un ojo—. La verdad es que tengo miedo de arruinarlo, porque es demasiado preciado para mí.

—Yo… —Empiezo, pero ni siquiera sé qué decir.

Fue el regalo que le hice cuando cumplió dieciocho años.

—¡Ábrelo! —me pide, colocando la joya en mi palma.

Con cuidado, hago lo que me pide y veo dos fotos:

A la izquierda, una foto de su difunto padre; se abrazan y sonríen. A la derecha, una foto reciente de la boda de Enzo, donde todos nos vemos...

—¿Sabes lo que estas fotos representan para mí? —pregunta, y niego con la cabeza—. Todo lo que más aprecio, todo lo que más amo... —Su voz se quiebra, pero continúa—: mi madre, mi padre, mis hermanos, las hermanas que me dieron —sonríe—, y tú, así que sí, entiendo todo lo que dijiste, Lucca Salvatore, y nada de esto me asusta, porque quiero ser TODA TUYA, *consigliere*... ¡toda tuya!

CAPÍTULO 21 - CHIARA

Clara



Love me like you do – Ellie Goulding

En un segundo, siento el suelo bajo mis pies; al siguiente, estoy en sus brazos, dentro de la pequeña ducha.

—Lucca… —jadeo.

—Te necesito, *bambina*, tanto que duele.

No respondo, sostengo su rostro entre mis manos y bajo mis labios sobre los suyos, reafirmando con ese beso todo lo que dije, todo lo que este hombre me hace sentir.

Cuando nos separamos, ambos estamos jadeando y su mirada se clava en la mía, intensa… ardiente.

—Me tienes —susurro, y él sonríe.

Una sonrisa tan hermosa que, si no estuviera completamente enamorada de él, estaría perdida.

—¿El baño, recuerdas? —puntualiza serio, colocándome con cuidado en el suelo frente a él.

—Estoy pensando en lo que viene después del baño —lo provoco, y Lucca frunce el ceño, atrayéndome hacia su cuerpo y haciéndome sentir lo duro que está.

No pienses en eso.

Imposible.

Mi mirada baja, donde nuestros cuerpos se rozan, y solo al ver un poco de su polla gruesa y larga jadeo.

—Maldita sea, Chiara —gruñe entre dientes, y muerdo mis labios para no reír.

—Perdón, es que recordé cómo eres…

—¿Cómo soy? —Arquea la ceja.

—¡Impresionante!

—Prefiero decir "polla grande" —dice serio, pero enseguida guiña un ojo, y es demasiado para mí; empiezo a reír.

—Solo tú logras hacerme reír en un momento así.

—Me encanta verte reír y, además, tienes que admitir que es enorme.

—Qué modesto, ¿eh?

—Eso dicen, los hechos hablan por sí solos.

—Tendría que hacer una investigación de campo para poder dar mi opinión, sabes… con propiedad.

—Ninguna investigación. La única polla que tendrás es la mía —exclama, frotándose contra mí y a este ritmo necesitaremos un baño frío.

Lucca abre la ducha y el agua tibia nos recibe.

Ni siquiera logro tomar el jabón; el hombre es rápido y, en segundos, empieza a enjabonarme.

Ni en mis mejores sueños imaginé una escena así, es tan íntima y ni siquiera hemos tenido sexo todavía.

Con extrema delicadeza, el *consigliere* se ocupa de mí, sin dejar ni un pedazo de piel sin espuma. Claro que se demora intencionalmente en algunas zonas, pero obviamente no me quejo.

¡En lo más mínimo!

Nunca un baño fue tan bueno…

Pero quiero más.

—Ya estoy más que limpia, Lucca.

—¿Segura? —Su mano se desliza por mi muslo, y la expectativa crece en mí—. ¿Y aquí? —Su dedo se mueve por mi pliegue y mi corazón late con fuerza.

—Lucca… —jadeo, el placer crece dentro de mí mientras continúa provocando mi clítoris.

Sin dejar de tocarme, coloca mi cuerpo bajo el chorro de agua, quitando toda la espuma, y entonces, en un movimiento

rápido, agarra mi teta y la chupa con fuerza.

—Puta madre —gimo, echando la cabeza hacia atrás mientras él sigue chupando—. Qué bueno…

Ni responde, continúa provocándome, serpenteando la lengua por el pezón duro solo para volver a ponerlo en la boca y succionar de forma rítmica, mientras sus dedos siguen encendiendo mi cuerpo.

El placer crece dentro de mí, es casi sofocante.

—Yo… —empiezo a hablar, pero no puedo terminar la frase; Lucca introduce un dedo en mí mientras su pulgar sigue presionando mi punto sensible—. Oh, Dios…

—¡Qué deliciosa, maldita sea! —exclama, mordiendo mi pezón antes de volver a chuparlo fuerte, sin descanso.

—No pares —imploro, agarrando su cabello mientras siento cómo la presión crece en mí.

Lucca no responde, me mete otro dedo y mueve su pulgar en círculos, y es simplemente demasiado.

Exploto en un orgasmo arrasador y él sigue chupando y metiendo, y el placer es tan intenso que duele.

—Gózalo, linda, gózalo, aprieta bien mis dedos…

Y hago exactamente lo que me pide.

—No sé si puedo sentir mis piernas —murmuro unos segundos después, con todo mi cuerpo flojo.

—Te llevaré —responde rápido, y sonrío, extasiada.

—Ni hablar, ahora me toca a mí cuidarte —replico, y mis palabras parecen afectarlo—. ¿Dije algo mal?

—No… es solo que no estoy acostumbrado a que me cuiden.

Me duele oír eso.

Mucho.

—Nunca más —afirmo, sin pensarlo siquiera.

Tomo el jabón y, tal como él hizo conmigo, empiezo a enjabonarle cada parte de su cuerpo. Hombros, brazos, pecho, tomándome mi tiempo para analizar los tatuajes que cubren su piel con calma. Siempre he tenido curiosidad por la mayoría de sus tatuajes, pero no podía admirar descaradamente a Lucca cuando nos encontrábamos en la piscina.

Hoy puedo, pero lo dejaré para más tarde.

Tengo otros planes, y pensando en eso empiezo a enjabonarle la espalda, frotando mis pechos a propósito, sonriendo al verlo apretar los puños.

¡Ah, consigliere!

—No sabes lo que me estás provocando, *bambina* —gruñe y muerdo mis labios.

—Te estoy enjabonando —me defiendo, y antes de que pueda anticipar lo que planeo, lo hago. Agarro su polla, sintiéndola pesada en mi mano.

—¡Maldita sea! —exclama, y todo en mí vibra.

—¿Te estoy haciendo daño? —pregunto, encontrando su mirada mientras empiezo a mover mi mano lentamente, tal como lo vi hacer, arriba y abajo.

—No… —dice con dificultad—. Más presión… —Apoya su mano sobre la mía, guiándome, y hago lo que dijo, solo para disfrutar verlo jadear.

Con cada movimiento me siento más atrevida y excitada.

Froto mi pulgar sobre la punta donde se acumula una gota transparente y no tengo tiempo para hacer nada más.

En un movimiento rápido, Lucca invierte nuestras posiciones y se coloca bajo la ducha, quitándose toda la espuma.

—Eh, yo todavía estaba… divirtiéndome —comento, y él frunce el ceño; demonios, es ardiente.

Todo mi cuerpo se estremece, especialmente más abajo.

—Eres mi perdición —gruñe, atrayéndome hacia sí, y no puedo contener la sonrisa—. Basta de ducha, necesito comer tu coño, saber si es tan delicioso como en mis sueños.

Puta madre.

—Lucca… —jadeo, sintiendo mi rostro arder.

—Te dije que tengo planes y pienso ejecutarlos —remarca, y solo puedo sentir calor, mucho calor—. ¿Vamos? —pregunta, cerrando la ducha.

—¿A dónde, loco? Todavía estamos mojados —le recuerdo tratando de retorcer mi cabello, pero él simplemente me ignora.

—Me gusta cuando estás mojada —susurra en mi oído, dándome un ligero mordisco.

—¿Hablas en serio? —Abro los ojos, y como respuesta, me toma en brazos y sale del baño, sin importarle el rastro de agua que deja a cada paso—. ¡Loooco!

En un instante, estoy sobre la cama, y por un segundo pienso en argumentar que vamos a arruinar las sábanas, pero su mirada hace desaparecer cualquier excusa.

Hay tanto allí.

Lo único que puedo sentir es un deseo desenfrenado por él... *dentro de mí*.

—Lucca —susurro, sin apartar la mirada de la suya.

—Estás mojada, *bambina*. —Su voz es ronca, cruda, y lo sigo con la mirada, hipnotizada, mientras se arrodilla sobre el colchón y separa mis muslos, dejándome abierta, expuesta para él.

Mi corazón late con fuerza y la expectativa crece dentro de mí cuando acerca su rostro, deteniéndose a pocos centímetros de mi coño.

—Yo…

Respira, Chiara.

—Estás tan húmeda, tan deliciosa —exclama, deslizando el dedo por mis pliegues, y agarro la sábana con fuerza, sin poder contener el gemido que se escapa.

Lucca sonríe.

Esa sonrisa traviesa que me encanta.

—Quiero que acabes en mi boca, Chiara —dice, sacando la lengua y, sin apartar la mirada de la mía, recorre lentamente el mismo lugar que su dedo había explorado.

—Luc… —gimo, echando la cabeza hacia atrás.

—Estás deliciosa como la puta madre —murmura con la cara metida allí. ALLÍ—. No me voy de aquí hasta que me haya tragado todo tu jugo, *bambina* —me avisa y entonces lleva su boca a mi clítoris, succionando rítmicamente.

—¡Puta madre! —grito, sorprendida por la ola de placer que me recorre, y él apenas ha comenzado.

¡Por el amor de Dios!

¿Entonces es así?

Pienso en decir algo ingenioso, pero no puedo; solo agarro la sábana con fuerza y olvido todo: problemas, peligros, incertidumbres, todo lo que no sea Lucca y yo, aquí… ahora.

—Qué bueno —gimo, contorsionando el cuerpo, el placer me inunda con cada toque de su lengua, pero el *consigliere* ignora todo y sigue succionando con fuerza mientras su dedo me provoca por dentro.

Mi cuerpo arde.

—Maldita sea, Chiara. —Aprieta mi trasero, levantando mi cadera, y abro los ojos solo para encontrar los suyos—. Qué coño tan delicioso, podría pasar horas aquí, chupándote, y aún así sería un hombre hambriento, *bambina*.

No respondo, no puedo.

Solo siento.

Hipnotizada, observo a Lucca volver a lamerme, su lengua recorriendo mis pliegues, subiendo y bajando, volviéndome loca.

Mis muslos comienzan a temblar, pero él los ignora, afianza sus manos en mi trasero, manteniéndome prisionera de su ataque.

—Lucca —grito, sintiendo el placer crecer dentro de mí.

Gimo sin control, entregada a las sensaciones, y cuando pienso que no puede mejorar, me sorprende.

Libera mi clítoris, me lame de arriba a abajo y luego comienza a meter su lengua dentro de mí, frotando mi punto sensible con el pulgar.

—Oh, Dios —susurro, sabiendo que esto es mi perdición.

—Acaba, hermosa, acaba para mí —gruñe, abrazando mis muslos y volviendo a chupar mi clítoris, succionando fuerte, sin descanso.

Es demasiado.

Exploto, gritando su nombre, y mi cuerpo se estremece en un orgasmo delicioso. Lucca no se detiene, sigue provocándome, lamiéndome, y yo solo gimo palabras sin sentido.

—Mío, maldita sea, tu coño es mío, Chiara.

—Tuyo… —jadeo, con mi pecho subiendo y bajando—. Por favor… —suplico, necesitando más, necesitando todo, necesitando

que no se detenga.

—¿Por favor qué, linda? Pide lo que es tuyo.

—¡Tú! —digo, sin ninguna vergüenza—. ¡Dentro de mí!

Lucca guarda silencio unos segundos, su mirada ardiendo en mí.

—No pienses, *consigliere*. Solo toma lo que es tuyo, lo que siempre fue tuyo.

—Maldita sea, *bambina*… —Se acuesta arriba mío, apoyando los brazos a los lados de mi cabeza, su rostro a pocos centímetros del mío—. ¿Estás segura de esto? Podemos esperar…

—Basta de esperar, Lucca. —Acaricio su rostro y él cierra los ojos, sintiendo el toque de mis dedos—. Eres mi elección…

—No tengo preservativo aquí.

—Tomo anticonceptivos por los dolores —le explico y él entiende adónde quiero llegar—. Sin barreras.

Apoya su frente contra la mía, respirando con fuerza.

—Te deseo tanto…

—Tómame —exclamo, rozando mis labios con los suyos.

Lucca no dice nada, se separa y por un instante pienso que no lo hará, pero luego se coloca entre mis piernas, sobre mí, y su mirada es una mezcla de deseo, preocupación y algo que no sé definir.

—Eres todo para mí… —susurra, y siento mis ojos llenarse de lágrimas al escucharlo decir que soy todo para él, pero antes de poder decirle cuánto significa para mí, Lucca empuja lentamente dentro de mí.

—Lucca… —jadeo, clavando mis uñas en su hombro al sentir la punzada de dolor; duele, pero tan rápido como llega, se va y no es nada comparado con la emoción que me inunda.

De él.

—¿*Bambina*? —pregunta entre dientes, y es evidente que se está controlando para ir despacio.

—No pares —pido, enrollando instintivamente mis piernas alrededor de su cadera, haciéndolo penetrarme más—. Ahhh, sí, sí… —gimo, echando la cabeza hacia atrás, sintiéndome a punto de explotar.

Llena, tan llena.

Completa…

—Mía —susurra, rozando sus labios con los míos, y las ganas de llorar de felicidad son enormes.

Tuya, consigliere, tuya.

Lucca se separa un poco, pero apenas tengo tiempo de murmurar, regresa por completo, llenándome.

—Maldita sea, qué coño tan apretado. Me estás matando.

Dios, cómo me encanta su boca sucia, en realidad, todo de él, pero no voy a hacer que se la crea, no ahora.

—Nada de muerto. Vivo… bien vivo. —Le raspo mi uña en su espalda y él sonríe.

—Necesito moverme, avísame si es demasiado.

Asiento, y no estaba preparada para eso.

Para nada.

En mi mente, la primera vez sería dolorosa, sin placer, pero pasado el malestar inicial, con cada movimiento de Lucca, entrando y saliendo de mí… el placer crece.

—Se siente bien —gimo, agarrando su cabello, y él muerde mi mentón, mi cuello, sin dejar de penetrarme.

Lucca lleva su mano a mi sensible clítoris y comienza a provocarlo al mismo ritmo de sus embestidas.

—¡Oh, Dios!

El maldito sonríe, sabiendo exactamente cómo me afecta.

Es la sensación de tenerlo dentro de mí, su cuerpo rozando el mío, la intensidad de su mirada, y cuando creo que no puede mejorar, el *consigliere* levanta mis piernas, apoyándolas sobre sus hombros y, puta madre, va aún más profundo.

—Lucca… —jadeo, sin ocultar la sorpresa.

—Aguanta, *bambina* —advierte, guiñándome un ojo, y entonces, sin previo aviso, comienza a penetrarme a un ritmo frenético, entrando y saliendo rápido, duro, llenándome deliciosamente, su cuerpo golpeando el mío sin piedad, haciéndome sentir viva, completa y absolutamente feliz, suya…

Es un placer tan grande que ya ni siquiera sé quién soy.

Cierro los ojos, entregándome al torbellino que me envuelve.

—Mírame, Chiara. Quiero verte gozando con mi polla bien adentro de este delicioso coño —me ordena, con la voz ronca, penetrando sin parar, y no intento resistirme; solo dejo que suceda y, sin apartar la mirada de la suya, gimo fuerte, todo mi cuerpo estremeciéndose en un clímax inolvidable—. Diablos, *bambina* —gime, con el rostro retorcido de placer—. Sí, aprieta mi polla, carajo —grita, entrando y saliendo otra vez dentro de mí antes de desplomarse sobre mi cuerpo, apoyado en los codos. Ambos respiramos con dificultad y mi pecho parece que va a explotar de tanta felicidad.

Feliz, viva, completa…

—Gracias —susurro, y su mirada curiosa está fija en mí.

—¿Por qué? —Arquea la ceja, y no puedo evitarlo, tengo que molestarlo un poco.

—Por no dejar que mi primera vez fuera con algún viejo, barrigón y calvo —digo, seria, pero luego me echo a reír, y Lucca intenta mantenerse serio, aunque termina uniéndose a mí—. Es broma. —Hago una mueca—. Gracias por no huir, gracias por hacerme la mujer más feliz…

—Mía —responde, mirándome todo posesivo, y me encanta —. Y soy yo quien debe agradecer —continúa—. Por hacerme abrir los ojos y ver lo que estaba justo frente a mí… nosotros. Soy el tipo más feliz, al menos hasta que tu hermano me mate —bromea, y le doy una palmada en el brazo.

—Tú y tus bromitas…

—¿Quién dijo que es broma? Hablo en serio, ok, tal vez no me mate, pero mi polla corre un serio riesgo, y una cosa es cierta: este maldito compromiso ya no es de mentira.

—Primero que nada, Matteo no te mataría, le caes bien, pero quizá Enzo disfrute la idea de probar alguna nueva técnica de tortura contigo y tu… —Miro hacia abajo y le guiño un ojo.

—Pensé que te gustaba…

—Siempre tan presumido —respondo, riendo, y él me besa, haciendo que mi corazón se acelere—. No pienses que lograrás distraerme, *consigliere*. Y sobre el compromiso que ya no es de

mentira, no me había enterado —lo provoco, deseando más que nada escuchar su respuesta.

—Sí lo es, *bambina*. Te dije que era un camino sin retorno, me hiciste la vida imposible —comienza, y estoy lista para replicar cuando sonríe y apoya el índice sobre mis labios—. Me hiciste asumir mis sentimientos —roza sus labios con los míos, suave, como una caricia—, ahora adivina, tú y tu dulce coñito son míos y de nadie más —susurra en mi oído, dándome un leve mordisco.

Maldito hombre delicioso.

—La única polla que tendrás será la mía, la de tu marido.

Maldita sea, Lucca, todo abajo sigue sensible, pero ya empiezo a pensar en repetir la dosis y siento mis mejillas arder.

—Hum… —finjo pensar—… me gusta mucho cómo suena —admito, y él sonríe—. De hecho, estaba pensando cuándo podemos hacerlo de nuevo, futuro marido —resalto la palabra, y él estalla en una carcajada deliciosa.

—He creado un monstruo, maldición.

—Ey, solo digo, ahora entiendo por qué la gente habla tanto de sexo.

—Será un placer mantenerte satisfecha, *amore mio*, pero —sabía que había un pero— necesito hablar unas cosas con tus hermanos sobre… —comienza, y sé hacia dónde apunta. Las últimas horas han sido increíbles y he olvidado todo lo que no fuéramos nosotros, pero nos esperan problemas.

—Lo sé —lo interrumpo, haciendo una mueca—. Lástima que no podemos quedarnos tirados aquí… solos…

—Chiara —reprende, pero siento su polla moverse más abajo.

El hombre ya está excitado.

—Hablas de mí, pero tu…

—¿Mi polla enorme?

Muerdo mis labios.

—Tu equipo ya está listo —bromeo.

—Admite lo que es —se burla y pongo los ojos en blanco, sabiendo que tiene razón—. Siempre listo para ti, *bambina*. Por cierto, ¿no sientes dolor?

—No —lo tranquilizo—. Solo un leve malestar —admito, y él asiente.

—¿Qué te parece si reponemos energías? Hablaré con Matteo, mientras te recuperas para más tarde.

—Quiero participar en la llamada con Matteo.

—Chiara… —comienza, pero ni lo dejo terminar.

—Es sobre mí, Lucca, esos soldados murieron por mi culpa, quiero saber todo lo que está pasando, y si hay algo que pueda hacer, aunque sea pequeño, quiero ayudar.

—¡Exactamente!

—Y otra cosa, que nuestro "más tarde" no sea demasiado tarde —guiño, y Lucca ni responde, solo toma mis labios en un beso firme, exigente, y yo me entrego a la felicidad que encuentro allí, en sus brazos.

—Cuenta con eso, *bambina*.

Sí que lo haré.

En mi mente, tengo un solo pensamiento: si todo esto es un sueño, no quiero despertar.



CAPÍTULO 22 - LUCCA

Lucca

Photograph – Ed Sheeran
Without you – David Guetta feat Usher

Sucedió.

Lo que soñé durante años.

Y solo puedo pensar que la realidad es aún mejor.

Nada se compara con la sensación de tener a Chiara Zampieri en mis brazos, de saber que ella me desea.

El impulso era quedarme con ella allí, en la cama, pero hay muchos asuntos que atender y, conociendo a Matteo, al maldito incluso le parecería extraña mi desaparición, y con razón.

Al terminar nuestro almuerzo, que por el horario ya será casi cena, lo llamaré con calma y juntos pensaremos en los próximos pasos y en cómo puedo contribuir desde aquí. Solo tengo conmigo mi celular; la computadora y nuestras maletas se perdieron en el ataque, pero no podemos quejarnos, estamos vivos.

—Huele bien —comenta Chiara bajando las escaleras, preciosa como el demonio, usando una camiseta negra mía que en ella parece más un camisón y, Dios, espero que esté usando algo debajo, porque la sola idea de verla circular con su coño al descubierto hace que mi polla se excite.

Contrólate, maldita sea. Recuerda que todo esto es nuevo para ella.

—Espero que te guste —bromeo, pero tengo que admitir que tiene buena pinta. Si hay algo que disfruto hacer es cocinar, así que siempre me aseguro de tener un buen stock de productos por aquí, sin importar qué: pastas, salsas, condimentos, conservas. Generalmente paso por el mercado antes de venir, lo que garantiza productos frescos, verduras y frutas, algo que no ocurre en nuestro caso, pero sobreviviremos.

—Seguro que me gustará —exclama, abrazándome, y carajo, eso se siente increíble—. Voy a poner la mesa.

—Hay platos y vasos en ese armario.

—Ok.

Quince minutos después, todo está listo y, contra todo pronóstico, estamos los dos cenando juntos en una cabaña rústica en medio del bosque de Candalla. ¿Cuándo me lo hubiera imaginado? ¡Jamás!

—Todavía no puedo creer que hayas escondido tus dotes culinarias todos estos años —comenta, y no puedo contener la sonrisa.

—Me alegra que te haya gustado.

—¿Si me gustó? ¡Me encantó! Carajo, Lucca.

—¿Te sorprende?

—Mucho. Sé que la comida de Doña Eleonora es insuperable, pero pensé que siempre estabas allí porque odiabas cocinar, y para fastidiarme, claro. —Me guiña un ojo.

—Nada supera a mi *madrina*, eso es un hecho, pero para tu información, iba allí sí, para fastidiarte, pero más que nada, para verte.

Chiara no disimula la sorpresa.

Se nota en su mirada.

—Eso era todo lo que podía tener de ti, *bambina*.

—¿Por qué no me dijiste nada antes, por qué no me dejaste saber…?

—Porque me parecía incorrecto.

Chiara se levanta y, sin ceremonia alguna, se sienta en mi regazo, enrollando sus brazos alrededor de mi cuello.

—¿Cómo puede ser incorrecto esto?

—Eres la hermana de mi amigo, de mi *Don…*

—Detalles —bromea, y me echo a reír—. Por eso dijiste: querer tenerte es diferente a poder hacerlo… —susurra y asiento, confirmando—. Qué bueno que superamos eso.

—Por ahora, aún necesito hablar con tu hermano… con tus hermanos. —Hago una mueca y ella pone los ojos en blanco, y, coincidencia o no, mi teléfono suena, lo que solo puede significar una cosa: MATTEO.

—¿Habrá encontrado algo? —pregunta, levantándose, y de inmediato siento la falta de su contacto.

—Lo averiguaremos —digo, acercándola hacia mí, rozando mis labios con los suyos antes de atender la llamada, con mucha audacia.

Sí, Matteo, estoy con tu hermanita. Y que Dios me ayude, porque ni siquiera tú podrás alejarme de ella.

—Lucca, Chiara… —saluda, mirando de mí hacia ella. Seguro extrañando que esté tan cerca o quizá el hecho de que lleve puesta una camiseta mía.

Nada se le escapa, pero no pierdo tiempo explicando nada.

Si quiere respuestas, las exigirá.

Es Matteo Zampieri.

—Chi, ¿estás bien? —Giulia aparece de la nada, y la rubia a mi lado sonríe.

—Todo bajo control. ¿Cómo está mi sobrino lindo?

—Deseando que la tía vuelva pronto a casa —dice y es evidente la preocupación en su mirada.

—¡Estaré allí pronto! —afirma, mirando hacia mí, buscando confirmación, y carajo, quisiera tener respuestas.

—Sé que los chicos quieren hablar, pero esperen, que *mamma* quiere hablar con ella.

Muerdo los labios para no reír ante la interrupción.

De eso se trata.

Son los Zampieri, una familia enorme.

—*Figlia*. —Aparece mi *madrina* y hace un gesto hacia el celular.

—*Mamma* —susurra Chiara, emocionada.

—¡Qué susto nos dieron! No lo hagan más.

—No habrá más sustos, mientras dependa de mí —responde, forzando una sonrisa.

—Y tú, querido, ¿cómo estás?

—Bien, Chiara aún no lo ha enloquecido. —La voz inconfundible de Enzo se escucha a lo lejos.

Hijo de puta.

—¡Vincenzo! —reprende la señora Eleonora y veo que hasta Matteo se contiene para no reír, mientras Chiara solo levanta discretamente el dedo del medio hacia su hermano.

—Solo estoy señalando lo obvio —continúa, saludando a la cámara del celular.

—Respondiendo a tu pregunta, *madrina* —continúo, viendo al bastardo poner los ojos en blanco—, estoy bien —añado, y la sensación es que todos saben que algo cambió entre nosotros.

—Cuídense —pide, y solo puedo asentir, pensando que lo estoy haciendo, pero no de la manera que ella imagina.

Maldita sea, maldita sea.

—Ahora los dejo conversar, ¡vuelvan pronto! —se despide y la veo alejarse, junto con Giulia.

—¿Podemos continuar? —pregunta Matteo, pero es evidente que se está divirtiendo con este desastre de situación.

—Solo quiero decir que estoy de acuerdo con todo lo que dijo Enzo. —Se oye la voz de Isa, y claro que estaría allí, debe estar ayudando a su marido con las investigaciones—. Lucca luce genial, por cierto.

¡Maldición!

Chiara, a mi lado, se sonroja y antes de que pueda decir algo, ella se adelanta.

—¿Alguna novedad? —pregunta, sorprendiendo a todos al tomar la iniciativa.

—Desafortunadamente, aún no, *sorellina*.

—Hablé con Ramón y, según él, el ataque no vino de los venezolanos.

—¿La fuente es confiable?

—Sí, tiene un informante en lo que quedó de Los Cayos.

Asiento, sintiéndome con las manos atadas.

—Si no son ellos, ¿quién podría ser? —Chiara hace la pregunta del millón y Matteo responde.

—Hemos descartado algunas posibilidades y nuestros asociados e informantes están trabajando en la recolección de información en las calles, no solo de Toscana, sino de toda Europa. Si alguien comenta lo que pasó, lo sabremos.

—En resumen, no tenemos nada.

—Aún no, pero lo tendremos.

El silencio cae sobre nosotros.

Es una situación de mierda.

Una cosa es buscar respuestas en la seguridad y comodidad de tu hogar, y otra muy distinta es hacerlo aquí.

—Bueno, al menos Lucca tiene muchos libros para que lea —comenta Chiara, intentando romper la tensión, y después de unos segundos, todos ríen.

—¿Lucca? No creía que sabía leer —bromea Enzo.

—Váyanse a la mierda, antes de que se me olvide.

—Créanlo, y no son cómics.

La traviesa guiña un ojo en mi dirección y yo solo estrecho la mirada.

—Ok —retoma Matteo—. Sé que las condiciones no son las ideales, pero es lo que tenemos. Lo más importante es que sigan seguros.

—¡Carajo, sí! —replica Enzo, y yo asiento, con los puños apretados, pensando en todo lo que aún debo contarle a Chiara sobre este lugar, por si algo...

No pienses en eso, carajo. Todo va a estar bien.

—Seguiremos investigando aquí y ustedes manténganse seguros. Quiero contacto diario.

—Cuenta con eso —respondo.

—No te preocupes, Teo. Giu e Isa no se librarán de mí.

—¡Amén! —comenta Isa desde el fondo, y Chiara se ríe a mi lado.

—Solo tengo el celular, pero puedo acceder a mi correo y a los documentos en el servidor. Iré atendiendo los demás asuntos de

la organización y, si necesito algo, hablo con Enzo —le aviso.

Matteo asiente y está a punto de colgar, cuando me anticipo.

—Una cosa más…

—Dime.

—¿Del Vecchio?

—Nada. Silencio absoluto.

—¿Estará teniendo dudas?

—Lo consideré, pero por ahora tenemos preocupaciones más importantes.

—¿Y Rizzi? —pregunto, sabiendo que el *capo* debe estar más que interesado en cerrar las negociaciones y casar a su hija mayor.

—Dale alguna respuesta. Algo que nos gane tiempo, hasta recibir un regreso oficial del *Don* de Civitavecchia.

—Déjamelo a mí.

Nos despedimos y cuelgo con la sensación de que no avanzamos nada. Es muy frustrante, pero empujo esos sentimientos a un rincón de mi mente; no quiero preocuparla aún más.

—Entonces, ¿quieres decir que solo leo cómics? —pregunto, arqueando la ceja, y Chiara abre los ojos.

—¿Todavía dándole vueltas a eso, *consigliere*? —bromea, y camino hacia ella—. Lucca… —jadea al verme acercarme.

Me detengo frente a ella y sostengo su nuca, mis dedos se enredan en su cabello mientras inclina la cabeza y fija la mirada en la mía.

—Fíjate que ahí hay excelentes libros de suspenso y misterio, por si te gustan.

—Lo vi. Amo a John Grisham y Stephen King.

—Quién lo diría…

—¿Pensaste que solo leía novelas románticas? —Arquea la ceja.

—Pensaba más en revistas de chismes —la provoco y ella entrecierra los ojos, pero luego explota en una carcajada y yo me uno.

—Parece que tenemos mucho por conocernos —comenta, cuando logra parar de reír.

—Los próximos días seguramente nos servirán para eso, *bambina*, aunque debo decir que tengo algunos planes y no involucran libros…

—Humm… —Agarra mi camiseta, pegando su cuerpo al mío —. Eso suena interesante, cuéntame más sobre esos planes, ya que no tenemos televisión.

—Eres terrible —exclamo, rozando mis labios con los suyos —. ¿Qué tal si damos un paseo?

Muerde los labios, mirando hacia abajo.

—No tengo pantalones, Lucca. Limpios, al menos.

—Ponte uno de mis shorts. —Le guiño un ojo—. Solo átalos bien, porque no me hago responsable de mis actos si te veo vagando desnuda por el bosque.

—Dios me libre —grita—. Pero, ¿qué harías? Investigar, ya sabes, por si acaso eso sucediera hipotéticamente...

—Eres terrible, Chiara Zampieri —exclamo, mordiendo su labio solo para pasar mi lengua por ahí.

—Es una de mis muchas cualidades, y por eso me amas —responde bromeando, pero carajo, solo puedo pensar que no podría estar más en lo cierto—. Dame tres minutos —dice antes de correr hacia la escalera que conduce al cuarto.

La rubia no podría estar más en lo cierto.

La amo.

Como un loco.

—Ya casi llegamos —aviso, viéndola mirar alrededor, sin ocultar la curiosidad.

—Todo bajo control hasta ahora.

—Quién diría que Chiara Zampieri estaría haciendo senderismo.

—No exageremos, ¿verdad? —Ríe, y no veo la hora de llegar al mirador.

Cinco minutos después, disminuyo el paso y extiendo la mano hacia ella, y Chiara la toma sin dudar.

—Solo unos pasos más, *bambina* —susurro en su oído, y no miento.

A unos metros, ante nosotros, hay una vista que quita el aliento.

—Llegamos.

—Dios mío, ¡es hermoso! —exclama, sin saber siquiera hacia dónde mirar.

—Estamos en el Monte Penna, a más de cuatrocientos metros de altura, y alrededor, las montañas y este increíble atardecer como testigos.

—No sé qué decir… es increíble. Gracias por traerme aquí.

—Nuestra estadía aquí puede no ser por turismo, pero eso no significa que no podamos explorar. La vista de aquí es uno de mis lugares favoritos.

—¿Hay otro? —Arquea la ceja.

—Más al sur, bajando hacia el río, llegamos a algunas cascadas.

—¡No lo puedo creer! ¿Tan cerca? —exclama, sorprendida.

Asiento, sin ocultar la sonrisa.

Es un placer ver su entusiasmo.

—Podemos… —comienza y ni la dejo terminar.

—Si quieres, otro día. La caminata es más larga.

—No me importa, me pongo incluso mis pantalones sucios solo para ir contigo.

—¡Tenemos un plan! —bromeo y ella me sorprende con un abrazo fuerte e inesperado.

—Gracias, Luc, por compartir este lugar conmigo. A mí —suspira, mirando alrededor— me encantó.

Siento un nudo en la garganta y no digo nada.

No puedo.

Alejo un mechón que insiste en caer sobre su rostro, intentando calmar el torbellino dentro de mí, pero no lo consigo. En mi mente solo hay un pensamiento: soy un bastardo afortunado por tenerla aquí, conmigo, y carajo, todo lo que quiero es que esté a mi lado mientras descubrimos otros lugares increíbles, solo para tener la suerte de ver su sonrisa iluminarlo todo.

—¿Todo bien?

—Todo —desvío la conversación—. Solo pienso que es mejor que tomemos el camino de regreso antes de que oscurezca.

Observo a Chiara echar una última mirada al horizonte, casi como despidiéndose, y allí estoy seguro: la *bambina* realmente disfrutó esta sorpresa.

Hermosa.

El camino de regreso es tranquilo.

Regresamos conversando sobre los temas más diversos: música, películas, libros, viajes, y cuando nos damos cuenta, estamos de vuelta en la cabaña.

En esos minutos, no hubo atentados, enemigos, ni preocupación por lo que nos espera en los próximos días.

Éramos sólo nosotros.

No soy ingenuo, sé que la paz y la tranquilidad son raras en nuestro tipo de vida, pero si pudiera pedir algo, sería exactamente eso.

Unos días tranquilos.

Solo yo y la chica que puso mi vida patas arriba:

Chiara Zampieri.

CAPÍTULO 23 - CHIARA



Clara

"You, with the sad eyes
Tú, con los ojos tristes
Don't be discouraged, oh, I realize
No te desanimes, oh, lo sé.
It's hard to take courage
Es difícil reunir coraje.
In a world full of people
En un mundo lleno de gente
You can lose sight of it all
Puedes perderlo todo de vista.
And the darkness inside you
Y la oscuridad que hay dentro de ti.
Can make you feel so small
Puede hacerte sentir muy insignificante.
But I see your true colors shining through
Pero veo sus verdaderos colores brillando desde dentro.
I see your true colors and that's why I love you
Veo tus verdaderos colores y por eso te amo..."

Extracto de True Colors – Anna Kendricks & Justin Timberlake
Love te way you lie – Eminem & Rihanna
Take me home – Jess Glynne

Después de un día que pareció más bien una montaña rusa, lleno de subidas y bajadas y, sobre todo, de muchas emociones, me acuesto en

la cama y me quedo unos segundos mirando el techo.

Hay tantas cosas en mi cabeza.

Incluso sabiendo que Matteo está cuidando y apoyando a las familias de los soldados, no puedo dejar de pensar en ellos… duele pensar en cómo todo puede terminar en un abrir y cerrar de ojos, cómo en un momento todo está bien y, de repente, ya no.

Es una sensación extraña: tristeza por ellos y felicidad por estar viva, porque Lucca esté bien y porque estemos juntos, ya que una cosa es segura: no fue fácil lograr que el *consigliere* se abriera, y solo espero que haya creído todo lo que le dije, porque no voy a mentir… *tengo miedo.*

Miedo de cómo será después de que volvamos a la rutina, cuando Matteo indique que la farsa terminó. Sé que Lucca dijo que ahora es real, pero ¿y si todo es solo por un deber moral, por el hecho de haberme quitado la virginidad? *Mierda, ni pienses en eso.*

Respiro hondo, deseando que toda esta inseguridad se vaya, porque lo que más quiero es que él me quiera… independientemente de cualquier cosa.

Que solo me quiera, como yo lo quiero a él.

Suspiro y desisto de intentar leer el libro que agarré abajo.

No sirve de nada, estoy hecha un manojo de nervios y, al mismo tiempo, no quiero dormir.

Todavía no.

Tengo planes y dependen de que Lucca esté aquí, pero él necesitaba revisar algunas cosas de la Sacra. Una pena, pero necesito recordarme que no estamos en un viaje romántico.

¿Qué hice?

Me di una ducha larga y ahora estoy acá, intentando distraerme de alguna manera. Hasta pensé en mandarles un mensaje a las chicas, charlar un poco, pero desistí; primero porque no estoy preparada para las preguntas que vendrán y, además, a esta hora deben estar descansando o, peor aún, "disfrutando" a los maridos, y no quiero pensar en eso.

Estoy a punto de rendirme y quedarme tirada acá arriba cuando el sonido de unos pasos indica que Lucca viene.

Ay, Dios mío.

Respira, mujer.

—Pensé que estarías… —empieza, pero se detiene a mitad de la frase, con su mirada recorriéndome de arriba abajo, y creo que se dio cuenta de que no llevo bragas.

—¿Estaría? —pregunto, estirándome, haciendo que la camiseta se suba todavía más.

—Maldita sea, Chiara.

—Te estaba esperando —digo.

—Y yo pensando que estabas dormida —continúa, deshaciéndose de la camiseta, sin apartar la mirada de la mía.

—No tengo nada de sueño —respondo, sin lograr apartar los ojos de él, y ya me imagino lamiendo cada pedacito de su pecho musculoso y más allá…

—Chiara… —Su voz es una advertencia y sé que me atrapó mirándole el bulto que crece en la parte delantera de sus pantalones.

—Yo… quiero… —jadeo, sintiendo el pecho subir y bajar, y ya no sigo acostada: me pongo de rodillas sobre la cama.

Lucca se quita el pantalón y el bóxer, quedando completamente desnudo frente a mí, y, puta madre, qué hombre.

No puedo apartar la mirada.

Es imposible.

—¿Qué quieres, *bambina*? —pregunta, acercándose hasta quedar a pocos centímetros de la cama.

Su polla dura está prácticamente en mi cara y me pican las manos por tocarla, por pasar la lengua por la cabeza hinchada donde sobresale una gota de líquido preseminal.

¡Dilo!

—A ti en mi boca —digo, reuniendo todo mi coraje; aun así, siento que me arden las mejillas.

Veo a Lucca apretar los puños y mi corazón se dispara en el pecho, expectante, mientras da un paso más hacia mí.

—¿Quieres chuparme la polla, *bambina*? —pregunta, con la voz ronca, cargada de deseo.

Asiento con la cabeza, completamente hipnotizada por su erección, por las venas marcadas.

—¡Dilo! —exige, metiéndome la mano en el cabello mientras con la otra sacude la polla prácticamente en mi cara.

Esto es tan excitante.

Siento los muslos húmedos.

—¡Sí, quiero! —exclamo, levantando la mirada solo para encontrar la suya fija en mí.

—Chúpala, hermosa, chúpala, que quiero verte tomar cada centímetro —ordena, y siento una mezcla de excitación y temor, ya que ni

siquiera sé por dónde empezar.

Lucca parece notar mi inseguridad y me guía:

—Empieza despacio, a tu ritmo, usa la lengua, las manos —dice, y ni espero a que termine: agarro su erección, sintiendo cómo su cuerpo se tensa y, sin ningún tipo de ceremonia, lamo la cabeza de su polla—. Carajo —exclama, y siento sus dedos apretarse en mi cabello.

—¿Así? —pregunto, alzando la mirada, los labios a centímetros de la cabeza hinchada, pero Lucca ni siquiera logra responder; sin apartar mis ojos de los suyos, me trago la cabeza, tomando todo lo que puedo.

—Chiara, *Dio mio…* —gime, y todo en mí vibra.

Repito el movimiento, llevándolo más adentro, deleitándome con cada sonido que sale de su boca y con la forma en que me sujeta del cabello.

Sigo moviendo la mano mientras mi lengua serpentea por su longitud, voy hasta el fondo y comienzo a juguetear con la cabeza antes de volver a tomarla, metiéndola entera en la boca, succionando con fuerza, sin descanso.

—Maldición… —Lucca tira de mi cabello, y mi coño palpita al verlo tan excitado—. Sí, chupa. Carajo, qué boca tan deliciosa —exclama, y yo solo obedezco, más que satisfecha de ver a mi hombre enloquecer con mis manos y mi boca—. Maldita sea… —Intenta apartarme, pero afirmo las manos en su trasero, tirando de él hacia mí—. Si no te apartas, voy a llenarte la boca de semen —advierte, pero si creyó que iba a asustarme, consiguió justo lo contrario: intensifico los movimientos, chupando y tragando su polla con ganas.

Lucca sujeta mi cabeza y, para mi delirio, empieza a mover la cadera contra mi boca.

Puta mierda.

Estoy en llamas.

—Mírame, *bambina* —jadea con evidente dificultad, y obedezco, alzando la mirada, la boca llena con su polla, y cuando sus ojos se encuentran con los míos, lo que veo ahí es inexplicable.

Deseo, hambre, necesidad… de mí.

Mi corazón está a punto de explotar y todo en mí vibra cuando siento los primeros chorros y Lucca grita mi nombre, echando la cabeza hacia atrás, acabando en mi boca.

Me apresuro a tragar, tomando todo lo que me da, y sigo chupando, lamiendo, asegurándome de que no quede ni una sola gota, y el hombre

enloquece; en un segundo lo tengo en mis manos y, al siguiente, Lucca me agarra la nuca y se eleva sobre mí.

—Mi turno, *bambina* —dice. Apenas reconozco su voz; hay tanta urgencia, es cruda—. Te quiero bien abierta —ordena, y hago exactamente lo que pidió, separando las piernas, exponiendo mi intimidad, y la mirada que recibo hace que cualquier vergüenza desaparezca—. Carajo, Chiara, estás chorreando. —Se acerca como un depredador, separa todavía más mis piernas y, sin decir nada más, baja el rostro y da una lamida larga, de abajo hacia arriba—. ¡Jodidamente deliciosa! —Su mirada se cruza con la mía y no logro decir nada; mi pecho sube y baja al ritmo de mi respiración agitada—. Voy a chuparte este delicioso coño hasta tenerte gritando mi nombre y empapándome la cara con tu orgasmo, carajo.

—Sí, sí, por favor —balbuceo después de unos segundos, y su mirada se entrecierra sobre mí, cargada de promesas, antes de volver a hundir el rostro entre mis piernas.

Lucca desliza el dedo índice, lo embadurna con mis fluidos, y alzo la cadera en expectativa; el maldito frota el pulgar sobre mi clítoris, arrancándome un gemido.

—Deliciosa —gruñe, abriendo mis pliegues, lamiendo todo el recorrido con movimientos constantes, y ni siquiera intento contenerme: agarro la sábana, gimiendo a cada embestida de su lengua.

—No pares.

—Solo cuando acabes en mi lengua, bella —responde, empezando a meter la lengua en mi entrada mientras sigue provocando mi punto sensible.

—Lucca —jadeo, sintiendo el orgasmo cerca, pero él ni responde; me mete dos dedos al mismo tiempo que se apodera de mi clítoris, succionando simultáneamente con las embestidas—. Puta mierda —grito, echando la cabeza hacia atrás, y eso lo enciende todavía más, pero no se detiene: sigue chupando, mordisqueando, mientras sus dedos entran y salen—. Sí, sí… —Mis muslos tiemblan bajo su ataque y el maldito se da cuenta, porque acelera las embestidas y, cuando creo que nada puede sorprenderme, siento un dedo presionando contra mi culo, invadiéndome.

—Ohhh… —jadeo.

—Carajo, ya puedo imaginar tu culo apretándome mientras te la meto rico ahí —dice, moviendo los dedos dentro de mí, volviendo a atrapar mi clítoris y succionando con fuerza.

Sus palabras, en lugar de asustarme, me excitan todavía más y siento mi coño palpitar contra sus dedos. Son tantos estímulos, tantas

sensaciones, que de pronto es simplemente demasiado.

Intento resistir, pero es imposible.

—Lucca —grito, con todo el cuerpo temblando, mientras convulsiono apretando sus dedos en un orgasmo demencial.

El *consigliere* sigue torturándome, metiéndome los dedos, haciéndome retorcer contra su ataque, y cuando se aparta, protesto en voz baja, sintiendo su ausencia, necesitando más, necesitándolo a él.

Observo, con el pecho subiendo y bajando, cómo Lucca embadurna su polla en mis pliegues empapados y, recién entonces, se hunde hasta el fondo dentro de mí, en un solo movimiento.

—Sí —grito, vibrando con la más que bienvenida embestida.

—Chiara… —gime, y mi nombre en su boca es mi perdición.

—Por favor —gimoteo, clavándole las uñas en la espalda.

—Va a ser rápido, *bambina*, mi polla parece que va a explotar.

Levanta mis piernas, apoyándolas sobre sus hombros, y sin un segundo de aviso empieza a embestir fuerte, entrando y saliendo, sin descanso.

En el cuarto solo se escucha el sonido de nuestros cuerpos chocando y de mis gemidos necesitados.

Con cada movimiento, el placer crece en mí… otra vez.

—Luc… —gimo, y él sonríe, llevando la mano hasta mi clítoris y provocando mi punto sensible—. No pares —suplico, y su sonrisa se agranda.

Maldito.

Sabe que me tiene.

Antes de que pueda decir algo, me da vuelta boca abajo como si fuera una muñeca de trapo y vuelve a embestir profundo dentro de mí.

—Tienes un coño delicioso —gruñe, agarrándome el trasero, tirando de mi cadera contra su polla—. ¿Te gusta, *bambina*? ¿Te gusta mi polla bien metida hasta el fondo? —pregunta, alejándose por completo solo para volver a llenarme.

—Lucca… —jadeo, aferrándome a la sábana.

—¿Te gusta? —insiste, repitiendo el movimiento, bien despacio, provocando, incitándome.

—¡Sí, sí, sí! —respondo, empinando el trasero—. Más… —gimoteo, necesitada.

—¡Golosa! Tu coño me está apretando, bella. ¡Qué bueno!

—Fóllame, Lucca… fuerte —pido, sintiendo que mi control pende de un hilo.

—Carajo… —Afirma las manos a los costados de mi cadera y empieza a embestir con fuerza, rápido, entrando y saliendo de mí a un ritmo alucinante.

—Oh, Dios, sí —grito, y Lucca lleva la mano hasta mi clítoris hinchado y empieza a provocarlo sin reducir el ritmo de las embestidas—. Luc… —Ni siquiera logro terminar la frase; el *consigliere* aumenta la velocidad, clavándose profundo dentro de mí, y ya no tengo salvación.

Entregada.

Simplemente perdida en el torbellino de placer que me invade.

—Diablos, ordeña mi polla, carajo. Toma lo que es tuyo, *bambina*. Solo tuyo —grita, y sé que me quedarán marcas de sus manos en la piel, pero ni me importa.

Gimo, enloquecida, mi coño convulsionándose a su alrededor, y Lucca no se detiene: me embiste, implacable, me posee hasta que encuentra su propia liberación, gritando mi nombre mientras me llena con su semen.

—Mía, carajo, solo mía —gime, con la voz ronca, entrando y saliendo de mí un par de veces más, antes de desplomarse por fin a mi lado, con una sonrisa satisfecha en el rostro.

—Creo que ahora sí puedo dormir —susurro, sonriendo también.

—¿Dormir? Pero si recién empezamos… —Parpadea y no aguanto, empiezo a reírme.

Lucca intenta mantenerse serio, pero ni él puede y se suma a mi risa.

Cuando nos calmamos, los dos tenemos la cara roja y lágrimas de tanto reír.

—Me encanta —empieza serio, acariciándome el rostro con el dedo índice, y mi mirada se encuentra con la suya— verte sonreír.

Ay, mi corazón.

—Es fácil sonreír cuando estoy contigo —susurro.

—Voy a grabar eso —bromea.

—Mejor no. —Hago una mueca—. Todo es muy inestable todavía —digo en broma.

—Solo tengo que hacerte tener un buen orgasmo y sonreirás.

—¿Cómo no sonreír después de eso? —Miro nuestros cuerpos y su polla, que ni siquiera está del todo flácida, se mueve—. ¿Quieres mantenerme sonriendo, Lucca Salvatore? Unos cuantos orgasmos diarios lo solucionan.

—¿Unos cuantos? —Arquea la ceja, y sé que se está divirtiendo.

—Qué puedo decir, uno se acostumbra a lo bueno, pero si crees que es demasiado para ti… —digo, mordiéndome los labios.

—Voy a mostrarte qué es demasiado cuando te haga acabar otra vez en la noche, solo que esta vez con mi polla metida en tu culo.

Siento que me arde la cara.

—Yo… —No sé ni qué decir.

—¿Qué pasa? ¿El gato te comió la lengua, *bambina*?

Entrecierro la mirada, y debería quedarme callada, pero ¿quién dijo que puedo?

Él sabe provocarme.

—Un orgasmo es un orgasmo. —Me encojo de hombros—. Si puedes lograrlo…

—¿Si? La cuestión es solo cuándo —responde, en una promesa que, maldita sea, estoy más que ansiosa porque se cumpla—. Primero voy a preparar tu culo para recibirme, pero espera, Chiara Zampieri —exclama, y todavía estoy trabada en lo de "preparar tu culo". ¿Cómo que preparar?—. Ahora dime, ¿de verdad quieres dormir o quieres acabar unas cuantas veces más? —dice, con la voz ronca, tirando de mí con facilidad y haciéndome sentar sobre su pecho.

—Lucca… —jadeo, sorprendida.

—¿Es demasiado para ti? —Arquea la ceja, desafiándome.

—Si puedes…

—Ah, bella, ver mi semen escurriéndose de tu coño es todo el incentivo que necesito; es hora de volver a llenarlo.

Y vuelve…

No una, sino unas cuantas veces más, tal como dijo que haría.

Lucca Salvatore es insaciable, y estoy amando descubrir esta nueva faceta suya.

La verdad es que lo amo, entero, pero él no debe saberlo.

Todavía no.

Y es con ese pensamiento que dejo que el sueño me lleve, al mejor lugar posible, entre sus brazos, como en mis mejores sueños, con sus manos acariciando mi cabello, su aroma en mí… exhausta, satisfecha y con una sonrisa tonta en el rostro.

Feliz.

CAPÍTULO 24 - LUCCA



Lucca

Always – Gavin James
Demons – Imagine Dragons

Me costó dormir.

La verdad es que no podía apartar la mirada de Chiara Zampieri, increíblemente hermosa, durmiendo tranquila allí, en mis brazos, con la cabeza acurrucada, los cabellos esparcidos sobre mi pecho… *mía.*

Sé que la *bambina* tuvo varias primeras veces ayer, pero créeme, aquí la situación no es nada diferente.

Nunca traje a nadie a mi refugio.

Nunca dormí al lado de una mujer.

Siempre fue sexo rápido. Una buena follada. Y, lo principal, nunca quise a alguien como la quiero a ella. No sirve de nada intentar engañarme.

Chiara no es como las otras mujeres.

Ella es… mi mujer. Y, carajo, me encanta cómo suena eso, ME ENCANTA.

Despierto y lo primero que noto es que tiene la pierna apoyada sobre la mía, la mano en mi pecho y sus largos cabellos rubios esparcidos sobre mi brazo.

Cierro los ojos e inspiro el perfume de su cabello, intentando prolongar el momento, pero, por más que quisiera quedarme allí, el deber me llama.

Intento deslizarme sin despertarla, pero fracaso.

—Humm, ¿qué hora es? —se queja y no puedo evitar sonreír.

—Tarde, dormilona.

—La culpa es tuya por no dejarme dormir.

—No recuerdo haber escuchado a nadie quejarse —respondo, rozando mis labios contra su frente.

—Y tampoco la habrá —replica, con su mirada cargada de sueño encontrando la mía.

—Quédate aquí, descansa un poco más.

—No será tan bueno… no sin ti —se estira y la sábana baja, regalándome la hermosa visión de sus senos.

—¡Maldición, *bambina*! —Mi pene, que ya estaba duro, ahora está más que listo para trabajar.

—¿Qué hice ahora? —Sonríe, sabiendo exactamente lo que está haciendo.

Me estás torturando.

Aprieto los puños, controlando el impulso de separar sus piernas y enterrarme en ella.

—¿Dormiste bien? —Aparto un mechón de cabello, cambiando a un tema seguro.

—Sí, como un ángel.

—¿Lucifer? —Arqueo la ceja, conteniéndome para no reír.

—Oye, eso no es justo. Sabes que soy un ángel —comienza descaradamente—. A veces —agrega con un guiño—, pero yendo al grano, tú me despertaste y yo, bueno, quiero despertar bien. —Se muerde los labios, dejando que la sábana resbale unos centímetros más, a propósito.

—¿Qué quieres, *bambina*? —pregunto, deslizando mi mano por sus muslos hasta llegar a su coño todo húmedo.

Cierro los ojos y respiro profundo, provocando su clítoris, escuchándola jadear con cada movimiento mío.

—¿Es eso lo que quieres, bella? ¿Ser mi desayuno?

—Dicen que es la comida más importante del día —jadea y, carajo, algunas llamadas tendrán que esperar.

Mi mujer necesita tener un orgasmo.

Tiro la sábana con fuerza, exponiendo su cuerpo delicioso y ni pierdo tiempo; me muevo hasta quedar con el rostro a pocos centímetros de su coño.

Chiara se apoya en los codos, observándome atentamente.

—Carajo —susurro, separando sus muslos y dejándola bien abierta para mí.

—Luc…

Froto mi dedo índice por su hendidura, observando cómo se desliza fácilmente entre su humedad.

—¿Quién necesita desayunar cuando tiene esto…? —apunto y, sin apartar la mirada de la suya, llevo mi lengua hasta su coño, lamiendo de abajo hacia arriba, todo el camino.

—Humm… —gime y el hambre crece dentro de mí.

Abro sus pliegues y aumento el ritmo, lamiendo deliciosamente, subiendo y bajando, para luego devorar su clítoris, succionando, mordisqueando, alimentándome de cada gemido suyo.

—Qué deliciosa —gruño, sin levantar el rostro de su coño—. Podría pasar horas aquí, chupándote, follándote con mi lengua.

Chiara gime, levantando la cadera hacia mi rostro.

Agarro su trasero, manteniéndolo firme bajo mi ataque, y luego meto dos dedos mientras sigo succionando su punto sensible.

—Qué bueno…

Meto otro dedo en su coño húmedo y la *bambina* empieza a gemir palabras inconexas mientras su canal me aprieta.

Mi pene parece a punto de explotar.

Libero su clítoris, hinchado y sensible, y empiezo a rodearlo con la lengua, solo para meterlo de nuevo en mi boca.

—Luc —grita, y yo aumento la velocidad de las estocadas, alternando pequeñas mordidas y lamidas en su clítoris—. No pares, no pares… —Siento sus muslos tensarse y su coño apretarme.

—Ni loco voy a parar.

Tiro de su cuerpo, llevando su coño a mi rostro, follándola con la lengua mientras mi pulgar presiona su clítoris.

Sigo entrando y chupando sin descanso, y aún con el rostro entre sus piernas, miro hacia arriba solo para ser recompensado con la visión de Chiara, su rostro entregado al placer, gritando mi nombre mientras acaba en mi boca.

Y, carajo, ¿cómo explico lo que siento en este momento?

Una necesidad indescriptible de ella, necesito a la bambina… para mí.

—Te necesito —sale de mi boca y ni me doy cuenta, pero ella lo escucha, y su mirada encuentra la mía.

—Y yo a ti —responde, abriendo los brazos en una invitación que no pienso rechazar.

En segundos, me coloco entre sus piernas.

Esto no es solo sexo; Chiara nunca sería eso.

Froto mi pene entre sus pliegues, sin apartar la mirada de los suyos, y allí, perdido en sus ojos azules, la penetro lentamente, observando cada

reacción suya mientras la lleno.

—Lucca… —susurra mi nombre y acerco mi rostro al suyo, rozando mis labios con los suyos, haciéndola sentir su sabor en mí.

—Yo… —Hay tanto que quiero decir, pero las palabras parecen quedarse atrapadas en la garganta.

No la asustes, es temprano.

—Maldita sea, tu coño es mi perdición. —Cambio de tema, y no deja de ser verdad, porque si antes ya no quería a nadie más, ahora que lo he probado, entonces…

Incluso puedo oír las bromas que vendrán.

Eso, si no te matan…, recuerdo.

¿Dónde está el pensamiento positivo, carajo?

—¿En qué piensas? —Su voz me trae de vuelta al presente y veo su mirada analizándome.

—Solo en cuánto me encanta sentir tu coño apretarme —exclamo, apoyando mis codos junto a su cabeza mientras me alejo todo el camino, solo para volver rápido, entrando en su coño húmedo.

—¡Hum! —Muerde los labios, soltando un gemido que va directo a mis bolas.

—Agárrate fuerte, *bambina* —aviso, guiñándole un ojo cargado de promesas.

—¿Qué quieres decir, loco?

—Se suponía que sería lento, despacio, todas esas mierdas románticas, pero, carajo, parece que estás estrangulando mi pene —digo entre dientes, moviéndome despacio, lo que es una verdadera tortura.

—Deberías darme las gracias… —Me guiña el ojo y estrecho la mirada, ya imaginando lo que dirá—. Sabes que podría estar estrangulándote a ti —bromea y llevo mi mano a su clítoris, presionándolo, haciéndola abrir los ojos y jadear mi nombre.

Sin aviso, empiezo a entrar rápido y fuerte, sin descanso, y Chiara fija sus manos en mis hombros, con sus senos rozando mi pecho.

Maldita sea, qué mujer tan deliciosa.

—¿Te gusta, *bambina*? —Muerdo su oreja, sin dejar de embestir.

No responde, solo asiente con la cabeza, pero son los sonidos que intenta ahogar mordiendo sus labios los que se convierten en mi perdición.

Aumento la velocidad, entrando en ella de forma frenética y urgente, y en la habitación solo se oye el sonido de nuestros cuerpos chocando y de sus gemidos, y carajo, si eso no es música para mis oídos.

—Quiero oírte gritar, bella —aviso, sin bajar el ritmo.

—¡Oh, Dios! —jadea, y su apretón alrededor de mí se intensifica.

—Acaba, amore mio, acaba fuerte gritando mi nombre, carajo, el nombre de tu hombre, carajo —gruño, embistiendo con fuerza en su coño empapado, sintiendo cómo mis testículos se tensan con cada movimiento.

Estoy al límite.

—Luc… —empieza, pero no logra terminar la frase; todo su cuerpo tiembla y siento su coño convulsionar a mi alrededor, apretándome, ordeñándome.

—Demonios, Chiara… ¡demonios! —gruño, follándola como el loco que soy.

Por ella.

—Lucca —grita mi nombre, clavándome las uñas mientras el orgasmo la atraviesa de lleno, y por más que intente resistir, aguantar un poco más, es imposible; Chiara me lo arranca todo.

Embisto profundo una vez más antes de encontrar mi propia liberación, rugiendo su nombre, para luego dejar caer mi cuerpo sobre el suyo, cuidando de no aplastarla.

—Hummm —se queja, deslizando las uñas por mi espalda.

Mi corazón parece salirse del pecho cuando dejo un beso suave en sus labios, antes de retirarme de su cuerpo y ponerme de pie, sintiendo de inmediato su ausencia.

—Esto sí que es una hermosa vista —exclamo, observando a Chiara tirada en la cama, sonriendo, con el cabello revuelto, el rostro sonrojado de quien fue bien follada, y mi semen escurriendo por sus muslos.

—Estoy toda floja —dice, mirándome con intensidad—. ¿Una ducha?

Arqueo la ceja, sabiendo que jamás sería solo un baño, y la bruja sonríe, ampliamente, leyendo mis pensamientos.

—Necesito ocuparme de unos asuntos, voy a darme una ducha rápida y luego vas tú, *bambina*.

—¿Sola? —Hace un puchero.

—Chiara…

—No puedes culparme por intentarlo. —Hace una mueca.

—Más tarde —prometo.

—Sabes que te lo voy a cobrar, *consigliere*.

—Cuento exactamente con eso. —Le guiño un ojo y su sonrisa vuelve a aparecer, haciendo que todo en mí se altere.

La mañana pasa en un abrir y cerrar de ojos.

Chiara se unió a mí unos minutos después, y fue difícil concentrarme en las llamadas que tenía que hacer con la princesita de la

mafia rondando por ahí usando solo mi camiseta.

Por suerte, se distrajo en el sillón con un libro en la mano y logré resolver varios asuntos de la Sacra, incluido hablar con Angelo Rizzi, que no se mostró nada contento con la demora del *Don* de Civitavecchia en decidir sobre el compromiso con su heredera.

Con el ego herido o no, lo cierto es que el viejo *capo* tendrá que esperar respuestas.

Ese es el menor de nuestros problemas.

La pregunta que no sale de mi cabeza es solo una: *¿quién demonios está detrás del atentado en Pisa?*

Ya hablé con prácticamente todos mis contactos y no he conseguido absolutamente nada.

Cero.

Dejo el celular sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

La frustración me inunda y trato de respirar hondo, necesito calmarme, pero la idea de que alguien vaya tras ella, la sola posibilidad de que alguien pueda hacerle daño, es aterradora como el demonio.

Todo indica que será otro día sin avances, excepto por la avalancha de informaciones contradictorias que recibimos de los socios, o al menos eso pensaba hasta que mi teléfono empezó a sonar, justo cuando estaba a punto de unirme a Chiara en la ducha.

Enzo.

El nombre de su hermano apareciendo en la pantalla solo puede significar dos cosas: algo malo o información.

Que sea lo segundo.

—Hola —atiendo.

—¿Puedes hablar?

—Soy todo tuyo.

—Voy a ignorar lo que dijiste, porque sonó muy extraño —responde serio el subjefe, aunque sé que se está riendo.

Hijo de puta.

—Vete al carajo y habla de una vez.

—Estoy en la oficina con Matteo. ¿Chiara?

—En el baño —respondo, intentando no pensar que es ahí donde yo debería estar.

Concéntrate.

—Mejor así. Luego le cuentas a ella.

Carajo, por su tono ya sé que no es nada bueno.

—¿Qué descubriste?

—Te voy a mandar un video. Lo conseguimos a través de la empresa que administra la autopista. Adelanta hasta minuto el 2:57.

Hago lo que me pide y observo el Honda pasando por la cabina de peaje, a unos kilómetros de donde fuimos atacados.

El vehículo desacelera y hasta ahí solo parecería el gesto de un cerdo tirando una colilla de cigarrillo por la ventana, pero es el dibujo que veo en el dorso de su mano lo que capta mi atención.

De ninguna manera.

Pauso el video y retrocedo unos segundos, reproduciéndolo en cámara lenta.

—*La Falce della Morte* —murmuro, sabiendo exactamente lo que eso significa, y aprieto los puños, con la rabia hirviéndome por dentro.

—Exacto —destaca la voz de Matteo, y sé que está tan furioso como yo.

Ya lidiamos con esos bastardos en el pasado, cuando toda la mierda relacionada con Riccardo Ferrara salió a la luz.

—¿Qué probabilidades hay de que sea algún Ferrara perdido por el mundo, buscando venganza? —especulo, después de respirar hondo, aunque más que dispuesto a matarlos a todos.

—Poco probable —responde Enzo, y hay algo claro: el subjefe se tomó muy en serio la misión de cazar a todos los implicados en el secuestro de la matriarca Giulia Tomazini Zampieri, por mínima que hubiera sido su participación.

—Mierda —suelto, sin ocultar la preocupación.

—Ramón está seguro de que no son Los Cayos —continúa, y todo se pone aún peor.

—Eso nos deja varias opciones, considerando que esos hijos de puta se venden al mejor postor y están presentes en todos los continentes —señalo lo obvio, ya que la Guadaña de la Muerte es conocida mundialmente por ser implacable y no tener favoritos. No sigue ideologías ni lemas, tampoco se mete en asuntos políticos o religiosos. Es el viejo y confiable dinero. Pagas bien, ejecutan. Sin preguntas.

Así de simple.

—Vamos a seguir investigando por aquí y te mantendremos informado.

—Yo también voy a seguir hablando con algunos contactos.

—Necesitamos respuestas —exclama Matteo, serio, y es evidente lo furioso que está—. No hay otra opción. Revisen cada maldita piedra. Quiero a mi familia reunida, carajo. Esta mierda es inaceptable. Si alguien dejó

alguna información, por mínima que sea, atrás, tenemos que encontrarla y hacer que quien esté detrás de esto —silencio— sangre.

De eso se trata.

Sin piedad.

Desearán la muerte.

Todos ellos.



—¿Tan mal están las cosas?

—¿Eh?

—Estás raro desde que recibiste la llamada de mis hermanos —señala, girando el cuerpo hacia mí.

—Perdón.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo, Lucca?

Permanezco en silencio, sintiendo su mirada clavada en mí.

Era obvio que Chiara iba a notarlo; no fui a bañarme con ella.

Corté con ellos y empecé a hacer una llamada tras otra.

Irritado, furioso… necesitando una maldita respuesta.

Noté su mirada curiosa, pero de alguna forma la *bambina* entendió que no era un buen momento para hablar conmigo.

Después de una ducha fría, intentando calmarme, me uní a ella en la cama, pero la verdad es que mi mente estaba lejos.

Tengo que protegerla… no importa cómo, yo solo…

No puedo fallar.

La *bambina* es mi vida.

—¿Es tan obvio? —Hago una mueca.

—Tienes suerte de no depender de tu cara de póker en tu trabajo.

Acaricio su mejilla, sintiendo un nudo formarse en mi garganta.

Si supiera todo lo que significa para mí.

—¿Entonces? —insiste y no hay forma de escapar; paso los siguientes minutos poniéndola al día.

—Entonces, ¿alguien contrató a esa tal Guadaña para matarme?

—No sabemos eso —me apresuro, sin que me guste siquiera oírlo —. Todo indica que te quieren con vida, para…

—Chantajear a Matteo.

—Es una posibilidad.

—¿Quién crees que está detrás de esto? —pregunta, sin ocultar el nerviosismo.

—Es lo que estamos intentando descubrir. Por desgracia, son conocidos por trabajar para varias organizaciones.

—¿No tenemos ningún contacto allí?

—¿Con la Guadaña? —pregunto y ella asiente, confirmando—. No… nunca lo necesitamos. Evitamos mercenarios. No son confiables.

—Parece que estarás atrapado unos días más aquí conmigo, Lucca Salvatore —dice, apoyando la mano sobre mi pecho, y temo que pueda sentir mi corazón acelerado.

—Eso no es un problema, *bambina*.

—Yo tampoco me quejaré, aunque, si tardan en encontrar respuestas, pronto estaré caminando desnuda por la cabaña —bromea y no puedo contener la carcajada.

—Cómo eres. —Rozo mis labios con los suyos, suave, despacio—. Necesitamos hablar sobre la posibilidad de que algo salga mal —empiezo, sabiendo que ya es hora de tener esta conversación.

—No va a pasar —responde.

—Chiara…

—Me niego a creer en cualquier escenario que no sea —su mirada no se aparta de la mía— volver a casa. —Acaricia mi rostro y cierro los ojos, imaginando el caos que nos espera.

El que solo los Zampieri saben provocar.

—Aun así —insisto.

—Dios, qué testarudo eres. —Resopla, pero me guiña un ojo—. ¿Qué necesito saber, *consigliere*?

Maldita sea, incluso llamándome *consigliere* consigue excitarme.

Concéntrate, carajo.

Sonrío y aprovecho su atención.

Durante los siguientes minutos le explico todo: que nadie conoce este lugar, solo sus hermanos y unos pocos soldados de confianza. Detallo la ubicación de las armas de reserva, lo que debe hacer en una emergencia, todo, y aun así no logro estar en paz.

Tengo una presión en el pecho que no desaparece.

—¿Seguro que no lo olvidarás? —Arqueo la ceja y su mirada podría matar.

—¿Hablas en serio, Lucca?

—Es mucha información. —Le guiño un ojo y ella entrecierra la mirada.

—Hay armas de reserva bajo el fregadero de la cocina, debajo de los sillones, debajo del lavabo del baño… —empieza a enumerar.

—¿Y?

—En el baúl.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Eres paranoico, lo sabes —exclama, poniendo los ojos en blanco.

—Nunca se sabe cuándo vas a necesitar una.

—No voy a comentar eso. Siguiendo, si algo pasa… —empieza, pero se detiene, con los ojos fijos en mí—. Si… maldita sea. —Hace una mueca, y sé que está emocionada—. Si alguien nos ataca aquí y tenemos que separarnos —insiste, mordiendo sus labios— hay un refugio, en una cueva a unos tres kilómetros al este.

—Eso. No pienses, no mires atrás. Solo corre lo más rápido que puedas.

—Lucca… —susurra mi nombre, con la voz quebrada.

—Repítelo conmigo —le pido, levantando su mentón.

—Correré lo más rápido que pueda —balbucea.

Asiento, secando una lágrima que corre por su mejilla.

—Hay provisiones, un teléfono satelital y más armas; llama a tu hermano y dispara a cualquier hijo de puta que entre, que no sea Matteo o Enzo.

—¿Y si eres tú?

—Créeme, *bambina*, si estás allí sola, es porque… —Me detengo, buscando una forma delicada de decirlo.

Nunca tuve miedo de morir, carajo; muchas veces incluso pensé que eso haría feliz a mi padre, pero ahora sí lo tengo, porque, carajo, no quiero solo estos días con Chiara Zampieri, los quiero todos, quiero todo lo que la vida nos tenga preparado, maldición, quiero envejecer con ella refunfuñando en mi oído, y pensar en eso me hace un nudo en la garganta y me cuesta terminar la frase.

—¡Ni se te ocurra decir eso! —Apoya el dedo índice sobre mis labios —. No lo acepto, ¿me oyes? —Más lágrimas recorren su rostro y, maldita sea, quisiera decir que todo va a estar bien, pero…

Rozo mis labios con los suyos y no lo digo.

No quiero decirlo.

La posibilidad puede existir, pero aquí, ahora… todo lo que quiero es acostarme teniendo entre mis brazos a quien me hizo replantearme todo lo que alguna vez creí correcto, a quien me hace sentir digno, soñar y creer en un futuro nuestro… Chiara Zampieri.

CAPÍTULO 25 - CHIARA

Clara



Try – Colbie Caillat
Not Gonna die - Skillet

Dormir fue una misión casi imposible.

Toda la conversación con Lucca me había removido demasiado, y cuando finalmente el sueño logró vencerme, tuve pesadillas terribles.

Eso es todo… y me niego a pensar más en ello. Si Dios quiere, pronto tendremos buenas noticias; tengo que creer en eso.

Hablé con las chicas hoy y en casa todo está bien, dentro de lo posible, ¿no? *Mamma* está preocupada y angustiada; no lo admite, siempre se muestra dura, pero la conozco demasiado bien. Apareció unos segundos en la videollamada y, aunque la tranquilicé, vi su mirada.

—¿Estás bien de verdad? —pregunta Giu, mirándome con preocupación después de que doña Eleonora deja la habitación.

—Sí —refuerzo—. Me he mantenido ocupada leyendo. —Levanto el libro de suspenso que ha sido mi compañía estos últimos días y que ya casi termino.

—¿Leyendo, eh? —exclama Isa y pongo los ojos en blanco, aunque claro que me sonrojo—. ¿Cómo están las cosas entre ustedes?

—Bien —respiro, intentando sonar indiferente, pero sin éxito.

—No lo puedo creer, por fin. Al menos, una buena noticia —celebra.

—No dije nada, loca.

—No hace falta, esa sonrisita… no pareces alguien que está atrapada en medio del bosque, sin ropa, sin maquillaje y con un pésimo internet.

—Pero tiene al *consigliere*. —Giulia no puede evitar burlarse.

—Y qué *consigliere*, ¿verdad? —Isa me guiña un ojo.

—Yo… —tartamudeo, entregándome aún más, sin decir una sola palabra.

—Estoy tan feliz por ti… por ustedes.

—Nos estamos entendiendo —admito y las dos aplauden, sin poder contener la emoción.

—¡Lo sabía! Sabía que todas esas indirectas escondían algo más —exclama Giulia, haciendo un corazón con las manos.

—Yo también —agrega Isa.

—Hablen más bajo, locas. Que no las escuchen Matteo y Enzo.

—Sabes que tendrán que ser informados, ¿no? —comenta Giu, como si hablara del clima y no de mis hermanos.

—Eso será después de que toda este lío pase. Aún no sé cómo será —admito, haciendo una mueca.

—¿Cómo es eso?

—¿Y si Lucca se aleja? —susurro, ya que él está en el piso de abajo, resolviendo asuntos de la Sacra desde temprano.

—¿Tú te escuchas? Está loco por ti, mujer.

—Dime que descubriste algo buscando en internet —le digo a Isa, cambiando a un tema seguro, aunque sé que si no ha dicho nada, es porque no hay buenas noticias.

—Estamos investigando, hay bots buscando palabras clave en la dark web mientras hablamos, pero…

—Lo sé —resoplo—. Sé que todos están tratando de averiguar, es solo que…

—Quieres volver a casa. —Giu parece haber leído mis pensamientos.

—Sí —reconozco, sintiendo el pecho apretado, aún más después de la conversación de ayer; maldita sea, quiero que todo esto quede atrás y que estemos en la mansión, Lucca a mi lado, sus bromas infames, su manera única de volverme loca, yo riéndome de él y para él—. Tengo que irme —digo, necesitando colgar antes de llorar como una mantequilla derretida.

—Todo saldrá bien, Chi.

Asiento, incapaz de hablar, y veo que las dos también están emocionadas.

Les mando un beso y, cuando termina la llamada, me tiro en la cama, dejando escapar algunas lágrimas.

—¿Qué pasó? —pregunta Lucca, acercándose sin ocultar su preocupación—. ¿Pasa algo en Siena?

Me apresuro a secar las lágrimas, sentándome en la cama y forzando una sonrisa.

—Está todo bien, es solo que… —hago una pausa, respirando hondo—… hablé con *mamma*, con las chicas, y…

—Las extrañas.

—Soy patética, lo sé.

—Iba a decir, afortunada y hermosa. Afortunada por tener una familia tan unida y maravillosa, que con solo unos días lejos sientes ese apretón en el pecho y la necesidad de volver al caos y la confusión que solo ellos pueden causar.

Me muerdo mis labios, que insisten en temblar, porque él dio la definición perfecta.

—Es como me siento con ustedes, como siempre me he sentido. Ustedes siempre han sido mi familia.

Oh, mierda.

—Sí —digo, sin importarme el llanto, y soy inmediatamente abrazada por Lucca.

—Pronto estaremos allí, *bambina* —susurra contra mi cabello, y agarro con fuerza su camiseta, inhalando su aroma, calmando mi corazón al escuchar sus latidos.

Casa, amor… felicidad.

—Pronto estaremos —repito, pidiendo que el universo conspire a nuestro favor y que esto deje de ser solo una frase al

viento para convertirse en realidad.



—¿Qué quieres decir con senderismo?

—Ya sabes, caminar por el bosque. —Me guiña un ojo.

—¡Sé lo que significa! —Le doy un golpe ligero en el hombro y él sonríe.

—¿Recuerdas que te dije que hay una cascada?

—¿Vamos a ir? —No disimulo la emoción.

—Si dejas de hacer preguntas, sí.

—Si voy a tener que ponerme esos jeans usados, necesito más información.

—¿Aún no estás lista? —Lucca arquea la ceja y subo apresurada al cuarto.

Cinco minutos después, estoy debidamente vestida.

Unos jeans ligeramente gastados, la blusita que llevaba cuando salimos del hotel hace unos días y mis zapatillas. Por suerte, el corte en mi pie está mucho mejor y creo que no será un problema caminar un poco.

No me estaré quejando.

De ninguna manera.

Recojo mi cabello en una coleta alta y bajo con cuidado las escaleras de madera, solo para encontrar a Lucca organizando algunos víveres en una bolsa.

—¿Un picnic?

—Ojalá, solo estoy asegurándome de que tengamos algo para beber y picar. Te pones insoportable con hambre, *bambina*.

—Eh —resoplo, pero no puedo aguantarme. Tiene razón—. Pon un poco más de este salame. —Le guiño un ojo y él intenta controlarse, pero termina estallando en una risa contagiosa.

Intento mantenerme seria, fingir indignación, pero al final me uno a él.

—Vamos, Chiara —dice, tirándome hacia él cuando logra detener la risa, rozando sus labios suavemente con los míos—. Vamos a olvidar un poco los problemas, ¿qué dices?

—No podría estar más de acuerdo, *consigliere*.

Juntos caminamos entre la vegetación, siguiendo un pequeño sendero marcado entre los árboles.

—¿Pasan muchas personas por aquí?

—No. A diferencia de otros senderos, este está completamente dentro de mi propiedad. —Me guiña un ojo.

—Pensé que era solo ese pedazo de tierra cerca de la cabaña —admito, sin disimular la sorpresa.

—Son varias hectáreas de área preservada y me aseguro de que permanezcan así —explica, y es evidente cuánto le importa. Preservar, proteger, es su naturaleza.

—Muchos en tu lugar solo se preocuparían por destruir y construir más y más —digo, y veo que su mirada está fija en mí—. Eres un buen hombre —exclamo, y noto que no esperaba escuchar eso.

—Tengo planes de ampliar un poco la cabaña, pero…

—Hum, eso sería interesante, ¿eh? Ya me imagino unos días festivos en familia, vencerte en los juegos, *mamma* cocinando, aunque querrá una cocina un poco más grande, ya sabes.

Lucca sonríe ampliamente y es tan fácil soñar con cosas así.

—Lo tendré en cuenta, *bambina*. —Me guiña un ojo.

Caminamos unos minutos más y todo a nuestro alrededor es tan hermoso que ni parece que llevamos más de treinta minutos andando.

—Llegamos.

—¿Cómo? —Miro a mi alrededor sin entender nada.

—Unos pasos más, vamos… —Hace un gesto, y muerdo mis labios con expectativa, haciendo exactamente lo que dijo, solo para sorprenderme.

—¡Mierda! —exclamo, sin saber ni dónde mirar.

Frente a mí, la forestación parece abrirse, revelando un pequeño paraíso.

Varias piedras rodean un lago de aguas cristalinas; no logro distinguir si es verde o azul. Desde lo alto, a través de un enorme muro de rocas, caen varias cascadas. Para completar el escenario,

los rayos de sol atraviesan la copa de los árboles, regalándonos un arcoíris.

Es impresionante.

—Es… hermoso —suspiro después de unos segundos, y de inmediato siento la presencia de Lucca detrás de mí, su respiración en mi cuello mientras sus manos fuertes rodean mi cintura.

—No tanto como tú.

Cierro los ojos, sonriendo como una tonta al sentir sus labios rozar mi piel.

—Gracias —digo, girándome para mirarlo, entrelazando mis brazos en su cuello.

—Sé que no debe ser fácil estar encerrada todo el día en la cabaña.

—Podría ser peor… —Le guiño un ojo, y él sonríe ampliamente, acelerando mi corazón.

Ah, Lucca, si supieras la mitad de lo que me haces sentir.

¡Díselo!

—Desde aquí puedo ver las ideas dando vueltas en tu cabecita, *bambina*.

Hago una mueca, sin valor de tocar ese tema.

—Como dijiste que nadie viene aquí, imagino que… —Me alejo unos pasos, teniendo su mirada sobre mí, y me quito la blusa por la cabeza.

—Chiara…

—Vamos, *consigliere*. Hace calor —le guiño un ojo— y siempre quise nadar desnuda. —Hago énfasis en la última palabra mientras me deshago del sostén, dejando el pedazo de tela sobre una roca, sintiendo su mirada arder sobre mí.

Lucca no dice nada.

Maldita sea, el hombre no aparta la vista de mi cuerpo, siguiendo cada movimiento, encendiéndome, haciéndome arder, sin siquiera tocarme.

Sin romper el contacto, deslizo los jeans y la ropa interior por mis piernas, y en segundos estoy completamente desnuda.

—Carajo… —su voz sale ronca, y sonrío.

—¿Es profundo? —pregunto.

—Sí, pero… —No termino de escuchar cuando salto, dejando que el agua fría reciba mi cuerpo, emergiendo con una sonrisa.

—Debería dejarte tu trasero rojo por no esperarme.

—¡Vamos, Lucca! ¡Para hoy! —bromeo, divertida al ver al *consigliere* quitarse la ropa en tiempo récord y saltar, salpicando agua por todos lados, solo para emerger frente a mí y atraparme de inmediato entre sus brazos.

—Carajo, qué agua tan deliciosa.

—Está linda, ¿no? —Le guiño un ojo.

—Mejor aún ahora —susurra, y ni tengo tiempo de responder; sus labios están sobre los míos, exigentes, su lengua buscando paso, y yo más que feliz se lo doy, enredando mis piernas en su cintura, disfrutando la sensación de mis tetas rozando su pecho, su miembro rozando mi trasero.

Dios, me he vuelto una descarada, porque solo puedo pensar en más y más de Lucca.

El maldito sabe cómo excitarme, eso es un hecho, mientras nos conduce hacia una parte más baja, enredando su mano en mi cabello, mientras muerde mi mentón y todo mi cuerpo se eriza, queriendo más… siempre más.

—Ya me has puesto duro —susurra en mi oído.

—Eso es bueno, no soporto las cosas blandas —bromeo, frotándome contra él, que sí, está completamente duro.

—Maldita sea, *bambina*. —Muerde mi cuello y me estremezco al sentir sus dedos descender entre nosotros—. Mierda, Chiara —gruñe al notar cómo estoy—. ¿Qué voy a hacer contigo, bella?

—Hum, creo que tengo algunas opciones, pero para que no pienses que solo quiero aprovecharme… —digo, captando su atención—, ¿qué tal si solo nos relajamos y disfrutamos de esto? —Miro a nuestro alrededor, alejándome un poco para resistir la tentación.

—Me gusta disfrutar de esto contigo… preferiblemente en mis brazos. —Se acerca y ni intento escapar.

No tiene sentido.

No cuando es ahí donde quiero estar.

—Lo estás haciendo de nuevo —dice, levantando mi mentón, y mi mirada se encuentra con la suya.

—¿Qué?

—Pensando demasiado.

—Perdón —hago una mueca—, creo que tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Qué? Di lo primero que se te ocurra.

—Eres muy… deseable. —Le guiño un ojo.

Lucca sonríe, pero sigue esperando una respuesta seria.

—Buen intento, vamos…

Hago una mueca.

—Realmente estaba pensando en eso. —Hago un puchero, pero respiro hondo; lo conozco lo suficiente para saber que no se rendirá.

—Solo pensando que…

Maldición.

Arqueo la ceja, acercándome más a él, y quiero gritar que es difícil pensar así.

—Ok, ok, solo pensando que sé que estamos aquí por el ataque en la estación, toda esta cuestión, pero…

—Pero…

—También tengo miedo de cómo será cuando volvamos —suelto, mirando a todas partes menos en su dirección, lo cual es inútil, lo sé.

—¿Tienes miedo? —Levanta mi mentón, obligándome a mirarlo a sus ojos verdes.

¿Qué dije?

Es imposible escapar de Lucca.

Respiro hondo.

—De que te alejes —reconozco, mordiendo mis labios con tanta fuerza que podría sangrar.

Lucca guarda silencio unos segundos, solo mirándome, y cuando estoy a punto de gritar, pidiendo que diga algo, cualquier cosa, acaricia mi mejilla con el pulgar y, sin apartar la vista de la mía, dice:

—Solo la muerte sería capaz de hacer que me aleje de ti, *bambina*.

—Oh… —se escapa de mi boca.

Esperaba escuchar un "claro que no", "no me alejaré", muchas variantes de ese tipo, pero no esto.

Mi corazón se dispara y parece que va a salirse del pecho.

—Ya he perdido demasiado tiempo —continúa, y no sé ni qué decir.

—¿Juras que estás dispuesto a hablar con Matteo? —sale de mi boca, sin filtro, y de inmediato me arrepiento.

—Estoy preocupado —responde serio, y quiero gritar que no hay motivos, pero lo dejo continuar—. Mentiría si dijera que no.

—Lucca… —empiezo, pero él coloca el dedo índice sobre mis labios.

—Pero lo que siento por ti me da todo el valor que necesito.

Siento mis ojos llenarse de lágrimas y respiro profundo.

No llores.

No…

—Lucharía, yo… moriría por ti, Chiara Zampieri.

—Nada de morir —susurro con la voz entrecortada—. Ni siquiera me casé y no quiero quedarme viuda. —Sonrío—. Además, mis hermanos… —Lucca me mira expectante; es terrible ver cuánto duda de sí mismo—. Ellos te adoran. —Acaricio su rostro—. Todos estarán felices por nosotros.

—Eso espero, porque… —Esta vez soy yo quien lo interrumpe:

—Estoy segura —hago énfasis en cada palabra—. Ahora, ¿qué tal si me besas, *consigliere*? —pregunto, rozando mis labios con los suyos, invitándolo a olvidar todo excepto nosotros.

—Me parece una idea infernalmente buena, *bambina* —responde, agarrando mi trasero y acercándome a su erección, haciéndome sentir cuán duro está antes de tomar mis labios en un beso que es todo menos suave.

Es intenso, lleno de necesidad, lleno de palabras aún no dichas pero que están ahí.

Te amo tanto, Lucca, es la frase que retumba en mi mente, es la frase que quiero decirle, pero me callo, entregándome en cuerpo y alma a este beso, queriendo que sienta y entienda cuánto significa para mí.

—Te necesito, *bambina* —susurra contra mis labios, llevándonos a una de las rocas al borde del lago.

—Me tienes —digo, sin apartar la vista de la suya.

Lucca se sienta, llevándome con él, y sin decir nada comienza a recorrer con la lengua el pezón de mi pecho.

—Hum… —gimo, moviéndome en su regazo, frotando mi intimidad contra su miembro.

—Eres tan hermosa, mía… toda mía —exclama, agarrando mi nuca, mordiendo mi pezón antes de tomarlo en su boca, chupando con placer.

Echo la cabeza hacia atrás, deleitándome con las sensaciones que recorren mi cuerpo, necesitando más a cada segundo, necesitando de él.

—¿Te gusta, bella?

—Aham… —Respiro agitada.

—¿Y así? —pregunta, llevando una mano entre nosotros, presionando mi clítoris mientras sigo frotándome contra su miembro.

—Mejor… —Casi me atraganto y el maldito ríe.

—Maldita sea, mi miembro parece a punto de explotar —gruñe, agarrando mi cabello, tirando de mi cabeza, mordiendo mi mentón mientras sus dedos siguen provocándome.

—Te quiero dentro de mí —susurro, y él intensifica la presión de sus dedos contra mi clítoris hinchado.

—Trae ese delicioso coño a mi cara —ordena y gimo con expectativa.

—Lucca…

—¡Ahora, *bambina*!

Obedezco, levantándome y acercando mi cuerpo a su rostro.

—Así… —Agarra mi trasero, acercándome hacia su lengua, lista para recibirme—. Siéntate en mi boca, que voy a lamerte toda, diablos —gruñe, con voz cargada de urgencia.

—Lucca… —gimo, sintiendo su lengua deslizarse por mis pliegues, lenta, provocadora, tomando todo lo que tengo para darle.

—Carajo, qué coño tan dulce —gruñe, intensificando las lamidas.

No puedo responder, solo me muevo sobre su rostro, y él asegura sus manos, manteniéndome firme, alternando su lengua dentro de mí.

No puedo contener mis gemidos; con cada movimiento me siento más cerca del orgasmo.

—Lucca… —imploro, necesitando más, solo un poco más, y el *consigliere* sabe exactamente qué hacer para volverme loca, mete dos dedos dentro de mí, en un vaivén alucinante, mientras toma mi clítoris en la boca, succionando fuerte al ritmo de sus dedos entrando y saliendo de mí.

—Ohhh… —Mis piernas tiemblan.

Ya no tengo control de mi cuerpo.

Agarro su cabello, atrayéndolo hacia mí, sentándome sobre su rostro como él exigió.

—Goza, *bambina*, goza que beberé hasta la última gota —gruñe, tirando de mi clítoris ligeramente solo para volver a succionar.

—Ahhhh —grito, temblando, dejándome arrastrar por el orgasmo mientras Lucca sigue deslizando su lengua por mis pliegues, tomando todo, lamiendo mis jugos, tal como dijo que haría.

Sigo jadeante y débil cuando él me atrae hacia su regazo.

—Te necesito, Luc… —exclamo, sin apartar la mirada de la suya, y él acerca mi nuca, rozando mis labios con los suyos, haciendo que sienta mi sabor en su boca.

—Toma lo que es tuyo, amore mio —dice, sujetando su miembro con una mano y frotándolo contra mis pliegues de abajo hacia arriba—. Toma mi miembro —dice con evidente dificultad, presionando la cabeza hinchada en mi entrada y no pierdo tiempo, dejo que mi cuerpo ceda, engullendo todo su tamaño—. Carajo, *bambina* —gime contra mi boca y sonrío, sintiéndome al borde de estallar.

Completa, llena.

—Luc… —Respiro agitadamente, moviéndome sobre su regazo mientras su miembro parece tocar cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Cielos.

Comienza a chupar mis tetas con hambre, sin suavidad; muerde mis pezones solo para volver a succionar con fuerza, haciéndome gemir palabras inconexas y suplicar por más mientras subo y bajo sobre él.

—Qué coño tan delicioso —exclama, mirando donde nuestros cuerpos se unen; sigo su mirada solo para ver su gruesa polla desaparecer dentro de mí, y el placer crece aún más ante esa visión —. Eso, toma todo, glotona.

—Lucca… —Afirmo mis manos sobre sus hombros y aumento la velocidad de mis movimientos, rebotando sobre su miembro, mientras todo a nuestro alrededor parece desaparecer.

Solo existen nuestros gemidos, jadeos y el sonido de nuestros cuerpos chocando mientras cabalgo hacia el clímax.

Siento sus dedos apretando mi trasero y veo cómo aprieta los dientes.

—Tu coño me está estrangulando, *bambina*. —Cierra los ojos y todo en mí vibra al verlo tan afectado como yo.

—Yo… —comienzo a hablar, pero ni siquiera puedo terminar la frase. Exploto en un orgasmo devastador que hace que todo mi cuerpo se contraiga y solo me entrego, gritando su nombre.

—Ah, carajo. —Lucca ruge, echando la cabeza hacia atrás mientras eyacula dentro de mí.

—Eso fue… —Trato de formar una frase, pero no puedo, solo dejo que mi cuerpo se relaje sobre el suyo, disfrutando de sentir su corazón latir tan rápido como el mío.

—Tú —comienza, mirándome intensamente— eres mi locura —estrecho la mirada, pero él sigue serio— y mi cordura. Es todo lo que quiero. —Besa mi frente, mi mejilla, mi boca y, sin decir nada más, me abraza fuerte, enredando sus manos en mi cabello y, aunque tengo mucho que decir, solo me callo ante el enorme nudo que siento en la garganta.

No hubo un te amo, pero aún así, hay tanto allí…

Simplemente lo sé.

Y en mi mente solo hay un objetivo claro por el cual pasaré todos los días de mi vida luchando para alcanzarlo: asegurarme de que no quede la menor duda en su obstinado corazón y mente, que Lucca Salvatore entienda cuánto es amado, querido y que mi corazón es completamente suyo.

Lo amo.

Una brisa fría hace que todo mi cuerpo se erice.

—Creo que es mejor que nos vayamos. —Roza sus labios en los míos, apartando algunos mechones pegados a mi rostro—. Parece que se acerca una tormenta. —Miro al cielo, y donde antes solo había nubes azules, ahora hay muchas grises.

—Qué pena, podría quedarme aquí horas —le guiño un ojo —, nadando, claro. —Hago énfasis en la última palabra mientras me muevo sobre su regazo.

—Claro. —Arquea la ceja, divertido.

Me levanto y de inmediato siento su ausencia.

Cálmate, Chiara.

Camino rápido hacia donde dejé mi ropa y me visto en silencio, intentando calmar mi corazón.

—¿Todo bien? —Su voz preocupada suena justo detrás de mí y fuerzo una sonrisa.

—Sí, solo quiero regresar rápido a la cabaña antes de que llueva —miento, aunque en realidad quisiera decir "todo está perfecto, solo asustada por cuánto significas para mí".

El viento aumenta a nuestro alrededor y las copas de los árboles se mueven con fuerza. A lo lejos, el sonido inconfundible de un trueno retumba, y el pánico comienza a invadirme, ya que tengo verdadero miedo a los rayos desde pequeña, cuando vi uno caer sobre un pino en el jardín de la mansión. El ruido fue tan aterrador que nunca volví a sentirme tranquila en situaciones así.

—¡Oh, Dios! —exclamo, sin ocultar mi angustia.

—Está todo bien. —Lucca sostiene mi rostro, haciendo que lo mire—. Inhala y exhala despacio.

No te asustes.

La lluvia aún está lejos.

Comenzamos a caminar, dejando atrás la cascada y adentrándonos en el bosque.

Con cada paso, el viento se levanta y el sonido de los truenos parece acercarse más.

—Ya casi llegamos —me tranquiliza, apretando mi mano, recordándome que está conmigo; con cada paso levanto la vista y encuentro la suya, cuando las primeras gotas comienzan a caer.

En minutos, la lluvia es tan fuerte que quedamos completamente empapados, pero no me importa; a lo lejos ya distingo el contorno del techo de la cabaña y un alivio me invade, aunque dura poco.

El celular de Lucca comienza a sonar y por su mirada sé que no son buenas noticias.

—¿Qué pasa? —pregunto, viendo cómo su expresión se endurece, pero él no responde, solo acelera el paso, prácticamente arrastrándome hacia la cabaña.

—Lucca…

—No hay tiempo.

¡Pero qué diablos!

—¿Cómo que no hay tiempo?

Estamos a pocos metros cuando el *consigliere* me toma en brazos y corre hacia la cabaña, ignorando la lluvia y el barro resbaladizo bajo sus pies.

Al entrar, me coloca en el suelo de madera y abre uno de los cajones, buscando algo, para luego aparecer con una pistola en la mano.

—Aquí tienes. —Me entrega el arma y me quedo sin reacción, mirando de la pistola a él, que se dirige a las sillas, retirando la alfombra del suelo.

—Lucca, me estás asustando. ¿Qué sucede? —grito, y solo entonces su mirada encuentra la mía.

Está a punto de decir algo cuando el sonido inconfundible de motores se escucha a lo lejos, y la comprensión me invade.

Oh, Dios…

—Por favor, dime que son turistas —suspiro, aunque sé la respuesta.

—Estamos lejos de las principales rutas, en propiedad privada. Quien se acerca, viene por nosotros, y créeme, no son tus hermanos —exclama, directo y firme, levantando una parte del piso de madera que da al suelo bajo la cabaña.

Es oscuro, sucio y estrecho, pero tendrá que servir para escondernos.

—*Bambina*… —Hace un gesto y sé lo que tengo que hacer.

Le entrego la pistola y, sin pensar en los bichos o insectos que puedan habitar ese lugar, me muevo, arrastrándome bajo la construcción, sintiendo mis rodillas hundirse en el barro frío.

Es cuestión de vida o muerte y todo en mí grita por vivir.

Miro hacia la puerta de madera, intentando calmar los latidos de mi corazón conforme los sonidos de motores y voces se hacen más fuertes.

Lucca me extiende la pistola y cuando creo que se unirá a mí, veo la verdad en sus ojos.

—No hagas eso —imploro.

—Es necesario —responde sin apartar la vista de la mía, y quiero gritar que no, que debe haber otra solución.

—Lucca, no me dejes. —Mi voz tiembla y siento mis ojos llenarse de lágrimas—, podemos escondernos aquí y…

—Yo los distraeré. Quédate en silencio —continúa y asiento negativamente—. Chiara —grita mi nombre y muerdo mis labios, temblando de miedo y nervios—. No importa lo que escuches, no hagas ningún ruido, no te muevas.

Las lágrimas comienzan a deslizarse por mis mejillas.

—Todo lo que más quisiera sería ir contigo, *bambina*.

—Entonces ven…

—Pero si hay algo por lo que moriría feliz —su voz tiembla—, sería por ti, Chiara Zampieri.

No.

Esto no puede suceder.

—Luc…

—Espera a que se vayan y luego ve al escondite. Recuerda, no pienses, no mires atrás. Solo corre lo más rápido que puedas. Matteo vendrá por ti.

—Y tú…

—Estaré bien. —Sonríe tristemente—. Saber que fui tu elección me hizo el hombre más feliz del mundo —dice mientras cierra la puerta de madera y la oscuridad nos envuelve.

No, no, no…

No así.

Estoy a punto de golpear la madera cuando escucho pasos muy cerca.

Han llegado.

Me tapo la boca con las manos, temiendo que escuchen los sollozos que sacuden mi cuerpo, y, en pánico, los sigo mientras avanzan hacia la cabaña.

La madera de la escalera cruje bajo su peso y no tarda en escucharse la puerta abrirse de golpe.

Lucca…



CAPÍTULO 26 - LUCCA

Lucca

For whom the bell tolls – Metallica
Not Gonna Die - Skillet

Dejo que la puerta de madera caiga, intentando no pensar en los ojos azules de Chiara mirándome con tanto miedo… por mí.

No mentí.

Estoy listo para morir por ella, pero eso no significa que vaya a facilitarle la vida a esos hijos de puta.

Intentar un enfrentamiento armado aquí sería una locura.

Estoy en desventaja numérica; puedo derribar a los primeros que entren, pero después es seguro que recibiré un balazo en la cabeza, y mi objetivo es sobrevivir.

Lo suficiente para asegurar que entiendan que ella no está aquí, para garantizar que logre escapar, sin importar lo que me suceda a mí.

Me alejo de las sillas, asegurándome de que la alfombra cubra la puerta que lleva a la parte inferior de la cabaña, y camino hacia la cocina con las manos cuidadosamente colocadas a los lados del cuerpo.

No pasa mucho tiempo antes de que la puerta se abra de una patada, y aunque mis dedos arden por alcanzar la pistola en la cintura, me contengo.

Debo ganar tiempo y obtener información.

—¡De rodillas, hijo de puta! —grita uno de los hombres acercándose con el arma levantada, y yo levanto las manos con una sonrisa.

—¡Buenas tardes! Si no llevaran máscaras, podría saludarlos adecuadamente —bromeo, y el primer golpe llega fuerte, girando mi rostro y llenando mi boca con el sabor metálico de la sangre—. Pero como son unos cobardes de mierda, eso no va a pasar —continúo, escupiendo al suelo, ignorando el dolor.

—¡Te dije: de rodillas! —Otro puñetazo me recuerda que hasta el final de la noche estaré coleccionando moretones.

¡Al diablo con esto!

Permanezco inmóvil, con la mirada desafiante, y solo cuando otro mercenario pisa con fuerza mi pierna, mis rodillas ceden, pero sigo con el mentón erguido.

—¿Dónde está la chica? —resuena una tercera voz, la misma que escuchamos en la gasolinera, y todos mis sentidos se ponen en alerta.

¿Quién eres tú, hijo de puta? ¿También eres miembro de la Guadaña de la Muerte? No tienes tatuajes visibles como los otros.

—Repetiré la pregunta y más te vale tener una respuesta, *consigliere*.

Así que sabe quién soy.

Interesante.

Permanezco en silencio y, con un movimiento de cabeza, los dos primeros se colocan a mi lado, atando mis muñecas con esposas y quitándome la pistola que llevo en la cintura.

—¿Algún otro arma? —pregunta, acercándose y pasando un cuchillo de una mano a otra en una amenaza velada.

Señalo hacia mi talón y no tarda en encontrar el cuchillo que llevo atado allí.

—Revisen cada rincón de este agujero, ella tiene que estar aquí.

Cierro los puños, pero intento parecer indiferente.

—No sé qué buscan, pero como pueden ver, estoy solo —digo, y el imbécil sonríe antes de darme un golpe directo en las costillas; el dolor irradia por mi pecho.

Hijo de puta.

—Ni rastro de ella —dice otro hombre que aparece desde afuera, y solo puedo imaginar cuántos desgraciados hay aquí.

Hasta ahora he contado cuatro, pero algo me dice que hay muchos más.

—Busquen afuera. La zorra pudo haber intentado escapar.

—¿De verdad crees que dejaría a la hermanita del *Don* afuera sola? Eres más tonto de lo que pensaba —respondo, y él se acerca apoyando el cuchillo contra mi cuello.

—¿Dónde está? —insiste, presionando la hoja contra mi piel y haciendo que un hilo de sangre comience a deslizarse.

—Eso depende… ¿qué hora es?

Él se ríe, alejando la hoja de mi cuello, solo para hundirla con fuerza en mi muslo.

—Hijo de puta… —gruño, forcejeando contra el agarre de sus hombres—. Nunca la atraparás; a esta hora debe estar bajo el cuidado de su hermano —miento, y a juzgar por la mirada que recibo, él se creyó esa estupidez.

—¿Debo matarlo? —pregunta uno de los que me sujetan y me preparo para la respuesta, pero no llega.

—Él viene con nosotros. Me divertiré cortando a este hijo de puta y enviando sus pedazos al *Don* Zampieri —dice el líder, dándome la espalda y caminando hacia la puerta.

—¿Qué quieres? —grito, ignorando el dolor y consciente de que si no detengo esta hemorragia pronto, perderé la conciencia.

Para mi sorpresa, se detiene, parece pensar unos segundos y vuelve hacia mí.

Se agacha frente a mí y se quita el pasamontañas.

De ninguna manera.

—Tú… —suspiro, sin poder creer lo que veo frente a mí.

—Me alegra que me recuerdes, ya que será lo último que veas —dice, y su voz real ahora suena sin el artificio que la había alterado, haciéndonos creer que era latino.

—¿Qué quieres con Chiara, enfermo hijo de puta?

—¿Qué más podría querer con la princesita de Sacra? —bromea, con una sonrisa sádica—. La quiero para mí, quiero

follármela hasta que la rubia puta implore que pare, pero no lo haré. Cuando me canse, se la daré a mis hombres; no pararé hasta destruirla, hasta que no quede nada de lo que alguna vez fue… y el puto *Don* Zampieri no podrá hacer nada, porque será mi mujer. NADA.

—Te mataré —grito.

—Ah, veo que al *consigliere* le interesa mucho la noviecita. ¿De verdad pensaste que podría ser tuya? —Aprieta mi rostro, y sin pensarlo muevo mi cabeza con fuerza hacia arriba, golpeando su nariz, solo para recibir una serie de patadas de sus mercenarios—. Esto va a ser aún más divertido de lo que planeé. Veamos cuánto está dispuesto a pagar tu *Don* para recibirte en un solo pedazo —escupe hacia mí y vuelve a colocarse la máscara de látex.

—Te arrepentirás —suspiro, deseando que Chiara haya visto la cara de este hijo de puta.

Él es el enemigo.

—Eso lo veremos, Lucca Salvatore, tu infierno comienza aquí y ahora —exclama sin mirarme siquiera—. Detengan la hemorragia, quiero al imbécil vivo cuando lleguemos a la costa.

No pienses, no mires atrás. Solo corre, bambina, es mi pensamiento justo antes de recibir un culatazo y que todo se vuelva oscuro.



CAPÍTULO 27 - CHIARA

Clara

Life after you – Daughtry
Try – Colbie Caillat

No respondas, Lucca, por favor, mantente con vida.

¡Por favor, Dios!

Mis manos tiemblan mientras veo a Lucca recibir golpes y, aun así, mantenerse con el mentón en alto, burlándose de estos imbéciles, seguramente intentando sacar la mayor cantidad de información antes de…

No.

Eso no va a pasar.

Él no va a morir.

No lo hará.

Por favor, Señor. Cierro los ojos, rezando, pidiendo que de alguna manera logremos escapar de esto.

No me lo quites.

—¿De verdad crees que dejaría a la hermanita del *Don* afuera sola? Eres más estúpido de lo que pensé. —Escucho su voz y me preparo para el sonido inconfundible de él siendo golpeado.

No llega.

Con cuidado, arrastro mi cuerpo unos centímetros, solo lo suficiente para tener una mejor visión de lo que sucede.

Los dos enmascarados continúan sujetando a Lucca por los brazos, inmovilizado, con el rostro hinchado y sangre corriendo por su nariz y labios, pero ahora, para mi desesperación, el tercero, aquel con acento latino, se acerca, tirándole del cabello mientras presiona un cuchillo contra su cuello.

Contengo la respiración, y el tiempo parece detenerse a mi alrededor.

—¿Dónde está ella? —insiste el hombre, y el pánico crece cuando veo sangre resbalar por la hoja.

—Eso depende… ¿Qué hora es?

Dios, Lucca, si sobrevives a esto, yo misma soy capaz de matarte.

El mercenario se ríe, alejándose, y sé que esto no saldrá barato, pero nada me preparó para verlo hundir el cuchillo en el muslo de Lucca.

Ahogo un grito, mis manos tiemblan, mientras las lágrimas recorren mi rostro.

Dios… lo van a matar.

Lucca grita algo, pero no puedo escuchar; toda mi atención está en el otro hombre, que apunta con el arma a su cabeza, esperando solo una orden.

Por favor.

—Él viene con nosotros. Me divertiré cortando a este hijo de puta y enviaré sus pedazos al *Don* Zampieri —dice el enmascarado al mando, caminando hacia la puerta, y por más aterradoras que sean sus palabras, solo puedo enfocarme en que nos da tiempo, lo que significa que Lucca tendrá una oportunidad, porque iremos tras él… vamos a traerlo de vuelta a casa.

No hay otra opción.

—¿Qué quieres? —grita Lucca, y hay tanta sangre en el suelo.

El arma en mi mano parece pesar una tonelada, pero sé que no tiene sentido intentarlo.

No puedo arruinarlo todo, no cuando Lucca está arriesgando su vida por mí.

Observo con pánico al líder detenerse cerca de la puerta y luego caminar hacia donde está Lucca.

Contengo la respiración, ya imaginando lo peor.

El monstruo se agacha frente a él y se quita la máscara, y si había alguna duda sobre sus intenciones, ahora no queda ninguna.

No revelaría su identidad si creyera que existe incluso una remota posibilidad de que Lucca salga vivo de esto.

Lucca susurra algo, pero no puedo comprenderlo; ni siquiera hace falta, no cuando veo la sorpresa inundar su mirada.

¿Quién eres, maldito?

Gira la cabeza, solo un poco.

Mierda.

—Me alegra que me recuerdes, ya que será lo último que veas.

Esa voz… ya la he escuchado antes.

Piensa, Chiara, piensa.

Me arrastro unos centímetros más, ignorando las piedras que cortan mis brazos.

Solo un poco más.

El sonido de pasos afuera, muy cerca de donde estoy, me hace congelarme en el lugar. Cierro los ojos, tratando de calmar mi corazón, temiendo que escuchen cualquier movimiento.

—La zorra no está aquí. No sé por qué no le mete una bala en la cabeza al imbécil para que podamos largarnos de aquí. Llueve a cántaros, maldita sea.

—Cierra la boca y obedece, o la bala será para ti.

—Solo digo, mierda.

Siento algo moviéndose en mi brazo y abro los ojos solo para encontrar un ciempiés enorme arrastrándose ahí.

Muerdo mis labios con fuerza, conteniendo la necesidad de gritar y espantar al bicho asqueroso, pero aun así hago ruido al rozar mi cuerpo contra una rama.

—¿Oíste eso?

Que no me encuentren, que no me encuentren.

—¿Si oí qué? Debe ser algún animal en el bosque.

Silencio.

Aprieto más fuerte las manos contra mi boca, el corazón a punto de salirse, y agradezco al universo cuando el hombre vuelve a hablar.

—Vayan a buscar los autos. Tenemos un largo camino hasta el desguace.

Gracias, Señor.

Observo a los dos alejarse y vuelvo a arrastrarme, tratando de ignorar los sonidos de alguien siendo golpeado.

Lucca.

Solo unos centímetros me separan de ver la cara de quien está detrás de todo este infierno, y se arrepentirá de haberse metido con la *famiglia*.

—Esto va a ser aún más divertido de lo que planeé. Veamos cuánto está dispuesto a pagar tu *Don* para recibirte en un solo pedazo —*exclama* el hijo de puta, y comienza a ponerse la máscara de nuevo, pero no antes de que tenga una visión perfecta de su rostro y de la sonrisa enfermiza que lo cubre.

Siento que mi estómago se revuelve ante las implicaciones de este descubrimiento.

Ahora el enemigo tiene un rostro y, conociendo a mi hermano, eso significa una cosa: guerra.



Corro.

Corro como si no hubiera un mañana.

Ya perdí la cuenta de cuántas veces me resbalé en la vegetación húmeda por la lluvia, pero sigo adelante, ignorando todo a mi alrededor.

Ignoro el dolor en mi cuerpo, las ramas golpeando mi rostro y cortando mi piel, ignoro todo excepto llegar al escondite y contactar a mi hermano.

Dios, por favor, protégelo.

Han pasado poco más de cinco minutos desde que sacaron a Lucca de la cabaña y lo arrojaron al maletero.

Vi todo sin poder hacer nada y eso me destrozó.

Inconsciente, *no muerto.*

¡No muerto!

Repito eso en mi mente mientras acelero aún más mis pasos.

Necesito salvarlo.

Yo… lo necesito.

Distraída, tropiezo con una piedra y pierdo el equilibrio, rodando unos diez metros. Mi espalda golpea una roca y el dolor irradia por mi cuerpo, pero me obligo a levantarme y continuar.

—Solo unos kilómetros más.

No pienses, no mires atrás. Solo corre, bambina.

Su frase resuena en mi cabeza y hago exactamente eso: corro en busca de ayuda, esperando que no sea demasiado tarde.

Mantente vivo, consigliere, porque iremos hasta ti, aunque sea lo último que haga.

—Sólo puede ser aquí —jadeo al llegar a la entrada de una cueva.

La poca luz que queda no alcanza para iluminar el interior, donde solo hay oscuridad.

Respiro hondo, consciente de que no hay otra opción.

Con cuidado, tanteando la pared de piedra, doy los primeros pasos hacia lo desconocido.

Soy absorbida por la penumbra y me quedo inmóvil, dejando que mis ojos se acostumbren a la falta de luz. Después de unos segundos, logro distinguir los contornos de las paredes y comienzo a buscar algún posible escondite.

—Teléfono, teléfono… ¿dónde lo escondiste, Lucca? —susurro, tanteando y mirando a mi alrededor, sin encontrar nada.

Mi corazón se dispara y, por un instante, creo que el pánico me va a dominar, pero cierro los ojos y me obligo a respirar hondo.

No hay tiempo para eso. Lucca me necesita.

Eso significa que encontrar este aparato es cuestión de vida o muerte.

Respira y piensa…

Conociendo a Lucca, seguro lo guardó en un lugar de fácil acceso, lo que descarta adentrarme más en esta cueva.

Sí…

Paso la mano por las rocas, buscando cualquier hendidura, depresión, cualquier cosa, hasta que veo, a unos metros del otro lado, una especie de rendija en la pared.

Desde lejos parece un punto más oscuro, pero al acercarme, la distingo claramente.

Es pequeña, poco más de quince centímetros, pero sería el lugar perfecto para mantener algunos objetos fuera de la vista.

—Si tuviera una linterna, sería mucho más fácil —murmuro, preparándome para meter la mano en el agujero—. Que no haya ningún bicho, que no haya… —repito, con la tensión inundando cada parte de mi cuerpo.

Tanteo el vacío, hasta que siento algo frío en la punta de mis dedos.

—¡Oh, Dios! —Me estiro un poco más y quiero gritar de alegría al darme cuenta de que no es la pared de piedras ni algo repugnante; no, es un arma—. ¡Gracias, gracias!

Con cuidado, saco la pistola de la rendija, compruebo la seguridad y la coloco en el cinturón de mi pantalón, volviendo a meter la mano en el agujero, esta vez sin ocultar la emoción.

Segundos después, mi sonrisa es aún más grande.

Encontré el celular.

¡Lo encontré!

Mis manos tiemblan con el pequeño aparato en ellas.

Ignoro mis dedos temblorosos y marco el número que sé de memoria.

—Lucca… —La voz de Matteo suena grave, cargada de preocupación, y una mezcla de emociones me invade al escucharlo.

—Teo… —me obligo a hablar, cuando lo único que quiero es llorar de gratitud.

—*Sorellina*, ¿qué pasó? ¿Estás bien? ¿Dónde está Lucca?

Seco las lágrimas que recorren mi rostro. Es hora de luchar; el llanto quedará para después, y será de felicidad.

—Ellos… ellos se llevaron a Lucca —comienzo, sin perder tiempo.

—*Cazzo* —grita, y se escucha el sonido inconfundible de algo siendo golpeado—. ¿Dónde estás?

—En una cueva, a unos tres kilómetros de la cabaña. Vine aquí tan pronto como… —Hago una pausa, cerrando los ojos y apretando el teléfono con fuerza, mientras los recuerdos me invaden—. Hace unos veinte minutos, creo.

—Está bien, cálmate. Iremos hasta ti y te traeremos a casa.

—Tenemos que ayudarlo… —Mi voz se quiebra y carraspeo—. Lo golpearon tanto, Teo… —Una lágrima obstinada cae por mi rostro.

—Lo iremos a buscar, *sorellina*.

—Y mataremos a todos —exclamo, queriendo que cada palabra se cumpla.

—Mierda, sí.

—Matteo, voy con ustedes —informo.

—Chiara… —comienza, pero no lo dejo terminar.

—No se demoren, sé adónde debemos ir —digo, y cuelgo, consciente de que hay que ahorrar batería y de que no importa lo que mi hermano quiera decirme, nada me hará cambiar de opinión; iré con ellos a salvar a Lucca o no me llamo Chiara Zampieri.



La espera parece eterna, pero uso cada minuto para repasar los últimos acontecimientos en mi mente, todo lo que escuché y lo que vi escondida bajo el suelo de la cabaña.

El sonido de pasos me mantiene alerta.

Saco el arma y la desbloqueo, escondiéndome en uno de los rincones de la cueva, protegida por las sombras.

¿Cuáles son las probabilidades de que sea el enemigo?

Lo primero que noto son los haces de luz.

Linternas.

—Chiara… —La voz inconfundible de mi hermano mayor me hace relajarme y corro hacia ellos, ignorando las protestas de cada parte de mi cuerpo.

—¡Maldita sea, *sorellina*! —Sus manos sostienen mi rostro con cuidado y Matteo me examina de pies a cabeza. Hay tanto amor y preocupación que siento un nudo en la garganta.

—Estoy pésima, lo sé. —Hago una mueca, con la voz ligeramente entrecortada.

—Estás viva, maldita sea, viva. —Me besa la frente y me atrae hacia un abrazo fuerte.

Apenas tengo tiempo de recuperarme cuando soy absorbida por los brazos de Enzo, y me resulta difícil contener la emoción.

—Te tomaste tu tiempo —bromeo, secando las lágrimas que insisten en caer.

—Casi rompemos el helicóptero para llegar lo más rápido posible —responde Enzo, y no dudo que hayan hecho exactamente eso.

—Es bueno verlos, a todos ustedes —digo, mirando a cada uno de los soldados en un silencioso agradecimiento.

—¿Estás herida? —pregunta Matteo, apartando un mechón de mi rostro.

—No, solo algunos cortes y raspones.

—Rafaelle te acompañará hasta la mansión.

—¡No!

—Chiara… —Su tono es firme, pero no me importa. Camino hasta él y me detengo frente a su mirada.

—Tuve que ver cómo torturaban a Lucca —mi voz tiembla— mientras intentaban saber dónde estaba yo.

—*Sorellina…*

—Él no dijo nada. —Golpeo con el dedo su pecho. Ese no es *Don* de la Sacra, es mi hermano—. Lucca me protegió, luchó por mí… —Mi voz se quiebra, pero me obligo a continuar—: No me pidas que no haga lo mismo por él, porque lo haré; de una forma u otra, lo haré.

—Estarás segura en la mansión, nosotros iremos…

—¡Lo amo! —exclamo, y tanto Matteo como Enzo no dicen nada, ya lo sabían—. Debo ir —susurro.

—El helicóptero ya está listo para partir, *Don* —señala uno de los soldados, pero no me inmuto; sigo mirando a mi hermano, esperando su respuesta.

—¡Vamos! Denle ropa seca —grita órdenes, sin apartar la mirada de la mía—. *Mamma* me va a matar por esto, pero vienes con nosotros, *sorellina*. Ahora, cuéntame todo lo que sabes.

CAPÍTULO 28 - LUCCA

Lucca



For whom the bell tolls – Metallica
Not Gonna Die – Skillet
Here Without You – 3 Doors Down
Hero – Chad Kroeger feat Josey Scott

Despierto y me doy cuenta de que estoy en el maletero de un coche.

¿Dónde?

No tengo la menor idea, pero no me quejo.

Sigo vivo, aunque la sensación es la de que un camión me pasó por encima y luego dio marcha atrás unas cuantas veces.

Intento mover las manos, solo para descubrir que siguen atadas.

No serían tan estúpidos, ¿verdad? Pero un hombre puede soñar.

Cierro los ojos e intento calmar mi corazón.

Lo importante es que el plan funcionó. No encontraron a Chiara.

No sé qué hora es, pero espero que la *bambina* ya esté con sus hermanos, segura y protegida, de camino a Siena.

Eso es lo único que importa; lo demás, lo arreglo después.

No tengo esperanzas de salir de esto con vida, sé que Matteo no escatimará esfuerzos para encontrarme y, por ahora, mi única posibilidad es rezar para que Chiara haya logrado ver al hijo de puta.

Tommaso Del Vecchio.

¿Lo hubiéramos imaginado? Jamás.

Las piezas no encajan.

El viejo no sería tan estúpido como para intentar algo así, ¿o sí? ¿Qué pensó? ¿Que bastaría con secuestrarla y forzar un matrimonio? Ese imbécil realmente no sabe de lo que Matteo es capaz cuando se trata de la familia.

Algo me dice que hay más…

Y lo descubriré, aunque sea lo último que haga.

Solo espero no llevarme la verdad a la tumba.

El vehículo reduce la velocidad y respiro hondo, sabiendo que lo que me espera no es nada bueno.

Chiara está viva, eso es lo único que importa, repito en mi mente, consciente de que pase lo que pase, no fallé, la protegí… fui su elección.

Escucho pasos y sé que en segundos me sacarán del coche. Cierro los puños, con el corazón golpeando acelerado en el pecho.

A la mierda, para eso me preparé toda la vida.

Vivir y morir por la Sacra, por la *famiglia*.

—Vaya, vaya… está vivo —dice el imbécil, esbozando una sonrisa—. Por ahora. —Guiña un ojo antes de dar órdenes a su ejército privado.

—Tu papito no sabe lo que andas haciendo, ¿verdad? ¿Por eso contrató a la Guadaña? —digo, y veo cómo se tensa.

Interesante.

—Llévenlo al galpón y cuiden bien de mi invitado.

Estoy jodido, pero ni intento resistirme.

Durante los metros siguientes, me arrastran rodeado de pilas y pilas de coches chatarra.

Es un verdadero laberinto caótico.

Finalmente, nos detenemos frente a un galpón de madera que no sé cómo sigue en pie.

El suelo duro me recibe, haciendo que todo mi lado derecho palpite de dolor.

—Vaya, así es como cuidan a los invitados del niño rico de Civitavecchia. ¿Les falta servicio? ¿Aceptan cualquier cosa? —lo provoco, sabiendo lo que me espera.

El golpe llega rápido y certero.

Hijo de puta.

—Vas a descubrir cómo cuidamos a los invitados…

Y lo descubro.

Durante los siguientes treinta minutos, los dos se alternan usando mi rostro como saco de boxeo.

A cada golpe, levanto la cabeza y pregunto si eso es todo lo que tienen, irritándolos aún más.

A la mierda, es lo único que tengo y que ninguno puede arrancarme.

Mi espíritu.

Llega un momento en que los dos se cansan y entra un tercer mercenario al galpón.

La paliza continúa unos minutos más.

Apenas puedo abrir los ojos, y no necesito un espejo para saber que mi cabeza debe estar del tamaño de un balón de baloncesto.

Nada bonito, lo sé.

—Bueno, bueno…

El hijo de puta volvió para divertirse un poco más conmigo.

—Veo que se mantuvieron ocupados —dice, levantándome el mentón y observando mi rostro—. Apostaría a que la putita de los Zampieri ya no te querría si te viera ahora.

Con la poca fuerza que me queda, escupo en su cara.

Sangre y saliva lo golpean de lleno, pero ni se inmuta; tira de mi cabello, haciendo que mi cabeza se curve.

—Creo que te gustará saber que desistí de hacerte picadillo y enviar tus pedazos a los Zampieri.

No sé si animarme o preocuparme.

Se abre la puerta; escucho el chirrido, pero apenas puedo ver quién entra.

—¿Lo reconoces? —pregunta, girando mi rostro hacia una mesa donde ahora hay una jaula de hierro y, al lado, una caja transparente con algunos ratones.

—Prefiero los perros, pero bueno, cada quien con su mascota —respondo.

—Quiero ver tus bromas convertirse en gritos de misericordia, *consigliere* —dice, apretándome la cara con fuerza—. Cuando el ratón te esté devorando, hijo de puta. Igual que hicieron con Rico.

¿Quién carajo es Rico?

Mi confusión debe ser evidente, incluso con todo el sangrado e hinchazón.

—¿No lo recuerdas? Ya casi se cumple un año desde que ustedes… —hace una pausa, y si tenía alguna duda, ya no queda ninguna—… arruinaron todo.

No puedo creer que estemos hablando de Enrico Ferrara.

—Ahora que lo mencionas, lo recuerdo —digo, captando su atención—. Ese hijo de puta gritó como una niña —bromeo, y veo cómo su expresión cambia.

Creo que logré irritarlo, y de manera intensa; debería callarme, pero hago lo contrario.

—Tu padre permitió que nos encontráramos. El gran Del Vecchio.

—Van a pagar. ¡Todos ustedes! —grita, yendo de un lado a otro, trastornado.

—Hum, problemas con papi. Créeme, lo entiendo.

—¡No sabes una mierda! —vocifera, acercándose con el arma en mano.

Y eso es todo.

El final llegó.

No aparto la mirada, ni siquiera cuando presiona el cañón contra mi frente.

Imágenes de Chiara invaden mi mente: su sonrisa, su risa contagiosa, su cuerpo junto al mío, el olor de su cabello… debería haberlo dicho, debería…

Una sirena suena, haciendo que Tommaso se aparte, mirando a su alrededor, confundido. Luego se escuchan una serie de explosiones que hacen temblar todo.

De ninguna manera… no puede ser…

La esperanza crece dentro de mí.

—Estamos siendo atacados —grita uno de los mercenarios, abriendo la puerta con la metralleta en mano—. Son los Zampieri.

Mi corazón se detiene un instante al tener la confirmación.

Vinieron.

Realmente vinieron.

El heredero de la Civitavecchia parece perdido, mientras los hombres de la Guadaña esperan sus órdenes.

—¿Cuáles son las órdenes? —pregunta el hombre en la puerta.

Nada.

—¿Cuáles son las órdenes? —grita uno de los que me golpeó, sujetando a Tommaso por los hombros, y él parece volver al presente.

—Llévenlo a la línea de compactación —dice, y no entiendo nada—. Maten a todos los que se crucen, pero Matteo y Enzo Zampieri son míos. MÍOS —grita, volviendo a mirarme—. No te preocupes, *consigliere*, me aseguraré de que tu muerte sea lo más destacado de la noche —dice, saliendo por la puerta como un huracán.

¿Qué carajo está tramando este hijo de puta?

Algo me dice que no me va a gustar nada la respuesta.



CAPÍTULO 29 - CHIARA

Life after you – Daughtry
Try – Colbie Caillat

—¿Estás seguro de lo que me estás diciendo? —pregunta Matteo, con los ojos castaños fijos en los míos.

—¡Absolutamente! —exclamo, sin apartar la mirada de la suya, consciente de que no debe haber sido fácil asimilar todo lo que dije en los últimos minutos, pero es la realidad—. Créelo, miré bien la cara del desgraciado en la fiesta de compromiso para reconocerlo como uno de los hombres que nos atacó en la cabaña. Él es el líder.

—¡Hijo de puta! —maldice, y lo veo intercambiar una mirada con Enzo. No hace falta ser un genio para saber qué se estarán preguntando.

—¿Creen que el *Don* está involucrado? —formulo la pregunta que todos quieren saber y capto la atención de ambos.

Sí, hermanitos, sé exactamente lo que pasa por sus cabezas.

Nuestro enemigo es Tommaso Del Vecchio, el heredero de la mafia de Civitavecchia, pero la cuestión es saber si su padre, por más imbécil que sea, está al tanto de las acciones de su hijo.

Matteo se pasa las manos por el cabello, y sé que está evaluando innumerables escenarios y posibilidades.

Eso es lo que hace, y es bueno en ello.

—Eso lo vamos a descubrir —responde—. Llévennos a la mansión de los Del Vecchio —ordena al piloto, dejando tanto a mí como a Enzo en shock.

—No tenemos hombres suficientes aquí —apunta Enzo—. No llevaron a Lucca allá —afirma.

—Los escuché mencionar algo sobre ir al depósito de chatarra —agrego, consciente de que es información crítica.

—Los Del Vecchio controlan todos los depósitos de chatarra de la región, es una de sus formas de lavar dinero —comenta Enzo, moviendo su tablet sin parar—. Hay más de cinco.

—¡Mierda! —maldigo, sin ocultar la frustración.

—Algo me dice que Cesare Del Vecchio no tiene la menor idea de lo que sucede bajo su nariz —continúa Matteo, sacando su celular y haciendo una llamada—. Y si tengo razón, nos dirá exactamente a cuál de estos lugares —señala la pantalla de la tablet — debemos atacar.

—¿Te parece? Es su hijo… —exclamo, sin poder disimular la preocupación.

—Solo le importa la organización, la familia no existe en su vocabulario.

—*Don* Zampieri, ¿a qué debo el honor de tu llamada?

Matteo mira al piloto y este asiente con ambas manos.

—En diez minutos lo sabrás. Estoy en camino.

Silencio.

—Cesare, lo que ocurra después de esta reunión dependerá exclusivamente de ti y de tus respuestas.

Contengo la respiración, impactada por el hecho de que Teo haya amenazado al *Don* de Civitavecchia de esa manera, tan directo.

Enzo toca mi brazo, es un mensaje claro: sabe lo que hace.

—Ya te dije que no me gustan las amenazas, *Don* Zampieri, pero admito que despertaste mi curiosidad. Ven, serás muy bien recibido.

—Solo tú.

—Te estaré esperando —advierte y luego cuelga.

En el helicóptero, el silencio es absoluto.

—Hora de obtener respuestas —*exclama* Teo, con la mirada dura. El *Don* está listo para actuar.

—¿Realmente crees que entregará a su hijo? —No puedo quedarme callada.

—¿Para protegerse y evitar una guerra? —Matteo arquea una ceja—. Sin duda alguna —puntualiza, y no sé quién me sorprende más, si Tommaso Del Vecchio o su padre.

Exactamente diez minutos después, aterrizamos en la propiedad de los Del Vecchio, en una zona exclusiva de Civitavecchia, y, claro, somos inmediatamente rodeados por numerosos soldados.

Es eso.

O Matteo tiene razón, o probablemente vamos a morir todos… aquí y ahora.

—Vaya, vaya, ¿a qué debo el honor de recibir no solo al Don, sino también al subjefe? —Su mirada recae en mí y se nota su sorpresa. Incluso con ropa seca, sé que no estoy en mi mejor momento. Mi cabello está sucio y tengo heridas en los brazos y el rostro—. Señorita Zampieri. —Hace una pequeña reverencia hacia mí.

—*Don* Del Vecchio.—Le devuelvo la cortesía.

—Vamos a mi oficina —dice, y con una mirada, sus soldados bajan las armas, abriendo camino.

—Espérenme aquí —comanda Matteo, apuntando a Rafaelle, y el veterano entiende perfectamente, quedarse alerta y listo para cualquier eventualidad.

Sigo a mis hermanos, ignorando las miradas curiosas y amenazantes que recibimos a cada paso.

La tensión es palpable, y un cierto alivio me invade al entrar en su oficina.

Con un gesto, despide a uno de los soldados, su guardaespaldas, seguramente.

—¿Whisky, vino? —ofrece, acercándose a su escritorio.

A diferencia de Matteo, el *Don* de Civitavecchia parece detenido en el tiempo; estar allí es casi como entrar en una de esas películas clásicas de mafia. Todo huele a madera, cuero y tabaco. No hay ventanas, y la poca luz proviene de una claraboya en el centro de la sala.

—Gracias, pero no. Me temo que el asunto que me trae aquí no es agradable.

—Ya lo deduje al ver que tu mano derecha no asistió. ¿Dónde está el *consigliere*, que no está al lado de su *Don*? —exclama, y todo mi cuerpo se tensa.

Ese hijo de puta es astuto.

—Podría hacerle la misma pregunta.

—Si es necesario, Francesco se unirá a nosotros, pero algo me dice que no hará falta. ¿Desistió de entregar a su preciosa hermana al *consigliere* y está aquí para revisar nuestra negociación? —cuestiona, encendiendo un cigarrillo.

Cierro los puños, lista para replicar, cuando siento la mano de Enzo en mi brazo. Respiro hondo, consciente de que el viejo nos acaba de dar información clave.

Él no sabe lo que está pasando.

Ni el mejor actor podría fingir algo así.

Realmente cree que estamos aquí porque Matteo ya no quiere honrar mi compromiso con Lucca.

—El compromiso va muy bien, gracias por tu preocupación…

El viejo arquea una ceja, curioso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—En respeto a la relación que construimos y a la paz lograda en los últimos años, seré lo más directo posible.

—No espero menos, *Don.*

—Tu hijo, Tommaso…

Al escuchar el nombre, el viejo palidece, consciente de que no es algo bueno.

—¿Qué hizo este imbécil ahora?

—Contrató mercenarios de la Guadaña de la Muerte e intentó secuestrar a mi hermana. —Su mirada se fija en mí y, sorprendentemente, noto un dejo de vergüenza en su semblante—. El lugar donde ella estaba, acompañada de su prometido y mi *consigliere* —subraya— fue atacado hoy por tu hijo y sus secuaces —continúa Matteo, y sé que Enzo observa cada mínimo movimiento de Cesare Del Vecchio.

—*Pezzo di merda* —resopla, levantándose, caminando de un lado a otro y pasándose las manos por los pocos cabellos que le

quedan en la cabeza canosa, y no podría estar más de acuerdo: sí, su hijo es un pedazo de mierda.

—Tommaso tiene a Lucca en uno de sus depósitos de chatarra.

—*Dio mio.*

—Sé que entiendes lo que esto significa.

—Carajo, qué chico más idiota, yo mismo debería haberlo matado —comienza a hablar solo, y nosotros solo observamos en silencio.

El viejo *Don* se detiene, apoyando las manos sobre la mesa de madera maciza.

—¿Qué quieres, *Don* Zampieri? ¿Además de la cabeza de mi primogénito? —Su voz está cargada de desagrado y rabia; hay tanto allí, y casi nada de preocupación por el destino de su hijo.

—Quiero saber dónde está reteniendo a mi *consigliere*.

—¿Recibiré el cuerpo de mi hijo?

¡Dios!

No puedo disimular mi shock.

¿De verdad está hablando de eso con tanta… tranquilidad?

—Si lo deseas. —Teo se encoge de hombros.

—Haz lo que quieras, este desgraciado deshonró a la *famiglia*. Por todo lo que sé, ya está muerto para mí.

Matteo no dice nada, solo asiente con la cabeza, mientras el *Don* de Civitavecchia toma un papel y escribe lo que solo puedo suponer es la dirección.

Esperamos en silencio.

Cesare Del Vecchio entrega el papel, con la mirada fija en la de mi hermano.

—Espero que puedas pasar por alto este acto y que la paz prevalezca.

—Mi problema no es con Civitavecchia, es con tu hijo. No responsabilizaré a la organización, *Don.* Excepto si interfieren en el destino que planeo darle.

—Como dije, ya está muerto. Solo avísame cuando pueda limpiar el lugar y comunicarle a mi esposa… —Su voz es fría, sin sentimientos.

—Cuenta con eso.

Se abre la puerta de la oficina y aparece el soldado que nos escoltó hasta allí.

—Por favor, acompañe a los Zampieri hasta el helicóptero —dice, y el hombre asiente.

Damos apenas un par de pasos hacia la salida cuando la voz del viejo resuena detrás de nosotros:

—Espero que podamos encontrarnos en una situación diferente en el futuro, *Don* Zampieri.

—Yo también. —Es todo lo que sale de la boca de Matteo antes de salir de la oficina y caminar apresurados hacia el helicóptero.

—¿Quieren primero las buenas noticias o las malas? —exclama Enzo apenas estamos en el aire.

—Carajo, estoy harto de malas noticias, habla de una vez.

—El depósito de chatarra está cerca del puerto, a unos treinta kilómetros. Podemos aterrizar en un área próxima e intentar mantener el factor sorpresa.

—Eso es bueno…

—El problema es que no sabemos cuántos mercenarios de la Guadaña están con Tommaso allí. Podría contactar a algunos asociados o soldados de provincias cercanas, pero hasta que lleguen aquí…

—No podemos esperar —interrumpo, consciente de que cada minuto que perdemos puede ser la diferencia entre encontrar a Lucca con vida.

—Y no lo haremos —responde Matteo, mirándome—. Atacaremos por la puerta principal, con todo lo que tenemos. El cretino no tiene idea de que estamos tras él. Supongo que debe estar con media docena de mercenarios, no más. Pueden tener más hombres, pero luchan por dinero y nosotros…

—Por familia —completo la frase, y tanto Enzo como Matteo repiten la palabra.

Siento mis ojos humedecerse y respiro hondo, forzando una sonrisa.

—Está bien, ¿cuál será el plan? ¿Tenemos rifles en el helicóptero?

—Oh, vamos despacio —balbucea Matteo—. Te dejé venir con nosotros, pero eso no significa que tú…

Ni siquiera lo dejo terminar:

—De ninguna manera. Sé disparar.

—¡Chiara! —Se pasa las manos por el cabello—. ¿Cómo que sabes disparar?

—Sí sé. —Me encojo de hombros—. Dame un rifle y una pistola.

—De ninguna manera.

Enzo me mira de reojo, y luego a él, y respiro hondo, consciente de que debo tener paciencia.

Son mis hermanos y quieren protegerme.

—¿Recuerdas aquel jabalí, hace algunos años? —digo, sin mirarlo.

Se acordará.

El animal estaba destruyendo los olivos; un día, justo después de mis lecciones con Lucca, tomé uno de los rifles de papá escondido y fui tras el desgraciado.

—No lo puedo creer —dice.

—Sabía que no había sido Nico, no era tan buen tirador —interviene Enzo.

—¿Tú, *sorellina*? —pregunta Teo, fijando la mirada en mí.

—No fue nada del otro mundo.

—Ni hablar. —Se pasa las manos por el cabello, aún procesando la novedad.

—Entonces…

—Estamos con pocos soldados. Chiara puede quedarse más alejada, aquí, en esta pila de autos en la entrada norte del depósito. —Enzo señala la tablet y mi corazón se acelera—. Podrá mantenerse lejos del caos y aún ayudar a eliminar a algunos hijos de puta. —Se encoge de hombros.

Matteo permanece en silencio, mirándome de reojo a mí y luego a Enzo.

El tiempo parece detenerse mientras espero su decisión.

¡Por favor!

—Denle un chaleco y armas. Dios nos ayude.

—¡Gracias, Teo! —grito, prácticamente saltando a sus brazos y abrazándolo con fuerza.

—Intenta no morir o matar a uno de nosotros en el proceso.

—Lo prometo —respondo, con el corazón latiéndome a mil.

—Tiempo estimado de llegada, cinco minutos —avisa el piloto y todos comienzan a prepararse.

Colecciones, armas, granadas; hay un verdadero arsenal en la aeronave.

Cierro los ojos y trato de calmarme.

Hay demasiado en juego.

Lucca, vamos por ti… aguanta.



La calle que da acceso al depósito de chatarra de los Del Vecchio está desierta. Ni un alma ni un solo coche circula por el lugar. Parece un sitio abandonado, si me preguntan. Basura por todos lados.

—Aún estás a tiempo de cambiar de idea y esperar en el helicóptero —comenta mi hermano, deteniéndose frente a mí, revisando por décima vez que mi chaleco esté bien ajustado.

—Te voy a responder lo mismo que les dije las últimas veces. Voy.

Cierra los ojos y me toma la nuca con fuerza, apoyando su frente contra la mía.

—Cuídate, *sorellina*, ni siquiera puedo imaginar que te pase algo a ti o a ustedes… —Mira disimuladamente hacia Enzo, que está a pocos pasos.

—Estaré bien, todos lo estaremos —digo, luchando por mantener la voz firme.

No voy a mentir.

Tengo miedo.

Disparar a objetivos fijos, o de vez en cuando a un animal, como aquella vez con el jabalí, es una cosa; matar personas, es totalmente diferente.

A diferencia de mis hermanos, yo no fui criada para esto.

Fui protegida.

Mantenida bajo una burbuja de seguridad, pero ahora es el momento.

Es hora de proteger… de luchar por quien daría la vida por mí sin dudarlo.

"…*Si hay algo por lo que moriría feliz, sería por ti, Chiara Zampieri".*

Adivinen qué, yo también moriría por ti, Lucca Salvatore.

—Entonces, vamos —exclama Matteo.

Asiento y, en silencio, sigo a mis hermanos, a Rafaelle y a algunos soldados mientras avanzamos hacia la entrada principal del lugar.

El plan es simple: invadir el perímetro, escalar la torre de vehículos a punto de ser desechados y eliminar a todos los que se interpongan en nuestro camino mientras ellos defienden el lugar.

Con suerte, eliminaremos a todos y rescatamos a Lucca, donde sea que el idiota de Tommaso lo tenga escondido, y vivo.

Vivo, tiene que estar vivo.

—Buena suerte, *sorellina* —susurra Matteo y me guiña un ojo mientras ajusta el cordón del rifle en mi hombro y respira profundo antes de comenzar a subir.

Ni siquiera miro hacia abajo. Con cuidado, voy colocando mis manos y pies, ignorando el leve balanceo de los vehículos, y exhalo cuando finalmente llego a la cima.

Hago un gesto a Teo y a Enzo y me recuesto sobre el techo del vehículo, ajustando el rifle con cuidado.

Mis manos tiemblan; cierro los ojos y me obligo a respirar profundo, una, dos, tres veces.

Tú puedes.

Eres una Zampieri.

Ajusto la mira y me concentro en observar alrededor. No pasa mucho antes de que vea a dos mercenarios caminando por el lado oeste, cerca de lo que supongo es la oficina.

—Dos objetivos, a la izquierda, unos cincuenta metros —informo.

—Si puedes, derríbalos. —La voz de Matteo suena en el comunicador que llevo en la oreja.

Ni siquiera respondo.

El tiempo parece detenerse mientras fijo mi atención en los blancos, inspirando y expirando, con el dedo sobre el gatillo.

Esto es por ti, Lucca.

Entonces actúo. Disparo. Un tiro casi perfecto, casi; apunté a la cabeza, pero logré lo más difícil: acertar en el cuello. El resultado es el mismo: cae, con las manos tratando inútilmente de contener la sangre.

—Uno menos —aviso, con el corazón a mil, mientras el caos estalla en el depósito, nuestros soldados lanzando varias granadas aturdidoras y avanzando con las armas en alto.

No pienses.

Lejos de la línea de fuego y con buena visibilidad, hago lo mejor que puedo, disparando a los idiotas conforme aparecen.

¿Fallo algunos tiros? Claro, estoy oxidada, pero, maldita sea, los que acierto hacen que todo el sacrificio valga la pena.

Papá estaría orgulloso.

Un movimiento a la derecha llama mi atención.

No es uno de los nuestros y se acerca por detrás, donde Enzo y Matteo están enfrentando a otros mercenarios armados.

—Por la espalda, por la espalda… —grito, pero hay tanto ruido que no sé si me escuchan.

Agarro firme el rifle y no hay tiempo para pensar; disparo, y la bala pasa a centímetros de donde estaban mis hermanos, impactando en la frente del desgraciado.

—¡Lo logré! —grito, apenas conteniendo la emoción, y veo a lo lejos a Matteo y Enzo mirarme después de terminar con quienes bloqueaban su camino.

La cara de sorpresa de Teo es impagable; Enzo solo me lanza una sonrisa, con el rostro ensangrentado.

—Maldita sea, sí que sabe disparar —susurra, mientras se gira a la izquierda y clava un cuchillo en el pecho de otro idiota.

—Nunca lo dudé —bromea Enzo y no puedo evitar sonreír.

—Será mejor que dejen de hablar y me ayuden a salvar a mi prometido.

—Papá debe estar revolcándose en la tumba —resopla Matteo, pero sé que bromea.

—Él lo sabía —revelo, guiñándole un ojo.

—De ninguna manera.

Asiento, disparando a otro imbécil que aparece en el pasillo.

—¿Cómo carajo soy el último en enterarme de esta mierda?

—¡Eh, yo tampoco lo sabía! —se defiende Enzo—. ¿Papá te enseñó, *sorellina*?

Niego con la cabeza, mordiéndome los labios mientras nuestras imágenes practicando me invaden.

—Puta madre —resopla Matteo y creo que entendió quién es el responsable.

Estoy a punto de decirles que dejen de hablar cuando varios reflectores se encienden, iluminando el patio y cegándonos casi por completo.

Hasta yo tengo dificultad para ver a alguien en la oficina, a pocos metros.

Veo a Matteo y Enzo buscar cobertura cuando una voz que nunca olvidaré resuena en toda la propiedad:

—Vaya, vaya, son los Zampieri… Primero quiero agradecer la visita, es un honor recibir al *Don* y al subjefe en nuestro humilde establecimiento. Si hubiera sabido de su visita, ciertamente habría invitado al idiota de mi padre.

Eso no me lo esperaba.

—Podría matarlos a todos de una vez.

Ok, puede estar loco, pero tiene huevos.

—Te daré la oportunidad de entregar a Lucca —grita Matteo, y escucho una carcajada.

—Son todos iguales, arrogantes, se creen intocables. Adivinen qué, la mierda de su *consigliere* está conmigo y lo devolveré, sí, de una manera que nunca olvidarán.

—Has perdido a la mayoría de tus hombres. Entrégate y te prometo una muerte rápida.

Enzo, a su lado, no oculta su descontento con la noticia y Matteo solo pone los ojos en blanco.

—¿Como la que le dieron a Enrico?

—¿Qué tiene que ver el traidor con esto? —resoplo en mi comunicador.

—Ni idea. El tipo está loco —responde Enzo, y muerdo los labios intentando ver a Tommaso con claridad.

—Enrico Ferrara era un traidor y recibió el fin que merecía —por supuesto, Teo no dejaría que el desgraciado quedara sin respuesta, aunque probablemente no sea lo que él quiere escuchar.

—Me quitaste a la persona que más me importaba y voy a hacer lo mismo contigo, empezando por el hijo de puta que llamas amigo —escupe las palabras.

En segundos, una grúa gigante comienza a moverse.

Todo sucede muy rápido.

Un coche es levantado por una especie de plataforma, soltado dentro de un compartimento y de repente desaparece de nuestra vista, solo para reaparecer como un bloque de metal retorcido.

—¡Dios! —jadeo.

Lucca no estaba allí, él… no estaba.

—Acaba de prensar el maldito vehículo y lo hará de nuevo —grita Enzo, y entonces veo la razón de su desesperación.

Lucca está atado al vehículo y la grúa se mueve de nuevo, lista para llevarlo al mismo destino.

—Luc… —El pánico me invade y me cuesta pensar.

Esto no puede estar pasando.

—Chiara… —llama Matteo, pero solo puedo concentrarme en Lucca atrapado en ese coche—. Chiara… —Su voz suena dura.

—Teo, ¿qué hacemos? ¿Qué vamos a…? —Unos metros más y Lucca será aplastado.

—¿Puedes dispararle a Tommaso?

—No sé, no sé… —Mis manos tiemblan mientras miro por la mira.

—Cálmate, cualquier disparo, al brazo o la mano, solo necesitamos alejar al hijo de puta del control. Enzo y nuestros

soldados ya están cerca de la oficina, listos para interceptarlo.

—Yo…

—No mires la grúa. Ojos en el objetivo, *sorellina*.

Ojos en el objetivo.

Eso es lo que Lucca siempre me decía.

Inspiro y expiro, concentrando mi atención en la oficina frente a mí.

La luz intensa lo dificulta, pero no me rindo; sigo apuntando, buscando cualquier parte de él, y cuando surge la oportunidad, no dudo: disparo, viendo la bala impactar a Tommaso Del Vecchio en el hombro. El golpe es suficiente para que suelte el control del equipo; solo espero que no sea demasiado tarde.

—¡Ahora! —grita Matteo por el comunicador, y mientras el heredero de Civitavecchia intenta recuperar el aparato, Enzo, seguido de Rafaelle, irrumpen en el lugar, acabando con cualquier posibilidad de que concluya su plan.

—¡Lo lograste, *sorellina*, lo lograste, carajo! —Matteo aplaude y la sorpresa me invade.

Con cuidado, miro hacia la prensa, temerosa de lo que encontraré, pero un alivio inimaginable me invade al ver que el coche donde está Lucca cuelga casi a noventa grados sobre la prensa, pero intacto.

—Lo logré —balbuceo, sin poder contener la emoción—. Lucca… —jadeo, con las manos temblando mientras, aún cegada por las lágrimas, empiezo a descender la pila de vehículos—. Tenemos que sacarlo de allí, necesitamos… —empiezo a hablar sin parar.

—Vamos a hacerlo, baja con cuidado antes de que se rompa el maldito cuello. ¿Quieres matarme del susto, cazzo? —resopla Teo, pero no respondo y tampoco pierdo tiempo, descendiendo el último vehículo con cuidado. Salto al suelo y corro, corro como si no hubiera un mañana hacia la prensa y hacia donde está Lucca Salvatore, con un único deseo en el corazón: que esté vivo.



CAPÍTULO 30 - LUCCA

Life after you – Daughtry
Hero – Chad Kroeger feat Josey Scott

Intento mantenerme despierto, pero cada vez me resulta más difícil.

Me duele todo.

Es difícil respirar.

Esos hijos de puta me dieron justo en mis costillas.

Estoy nuevamente en un coche, pero esta vez en el asiento delantero, con el cinturón de seguridad abrochado.

Sí, el hijo de puta solo puede estar bromeando.

Me lanzó amarrado en esta mierda y, encima, se preocupó de abrocharme el maldito cinturón.

Dios, cómo quiero matarlos.

Espero que nuestros hombres hagan el trabajo.

A mi alrededor, el sonido de disparos y explosiones continúa sin descanso y solo puedo esperar que estemos ganando. De repente, todo queda en silencio y una luz intensa ilumina el patio.

¿Qué carajo?

La sorpresa dura poco, reemplazada por la voz estridente de Tommaso Del Vecchio que resuena por toda la propiedad.

Intento concentrarme en lo que dice el cretino, pero no puedo, no cuando veo el vehículo al lado del mío ser levantado por

una grúa electromagnética y posicionado sobre lo que parece ser una…

Mierda.

Una prensa, pero no cualquiera, una compactadora. La última frase de Tommaso retumba en mi cabeza y estoy seguro: el hijo de puta me va a meter ahí.

Maldita sea…

De todas las formas en que me imaginé encontrando al Creador, esta definitivamente no es una de ellas.

Piensa, piensa…

Intento forzar las ataduras, pero no se mueven ni un centímetro. Estoy débil y jodido, y no tengo otra opción más que ver cómo el vehículo se convierte en un bloque de chatarra compactada de un metro por un metro.

Como todo lo malo, siempre puede empeorar. El vehículo donde estoy comienza a moverse.

—Carajo, carajo… —grito, pero sé que nadie me escuchará, no con el cretino gritando por los altavoces—. Hijo de puta.

Todo parece suceder en cámara lenta, la amarga espera por el final, cuando el sonido inconfundible de un disparo retumba y el vehículo da un último sacudón antes de quedar suspendido en el aire.

¡Gracias, Dios!

Escucho voces a lo lejos, gritos, y entonces creo que mi cabeza me está jugando una broma, porque podría jurar que…

—¡Lucca!

Mi corazón se dispara y trato de gritar, pero mi voz parece fallar.

Debo haber muerto.

No hay otra explicación, porque corriendo hacia la prensa, con un rifle en la espalda y una pistola en la mano, está ella…

Mi bambina… sonriendo y llorando.

Intento calmar el torbellino dentro de mí, pero es inútil.

Lloro como un niño, las lágrimas recorren mi rostro mientras veo acercarse a Chiara y Matteo, y no pasa mucho antes de que el vehículo vuelva a moverse.

Vinieron.

Vinieron… por mí.

El coche apenas toca el suelo, se abre la puerta y allí está ella.

—*Bambina* —susurro, inmediatamente envuelto en sus brazos.

—Dios, tuve tanto miedo de perderte —dice entre sollozos, apartándose lo justo para sostener mi rostro con cuidado.

—Dime que no estoy soñando, por favor. Que eres real… —Apenas puedo reconocer mi propia voz.

Chiara roza sus labios con los míos, secando mis lágrimas con el pulgar y, Dios, cómo necesitaba esto. Inclino la cabeza, apoyando mi frente contra la suya, sintiendo su cabello contra mi piel, inhalando su perfume.

Es real…

Miro a Matteo y su mirada dice todo lo que necesito saber. Nuestra conversación puede esperar.

—Vinieron…

—Eres familia, carajo, y a la familia…

—Se la cuida y se la protege —completo la frase que él siempre repite.

Famiglia.

En segundos, las cuerdas se cortan.

—¿Cinturón? Realmente estaban preocupados por ti —bromea, sin poder contener una risita.

—Dime que mataste a todos los idiotas. Por favor.

—Solo falta uno.

No necesito preguntar, ya sé quién es.

—¡Carajo, te hicieron daño de verdad, eh! —exclama, mirándome de arriba abajo y ayudándome a mantenerme de pie—. ¿Crees que puedas caminar hasta el helicóptero o te vas a desmayar?

—¿Me parezco a Enzo, acaso? —bromeo, y como si estuviera invocando problemas, el subjefe aparece acompañado de Rafaelle y otros soldados, arrastrando al heredero de la mafia de Civitavecchia.

Tommaso no está nada feliz y parece ya haber tropezado con los puños de alguien.

—¿Oí mi nombre? Carajo, Lucca, ¿eres tú?

—Vete a la mierda —respondo, mostrando el dedo medio, y el hijo de puta se acerca apoyando las manos en mis hombros.

—Me alegro de verte, *consigliere*, entero y respirando.

—Créeme, nunca estuve tan feliz de ver tu fea cara.

—Sabía que saldrías de esta…

—¿Ah, sí?

—Claro, si alguien aquí te va a matar, es la *sorellina.* —Me guiña un ojo y Chiara, a mi lado, solo pone los ojos en blanco.

—Sí que lo haré, más aún si sigues parloteando cuando deberías estar camino al hospital.

—Estoy bien… —Levanto el brazo, intentando hacer el gesto de "ok", pero solo sale un gemido al intentar moverlo—. Carajo… —jadeo.

—Sí, bueno, ya veo —responde, y para mi sorpresa, ella grita órdenes a los soldados. No sé quién se sorprendió más, Matteo, Enzo o yo; el hecho es que, en minutos, un coche se estaciona a pocos metros de donde estamos.

—Gracias, *bambina* —susurro, encontrando su mirada—. ¿Vienes conmigo?

—¿Y aún preguntas? Chiara mató más hombres que Matteo hoy, todo por ti, Lucca Salvatore —exclama el subjefe, siempre serio, sin ocultar orgullo.

Mis ojos deben haber quedado del tamaño de platos.

—Exagerado, fueron solo unos tiros.

—Para nada. Lo hiciste increíble, hermanita. Este hijo de puta puede dar fe de ello, ¿no es cierto? —comenta Enzo mientras presiona el pulgar sobre la herida en el brazo de Tommaso, que grita de dolor.

Miro a Matteo, en shock.

—No sé si pelear contigo por enseñarle a disparar o agradecerte —reconoce Matteo, encogiéndose de hombros.

—Yo voto por agradecerle —responde Enzo y Chiara solo sonríe.

Hermosa como el demonio.

—¿Qué parte de "hablamos en el hospital" no entendieron? Por el amor de Dios, Lucca está sangrando —insiste, y nadie se atreve a contradecir a la princesita de la mafia.

—Chiara tiene razón —dice Enzo, serio—. Si hubieran confundido mi cabeza con un saco de boxeo, yo también estaría preocupado por ir al hospital.

Matteo se contiene para no reír, y yo solo levanto el dedo medio y trato de no reír, porque hasta eso duele.

Los dos me ayudan a subir al coche, y la *bambina* da la vuelta con prisa, sentándose a mi lado.

—Vamos a cuidarte. —Entrelaza sus dedos con los míos y, cielos, es bueno saber que está allí… conmigo.

—Chiara —dice Matteo serio y todas las miradas se clavan en el *Don*—. ¿Qué quieres hacer con este pedazo de mierda?

—¿Yo? —susurra, confundida.

—¡Se van a arrepentir! —grita Tommaso a lo lejos—. ¡Mi padre los matará a todos! ¡A todos! —gruñe, y Rafaelle no titubea: golpea repetidamente su estómago, haciendo que el cretino vomite hasta las entrañas sobre el suelo inmundo.

Matteo camina hacia él, agarra su cabello y tira con fuerza hasta que su mirada se cruza con la del otro.

—Tu padre dejó tu destino en mis manos, hijo de puta; para él ya estás muerto —dice, y aun desde el coche se nota cómo el pánico real inunda sus ojos.

Sabe lo que le espera.

—Por favor —suplica, pero uno de los soldados lo amordaza de inmediato.

—Como decía —continúa Matteo—, nada más justo que tú elijas el destino de este imbécil, ya que él era su objetivo —señala.

Chiara me mira expectante.

—Lo que tú decidas, *bambina*.

La rubia muerde sus labios mientras observa al bastardo que todavía se agita, buscando misericordia. Para mi sorpresa, baja del coche y camina hasta quedar frente a él.

Todos permanecen en silencio.

—Si te molestó lo que hicimos con Enrico Ferrara, te sugiero que te prepares —dice con voz firme, sin apartar la mirada de su objetivo— para lo que te harán.

El maldito se revuelca contra el agarre de los soldados y Chiara simplemente sonríe.

—Enzo, tienes carta blanca para divertirte con él en Chiusure.

—¡Maldita sea, hermanita! ¿Ya te dije que te amo hoy? —exclama, besándole la frente; su sonrisa se ensancha, haciendo que todo en mí se agite.

—Ahora, al hospital, por favor —dice, volviendo a sentarse a mi lado, mirándome con tanta intensidad que mi pecho parece a punto de estallar y no logro apartar la mirada, aunque nuevas lágrimas comienzan a surgir.

Chiara vino a rescatarme. Ella mató por mí.

Si no estuviera ya completamente enamorado, diría que la mujer me arrancó el corazón del pecho y se lo llevó, porque eso es lo que soy: suyo.

—Vamos a cuidarte, *consigliere*. —Acaricia mi rostro, secando nuevamente mis lágrimas, esta vez de felicidad y gratitud.

Asiento, sabiendo que no podré hablar.

No ahora, pero en mi mente hay un solo pensamiento: *vamos ya a este maldito hospital, porque lo único que quiero es ir a casa, contigo, amore mio.*

CAPÍTULO 31 - CHIARA



Clara

I'll stand by you – Pretenders
Never Had a Dream Come true – S Club

Lucca sufrió mucho.

Mucho de verdad.

Me cansé de ver a mis hermanos y a él heridos durante todos estos años, pero esta vez… el miedo me invadió al verlo.

Intentó mantenerse fuerte, hacer sus bromas, pero yo podía ver lo agotado que estaba y cómo respiraba con dificultad. En el fondo, yo estaba desesperada por llevarlo al médico cuanto antes.

El resultado de nuestra visita al hospital: tres costillas rotas que por muy poco no perforaron su pulmón y un pequeño sangrado en la cabeza. El médico prefirió mantenerlo en observación para seguir la evolución del hematoma que tenía en el cráneo.

Claro que murmuró, no quería quedarse allí bajo ningún concepto; al final tuvieron que sedarlo para realizar algunos exámenes. Pero, afortunadamente, la sangre fue absorbida por su propio cuerpo y no necesitó cirugía. Fueron horas de tensión, pero ahora le redujeron la sedación y, en pocas horas, debería estar de vuelta.

Para mí, para nosotros…

Toda la familia está aquí.

Y no podía ser de otra manera.

Lucca es querido y amado por todos.

Nosotros somos su familia.

Ya he perdido la cuenta de cuántas veces me negué a salir de la habitación, a tomar aire, a comer algo. Mi lugar está aquí, con él, asegurándome de que cuando despierte entienda que no está solo.

Apoyo mi cabeza sobre su mano en una oración silenciosa.

Es hora de volver a nosotros, consigliere.

No sé cuántos minutos pasan, pero por un instante podría jurar que sentí sus dedos moverse levemente sobre mi mejilla.

Me aparto con el corazón desbocado en el pecho, solo para ser recompensada con la visión de sus ojos verdes fijos en mí.

—Lucca… —Respiro, sin poder contener la sonrisa ni las lágrimas.

—Estás aquí.

—¿Dónde más podría estar, si no con mi prometido? —bromeo, secándome el rostro con rapidez.

—Todavía no puedo creer que hayas ido allá. —Su mirada se fija en mí.

—Fui bien entrenada —parpadeo—, sé que ustedes entrenaron años para protegernos y honrar a la familia; yo no tengo ni una décima parte de sus habilidades, pero… —muerdo mis labios, sintiendo cómo se quiebra mi voz— … siempre estaré aquí para protegerte.

Veo una lágrima deslizarse por su rostro y me apresuro a secarla.

—Lucca…

—Necesito hablar con Matteo —responde serio, mirándome con tanta intensidad que siento que no puedo apartar la vista.

—Llamaré a los médicos —le aviso, preocupada.

—Matteo… —insiste, terco como siempre.

—Necesitas ser revisado.

—Yo… necesito hablar con el *Don.*

Todos los aparatos suenan.

—Está bien —trato de tranquilizarlo—. Cálmate, lo voy a llamar; Teo fue a buscar un café, estaba aquí hasta hace un momento.

—¿Oí mi nombre? —Aparece mi hermano en la puerta de la habitación y suelto un suspiro de alivio.

—Matteo, por favor, dile a Lucca que necesitamos llamar al médico.

—¿Estás bien? —pregunta directamente, y claro, el *consigliere* asiente.

Hombre testarudo.

—Necesito hablar contigo —suelta Lucca y veo cómo intercambian una mirada. Esa que solo ellos comprenden y, sea lo que sea, Matteo sabe que es importante para Lucca; se conocen desde niños y se leen el uno al otro. Es medio aterrador.

—Chiara… —La voz de mi hermano resuena en la habitación y sé que estoy de más allí.

—Sigo pensando que eres un testarudo, Lucca Salvatore, y tú —señalo a mi hermano— estás loco por no llamar a los médicos, pero los dejaré a solas —suspiro, contrariada— por unos minutos —insisto, lista para dejarlos—, cuando siento la mano de Lucca en mi muñeca.

—Gracias, *bambina* —susurra, y hay tanto en sus palabras y su mirada que siento un nudo en la garganta.

—¡Unos minutitos, eh! —digo, intentando ocultar la emoción en mi voz, mientras camino rápido hacia la puerta antes de empezar a llorar ahí mismo.

Cierro la puerta detrás de mí y ya no puedo contenerme.

El llanto llega fuerte, sin control.

Lucca está bien.

Toda la tensión de las últimas horas parece disiparse y solo siento un agradecimiento profundo.

Bajo la cabeza, temiendo que alguien pueda verme, y para mi sorpresa, soy envuelta en un abrazo cálido, y reconozco ese perfume.

—*Mamma* —susurro, y ella me mira con los ojos igualmente húmedos—. Él despertó —le aviso, mientras un sollozo me sacude.

—*Grazie Dio* —agradece, y veo cómo las lágrimas comienzan a recorrer su rostro también—. Está bien llorar, *figlia*, son lágrimas de felicidad. —Pasa el pulgar por mis mejillas.

—Sí —suspiro, entregándome al consuelo de su abrazo.
Mamma no podría tener más razón.
De la más absoluta felicidad y amor.

CAPÍTULO 32 - LUCCA

Lucca



Life after you - Daughtry

—¿Qué es tan importante que no puedes esperar a que venga el médico a revisar si tu cabeza está bien, Lucca?

—Amo a tu hermana —digo, a quemarropa.

—¿En serio era eso? —Matteo arquea una ceja, apoyándose contra la pared, con los ojos fijos en mí—. Cuéntame algo que no supiera.

—No me molestes —resoplo, nervioso como el infierno, porque no consigo leer su reacción.

—¿De verdad crees que no lo sabíamos?

Puta mierda.

—Bueno, tal vez al principio era solo una sospecha, pero después de un tiempo quedó muy claro —me dice.

—Yo… —Pierdo hasta el hilo de mis pensamientos.

—¿Pensaste que no lo aceptaría? —Su pregunta llega con la voz seria, y me callo, porque sí, lo pensé—. ¡Mírame, carajo! —ordena, y obedezco—. ¿En serio, hermano?

Su palabra me quiebra y no contengo la lágrima traicionera que se desliza por mi rostro.

—Maldición —murmuro, intentando secarla disimuladamente.

Matteo se acerca y apoya la mano en mi hombro.

Respiro hondo, sintiendo el pecho a punto de estallar; entonces alzo la mirada para encontrar la suya y, donde casi siempre hay frialdad y objetividad, hay… emoción.

—Todo aquello que dije en la fiesta de compromiso no era mentira, era verdad… —hace una pausa, apretando mi hombro—… así es como me siento, y sé que Enzo y *mamma* sienten lo mismo.

Maldita sea, maldita sea…

—Nada me haría más feliz que verte casado con mi hermanita.

Aprieto los puños, intentando calmar el torbellino dentro de mí.

Tantos años escondiendo mis sentimientos y ahora parece que todo quiere salir a la superficie.

—Yo pensé que… —empiezo, pero él continúa:

—Que Dios me perdone, pero sé que el hijo de puta de tu padre te llenaba la cabeza de mierda, que creciste oyendo que solo eras el *consigliere*. Nunca estuve seguro, pero sospecho que Santino te golpeaba solo por estar con nosotros.

Me quedo en silencio, y Matteo aprieta los puños.

—Maldición, debí haber hecho algo.

—Eso ya es cosa del pasado.

—La suerte que tuvo es que esté muerto. Sea tu padre o no, yo lo habría matado —remarca, y ahí está el *Don* implacable otra vez —, por haberte hecho considerar, aunque fuera por un segundo, que no eras digno de ser nuestro amigo, de ser familia.

—Matteo…

—Pasaron los años y creí que esta mierda ya estaba superada. La verdad es que nunca te cuestioné, porque, en mi cabeza, siempre fue muy claro que eras mucho más, nunca fuiste solo mi *consigliere*. Eres mi amigo, mi hermano. —Me sujeta la nuca y apoya su frente contra la mía.

—Carajo… —ni siquiera intento ocultar el llanto—. Gracias, carajo, gracias.

—Y ahora te vas a casar con mi hermanita —remarca, intentando sonar serio, pero entonces sonríe, y no contengo mi sonrisa—. ¿Estás listo para eso? No acepto devoluciones.

—Maldición, si ella me quiere, ¡soy todo suyo! —exclamo, apenas capaz de contener mi felicidad.

—¿Quién está con la correa de perro ahora? —exclama, y era obvio que empezarían las burlas.

—Aquí, le doy hasta la patita y me hago el muerto si ella me lo pide.

Matteo estalla en una carcajada tan buena que no puedo evitar acompañarlo, hasta que me duelen las costillas.

—Esto duele, carajo.

—Me alegra que por fin se hayan arreglado —dice, cuando logra parar de reír—. Ya me preocupaba cómo hacer que dejaras de pensar en eso.

—Vete a la mierda —replico, y él sonríe.

—Voy a llamar a la *sorellina*, antes de que irrumpa aquí con todo.

—Gracias —repito, y su mirada sigue en mí.

—Me aseguraré de que la familia se mantenga lejos unos minutos más; así podrás decirle todo lo que necesitas. Chiara necesita escucharte.

—Lo haré —aseguro, con la adrenalina bombeando en mis venas.

Matteo sale del cuarto y, en segundos, ahí está mi chica, hermosa… incluso con cara de haber llorado.

—Hola —susurra.

—*Bambina*. —Golpeo la cama con la mano e intento incorporarme, pero carajo, me duele todo el cuerpo.

—¡Ni se te ocurra, Lucca Salvatore! —exclama, viniendo a ayudarme—. Los médicos vendrán enseguida a revisarte. Los estudios dieron todos bien, pero es mejor… —Empieza a hablar sin parar, y apoyo el índice sobre sus labios.

—Tenemos que hablar.

—Estás muy charlatán hoy —responde, con esos increíbles ojos azules clavados en los míos.

Tomo su mano y, sin apartar la mirada de la suya, empiezo a decir todo lo que tengo atorado en la garganta.

—Cuando me llevaron, estaba listo para morir…

—No digas eso, ni en broma —jadea, pero continúo:

—Pero en mi cabeza, lo que me mantuvo con vida fue la esperanza…

—¿Esperanza? —Arquea una ceja.

—Esperanza de que estuvieras bien, pero sobre todo, esperanza de volver a verte, de sentirte en mis brazos, tu aroma, todo de ti.

Chiara se muerde los labios y apoyo el índice ahí, desesperado por probarlos.

—Y de poder decirte, con todas las letras, cuánto te amo.

—Lucca… —Su voz es apenas un susurro.

—Te amo, Chiara Zampieri —acaricio su mejilla, apartando la lágrima terca que corre por ahí—, y tuve miedo de morir sin poder decírtelo; por eso… —hago una pausa, respirando hondo, perdiéndome en su mirada—… si me das el honor de ser mi esposa, de verdad, no de mentira, te prometo recordarte, todos los días de nuestras vidas, cuánto te amo, *bambina*.

—Oh… —Caen más lágrimas, y Chiara hace una mueca, intentando secarlas.

—¿Eso es un sí? —Arqueo una ceja.

—¿Y todavía preguntas, *consigliere*? —sonríe— claro que es un SÍ, un sí del tamaño del mundo, del tamaño de mi amor por ti —responde, pegando sus labios a los míos en un beso suave, lleno de cuidados, de promesas, pero al diablo con el dolor, al diablo con todo, necesito más. Meto la mano en su nuca, atrayéndola más hacia mí, invadiendo su boca, tomándolo todo y nunca teniendo suficiente.

Nunca lo tendré.

—Te amo tanto, Lucca —susurra, apoyando la frente contra la mía, con las manos sobre mi pecho—. Y amo que ahora empieces a ver cuánto eres amado por toda nuestra familia.

Muevo la cabeza, incapaz de expresar cómo me siento.

Es una felicidad que no cabe en el pecho.

—Te prometí en el pasado que, en lo que dependiera de mí, tu cumpleaños nunca pasaría desapercibido, que me aseguraría de que supieras cuánto te quieren, que sí, es una fecha para celebrar,

porque, adivina qué, pasaré el resto de nuestras vidas recordándote cuánto eres amado, Luc.

—Carajo —jadeo, antes de bajar mis labios a los suyos, necesitándola tanto, a ella… solo a ella.

Un carraspeo suena en la habitación y nos separamos, ambos agitados.

Matteo, Giulia, Enzo, Isa, la *madrina*… todos están parados en la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja.

Incluso Matteo y Enzo.

—Espero que eso signifique que tendremos una boda, carajo —exclama Matteo.

—¡Dijo que sí! —celebro, sin poder contenerme.

—¡Eeeh, carajo! —festeja Enzo, y las chicas empiezan a aplaudir, llorando.

—*Madrina*… —empiezo, mirando a la mujer que es como una madre para mí.

—Ya sé, ya sé, algo simple y en tiempo récord —responde, y no hay quien se mantenga serio.

Todos estallan en una carcajada agradable.

Todos están felices por nosotros.

—Y cuando digo "simple" —enfatiza Chiara, mirando a su madre—, es solo nosotros, *mamma*… *famiglia*.

—*Famiglia* —repiten todos, emocionados.

—¿Puede ser, doña Eleonora?

—Eso, quiero ver eso —susurra Giulia, pero todos la escuchamos y *mamma* entrecierra la mirada, conteniéndose para no reír.

—No quiero perder ni un solo segundo —insiste Chiara, e Isa silba con los dedos, haciendo que la *bambina* se sonroje y ponga los ojos en blanco.

—Si no te importa tener un novio en cincuenta tonos de violeta en las fotos de nuestra boda, me caso contigo mañana mismo, amore mio —bromeo, y ella abre una sonrisa enorme.

—Todos los tonos, mientras te tenga a ti.

—Ahh, ¡qué lindo! —suspira Giulia, atrayendo todas las miradas—. Dios, ignórenme, son las hormonas.

—Ah, *diavoletta*… —Matteo la atrae a sus brazos y nadie logra mantenerse serio.

Beso la mano de Chiara, atrayéndola hacia mí.

—Te amo —susurro solo para sus oídos.

—Yo también.

—Bueno… —empieza a decir la *madrina*, y toda la atención se posa en ella—. En ese caso, organizaré algo "simple" —enfatiza la palabra— para el próximo fin de semana, ¿qué les parece?

—Para entonces ya debería estar más guapo. —Le guiño un ojo.

—Hay cosas posibles y otras que no tanto —responde Enzo, serio.

—¡Vete a la mierda!

—Chicos —interviene doña Eleonora, seria, pero ni ella resiste y empieza a reír, y todos nos unimos a ella, en ese caos delicioso que solo los Zampieri saben provocar.

—*Mamma* debería abrir una consultoría de bodas en la Toscana —lanza Isa de la nada.

—Sería un negocio más que lucrativo, eso seguro —exclama Giulia, acariciándose la enorme barriga—. Cada vez se supera más, primero el mío en un mes; después en quince días y ahora, en una semana.

—¿Qué no haría por ustedes? —Eleonora Zampieri le guiña un ojo.

—Te digo desde ya que necesitaré más tiempo para la tuya, nunca he organizado una fiesta como ésta antes.

—¿De qué hablas? —exclama Matteo, y la *madrina* casi se atraganta.

—Vamos, Matteo, tu madre es una mujer hermosa y tiene mucho por disfrutar de la vida; quién sabe si Dios pone a alguien en su camino.

—Estoy bien y más que feliz sola, querido —se apresura a decir—. Pienso disfrutar muchísimo esta nueva etapa de abuela, quiero una casa llena de nietos.

—Ay, *mamma*, claro, tú puedes todo eso y aun así conseguirte un bombón —continúa Giulia, para total desesperación

de Matteo.

—Creo que ya es hora de irnos, eso seguro. —El *Don* corta el tema, y todos se contienen para no reír.

Un golpe en la puerta llama la atención de todos.

—Con permiso, *Don*… —Aparece Rafaelle, saludando a todos con un leve movimiento de cabeza, incluso a la *madrina*, que podría jurar que se sonroja ligeramente.

Pero qué carajo. Seguro me golpeé la cabeza. ¡Eso es!

—Todos los vehículos están listos, señor.

—Gracias, Rafaelle. Por favor, acompáñalos hasta el vehículo, iré enseguida —dice, cruzando una mirada con Enzo.

Todos salen y quedamos solo nosotros tres en la habitación.

—Dejaré algunos soldados en la puerta y hay otros en el piso, listos para escoltarlos hasta la mansión.

—Tranquilo, Teo. El médico llegará pronto y enseguida nos reuniremos con ustedes. Vayan tranquilos.

—Me voy tranquilo, *sorellina*, porque sé que te dejo en buenas manos. —Su mirada se posa en mí, y asiento levemente con la cabeza.

Chiara se acerca a su hermano y lo abraza con fuerza.

El *Don* le besa la frente y luego se acerca a mí.

—Te espero en casa, hermano —dice, apoyando su frente contra la mía.

—Cuenta con eso —respondo, queriendo decir cada palabra.

Matteo cierra la puerta tras de sí, y entonces quedamos solo nosotros dos, y carajo, quiero gritar para que todos escuchen que Chiara Zampieri es mía.

—¿Estás listo para ser atado, Lucca Salvatore? —pregunta, mordiéndose los labios.

—Ah, *bambina*, tú ya me tienes completamente atado a ti.

Ella sonríe.

Esa sonrisa hermosa que amo.

—Ahora, lo que quiero saber es: ¿dónde está el hijo de puta del médico?

—¿Estás desesperado por irte? —pregunta, sentándose en el borde de la cama.

—Estoy desesperado por tenerte solo para mí. —Guiño un ojo, deslizando mi mano por su muslo, observando cómo su pecho sube y baja.

—¡Loco! —exclama—. Sabes que tendrás que guardar reposo, ¿cierto? —Arquea una ceja.

—Prometo quedarme bien quieto mientras tú cabalgas mi polla —digo, solo para ver cómo el rojo tiñe su rostro.

—Definitivamente, ya puedes recibir el alta, *consigliere*. Ya estás hecho todo un pervertido. —Ríe.

—Entiende, Chiara Zampieri, que estar en el mismo ambiente que tú es todo lo que necesito para crear los escenarios más interesantes en mi mente.

—Escenarios interesantes, cuéntame más —me provoca.

—Ah, te contaré, y será un placer. —La acerco más a mí—. Escuchaste a tu madre, quiere una casa llena de nietos, tenemos que hacer nuestra parte.

Chiara estalla en una carcajada deliciosa y la acompaño.

—¿Tú quieres? —pregunto de la nada.

—¿Qué? —susurra, con la mirada fija en la mía.

—Eso, hijos… —Hago una mueca.

—Quiero todo contigo, Luc, una casa para llamar nuestra, nuestros hijos, nuestro hogar, te quiero a ti. Tú eres mi sueño hecho realidad, Lucca Salvatore.

—¡Carajo! —Sujeto su nuca, necesitando que me mire—. Durante muchos años, fuiste mi obsesión, un sueño lejano; gracias por hacerlo realidad y por convertirme en el hombre más feliz del mundo. —Rozo suavemente sus labios en una caricia delicada, queriendo decir más de lo que las palabras jamás podrán—. Te amo, Chiara Zampieri.

—Y yo te amo, Lucca Salvatore.



CAPÍTULO 33 - CHIARA

Clara

Beauty and the Beast – Celine Dion & Peabo Bryson

"I was born to love you
Nací para amarte.
With every single beat of my heart
Con cada latido de mi corazón
Yes, I was born to take care of you
Sí, nací para cuidarte.
Every single day
Cada día *…"*
Extracto de I was born to love you – Freddie Mercury

7 días después

Llegó el gran día y yo, ¿cómo estoy? Desbordada, claro.

¡Respira, Chiara!

—¿Por qué quisiste casarte en siete días, loca de mierda? —me pregunto a mí misma, espiando por la ventana el movimiento afuera—. Porque no quería perder ni un solo día más —susurro la respuesta, sin poder contener la sonrisa en el rostro.

La semana pasó como volando.

Lucca recibió el alta al final de la tarde y, ese mismo día, volvimos a Siena.

Fue un enorme alivio regresar a casa con él, y la sensación que no se va del pecho es que todo esto es un gran sueño.

Me voy a casar con Lucca Salvatore.

Con el hombre que siempre soñé.

¡Por amor!

—Ahh, papá, cómo me gustaría que estuvieras aquí hoy.

—Él está acompañando todo, querida, todo.

—*Mamma* —me giro sobresaltada—, ni te oí entrar —digo, secando a las apuradas una lágrima terca.

—Perdón, golpeé, pero estabas distraída —señala, analizándome de pies a cabeza mientras camina hasta donde estoy.

—Estaba espiando los jardines —confieso, haciendo una mueca—, solo para confirmar lo que ya sabía.

—¿No te gustó?

—Imposible, está todo precioso —exclamo, sin contener la sonrisa, y ella sonríe—. Te luciste, doña Eleonora.

—Intenté dejar todo como tú querías, *figlia*. —Acaricia mi rostro y cierro los ojos, disfrutando del gesto.

—Y lo lograste. —Beso su mano—. Gracias, *mamma*.

—Si tu padre estuviera aquí… —empieza, sujetando mis manos con fuerza—. Si estuviera aquí… —su voz se quiebra y ya siento que se me llenan los ojos de lágrimas—… estaría inmensamente orgulloso de la mujer increíble en la que te convertiste, igual que yo lo estoy.

—*Mamma*… —Respiro con dificultad.

—De carácter fuerte, tan determinada a veces, pero en otros momentos tan indecisa que no logras elegir un par de zapatos en una tienda. —Me guiña un ojo.

—¿Para qué elegir uno si podemos llevar los dos? —bromeo, y ella me sonríe.

—Testaruda.

—Un poco. —Le guiño un ojo.

—Pésima ama de casa.

—Ahí sí te pasaste. —Hago una mueca.

—Pero increíblemente valiente y protectora con quienes ama, con la familia.

Ni siquiera logro hacer un chiste, porque, Dios, moriría intentando protegerlos a todos.

—Una mujer que, siendo aún una niña, ya mostraba el enorme corazón que tenía y que no dudó en pedir que hicieran un pastel de chocolate para el amigo de su hermano.

—*Mamma*…

—Tu corazón es gigante, *figlia*, y mereces la felicidad y el amor que encontraste.

—Los encontré —susurro.

—Tu padre siempre bromeaba diciendo que afortunado sería el hombre que te conquistara, y tenía razón. Lucca tiene suerte de tenerte y tú de tenerlo… —Me da una leve palmada en la mano y solo asiento, porque me siento la mujer más afortunada—. Ese muchacho es como un hijo para mí, y no podría estar más feliz de verlo también feliz, porque te tiene a ti, y se lo merece.

Ni siquiera intento contener las lágrimas.

—Menos mal que todavía no estamos maquilladas —resoplo.

—No podría estar más feliz de verlos a los dos formando una familia —dice, llorando, y el pañuelo ya no da abasto—. Ahora, abraza a tu *mamma* —pide, abriendo los brazos, y demonios, ni siquiera hace falta pedirlo.

La envuelvo en un abrazo fuerte y las dos dejamos que el llanto salga libremente.

—Gracias, *mamma*, por todo, por la paciencia, por apoyarme, por no rendirte conmigo, incluso cuando todo ardía. —Hago una mueca—. Si tengo un corazón enorme y protector es porque lo heredé de ti. Eres mi mayor ejemplo y espero algún día ser al menos la mitad de la madre que tú fuiste y eres para mí.

Me mira, acaricia mi rostro e intenta secar mis lágrimas.

—Esta porquería ya está empapada —protesta, y es imposible mantenerse seria; sonrío ampliamente y ella se suma.

—Basta de llorar, *mamma* —le seco las lágrimas que le corren por el rostro—, vamos a ponernos guapas y a celebrar.

—Sí, sí…

Un golpe en la puerta llama nuestra atención.

—Café a la habitación para la novia —grita Isa, y aplaudo, emocionada.

—Puedes pasar —respondo, y como ya imaginaba, Giulia también está ahí.

—¿Qué son esas caras? —pregunta al ver nuestros rostros enrojecidos.

—Ya le avisé a doña Eleonora que basta de llorar, y eso vale para ustedes también. Nada de hacerme derramar una sola lágrima más. Vamos a comer, que dentro de poco llegan las chicas, y las quiero a todas hermosas y sexys, para el terror de mis hermanos.

—Chiara —reprende doña Eleonora, aunque en el fondo se está divirtiendo.

—Eso va para ti también, *mamma*. La parte de hermosa y sexy.

—*Dio mio.* —Se lleva las manos al pecho.

—Deberías haber pensado eso antes de hacer una boda con media docena de invitados, redujiste sus posibilidades —señala Isa.

—Exagerada, son más que eso; al final, Matteo y Lucca me convencieron de invitar al menos a los *capos.*

—Es verdad —refuerza Giulia, soltando una risita—. Habría sido raro tener a mi tío aquí y no a los otros, podrían haberse ofendido.

—Nada que una visitita a Chiusure no solucione —retruca Isabella, guiñando un ojo.

—Estás pasando demasiado tiempo con tu marido —bromea Giu.

—Es cierto, pero es tan divertido. —Me guiña un ojo y casi me atraganto.

—¡Por el amor de Dios! —exclamo, conteniéndome para no reír—. *Mamma* está aquí —recuerdo, e Isa se pone roja.

—Perdón, *mamma*.

—Las dejo charlar *a gusto* —enfatiza la última palabra, y me muerdo los labios para no reír más—. Vuelvo en un rato.

—Isa, cero filtro como siempre —comenta Giu apenas se cierra la puerta.

—Fue más fuerte que yo, además pasamos la mayor parte del tiempo trabajando juntos.

—Sí, cuéntame otro chiste.

—Lo juro, son ustedes las de mente sucia.

—Es increíble cómo ni siquiera se sonroja —señalo, y Giu se ríe.

—¿Pueden dejar de hablar de mí, por favor? —refunfuña, agarrando una manzana de la canasta del desayuno—. Hoy, toda la atención es para ti… noviecita.

—Ah, bueno.

—¿Nerviosa? —Giu pregunta bruscamente.

—¡Al borde del colapso! —admito.

—Va a salir todo perfecto.

—Lo sé, pero…

—Aun así, parece que el corazón se te va a salir por la boca —completa Isa.

—¡Exactamente!

—Te entendemos, pero relájate; después del sí, tu única preocupación va a ser una sola.

Arqueo una ceja, sabiendo que ahí viene…

—La luna de miel. —Me guiña un ojo y Giulia empieza a reír.

—¡Dios, estás realmente en llamas, Isabella!

—¡Mira quién habla! —retruca, indignada, colocando las manos en la cintura—. Apuesto a que tú también te quedaste con las ganas.

Giulia guarda silencio unos segundos, pero luego se pronuncia.

—¡Mucho! —admite, y todas estallamos en carcajadas—. Dios, hasta me da calor solo de recordarlo.

—Después la pervertida soy yo.

—¡Lo eres!

—¿Pueden parar? —refunfuño, pensando solo en que Lucca y yo no hemos tenido sexo desde la cascada. No pudimos quedarnos mucho tiempo a solas, ni pude ir a dormir a su casa.

Mi hermano sigue siendo el *Don* y quiero a mi hombre entero.

Resultado: estoy trepando por las paredes y él también.

A mitad de semana casi pasó algo, cuando fue a mostrarme su casa… nuestra casa, y el corazón se me agita al recordar cómo

me enseñaba cada rincón y sus planes de reforma, pero enseguida nos interrumpieron, lo que al final fue lo mejor; Lucca todavía tiene mucho dolor en la zona de las costillas, incluso con los analgésicos, por más que intente negarlo.

—Epa, alguien está encendida, la noche promete —comenta Isa.

Me sonrojo, sin poder contener la sonrisa.

—Ni siquiera lo disimula, miren esa sonrisita.

—¡Está bien, lo admito! —respondo, y ahí estamos todas riendo otra vez.

—Fuera de broma, estoy muy feliz de que todo se haya arreglado. Era evidente que estaban locos el uno por el otro. Claro que todas esas provocaciones eran amor reprimido —dice Isa, mirándome, y hay tanto cariño ahí.

—Solo quiero recordar que yo los *shippeé* desde el inicio, cuando todo esto todavía era un desierto —exclama Giu, guiñándome un ojo.

—Es verdad —reconozco—. Ustedes dos creyeron en nosotros cuando yo ni siquiera pensaba que fuera posible. —Se me quiebra la voz y me detengo unos segundos—. Gracias, chicas.

—Ay, basta, que si no lloro. Ando demasiado sensible estos días —dice Giu—. Deben ser mis hormonas explotando.

—Ellas y tú, amiga.

—Guau, gracias, Isa, por recordarme que apenas puedo ver mis pies. Ya llegará tu hora, y la tuya también. —Me señala.

—Primero ella, que yo todavía ni me he casado —respondo rápido.

—Las quiero tanto a las dos, y de verdad ya puedo imaginar la casa llena de primitos para que Pietro juegue.

—¿Primitos, así, en plural? —Arqueo una ceja, mordiéndome los labios para no reír.

—Como mínimo, uno tuyo y uno de Isa, ¿sí? No se tarden, por favor.

—Después la loca soy yo —se burla Isa.

—¿Enzo y Matteo? —pregunto, cambiando de tema antes de que Giu empiece a discutir nombres.

—Iban para la oficina cuando subimos —aclara ella.

—Le hice prometer a Enzo que hoy no iría a Chiusure —agrega Isa, y no oculto mi expresión de duda—. Casi llega tarde a su fiesta de compromiso —explica, y eso es muy típico de mi hermano.

—Dejen que el hombre se divierta —bromea Giu.

—Créeme, amiga, se divirtió durante meses, en los últimos días —enfatiza las últimas palabras, pero enseguida me mira, angustiada—. Perdón, Chi, no debería haber sacado el tema —susurra, haciendo una mueca.

—Relájate, conozco a mi hermano y sé que debió pasarla bien con Tommaso.

—Ahora me dio curiosidad, ¿cómo fue esta vez? ¿Fue peor que lo de las pirañas? —pregunta Giu, y yo solo arqueo una ceja, sin tener ni idea de qué están hablando.

—Peor, mucho peor, mejor dejarlo para otro día.

—No sé nada de pirañas, pero ahora yo también tengo curiosidad. Vas a tener que contarlo —digo, sentándome en la cama.

—Recuerden que fueron ustedes las que lo pidieron. Ustedes, en este caso. —Mira a Giu, que solo asiente con un claro "sigue".

—Lo de las pirañas fue cuando Enzo mató al Fantasma.

—¿El asesino que iba detrás de ti?

—Ese mismo, tu hermano lo convirtió en comida para peces, literalmente.

—Guau, pesado.

—Enzo grabó todo y mandó el video a Matteo y a Lucca, así fue como yo me enteré —explica Giu—. Lo vi sin querer y casi vomito toda la cena. Fue fuerte, pero ahora que lo cuento, hasta estoy bien. Es una locura, ¿verdad?

—¿Qué puede ser peor que eso? —hago la pregunta del millón.

—Créeme, tu hermano es realmente creativo.

—Es gracioso que lo digas; fueron casi las mismas palabras que le dije a ese infeliz.

—¿Entonces? Cuenta ya, Isa, antes de que *mamma* regrese. Créeme, no quieres dejar a una embarazada con curiosidad.

Isa pone los ojos en blanco.

—Tres palabras para ustedes: mesa de evisceración.

—¿*Evisce* qué?

—Evisceración —repite, y sigo sin entender.

—Ok, traduce —pide Giu, leyéndome la mente.

—Enzo mandó a hacer una. Básicamente es una tabla de madera; encima hay una especie de polea con una cuerda. En la punta de esa cuerda hay un gancho…

—Sin suspenso, cuenta ya, Isabella —apremia Giu, y me dan ganas de reír por su impaciencia.

—Sigo. Se hace un corte en el abdomen de la víctima, en este caso, del imbécil de Tommaso Del Vecchio.

—Ok…

—Se sacan los intestinos y el gancho se engancha ahí.

—¿Todo eso con la persona aún viva? —pregunta Giulia, con los ojos como platos.

—Ajá, y lo peor es que no termina ahí. La polea se va girando despacio, sacando las "vísceras"; de ahí el nombre: mesa de evisceración.

—¡Puta mierda! —resoplo.

—Te dije que era fuerte. Enzo dijo que no aguantó ni un día.

—Señor, recuérdame no hacer enojar nunca a tu marido —suspira Giu.

—Toda esa maldad la guarda solo para los enemigos de la familia, tú estás a salvo. —Le guiña un ojo.

—Me gustaría decir que lo siento por Tommaso, pero estaría mintiendo —comento.

—Te entiendo. Al principio fue difícil para mí, pero hoy, cuando lo pienso, creo que Ferrara sufrió poco —exclama Giu.

—Es simple: se metió con la familia, se metió conmigo —replico.

—No podría estar más de acuerdo.

—Suscribo —asiente Isa—. ¿Un brindis por eso? De jugo, que todavía es temprano y tenemos a una embarazadita. Se metió con la familia, se metió con nosotros.

—Se metió con la familia, se metió con nosotros —repetimos Giulia y yo.

—Y por los matrimonios por amor —agrega mi cuñada, guiñando un ojo, en clara referencia a nuestra conversación de meses atrás, cuando dije que tenía esperanzas de tener un matrimonio así, por amor.

—Por los matrimonios por amor —susurro, sintiendo el corazón acelerarse—. Gracias por estar aquí conmigo. Fue tan lindo conversar con ustedes que ni me di cuenta de cómo pasó el tiempo.

—El placer es nuestro, Chi.

Un golpe en la puerta indica que tenemos visita.

—Algo me dice que llegó la hora de que nos mimen —comento, sonriendo.

—Dios, amo esto —responde Giu, aplaudiendo.

—¡Iuju! —celebra Isa también.

Tenía razón y, durante las horas siguientes, fuimos consentidas.

Mucho.

Masajes, manicura, maquillaje, peinados, todo lo que teníamos programado, y lo divertido es que fue el mismo equipo que *mamma* llamó para las bodas de Giulia e Isa, así que hasta resultó gracioso, porque de tanto venir, ya tenemos cierta confianza.

La primera en quedar lista fue *mamma*, como siempre, y claro que estaba espectacular con un vestido largo color rosa, de mangas largas, cubierto de pequeños cristales.

—Caramba, doña Eleonora, usted realmente se tomó muy en serio la parte de quedar linda y sexy, ¿eh?!

Isa silba fuerte y Giu aplaude con palmitas.

—¡Paren con eso! —refunfuña, sonrojándose—. ¿De verdad creen que me queda bien? Lo siento un poco ajustado.

—¡Ma.ra.vi.llo.sa!

—Chiara tiene razón, usted está maravillosa. Matteo va a tener que estar muy atento.

—¡Cómo son! Voy a bajar un momento para ver cómo están los chicos y ya vuelvo. Estoy tan ansiosa por verlas listas.

Somos dos, mamma.

Hasta tengo las manos heladas.

—Por aquí solo falta terminar el maquillaje y ponerse el vestido —dice Giu.

—Aquí también —retruca Isa.

—Está bien, vuelvo en unos minutos, querida.

Y volvió, pero con las manos ocupadas.

—Hummm, ¿regalo para la novia? —exclama Isa y casi me da algo en la silla donde estoy terminando de maquillarme.

—Debe ser el ramo —digo, poniéndome de pie, solo para descubrir la hermosa caja dorada en las manos de *mamma*. La caja en sí ya es divina, con un hermoso lazo y algunas ramas de olivo sujetas a la cinta.

—El *consigliere* tiene buen gusto —comenta Giu y, Dios, estoy ansiosa por descubrir qué preparó Lucca. Yo le dije a *mamma* que podía encargarse de eso, que no me importaba que fuera algo simple, un arreglo con algunas flores de campo, pero él insistió en, al menos, ocuparse de esta parte de nuestro gran día.

¿Cómo podría negarme? Me pareció increíblemente tierno.

—Lucca pidió que te entregara esto, querida. —Extiende la caja hacia mí y mi corazón parece que va a salirse por la boca.

Con cuidado, desato el lazo, retiro la tapa y me quedo sin palabras.

Absolutamente hermoso.

Dentro de una caja de acrílico, protegido, un precioso ramo de tulipanes rojos.

—¡Oh, Dios mío! —gritan las chicas y yo solo intento recordar cómo respirar.

—¡Qué hermosas! —exclama *mamma*, y mi mirada se cruza con la suya.

—Son mis favoritas —susurro después de unos segundos.

—Lo sé, querida, y Lucca también.

Cierro los ojos, emocionada por el cuidado que tuvo, y cuando los vuelvo a abrir, veo el pequeño sobre negro y, con las manos temblorosas, lo abro.

"*Los tulipanes siempre fueron tu flor favorita.*

Y en este día, nada más apropiado que tenerlas contigo.

No entiendo nada de flores, solo sabía que quería las más lindas para ti, imagina mi sorpresa al descubrir que son sinónimo de "amor verdadero", exactamente lo que tú significas para mí, bambina.

En los últimos días, me rompí la cabeza pensando qué darte de regalo, pero ninguna joya parecía lo suficientemente buena, nada parecía representar lo que quiero decirte, lo que guardo en mi pecho.

Admito que conté con la ayuda de tus hermanos en esta misión.

Y como mi corazón ya es tuyo, decidí marcarte en mi piel, para siempre.

Sei tutto per me, Chiara Zampieri.

La mia bambina".

—¡Oh, Dios!

Junto con la pequeña nota, una fotografía.

Él con mis hermanos, en un estudio de tatuajes, y un Lucca sonriente y sin camisa, luciendo en el centro del pecho un tatuaje donde se lee: *Tú eres todo para mí, mi bambina…* con mi nombre tatuado.

—Me voy a morir de curiosidad —jadea Giu.

—Se hizo un tatuaje —susurro, todavía en shock.

—¡El *consigliere* es fantástico! ¡Amé la idea! —exclama Isa.

—¿Qué dices, querida? —Hasta *mamma* está curiosa.

Seco la lágrima que corre por mi mejilla, con las manos temblando.

—Perdón —susurro a la maquilladora, sabiendo que arruiné su trabajo.

—Estás más que perdonada, querida.

Muestro la foto y una sucesión de suspiros inunda la habitación.

—Ay, no quiero llorar, pero está difícil, ¿eh? —exclama Isa, secándose disimuladamente una lágrima.

Giulia y *mamma* ni siquiera intentan esconder la emoción.

—Lucca metió la pata, ni siquiera pudo enviar eso antes de que estuviéramos maquilladas. ¡Lamentable! —refunfuña Giulia, intentando sonar enojada, y no hay quien se mantenga serio; todas explotamos en carcajadas.

—Vamos a arreglar los maquillajes y dejar a todas lindas. Basta de llanto aquí, señoras —comenta la maquilladora, divirtiéndose con la situación.

—¡Basta! —gritamos juntas y mi pecho parece que va a estallar de tanta felicidad.

¡Es hora de prepararse!

Veinte minutos después, estoy congelada mirando mi reflejo frente al espejo.

—Está preciosa, señorita Zampieri.

—¡Gracias!

Yo… me siento… una princesa, en mi propio cuento de hadas.

Mi cabello está suelto, cayendo en ondas por mi espalda, con solo algunas rosas blancas decorándolo en la parte superior, y el maquillaje es discreto, una sombra suave destacando mis ojos y ese labial color piel para finalizar.

La estrella es el vestido, y sonrío al verlo, es blanco, con escote en V cubierto de cristales que relucen con cada movimiento mío, la falda larga compuesta por capas de tul con una abertura que deja ver una porción generosa de mi pierna, y apenas puedo esperar a ver la reacción de Lucca.

¿Intentando seducir al hombre incluso el día de la boda? *Sí, esa soy yo.*

Pero cuando vi el vestido, supe que ese era el mío.

¡Perfecto!

Respiro hondo una, dos veces, preparándome para encontrarlas.

—¡Vamos, Chiara! Estamos ansiosas aquí —grita Isa y no contengo la sonrisa—. Pronto nacerá Pietro y tú todavía no saliste de ahí.

—Cierra esa boca, loca, todavía falta una semana. —Escucho a Giu refunfuñar y mi sonrisa se agranda aún más.

—Qué dramáticas son —digo, saliendo de la suite y, de repente, solo hay silencio en la habitación—. ¿Se van a quedar calladas? —pregunto, dando una vueltita.

—¡La puta madre, estás demasiado hermosa! —Isa es la primera en reaccionar. Hermosa, con un vestido azul claro, de una sola manga, entallado y todo plisado.

—No sé ni qué decir —exclama Giu, visiblemente emocionada y absolutamente fabulosa, con un vestido amarillo claro, vaporoso, sin tirantes, destacando la panza prominente—. Salvo esto: la princesita de la mafia se va a casar, y está deslumbrante.

Sonrío de oreja a oreja.

—*Mamma*… —Miro en su dirección y ahí está ella, mirándome, congelada, con su pañuelito en la mano.

—*Bellissima, bellissima, figlia mia.* —Sujeta mi rostro entre sus manos, mirándome con tanta emoción y amor que se vuelve difícil contener el torbellino dentro de mí.

—No llore, doña Eleonora —la reprendo, secándole la lágrima, y ella niega con la cabeza, respirando hondo.

Me giro hacia mis cuñadas, las amigas que mis hermanos me dieron, y muerdo suavemente mis labios.

—Estoy tan nerviosa —susurro y, en segundos, las dos están frente a mí, sosteniéndome las manos, tranquilizándome, haciéndome reír, hasta que parte del nerviosismo se va.

Solo un poco.

—Me muero por ver a Lucca perder la compostura cuando te vea —comenta Giu, guiñándome un ojo.

—Somos dos —exclama Isa—. Quién sabe, capaz te carga al hombro y se van directo a la luna de miel —susurra solo para mis oídos, y pongo los ojos en blanco, aunque en el fondo estoy emocionada por nuestra primera noche.

Marido.

Sí, soy una romántica.

—Tenemos que bajar, chicas —avisa *mamma* y la habitación se convierte en un verdadero alboroto.

Ajustes finales, joyas y listo.

Casi es la hora.

—Nos vemos en el altar, cuñadita. —Giu hace un corazoncito con las manos mientras Isa me guiña un ojo.

Sonrío, incapaz de decir algo.

La emoción me domina y, cuando creo que por fin logré calmarme, escucho un suave golpe en la puerta.

Abro la puerta con cuidado, solo para sorprenderme con Matteo y Enzo.

Los dos, impresionantes, con trajes gris claro, me miran sin poder ocultar el asombro.

—¿Pasó algo?

—Carajo, estás hermosa, *sorellina* —exclama Enzo—. Lucca tiene mucha suerte.

Sonrío.

—Estoy de acuerdo. Estás increíble, hermanita —dice Matteo, sin apartar la mirada de la mía.

—Ustedes tampoco se ven nada mal —bromeo—. ¿Ya es hora? —pregunto, con el corazón latiendo a mil, y Matteo asiente.

—Por eso vinimos —intercambia una mirada con Enzo—, a buscar a nuestra hermanita —agrega Matteo con ese tono serio suyo.

Los observo, confundida.

—Creo que papá querría verte entrar con nosotros a tu lado.

¡Oh, mierda!

Respiro profundo, sintiendo un nudo en la garganta.

—Nada me haría más feliz —susurro, con la voz entrecortada.

—¿Lista? —preguntan casi al mismo tiempo, ambos extendiendo el brazo hacia mí.

—Como nunca lo he estado —respondo, sin poder contener la sonrisa.

—Es bueno verte así… sonriendo —comenta Matteo apenas salimos del cuarto.

—Estaba lista para casarme con quien tú eligieras, Teo, por la familia, por las tradiciones, pero estoy feliz de casarme por amor y con quien elegí, ¿cómo no voy a sonreír?

—Buena respuesta.

—Te libraste del gordo calvo… —Enzo, siempre tan callado, se manifiesta, y es imposible no reír.

—Gracias por recordármelo, otro motivo más para sonreír. —Le guiño un ojo, y Matteo no logra contener la risa—. Me alegra que todos hayamos logrado esto —hago una pausa, mirando de uno a otro—, algo como lo que tuvieron mamá y papá.

Ambos asienten en señal de acuerdo.

—Vamos, que Lucca debe estar sudando frío esperándote —exclama Matteo.

—¿Y tú todavía tienes dudas? —bromea Enzo.

—Dejen de ser malvados. Yo también estoy al borde de un colapso —respondo, apretando mis manos entre sus brazos.

A cada paso, la música instrumental se escucha más fuerte y, poco a poco, empiezo a ver a los invitados sentados en las sillas de madera, alineadas a lo largo del amplio césped. Bonitos arreglos de rosas blancas delimitan el pasillo y, al final, bajo un arco completamente cubierto con cientos de rosas blancas, mi mirada encuentra la suya.

Al compás de "*I Was Born to Love You"*, camino los pocos metros que nos separan, viendo en sus ojos el mismo sentimiento que me domina: amor.

CAPÍTULO 34 LUCCA



Life after you - Daughtry
All of me – John Legend
Can't Help Falling in love – Elvis Presley
I was born to love you – Freddie Mercury
Can't Stop Loving You – Van Halen

¡El gran día ha llegado, maldita sea!

El que ni en mis mejores sueños pensé que fuera posible.

Chiara Zampieri… mía.

Mi esposa, carajo.

Tengo ganas de gritar, pero me obligo a respirar hondo, admirando las colinas frente a mí.

Dormir fue una misión imposible, más aún sabiendo que ella estaba a pocos metros, cortesía de Matteo, que sugirió que me quedara en la mansión, ya que la gente había empezado a trabajar en la remodelación de mi casa y todo era un caos por allá. Pero él no sabe que estar así… tan cerca de Chiara es pura tortura.

Dios, cuánto la deseo.

Así que, de madrugada, salí a correr, algo corto, nada que ver con lo que suelo hacer, pero la verdad es que necesitaba gastar un poco de energía acumulada. Por los golpes, sigo tomando precauciones; la costilla y la pierna no me dejan hacer demasiado, pero pronto estaré al cien por ciento y listo para lo que venga.

Ahora toca volver a la mansión y prepararme para el día caótico que tengo por delante, pero el final será gratificante: tendré a la *bambina* solo para mí, y entonces, al diablo con mis doloridas

costillas y pierna, voy a recuperar todo el maldito tiempo que he perdido.

Termino de ponerme la camisa cuando golpean suavemente la puerta.

—Pueden entrar —grito, ya imaginando quién es.

—Todavía no estás listo, carajo —exclama Enzo, entrando con Matteo siguiéndolo.

Ambos ya están vestidos y listos para la ceremonia.

—Estaría listo si no me interrumpieran —bromeo, exagerando, y el subjefe solo levanta el dedo del medio en respuesta.

—Los invitados llegarán pronto —señala Matteo.

—Estaré listo en diez minutos.

—Perfecto.

—¿Algún problema? —pregunto, sabiendo que aunque sea día de fiesta, eso solo significa que la seguridad será aún más estricta para los invitados.

—Todo bajo control —me tranquiliza Enzo.

—¿Chiara?

—Se está arreglando con Giulia e Isa, *mamma* dijo que en media hora estarán todas listas.

—¡Carajo! —suspiro y veo al *Don* apretar los labios para no reír.

—¿Nervioso, *consigliere*? —Enzo no se aguanta.

—Ansioso es la palabra.

—Hoy nada de bromas sobre que quieres saltar directo a la luna de miel, ¿cierto? —rezonga.

—De ninguna manera, todavía quiero mis bolas intactas —bromeo, mirando a Matteo, que solo frunce el ceño, pero sé que quiere reír.

—¿Tuvimos noticias de los Del Vecchio? —pregunto, yendo a un tema seguro, ya que es de conocimiento general que Tommaso terminó como comida para los cerdos de Chiusure.

—Nada —responde Enzo—. Lo estoy vigilando de cerca. Puede que él diga que no le importa el destino de su hijo, pero eso

no significa que su esposa y los demás miembros de Civitavecchia piensen igual.

—Vamos a seguirlo —exclama Matteo—. El helicóptero está bien —me avisa.

—Gracias.

No puedo esperar para ver la sorpresa de Chiara, lo que me recuerda que a esta hora ya debe haber recibido el ramo y mi nota, y solo puedo rezar para que le haya gustado.

Nunca fui bueno con las palabras, pero carajo, quería decir todo lo que escribí. Toco mi piel, todavía sensible, pero no podría estar más feliz.

Chiara es todo para mí.

El celular de Matteo vibra y revisa rápidamente sus mensajes.

—Tengo que bajar.

—Ok, ya voy con ustedes.

Observo a mis mejores amigos caminar hacia la puerta y veo cómo se detienen de repente.

—Más vale que hagas feliz a mi hermanita, *consigliere* —dice Matteo, sin mirar atrás, con esa voz dura que conozco bien, sin bromas.

Ni pienso en responder, no hace falta.

—Es lo que más quiero, su felicidad es la mía.

—Buena respuesta, cuñado —exclama Enzo serio—. Odiaría tener que llevarte a Chiusure —dice sin cambiar el tono, pero luego estalla en carcajadas.

—Maldito loco.

—¡No tardes! —complementa Matteo, y solo entonces veo que él también sonríe.

Dos hijos de puta.

Exactamente, diez minutos después estoy listo.

Mando un mensaje a Matteo y no tarda en responder.

Están en los jardines, cerca del lugar de la ceremonia.

Bajo las escaleras solo, y *nerviosismo* no alcanza a describir cómo me siento.

Me restriego las manos en los pantalones del traje y camino hacia los jardines y, carajo, es imposible no impresionarse con lo que la *madrina* logró en tan poco tiempo.

Veo muchos rostros conocidos y los saludo rápidamente.

Se nota su curiosidad al verme. La hinchazón bajó, pero aún hay varios moretones; si a la *bambina* no le importa, a mí tampoco, mucho menos con estos bastardos mirándome.

Estoy vivo y a punto de casarme con la mujer de mi vida.

Solo tengo motivos para celebrar.

La banda empieza a tocar varias canciones, preparándose para el inicio de la ceremonia, y no puedo dejar de caminar de un lado a otro. Entonces los veo.

Acercándose desde la mansión: Matteo de la mano de Giulia; Enzo con Isabella; y la *madrina*, elegante como siempre con un vestido rosado.

No entiendo nada de estas mierdas de ropa de fiesta, pero todas están elegantes.

Ajusto el nudo de la corbata, sintiendo un nudo en la garganta mientras se acercan.

—Lucca, *figlio*, estás tan hermoso. —Doña Eleonora se acerca y sostiene mi rostro, mirándome con tanto cariño que mi corazón parece que va a explotar.

—Gracias, *madrina*, pero no eres muy objetiva —bromeo, y ella sonríe, dándome un golpecito en el pecho mientras ajusta mi corbata.

—*Mamma* tiene razón, estás perfecto, Lucca —dice Giulia.

—Comparado con cómo estabas cuando llegaste, eres otro hombre —bromea Isa, y Enzo apenas puede contener la risa.

—Gracias, supongo… —bromeo y todos estallan en carcajadas.

—Lo importante es lo que piensa la *sorellina*, y para ella —Enzo aprieta mi hombro— podrías tener la cabeza del tamaño de una pelota de básquet. —Me guiña un ojo y apenas tengo tiempo de responder cuando se acerca una señora.

—Con permiso, disculpen interrumpir, solo quería avisar que todo está listo, señora Zampieri, podemos iniciar la ceremonia.

Maldición.

—¡Entonces vamos a empezar! No hay tiempo que perder.

Medio en estado de shock, veo toda la actividad a mi alrededor: Giulia y Matteo; Enzo e Isa alineándose para caminar hacia el altar; el sacerdote ya esperando; la banda lista para iniciar los acordes de otra canción.

—¿El novio entrará solo? —pregunta la organizadora, y estoy a punto de decir que sí cuando siento un toque en mi brazo.

—¡Nunca! No cuando me tiene a mí.

—*Madrina.* —Respiro, sin ocultar la sorpresa.

—¿De verdad pensaste que te dejaría ir solo, Lucca Salvatore? —Me mira seria y luego sonríe—. Eres como un hijo para mí, y será un placer acompañarte.

¡Maldición!

Asiento, extendiendo mi brazo, incapaz de decir algo, y al sonar la versión instrumental de *Can't Help Falling in Love* de Elvis, comenzamos a caminar hacia el altar.

—Gracias, *madrina* —agradezco cuando finalmente llegamos junto al sacerdote.

Ella ni responde, solo sonríe y besa mi frente antes de tomar su lugar junto a Giulia e Isabella.

Me posiciono, ignorando todas las miradas sobre mí. Solo tengo una cosa en mente.

Chiara.

La banda toca las últimas notas y se instala un silencio profundo, que no dura mucho; los violines pronto dan sus primeros acordes y no puedo creer lo que escucho.

Sí… Chiara lo hizo.

Al sonido de *I Was Born to Love You*, camina hacia mí, de brazos con sus hermanos, con una sonrisa enorme en el rostro, sus ojos azules clavados en los míos, y decir que está linda nunca sería suficiente.

Una princesa.

Mía.

Mi bambina.

Intento inspirar, expirar, controlar todo, pero nada sirve.

Siento las lágrimas recorrer mi rostro y, maldición, ni siquiera intento secarlas.

La música termina cuando Matteo y Enzo se detienen frente a mí y, carajo, hasta el *Don* y el subjefe de la Sacra están emocionados. Ambos besan la frente de su hermana y luego se acercan, y para mi sorpresa, recibo un abrazo fuerte de cada uno; Matteo apoya su frente contra la mía mientras sostiene mi nuca con fuerza.

No necesita decir nada. Su mirada lo dice todo: *famiglia*.

Vuelvo mi atención a la rubia, que lo observa todo con los ojos brillosos, sosteniendo con fuerza el ramo de tulipanes.

—Chiara —susurro, acercándome sin desviar la mirada de la suya, rozando mis labios contra su frente y sintiendo su respiración en mi rostro.

—Luc… —La emoción en su voz me aprieta el pecho.

—¿Lista, *bambina*?

—Nací lista, *consigliere* —responde, entrelazando sus dedos con los míos, con una sonrisa contagiosa, y con ella a mi lado sé que estoy listo para todo.

La ceremonia parece interminable, pero no sé si es el sacerdote que habla demasiado o mi desesperación por tomar a Chiara en mis brazos y gritar que es mía, mi esposa.

Tal vez una mezcla de ambos.

El hecho es que cuando el sacerdote finalmente hace la pregunta, mi mirada está en la suya, y no hay duda ni temor en nuestras voces cuando afirmamos ante la familia y los invitados que sí… somos el uno del otro, que sí, nos amamos y queremos una vida juntos.

—Puede besar a la novia, señor Salvatore.

Puedo besar a mi esposa.

No puedo contener la sonrisa ante el peso de esas palabras. Miro a Chiara y ella sonríe, hermosa, y al diablo todo lo demás, hago exactamente eso.

La acerco a mí y la beso, bajo una ovación de aplausos y silbidos.

—Carajo, ¿ya podemos irnos de luna de miel? —susurro en su oído, separándome solo lo suficiente para ver cómo el rojo tiñe sus mejillas.

Ahh, Chiara…

—La tentación es grande —responde, acariciando mi rostro —. *Marido.*

—Dilo de nuevo —pido y ella sonríe.

—Marido, marido… —repite sin apartar sus ojos azules de los míos.

No pienso demasiado, la abrazo levantándola, y más aplausos suenan a nuestro alrededor.

—Creo que debemos atender a los invitados —susurra, y quiero gritar que no me importa, pero me obligo a soltarla.

—Más tarde —digo, y maldita sea, lo digo en serio.

La siguiente hora pasa volando con saludos y fotos, y agradezco cuando consigo tener a Chiara solo para mí, aunque sean solo unos minutos.

Estamos solos, en un rincón apartado de los jardines, con una vista privilegiada de los olivos y las colinas verdes a lo lejos.

—Aún no puedo creer que todo esto esté sucediendo — exclamo, llevando su mano a mis labios, sin cansarme de besarla, tocarla, sentirla conmigo.

Chiara no dice nada, lo que es extraño.

Miro su rostro y descubro que está mordiendo los labios mientras las lágrimas recorren su hermoso rostro.

—Ey —me giro, sosteniendo su cara entre mis manos—, no llores, *bambina* —le pido, secándole las mejillas con el pulgar.

Su mirada encuentra la mía y sonríe.

—Es de felicidad —susurra, sujetando mi camisa con fuerza.

—Aun así, creo que prefiero que solo sonrías.

—¿Recuerdas, en la boda de Enzo, cuando me preguntaste si creía que tendría la misma suerte que mis hermanos? Casarme por amor…

¿Cómo podría olvidarlo?

Asiento, recordando nuestra conversación como si fuera ayer.

—Dijiste que te gustaba pensar que sí.

—Sí, dije eso, pero en mi cabeza… —hace una pausa, respirando hondo—… en mi cabeza, solo podía pensar que quería que fuera contigo. —Más lágrimas recorren su rostro—. Entonces, mira, soy la persona más afortunada. —Sonríe entre sollozos.

Beso su rostro, beso cada lágrima que recorre su piel y luego rozamos nuestros labios, suavemente pero a la vez tan intensamente.

—Eres mi sueño, Chiara Zampieri —susurro contra sus labios —, mi regalo, mi futuro, *sei tutto per me.*

—Estoy ansiosa por ver este tatuaje… de cerca —resalta, guiñándome un ojo.

—¿Ya quieres quitarme la ropa, *bambina*? —Alzo la ceja.

—Desde que te vi hoy.

—¡Carajo, Chiara! —exclamo, atrayéndola más cerca de mí—. ¿Todavía es muy temprano para irnos y tener una fiesta solo nuestra?

Ella ríe, una carcajada deliciosa, contagiosa, y lo único que puedo hacer es quedarme congelado, admirando a la mujer en mis brazos.

—Dios, te amo… tanto.

—Y yo a ti, marido.

Acaricio su rostro, apoyando mi frente contra la suya.

—¿Qué te parece si me das el honor de este baile? —pregunto cuando, incluso a la distancia, escucho la melodía inconfundible de *All of Me* de John Legend.

—Para ti, todos los bailes.

Comenzamos a bailar, juntos, mientras yo tarareo cerca de su oído.

—Ya me encantaba esta canción, pero ahora que me la cantas, tiene otro significado.

—Hablando de música, no creas que no noté tu elección para entrar con tus hermanos.

—¿Te gustó?

—Me vas a dar un infarto.

—La letra es perfecta.

—Tú eres perfecta… para mí —exclamo, apartando un mechón de su rostro—. Por más que quiera quedarme aquí solo contigo, nos espera una fiesta.

—Cierto, y ya que hicimos que *mamma* organizara todo en tiempo récord, creo que es justo aprovechar, ¿qué opinas?

—Todo lo que desees, esposa.

—Cuidado con lo que dices, *consigliere*, lo recordaré más tarde.

Ah, cuento con eso, y mucho más.



Chiara y yo aprovechamos cada minuto de la fiesta, que se extendió hasta bien entrada la noche.

Comimos, bebimos, bailamos y reímos… ¡MUCHO!

Será un día que quedará para siempre en la memoria de todos los presentes. De eso no tengo ninguna duda.

Inolvidable.

La mayoría de los invitados está bailando en la pista al son de las tradicionales músicas italianas, todos todavía eufóricos, después de acompañarnos a Chiara y a mí mientras armábamos el clásico pastel de mil hojas con la ayuda del chef.

Quedó muy bueno, aunque, si soy sincero, estoy al límite e, incluso delante de decenas de invitados, todo en lo que podía pensar era en esparcir la maldita crema por cada parte del cuerpo de Chiara y perderme, lamiendo y chupando cada pedacito.

Casi tuve una erección.

Por eso, ahora camino en dirección a mi esposa con un único pensamiento: nuestra fiesta continúa, pero bien lejos de acá.

Chiara está distraída conversando con Giulia e Isabella, pero apenas nota mi acercamiento y su mirada se cruza con la mía, ella lo sabe.

No necesito decir nada.

Sus mejillas se enrojecen y ni siquiera vi en qué momento nos quedamos solos.

—Creo que es hora de despedirnos, *bambina* —digo, atrayendo su cuerpo hacia el mío—. Te necesito… —Mi voz suena cruda, necesitada, como el hombre hambriento que soy.

—Lucca… —jadea, con el pecho subiendo y bajando—. Todavía tenemos que repartir los recuerdos de la fiesta.

—¿Vamos? —Extiendo la mano y ella no duda ni un segundo.

—Al diablo con los recuerdos —responde, entrelazando sus dedos con los míos.

—Carajo, cómo te amo —exclamo, besando su cuello, y ella se ríe.

—Vamos rápido a avisarle a *mamma* y a mis hermanos.

En pocos minutos, dejo todo arreglado con los Zampieri y llega el momento de despedirnos de los invitados.

—Con permiso… —empiezo, golpeando una cuchara contra la copa de champán, y pronto todas las miradas se posan sobre nosotros—. No voy a tardar ni hacer un discurso, no es lo mío, y la verdad es que no veo la hora de estar a solas con mi mujer —digo, y varios gritan levantando sus respectivas copas.

A mi lado, Chiara se muerde los labios para no reírse de mi falta de filtro.

Nada de "consejero políticamente correcto" hoy.

—Gracias por haberse unido a nosotros y a la *famiglia* en este día… —hago una pausa, mirándola a Chiara, y mi pecho se agita—… en este día tan especial de nuestras vidas —completo, llevando su mano hasta mis labios y depositando un beso allí—. La fiesta continúa, pero la mía ahora es con la dueña de mi corazón. —Levanto mi copa y todos estallan en un aplauso—. ¡Esposa! —exclamo y, sin previo aviso, la alzo en mis brazos, para el delirio de todos, y comienzo a caminar hacia el césped del fondo del jardín, donde nuestro transporte nos espera.

—¡Estás loco, Lucca Salvatore! —exclama riendo—. Ahora bájame, tu pierna todavía no está bien —agrega, sin ocultar su preocupación.

—Créeme, *amore mio,* estoy lo suficientemente bien como para cargar a mi esposa y todo lo demás que tengo en mente —digo serio, y veo su pecho subir y bajar.

—¿Qué significa eso? —pregunta, sorprendida, al ver el helicóptero listo para despegar.

—Nuestro transporte.

—¿Cómo que nuestro transporte? ¿No íbamos a quedarnos acá y viajar mañana?

—Cambio de planes. Hoy te voy a llevar a esa isla y te voy a follar toda la noche, hasta que quedes ronca de tanto gritar mi nombre, con mi polla clavada en ese coño delicioso —susurro en su oído.

—Mis valijas… —jadea, y siento cómo su cuerpo se eriza bajo mi mano.

—En la aeronave, junto con un recipiente lleno del relleno del pastel, cortesía del chef, para que yo lo esparza por tu cuerpo mientras te lamo y te chupo entera.

—Dios, de verdad sabes cómo convencer a alguien —exclama, con una enorme sonrisa—. Creo que nunca estuve tan ansiosa por volar.

—¿Eso significa que estás lista para nuestra luna de miel, *bambina*?

—Más que lista para ella y para toda una vida contigo —responde, rozando sus labios con los míos, y no me queda ninguna duda de que este será uno de los vuelos más largos de mi vida, pero en la mejor compañía posible: la de mi amor, mi *bambina*, y con un único sentimiento latiendo en el pecho: la más pura felicidad.

¡FIN!



EPÍLOGO 1
Chiara

EPÍLOGO 1 - CHIARA

Love me like you do – Ellie Goulding
Love the Way you Lie (Part II) – Rihanna & Eminem
True Colors – Anna Kendrick & Justin Timberlake
Photograph – Ed Sheeran

—Ni siquiera recuerdo la última vez que estuve aquí —digo, mirando toda la isla iluminada mientras el helicóptero la sobrevuela —. Creo que papá todavía estaba vivo.

—Muchas cosas cambiaron —señala Lucca.

—¿De verdad?

—Tu hermano mandó a reformar todo justo después de la boda; la idea es traer a la familia para pasar las vacaciones de verano, contando con toda la infraestructura que necesitamos.

—¿Quieres decir soldados y seguridad?

—Eso también, pero además se hicieron varias mejoras en las instalaciones.

—Ya me dejaste intrigada —admito, sintiendo ese nudo en el estómago mientras la aeronave inicia el descenso.

Cuando tocamos el suelo, lo primero que noto es la ausencia de empleados y soldados; normalmente ya habría, como mínimo, media docena de ellos, disponibles y armados.

—¿Dónde están los soldados? —pregunto, aceptando la mano de Lucca, dejando que la brisa marina me reciba y me

desordene el cabello.

Dios, es bueno estar aquí.

—Nada de empleados ni soldados —avisa Lucca, mientras nos alejamos de la ventolina de las hélices tomados de la mano y caminamos hacia la gran casa tipo terraza en la parte superior de la isla.

—¿Cómo que no? —pregunto, confundida, al ver al piloto dejar nuestro equipaje en la galería y volver rápidamente al helicóptero.

Lucca se gira hacia mí, me sostiene el rostro, mientras observo cómo la aeronave se pierde en la noche.

—Hoy estaremos aquí, solo tú y yo, *bambina* —dice, sin apartar la mirada de la mía.

Puta mierda.

—No hay peligro —se apresura a tranquilizarme—, y la verdad es que no me preocupa. —A nuestro alrededor, solo está el océano; si alguien intenta llegar hasta aquí, lo sabremos con anticipación, y nuestros hombres están de guardia en Cecina.

—No era eso lo que estaba pensando —susurro, con el corazón latiéndome como loco en el pecho.

—¿Entonces qué?

—Solo estaba recordando lo que dijiste antes de subir al helicóptero, algo sobre la cereza del pastel, yo quedándome ronca… —provoco, empezando a desabotonar su camisa, y no me importa que todavía ni siquiera entramos en la casa.

—Maldición, sí —gruñe Lucca, agarrándome el culo y alzándome como si no pesara absolutamente nada.

Enredo mis piernas en su cintura, con las manos aferradas a su cuello, y me estremezco cuando siento sus labios rozarme el cuello y deslizarse hacia mi pecho aún cubierto.

—Mierda, cuánto necesitaba esto… tenerte solo para mí —exclama, dejándome con cuidado en el suelo.

Miro alrededor la gran sala, pero no consigo concentrarme en nada.

No cuando Lucca se arrodilla y empieza a deslizar las manos por la abertura de mi vestido.

—Si supieras cuánto me quedé imaginando mis manos… —deja una estela de besos por mi muslo—… mi boca, subiendo por esta pierna deliciosa.

—Sabía que te iba a gustar —jadeo, al sentir que sus dedos tocan la pequeña lencería blanca de encaje que llevo puesta.

—Mi maldita perdición… —Agarra mi culo, tirando de mi cuerpo hacia el suyo, luego levanta la falda de tul solo para revelar ese pequeño pedazo de tela—. Carajo —gruñe, antes de frotar la nariz ahí, contra mi coño y, cielos, todo en mí vibra.

—¿Nuestra luna de miel va a ser en medio de la sala de estar, *consigliere*? —Jadeo, sintiendo su respiración contra mi piel, sus dedos marcándome.

—También —responde, mirándome con esa sonrisita sucia que amo.

—Buena respuesta.

Aparta la tela hacia un lado, dejando mi coño al descubierto, y contengo la respiración al verlo separar mis pliegues.

—¿La cereza del pastel?

—La noche recién empieza, *bambina*; ahora solo quiero el sabor del coño de mi mujer en mi lengua, en mi barba, carajo, te quiero empapándome entero mientras te corres en mi cara.

—Lucca… —jadeo, aferrándole el cabello con fuerza, sintiendo su lengua deslizarse de abajo hacia arriba, solo para verlo gemir de placer enseguida.

—Estoy en el paraíso…

En un segundo tengo los pies en el suelo y, al siguiente, estoy de nuevo en sus brazos, su boca sobre la mía, haciéndome sentir mi propia excitación.

—Este vestido es hermoso, sería una pena verlo destruido —gruñe, mordisqueándome el labio, mientras me coloca con cuidado sobre el colchón.

Observo, hipnotizada, a Lucca alejarse y empezar a deshacerse de su propia ropa. La camisa blanca es la primera en caer al suelo, revelando su pecho musculoso y, entre la piel aún con moretones, ahí está… mi nombre grabado en su piel y, maldición, eso es caliente como el infierno.

Todo en mí se agita y no pierdo más tiempo.

Me levanto y deslizo el cierre que, gracias a Dios, está en el costado del vestido, escondido entre los cristales, y sin apartar la mirada de la suya, dejo que la tela se deslice por mi cuerpo, quedando hecha un montón a mis pies.

Estoy desnuda de la cintura para arriba, con solo la pequeña tanga hilo dental que, como Lucca ya descubrió, no oculta absolutamente nada.

—*Cazzo* —maldice Lucca, con la voz aún más ronca, necesitada, y eso actúa como combustible, haciéndome arder de expectativa.

—¿Necesitas ayuda, *consigliere*? —lo provoco, acercándome lo suficiente para rozar la punta de mis tetas contra su pecho, mientras mi mano se desliza hacia el bulto que se marca en su pantalón.

—De verdad quieres matarme —jadea, cuando le agarro la polla, moviendo la mano de arriba abajo.

—Solo te estoy ayudando.

—Solo si es para acabar en los pantalones —gime contra mi boca—; a la cama, ahora, te quiero bien abierta para mí —ordena.

—Pero todavía llevo puesta la… —empiezo a protestar, pero ni siquiera logro terminar la frase; con un tirón fuerte, la lencería se convierte en un pedazo de basura y se desliza por mis muslos—. No lo puedo creer…

—A la cama, *bambina*… —Su tono es serio, crudo, haciendo que todo mi cuerpo se erice.

Camino hasta la cama, viendo de reojo cómo se deshace del pantalón y del bóxer, y hago exactamente lo que pidió: me recuesto, abriendo bien las piernas, exponiendo mi coño a su mirada hambrienta.

Lucca no dice nada.

Solo camina hacia mí, como un depredador.

Se arrodilla sobre la cama, elevándose sobre mí, contemplando con avidez mis pechos subir y bajar al ritmo de mi respiración acelerada.

—Estás chorreando, maldición —dice, apoyando las manos en mis muslos, abriéndome aún más, mientras acerca el rostro a su objetivo.

—Lucca… —gimo su nombre y su mirada se encuentra con la mía, antes de sacar la lengua y lamerme de abajo hacia arriba, despacio, sin apuro, como quien saborea un dulce.

—Mía, maldición, tu coño es mío, tú eres mía, Chiara, toda mía —exclama, sujetándome con firmeza las piernas, mientras sigue serpenteando la lengua por todo el camino, provocándome, incendiándome.

—Tuya, Luc, toda tuya, Dios, no pares… —imploro, aferrándome con fuerza a la sábana. Cada movimiento de su lengua me hace arder y sé que ni siquiera ha empezado.

Lucca no responde; separa mis pliegues, me abre, me expone y atrapa mi clítoris con la boca, succionando fuerte, sin parar, al mismo tiempo que mete dos dedos en mi coño.

—¡Puta mierda! —grito, agradeciendo que no haya nadie más ahí, salvo nosotros.

—¿Te gusta, *bambina*? —pregunta, sin dejar de embestirme con los dedos.

—No pares… —es lo único que logro decir.

—Solo cuando te corras en mi boca, maldición —gruñe, mordisqueándome el clítoris, antes de volver a chuparlo, al mismo ritmo de sus embestidas.

—Sí, sí… —gimo, sintiendo mi coño palpitar contra sus dedos —. Lucca… —grito, agarrándole el cabello, necesitándolo ahí, mientras siento mi cuerpo al borde del colapso.

—Acaba, amore mio. Acaba para mí —gruñe, presionando mi clítoris hinchado con el pulgar, al mismo tiempo que eleva mi cadera, pasando a follarme con la lengua.

Es simplemente demasiado.

Intento resistir, durar un poco más, pero mi cuerpo tiene voluntad propia. Mis muslos empiezan a temblar y pierdo el control de todo; solo gimo, rendida, gritando su nombre, mientras el orgasmo me atraviesa.

—¡Lucca! —grito, echando la cabeza hacia atrás, frotando mi coño contra su rostro, asegurándome de que tenga lo que pidió, mi olor, mi placer esparcido sobre su piel.

—Carajo, *bambina*, qué delicia —gruñe, lamiéndolo todo, tomando cada gota mía, tal como dijo que haría.

Mis piernas están completamente flojas cuando Lucca por fin se aparta, con una sonrisa satisfecha y cargada de promesas en el rostro.

Mi mirada va directo a su polla, grande, gruesa, la cabeza húmeda, y mi coño late de ansiedad.

—Chiara… —Su voz es una advertencia.

Vuelvo a mirarlo, solo para pedir exactamente lo que necesito.

—Te necesito.

—¿Quieres mi polla, *bambina*? —pregunta, deslizándola por mis pliegues empapados. Cierro los ojos, con la ansiedad creciendo en mi interior—. ¡Mírame! —ordena, y obedezco, perdiéndome en sus ojos verdosos—. —¿Quieres esto…? —Mete la cabeza en mi entrada, solo para apartarse, provocando.

—Lucca…—jadeo.

—¿Qué quieres, Chiara? —Con su mano libre, presiona mi clítoris, sensible por sus besos, haciéndome desear más.

—Tú, tú… ¡Te quiero dentro de mí, tu polla dentro de mí!

—Toma lo que es tuyo —gruñe, metiendo su polla en un solo movimiento, viéndola desaparecer dentro de mí, llenándome—. Qué coño tan delicioso —murmura entre dientes.

—Sí… —gimo, sin ocultar lo mucho que lo deseo.

Se aleja, dejándome casi por completo, solo para volver a llenarme lentamente, excitándome.

—Esto es una tortura —jadeo, necesitando más, y él sonríe, sabiendo exactamente lo que quiero.

—¡Dilo! —me ordena—. Dilo y te lo daré —insiste, repitiendo el movimiento lentamente, con un solo propósito: volverme loca, mientras su dedo sigue frotando mi clítoris.

—Ya sabes lo que quiero…

—Aun así, me gusta escuchar. —Sonríe, y esa es mi perdición.

Dios, cuánto te amo.

—Fóllame fuerte, *consigliere*. ¡AHORA!

—¡Maldita sea, sí! —gruñe, levantando ligeramente mis caderas, atrayéndolas hacia él, y comienza a empujar dentro de mí intensamente, entrando y saliendo sin descanso, mientras su dedo continúa provocando mi clítoris.

—Sí, sí —grito, disfrutando de la sensación de su polla dentro de mí, llenándome, el sonido de nuestros cuerpos chocando, nuestros gemidos llenando la habitación.

—Tan apretado, tan jodidamente apretado —gruñe, aumentando la velocidad de sus embestidas, golpeándome como un loco.

—Luc… —Empiezo, pero ni siquiera puedo terminar la frase, no cuando el orgasmo me golpea con toda su fuerza, como un camión desbocado, arrasando con todo a su paso. Echo la cabeza hacia atrás, entregándome al máximo placer, mientras Lucca sigue embistiendo, tomándolo todo.

—Vamos, Chiara, acaba sobre mi polla, *bambina*, toma todo lo que es tuyo —ruge, empujando dentro de mí, antes de explotar y gritar mi nombre, su rostro contorsionado de placer, y mi cuerpo se convulsiona a su alrededor, apretándolo, tomando cada gota suya, sabiendo que él es tan mío como yo soy suya.

Lucca se desploma sobre el mío, con cuidado de no cargarme con todo su peso. Estoy atrapada en sus brazos, su respiración entrecortada contra la mía, y su sonrisa refleja la mía.

—Todavía no estoy ronca —jadeo después de unos segundos, viendo como su sonrisa se ensancha al comprender la indirecta.

—La noche apenas empieza. —Me guiña un ojo y, antes de darme cuenta, nos reímos como tontos.

—Dios, cuánto te amo —susurro, acariciando su rostro.

No creas que te saldrás con la tuya apelando a mi lado sentimental; traer tanta crema no fue fácil.

—¡Estás loco!

—Por ti, siempre por ti, y en mi defensa, tuve que asegurarme de tener lo suficiente para cubrirte por completo, y algunas partes de mí que merecen tu atención.

—Interesante.

Será aún mejor cuando te muestre lo que tengo en mente.

—Apuesto a que sí, *consigliere*.

Él aparta un mechón de cabello de mi cara y sus labios rozan suavemente los míos.

—Te quiero mucho hermosa, dame unos minutos para recuperar el aliento y podemos continuar con el plan.

—Si ya estás cansado después de una, solo quiero ver cuánto aguantas toda la noche —le digo con seriedad, y veo que entrecierra los ojos—. Es broma —exclamo, riendo.

—Al diablo con los minutos —se queja, frotando su cuerpo contra el mío, haciéndome plenamente consciente de lo duro y preparado que ya está.

—Lucca… —jadeo, incapaz de ocultar mi emoción por el resto de nuestra noche.

—Es hora de mantener esa boca afilada ocupada, *bambina*.

¡Santo cielo!

—¡Así será!

Definitivamente así será.



No tengo la menor idea de qué hora es.

Por la luz que inunda la habitación, debe de ser tarde, muy tarde.

Me muevo en la cama, pero incluso eso resulta difícil, ya que la pierna de Lucca está apoyada sobre la mía, su mano extendida sobre mi vientre y su rostro enterrado en la curva de mi cuello.

Sonrío.

Recordando que ya pasaban de las cuatro de la mañana cuando finalmente nos rendimos al agotamiento.

El hombre no mintió.

Me hizo gritar y acabar toda la noche, con ambos cubiertos de crema.

Cielos, con solo recordarlo ya siento que mi cuerpo se anima.

—¿Qué hora es? —murmura Lucca, con el rostro aún enterrado entre mi cabello.

—Tarde, dormilón.

—Estoy recuperando fuerzas —replica, y no puedo contener la sonrisa.

—¿Cuáles son los planes para hoy? —digo, girándome para mirarlo, y aun todo adormecido y con lagañas, Lucca es el hombre más hermoso que conozco.

—Comer tu coñito en todas las habitaciones. —Me guiña un ojo, deslizando la mano hasta entre mis piernas—. Todas, excepto la habitación de tu hermano.

—Mmm, ¿tienes límites?

—Más que nada tengo amor por mis bolas.

No puedo contener la risa.

—Suena a algo que haría Matteo.

—¿Y tú te ríes? —Entrecierra la mirada, intentando parecer serio, y mi sonrisa solo se agranda.

—Será mejor seguir con tu plan, me gusta —enfatizo—, pero ¿y cuando se acaben las habitaciones de aquí adentro? —pregunto, mordiéndome los labios.

—Todavía está el exterior. —Señala, presionando el dedo contra mi clítoris, dejándome empapada y lista para empezar el juego.

—Mmm, cada vez más interesante.

—Piscina, playa, los senderos…

—¿Cuándo empezamos?

Se mueve y, en segundos, estoy bajo su cuerpo.

—Ya me conoces, sabes lo que pienso sobre la importancia del desayuno —dice, empezando a dejar un rastro de besos en mi cuello, bajando hacia mis pechos.

Puta mierda.

Ya sé adónde va esto, y me encanta.

—Desayuno, entonces…

—Casi lo olvidaba, hay un regalo para ti en la mesita a tu derecha.

—¿Y me lo dices ahora? —jadeo, cuando su lengua empieza a rodear mi pezón y Lucca responde con un leve mordisco.

—Tómalo.

Palpo la mesa, encontrando una caja rectangular.

—Vamos, ábrela —ordena, alternando su atención de un pecho al otro y, Dios, ¿cómo se supone que piense con este hombre haciendo eso?—. ¿Problemas con el envoltorio? —pregunta, antes de atrapar mi pezón con la boca y chupar fuerte; muerdo mis labios, conteniendo el gemido.

—Esto va a tener consecuencias, *consigliere* —gimo, sintiendo su lengua serpentear por mi vientre hasta detenerse a la altura de mi ombligo.

Aprovecho la pausa y rompo el papel, tirando del cartón con fuerza, solo para revelar su contenido.

—No lo puedo creer…

—¡Créelo!

—¿Un vibrador?

—Un plug anal —explica, separando mis pliegues, con el rostro suspendido sobre mi coño y una sonrisa descarada—. Vamos a dar una vuelta por la isla después, quiero que lo uses.

—¿Te volviste loco? —pregunto, pero no responde; atrapa mi clítoris con la boca, succionando delicioso.

Maldito…

Lanzo el plug sobre la cama, aferrándome a la sábana, deleitándome con cada movimiento de su boca.

—En serio… —jadeo, y él se aparta, deslizando el índice hasta mi entrada—. ¿Cómo se supone que camine con eso en el culo? ¡Imposible!

—Te prometo que valdrá la pena, cuando esté rompiéndote el culo esta noche —dice, metiendo dos dedos dentro de mí.

—Lucca… —gimo, cerrando los ojos, mientras sigue metiéndome los dedos, provocando, incitándome—. ¿Se supone que esto debería animarme? —consigo decir después de unos segundos,

y sé, simplemente sé, que se está divirtiendo con toda esta situación.

—Te lo dije, era solo cuestión de *cuándo* y, bueno, el *cuándo* llegó. —Mete el índice entre mis pliegues y luego lo lleva hasta atrás, presionando, y contengo la respiración.

—¿En nuestra luna de miel?

—Qué puedo decir, me gustan las fechas importantes.

—Esto sin duda será me.mo.ra.ble. —marco cada sílaba—. ¿Me vas a meter esa cosa ahora?

—Relájate y solo disfruta, cuando te lo ponga, lo sabrás —avisa, antes de volver a atrapar mi clítoris con la boca, y lo único que puedo pensar es que estoy segura de que lo sabré.

Me pongo tensa, pero no dura ni cinco segundos.

Imposible, con la lengua de Lucca haciéndome la vida imposible.

Sus dedos y su lengua no se detienen y me olvido de todo lo que no sea nosotros aquí, ahora, y el placer que crece dentro de mí.

Lucca saca los dedos empapados de mi interior y empieza a frotarlos contra mi culo, lubricándome.

Estoy a punto de decir algo, pero sus labios se cierran alrededor de mi clítoris, chupando de una forma tan deliciosa que pierdo por completo el hilo.

—Lucca…

No responde.

Está ocupado, matándome de placer.

Entonces lo siento, la leve presión en mi culo.

—Luc… —jadeo, aferrándome a la sábana, sintiéndolo presionar el juguete, y ni siquiera sé cómo explicar el torbellino de emociones que me golpea.

Es extraño y bueno, al mismo tiempo.

No sé si es porque Lucca no dejó de estimularme ni un solo segundo, pero el hecho es que no puedo quejarme.

—Listo, bella, lo tomaste todo —gruñe, masajeando mi clítoris con el pulgar, mientras sigue moviendo esa cosa hacia adelante y hacia atrás.

—Puta mierda —gimo, cerrando los ojos, acostumbrándome a la invasión.

Sigue provocándome, incendiándome, y estoy tan cerca, tan cerca.

—Lucca… —Me muevo, necesitando más, solo un poco más.

—¿Quieres saber cómo es estar completamente llena, *bambina*? —gruñe, con la lengua rodeando mi punto sensible, y mi coño palpita en respuesta.

—Yo… —Elevo la cadera, necesitada de él, de todo lo que solo él puede darme, y él lo hace: apoya la cabeza de su polla en mi entrada, empujando despacio y, Dios, su polla parece aún más grande.

—Carajo… —gime, avanzando lentamente, y ya no sé ni quién soy.

—Voy a explotar —jadeo, mirando el punto donde nuestros cuerpos se unen, solo para ver su polla desaparecer dentro de mí, hasta que queda completamente enterrada—. Oh… —Echo la cabeza hacia atrás.

Llena, llena, demasiado llena.

—Maldición… —gruñe entre dientes—. Me tienes loco, *bambina*. —Su voz es cruda.

Lucca vuelve a estimular mi clítoris con el índice, moviéndose despacio, entrando y saliendo de mi interior, y con cada movimiento, todas mis terminaciones nerviosas parecen estar en llamas.

—Lucca, yo…

—Dios, tu coño me está estrangulando, no voy a durar, carajo.

—Ni yo —jadeo, clavando las uñas en la sábana, sintiendo que mis piernas empiezan a temblar.

Parece darse cuenta de que estoy a punto, porque, de alguna manera insana, se retira por completo, solo para volver a llenarme con una embestida fuerte y luego otra, y otra más, y ese es mi final.

Todo mi cuerpo colapsa.

Acabo con fuerza, aferrada a la sábana, con un plug metido en el culo, mientras Lucca sigue empujando dentro de mí unas

cuantas veces más, hasta que él también explota, encontrando su propia liberación, corriéndose con fuerza dentro de mí y, cielos, ya ni siquiera sé quién soy.

—No sé tú, pero yo necesito unos minutos antes de poder levantarme.

Lucca se deja caer a mi lado, jadeante, con una sonrisa en el rostro.

—Así es como se empieza bien el día. Buenos días, esposa.

Hijo de puta.

Es imposible no sonreír.

—Buenos días para ti también, esposo.

Un maldito buen día.



El resto de la mañana pasa con total tranquilidad, salvo por el hecho de que sigo teniendo el plug ahí.

Paseamos por la propiedad, admiramos el paisaje, la paz, sacamos decenas de fotos, reímos mucho; fue absolutamente increíble vivir estos momentos con Lucca y, cuando el calor empezó a volverse insoportable, regresamos a la mansión con una única misión: una ducha refrescante y recuperar energías.

—¿Piscina más tarde? —pregunto, mientras pasamos junto a ella y solo puedo pensar en lo deliciosa que debe estar el agua.

—Todo lo que quieras, *bambina*.

—Voy a anotarlo.

Lucca ríe y me atrae hacia sus brazos.

—Puedes anotarlo, pero ahora… —Mordisquea mi cuello.

—Estoy sudada —jadeo.

—Sudada o no, te lamería enterita.

—Dios, eres muy pervertido.

—Lo soy —afirma, continuando con los besos y mordiscos en mi cuello, mientras sus manos se deslizan por los costados de mi cuerpo, hasta que me agarra el culo, roza su cuerpo contra el mío y…

—Tú estás…

—Duro y dolorido por ti —gruñe en mi oído.

—Lucca… —jadeo, sintiendo sus manos deslizarse bajo mi vestido y, en segundos, me quedo solo en ropa interior.

—Hermosa —susurra, recorriéndome con la mirada, haciendo que todo en mí se caliente—. Ven conmigo, *amore mio*, voy a enjabonarte enterita y después…

—¿Y después? —pregunto, sabiendo cuáles son sus planes y notando que percibe mi vacilación.

—No tenemos que hacerlo si no quieres —me tranquiliza, con la mirada fija en la mía—. Quitamos el plug y seguimos con nuestra diversión. —Acaricia mi rostro—. Se trata de descubrir y disfrutar; no pasará nada si tú no quieres —enfatiza y, maldita sea, ¿cómo puede ser tan perfecto?

—Tengo miedo —empiezo, haciendo una mueca—. Tú no la tienes… pequeña.

Él pone esa sonrisita descarada y yo solo pongo los ojos en blanco.

¡Hombres!

—Está bien —dice, acariciándome el rostro.

—Pero mi curiosidad es mayor que mi miedo —suelto, para su sorpresa—. Y confío en ti.

—Maldición, Chiara —me sujeta la nuca, apoyando su frente en la mía—, ¿estás segura?

—Cien por ciento. —Sonrío—. Ahora dame una ducha y hazme tener un orgasmo, por favor, porque me estoy malcriando mucho.

Lucca estalla en carcajadas y, al final, los dos estamos riéndonos como tontos.

—Voy a cuidar de ti, *bambina* —susurra, mirándome con tanto deseo que ni siquiera consigo responder; sin apartar la mirada de la suya, me deshago del sujetador y pego mi cuerpo al suyo, necesitando sus labios sobre mí.

El *consigliere* no pierde tiempo, me agarra la nuca y baja sus labios a los míos en un beso ávido, intenso.

Nada lento, nada contenido.

Es urgente.

Ni siquiera sé cómo llegamos al baño; solo sé que, en segundos, ambos estamos completamente desnudos, incapaces de tener suficiente el uno del otro.

El agua caliente nos recibe y, durante los minutos siguientes, casi me derrito con Lucca enjabonando cada centímetro de mi cuerpo, rozando su polla a propósito contra mi vientre y mi culo, provocándome, incitándome.

Si él juega, yo también…

Aprovecho que está distraído enjabonando, por décima vez, mis pechos, y le agarro la polla.

—Maldición… —jadea y no puedo contener la sonrisa. Muevo la mano de arriba abajo, sin apartar la mirada de la suya. Deslizo el índice por la cabeza y veo cómo se le tensa la mandíbula—. Hora de enjuagarte —gruñe, tirando de mí hacia el chorro de agua y, apenas quedo libre de la espuma, su boca se cierra sobre uno de mis pechos.

—Lucca… —jadeo, aferrándole el cabello, mientras sigue succionando con fuerza, alternando la atención de un pecho al otro, al mismo tiempo que su mano baja a mi coño, abre mis pliegues y descubre que estoy chorreando y lista para él.

—Carajo, Chiara —gruñe, mordisqueándome el pezón antes de volver a meterlo en la boca y succionar con fuerza.

—Es tan bueno —gimo, frotando mi coño contra sus dedos, prácticamente montando su mano.

—Estás tan mojada… —Presiona mi clítoris y ni siquiera logro responder.

Suelta mis pechos y desliza la lengua por mi vientre, recorriendo todo el camino hacia abajo y, sin rodeos, me aprieta contra la pared y atrapa mi clítoris con la boca.

—¡Oh, Dios!

Lucca simplemente sigue.

Tira de mi clítoris entre sus dientes, solo para volver a succionarlo, y ya no consigo pensar en nada más.

Gimo, intentando aguantar, pero siento mis muslos temblar bajo su ataque.

Sin dejar de chuparme, agarra la base del plug y tira del juguete hacia afuera, solo un poco, y cuando creo que va a sacarlo por completo, me sorprende empujándolo de nuevo dentro de mí.

—Ahhh… —grito, mirando hacia abajo solo para encontrar su mirada fija en mí, brillando de deseo, mientras su lengua rodea mi punto sensible.

—Te quiero acabando en mi boca mientras te follo el culo con el plug, y después será mi polla… aquí —enfatiza, moviendo el juguete, y yo solo asiento, sabiendo que, a este ritmo, no va a tardar en pasar.

Lucca vuelve a deslizar la lengua por mis pliegues, provocándome, incendiándome, mientras sigue empujando el plug en mi culo, despacio, entrando y saliendo.

Muerdo mis labios y aprieto los puños.

Tan cerca, tan…

—Luc… —gimo, desesperada y, para mi desgracia, acelera los movimientos al mismo tiempo que atrapa mi clítoris, metiéndolo entero en la boca y succionando con fuerza, al mismo ritmo de las embestidas—. Maldición, Maldición… —balbuceo, con las piernas temblando tanto que ni sé cómo sigo en pie, pero Lucca me sostiene con firmeza bajo su ataque, mientras grito fuera de mí, corriéndome en su boca, y él sigue chupando, lamiendo, hasta que da una última lamida de abajo hacia arriba y recién entonces saca el plug, arrancándome otro grito de placer.

¡Puta madre!

Estoy completamente floja y aún temblando por el orgasmo devastador que acabo de sentir, cuando Lucca cierra la ducha y me carga hasta el dormitorio.

Con cuidado, me coloca sobre el colchón y estoy tan anestesiada que ni siquiera protesto por el desastre de agua que, sin duda, estamos haciendo.

—Lucca… —susurro, observándolo caminar hasta la mesa de noche y tomar un frasco.

Su polla dura se balancea, atrayendo mi atención como un imán.

El colchón cede bajo su peso y todo mi cuerpo se pone en alerta, en una mezcla de expectativa y miedo.

—Relájate, *bambina*.

Respiro hondo, sintiendo cómo sus manos empiezan a masajear mis piernas, mis muslos y, cielos, esto es bueno, muy bueno.

—Definitivamente no me quejaré, *consigliere*. Orgasmo y masaje… eres fantástico.

—Acuéstate boca abajo —ordena y no dudo; hago lo que pide y enseguida siento sus manos deslizarse por mi espalda, bajar por mis muslos y piernas, solo para volver a subir, hasta que llegan a mi culo, acariciando, frotando y, maldición, esto es buenísimo.

—Mmm —gimo y, cuando creo que ya no puede sorprenderme, Lucca separa mis nalgas y empieza a deslizar su lengua por mi culo—. Luc… —jadeo.

—Qué culo tan delicioso —gruñe, lamiéndome por completo, rodeando mi ano con la lengua, y creo que voy a morir de vergüenza, pero con cada movimiento suyo empiezo a relajarme y a pensar solo en lo increíble que se siente.

Se coloca detrás de mí, levantando levemente mi cadera solo para tener un mejor acceso, y continúa su ataque, mientras su índice empieza a provocar mi clítoris aún sensible.

—Oh… —jadeo, cerrando los ojos, sin poder creer que esto esté pasando de verdad.

Se aparta y, de inmediato, siento su ausencia, pero enseguida regresa y vuelvo a sentir sus dedos y su lengua sobre mí. Sustituye su lengua por el índice, empezando a frotar mi entrada, empujando suavemente su dedo en mi culo, y me muerdo los labios cuando siento que todo se calienta.

—Lucca…

—Es solo lubricante, *bambina*, te estoy preparando para recibirme.

—Ok…

Sigue tocándome, metiendo su dedo en mí, provocándome, mientras la otra mano continúa estimulando mi clítoris. No sé

explicarlo, solo sé que llego a un punto en el que necesito más, mucho más que un dedo.

Lo necesito a él.

—Luc… —gimo, empinando el culo y él lo muerde, intensificando el movimiento de sus dedos.

—Qué culo tan jodidamente delicioso —gruñe, metiendo su dedo dentro de mí, embarrándome por completo.

—Por favor…

—Chiara… —Su voz es ronca, cargada de deseo.

Se acuesta de lado, tirando de mi cuerpo para acercarme al suyo.

Quedamos de costado, su polla dura empujando mi culo, mientras siento sus labios rozando mi cuello, mis hombros.

—Pararemos en cualquier momento, *bambina*.

Asiento con la cabeza, sintiéndolo acomodarse contra mi culo, la cabeza de su polla deslizándose, presionando, empujando.

—Ohh… —Siento que todo quema, a medida que me penetra —. Lucca…

—Ya casi, casi… prometo que va a sentirse bien —susurra junto a mi oído, llevando una mano a mi coño, provocando mi clítoris —. Listo, ya me tienes, todo.

—Yo… —Ni siquiera consigo hablar, siento que voy a explotar. Todo arde.

Lucca permanece inmóvil dentro de mí, y podría jurar que lo siento palpitar.

—Necesito moverme —dice entre dientes—, tu culo me está apretando tanto —jadea, y escucharlo así, saber lo que le estoy haciendo, sumado a su toque en mi clítoris, me excita de una manera que siento cómo mi cuerpo empieza a relajarse.

—No pares —exclamo, preparándome para el dolor, pero no es eso lo que sucede. Empieza a moverse despacio, saliendo casi por completo, solo para volver a llenarme.

—Mía, carajo, tu coño y tu culo son míos, carajo, tú entera eres mía, Chiara —ruge, apretando mi cadera, tirando de mí hacia su encuentro, intensificando los movimientos y, con cada embestida, el placer crece dentro de mí…

—Tuya, tuya… —gimo, sin poder creer que realmente se sienta tan bien.

Voy a explotar de placer.

Mis piernas tiemblan, no tengo control de nada más, es demasiado, así que simplemente me entrego, dejando que todo venga.

Y viene.

—Lucca… —grito cuando un orgasmo devastador me golpea de lleno.

—¡Carajo, *bambina*! —exclama, embistiendo dos veces más en mi culo antes de explotar rugiendo mi nombre, y en mi mente solo consigo pensar:

Tuya, completamente, tuya.



—No puedo creer que ya tengamos que volver —refunfuño, haciendo puchero mientras organizo mi valija.

Es así: si entró toda la ropa a la ida, tiene que entrar a la vuelta.

—Siempre podemos volver para disfrutar un poco más.

—Nunca volverá a ser nuestra luna de miel —argumento.

—Podemos renovar nuestros votos dentro de algunos años y tener todas las lunas de miel que queramos. —Lucca guiña un ojo y no logro contener la risa.

—Tengo que admitir que es una buena respuesta, *consigliere*.

—Todo por ti, *bambina*.

La semana entera fue increíble, bueno, excepto ayer, que estuve con malestar estomacal casi todo el día; por eso, el armado de las valijas quedó para hoy, el último día.

En fin, no se puede tener todo.

Lo que no logro entender es cómo solo yo me sentí mal, cuando Lucca comió exactamente lo mismo.

Afortunado.

Parece que no me queda nada en el estómago, pero al menos no tengo diarrea.

¡Gracias, Señor!

—¿No quieres pasar por el hospital?

—No —afirmo, haciendo una mueca—. Seguro que mañana ya estaré mejor.

Su celular vibra sobre la mesa de luz y atiende de inmediato.

—Avísale a Matteo que todavía estás de luna de miel —bromeo, terminando de doblar la última prenda.

—Listo —responde—. Ni hablar. Tranquilo, ya vamos en camino. —Hace una pausa—. Era Enzo —me avisa y, por su expresión, solo puede significar problemas.

—¿Algo anda mal? —Arqueo una ceja, sin tener la menor idea de qué puede ser.

—Parece que no tendrás opción, *bambina*.

—¿Cómo que no? —pregunto, incorporándome, sin disimular la curiosidad.

—Vamos al hospital —dice y luego sonríe—. Pietro está llegando, Giulia acaba de romper bolsa.

—¡Ahhhh! —grito, sin ocultar la emoción, solo para después salir corriendo como loca al baño, devolviendo lo poco que logré comer en el desayuno, mientras Lucca me sostiene el cabello y me acaricia la espalda—. Tal vez no sea mala idea ir al hospital —susurro, cuando mi estómago deja de convulsionar.

—El médico te revisará y te recetará algo…

—Odio a los médicos —refunfuño.

—Voy a poner las cosas en la terraza, el helicóptero ya viene a buscarnos.

—Ok, dame cinco minutos y te alcanzo ahí.

Lucca besa mi frente con cariño y está a punto de salir, cuando la comprensión me golpea con fuerza.

¡Voy a ser tía!

Y ni siquiera el malestar logra impedir la sonrisa enorme que se dibuja en mi rostro.



Llegamos al hospital en menos de treinta minutos y no pasa mucho tiempo hasta que veo a *mamma*, Enzo e Isa caminando de un lado a otro.

—¿Ya nació?

—Todavía no —dice *mamma*, abrazándome y besando mi frente con cariño—. Tu hermano y Giulia entraron hace unos veinte minutos; ahora solo queda esperar —me tranquiliza, acariciándome la espalda.

—Pensé que iba a llegar y Pietro ya estaría esperando los brazos de la tía.

—¡Sería genial, ¿no?! —exclama Isa, con una sonrisita—. Esta espera me está matando.

—El primer hijo siempre tarda.

—No digas eso, *mamma*, Pietro va a llegar rápido, para no torturarnos —digo, deseando estar en lo cierto.

La siguiente hora pasa sin ninguna noticia y, lo juro, ya no aguanto estar sentada.

Mi estómago no deja de revolverse y este olor a desinfectante, a hospital, no ayuda en nada.

—Voy al baño… —susurro a *mamma* y corro hacia el cartel, aprovechando que Lucca está distraído hablando con mi hermano.

Apenas tengo tiempo de abrir la puerta. Empujo la primera que veo y allá va lo que sea que todavía quedaba en mi estómago.

—Dios… —gimo, levantándome con cuidado, solo para toparme con *mamma*.

—Tú también… —sopla, mirándome con preocupación.

—¿También? —pregunto y recién entonces noto que es Isa quien está vomitando en la puerta de al lado—. ¡Oh!

Solo después de asegurarme de que es seguro caminar hasta el lavabo, voy hasta allí, abro la canilla y me lavo el rostro.

Mamma apenas me deja secar la cara cuando pone la mano sobre mi frente.

—Estoy bien, es solo algo que me cayó mal.

—¿Desde cuándo estás así?

—Desde ayer por la tarde.

—¿Lucca?

—Solo yo y, bueno, Isa parece que tuvo la misma mala suerte.

—Odio con todas mis fuerzas vomitar —refunfuña a mi lado —. Dime que tienes pasta de dientes en tu bolso o me va a dar algo.

Para nuestra alegría, *mamma* saca un neceser enorme del bolso y al menos conseguimos enjuagarnos la boca con enjuague bucal.

—Mucho mejor —suspiro.

—Puede que no sea nada, pero… —empieza *mamma*, y me giro solo para encontrarla mordiéndose los labios.

—¿Qué pasa, doña Eleonora?

—¿Cuándo fue la última vez que ustedes dos… —hace una mueca—… menstruaron?

Oh, esa no me la esperaba.

—No estoy embarazada, *mamma*, acabo de volver de la luna de miel —empiezo, sin poder creer que siquiera lo haya pensado.

—Estuviste casi una semana sola con Lucca en esa cabaña.

—¡*Mamma*! —casi grito.

—¿Qué? ¿Crees que nací ayer? Ahora, respondan a mi pregunta.

No sé si me sorprende más lo que acabo de escuchar de mi madre o el simple hecho de no poder recordar cuándo fue la última vez que menstrué.

Nunca fue una preocupación.

Mi ciclo nunca fue regular; ni siquiera con las pastillas mejoró.

—Yo… no recuerdo.

—*Dio mio.*

Miro en dirección a Isa, que parece blanca como el papel.

—Di algo.

—Yo… voy a vomitar —avisa, corriendo de nuevo hacia el inodoro, y me apresuro a ir tras ella, sosteniéndole el cabello, mientras *mamma* va al lavabo y humedece un pañuelo de tela que llevaba en el bolso.

—Aquí tienes, querida, todo va a estar bien —dice, apoyando la tela en su nuca.

—No estamos embarazadas —balbuceo, aunque, en el fondo…— *mamma*, yo… —Me quedo en silencio, pensando que es una posibilidad real.

Lucca y yo tuvimos sexo tantas veces, y todas sin protección, porque yo… yo confié plenamente en las pastillas.

—Tengo una conocida que es enfermera aquí. Hoy mismo vamos a saber si ustedes lo están o no.

Dios nos ayude.

Gracias a los contactos de doña Eleonora, conseguimos que nos sacaran sangre y que la enviaran a análisis con urgencia.

Ahora, solo queda esperar.

El informe llegará a nuestro correo en una hora.

Volvemos a la sala de espera y, por suerte, ni Enzo ni Lucca sospecharon nada.

La excusa fue que es de rutina del hospital tomar sangre, pero que ya nos medicaron por una virosis.

Todavía estoy intentando calmar mi corazón cuando la puerta que da al área restringida se abre de golpe y aparece Matteo, con el rostro rojo de tanto llorar y una sonrisa enorme.

—¡Nació, carajo, nació mi hijo!

—¡Viva! —grita *mamma*, mientras Isa y yo nos miramos y nos abrazamos fuerte, saltando en medio de la sala de espera como locas.

—¡Ascendida a tía! —exclamo, sintiendo las lágrimas correr por mis mejillas.

—¡Y yo a *madrina*! Ay, Dios mío, necesito conocer al príncipe.

Miro hacia Teo y lo veo abrazado a *mamma*, los dos llorando.

Es tan hermoso…

Miro a Lucca, pensando qué será de nosotros si esta virosis dura nueve meses, pero la sonrisa que veo en su rostro al acercarse a mi hermano me dice que el *consigliere* también será un padre baboso y orgulloso.

Por suerte Matteo tiene al director del hospital en el bolsillo, porque, si no, ya nos habrían echado de aquí.

No hubo turnos ni nada organizado.

En nuestra defensa, somos italianos y estábamos demasiado emocionados por conocerlo.

Juntos, invadimos la habitación, solo para ser premiados con la imagen de Giulia sosteniendo su pequeño paquete, y entonces todo se vuelve una sucesión de suspiros y llanto, mucho llanto.

De felicidad, de amor…

—La familia está creciendo —susurro, sintiendo la mano de Lucca en mi espalda y, justo en ese momento, mi celular vibra dentro del bolso.

Lo saco con discreción solo para ver que acabo de recibir el correo.

El informe.

¡Santo cielo!

Mi mirada se cruza con la de Isa y de inmediato sé que ella también recibió el suyo.

—Yo…

—Guau, lloré tanto que necesito retocar mi maquillaje —digo, lo primero que se me ocurre—. Ya vuelvo —aviso, saliendo apurada de la habitación.

—Voy contigo… —Isa aprovecha la excusa y sale detrás de mí.

Ni miro hacia atrás; seguro que Lucca y Enzo deben pensar que somos dos locas.

Ya dentro del baño, el celular parece pesar una tonelada en la palma de mi mano.

—Abre el tuyo primero —digo, mirando a Isa, que parece estar igual que yo.

—No, tú primero.

—Así no vamos a salir nunca de aquí —exclamo, con ganas de reír de los nervios.

La puerta se abre y *mamma* entra, mirándonos a Isa y a mí.

—¿Y bien?

—Todavía no lo abrimos.

—Pero, por el amor de Dios, mírenlo ya. ¿Quieren matarme del corazón?

—Ok, ok… —Mis manos tiemblan mientras desbloqueo el celular y entro a la aplicación.

Cierro los ojos y respiro hondo; cuando los vuelvo a abrir, el documento ya está cargado en la pantalla.

Paso la mirada rápido, yendo directo a la conclusión.

POSITIVO.

Levanto la vista y las lágrimas ya empiezan a caer sin control, el corazón latiendo desbocado en el pecho.

—Oh, Dios mío, es positivo, ¿no? —*Mamma* apenas logra hablar; y yo menos, solo asiento con la cabeza, confirmando, y de inmediato me envuelve entre sus brazos.

—Ay, Dios mío, voy a ser tía. —Isa no sabe si abrazarme o mirar el maldito correo.

—Tú vas a… —jadeo, secándome las lágrimas—. Ahora mira el tuyo, por el amor de Dios.

—Yo… —Sus manos tiemblan como las mías y, cuando ve el resultado, el impacto es tan grande que el celular se le cae, estrellándose contra el piso—. Estoy embarazada.

—Tú estás… —repito, sin poder creer que esto esté pasando de verdad.

—Estoy embarazada. —Me mira de mí y luego a *mamma*—. Dios mío, Dios mío, ¿cómo?

—¿De verdad me van a obligar a explicar lo de la abeja y la miel…? —bromea *mamma* entre lágrimas, abriendo los brazos y abrazándonos fuerte y cariñosamente.

Las tres nos quedamos ahí llorando de la más pura sorpresa y felicidad, y si alguien entra, seguro no entenderá nada, pero ¿a quién le importa?

—¿Qué vamos a hacer? —suelto, cuando por fin logro dejar de temblar y llorar.

—Ahora, cálmense, mis amores.

—Imposible —respondo, sin pensarlo siquiera.

—Estoy contigo, Chi —exclama Isa, intentando recuperar el celular que salió disparado debajo del lavabo.

—Lávense la cara, respiren y, lo más importante, mantengan esto en secreto.

—¿Secreto?

—Una noticia tan maravillosa no puede darse sin preparación, no, no… todavía recuerdo la sorpresa de tu papá cuando le conté que ustedes venían, cada uno —dice, con la voz quebrada.

—¡Ah, *mamma*!

—Vamos a pensar en una forma hermosa para que todos sepan que la familia va a crecer, ¿qué opinan? —pregunta, mirándonos a ambas, que acaba de recoger el celular del suelo y revisa si se rompió algo.

—Será difícil, Enzo está muy vigilado, pero yo puedo.

—Yo también —afirmo—. Hoy todo es sobre Giu, Matteo y Pietro —agrego, y *mamma* aplaude, sin esconder la emoción.

—Ya tengo algunas ideas.

—Ahora me preocupaste. Nada de organizar una fiesta, ¿eh, doña Eleonora?

—Mejor que eso, un almuerzo familiar.



7 días después…
Almuerzo de domingo en la mansión Zampieri.

Si una palabra pudiera describir lo que fue esta semana, diría: ansiedad.

¡A niveles estratosféricos!

Isa y yo casi tenemos un ataque, pero mantenemos firme nuestro pequeño secreto, con la ayuda de *mamma*.

Me atrevo a decir que Giulia sospecha ligeramente de algo, pero Pietro la mantiene bastante ocupada.

Y, Dios, él es lo más hermoso para la tía, buenísimo, solo llora cuando quiere mamar, y todos en casa se han turnado para cargarlo o simplemente admirar al pequeño dormir.

Lucca y yo estamos viviendo en la mansión, ya que nuestra casa sigue en obras para recibirnos y, bueno, estoy loca por contarle

que la remodelación tendrá que incluir cambiar uno de los cuartos de huéspedes; se va a enloquecer.

Cada vez es más difícil engañarlo y, esta mañana me dijo que si me encuentra corriendo al baño otra vez, me amarra y me lleva a la fuerza al médico.

Dramático, ¿no?

No sé cómo van las cosas con Enzo, pero algo me dice que Isa también ha pasado dificultades ahí.

¿Hombres mandones y protectores? Aprobados con éxito.

En fin, hoy es el gran día.

El día de contar que la familia va a crecer por partida doble, y casi no pude dormir anoche, solo imaginando la sorpresa y el shock de todos.

Para todos los efectos, es un almuerzo familiar: pasta hecha con esmero, una buena copa de vino, claro que no para mí ni para Isa.

—¿Todo listo, *mamma*? ¿Necesitas ayuda con algo? —pregunto, al verla terminar de acomodar la mesa.

—Más que perfecto, *figlia*. Carlota ya me ayudó con todo, ve a disfrutar de tu sobrino —me besa la frente— e imagina cuándo te toque —susurra solo para mis oídos.

—*Mamma*… —Respiro agitada, y veo que Giulia nos observa.

Camino hacia ella sin ocultar la sonrisa.

—¿Y cómo está el lindo de la tía?

—Mamando como un ternerito —dice, y solo puedo admirar su boca succionando, mientras sus manitas pequeñitas aprietan instintivamente el seno de Giulia.

—Es tan precioso.

—Lo es —exclama—. ¿Estás mejor? Isa sigue con malestar estomacal, esa terquedad. Ya dije que llamaré al doctor para que venga a revisarla.

—Mejor imposible —miento.

—¿Quieres cargarlo un rato? —pregunta, acariciando su cabecita.

—Me encantaría, pero deja que se llene bien de su *mamma* —bromeo.

Me giro al escuchar pasos y mi mirada se cruza con la de Isa.

—Pensé que solo faltaba yo —comenta, mirando la sala donde estamos solo nosotras y *mamma*.

—Adivina dónde está tu marido —no puedo contenerme.

—Todo es culpa de tu marido, ¿sabes, Giu?

—En defensa suya, fue el tuyo quien los llamó para una reunión rápida sobre protocolos de seguridad o un envío especial de una ciudad cuyo nombre es impronunciable. Algo ruso. —Se encoge de hombros, acomodando a Pietro para que eructe.

—Espero que no tarden, tengo hambre.

—Eso es porque tu estómago está vacío, ya que no paras de vomitar…

—Estoy un poco mejor. Esta virosis me pegó fuerte. Ni voy a acercarme mucho a mi amor —exclama, y su mirada se cruza con la mía.

Es terrible mentir, pero es por un buen motivo.

—Este olor es mortal, *mamma* —dice Teo al salir de la oficina con Lucca y Enzo a su lado.

Mi mirada se cruza de inmediato con la suya y, diablos, no importa cuánto tiempo estemos separados, siempre es bueno verlo.

Sonrío y me pongo toda boba cuando Lucca se acerca, apoyando sus manos en mi espalda.

—¿Todo bien, *bambina*? —susurra en mi oído.

—Todo perfecto, ¿por qué?

—No sé, pareces ansiosa.

Casi me atraganto.

—Lo estoy —parpadeo—, por almorzar —bromeo.

—Vamos, queridos, comamos antes de que se enfríe.

Todos se sientan.

Giulia coloca a Pietro en el cochecito junto a su silla y la de Matteo, y todos se preparan para la oración.

Miro a Isa y luego a *mamma*, que asiente levemente con la cabeza, es la señal.

Dios, siento que mi corazón va a salirse del pecho.

Me levanto de repente, arrastrando la silla en el proceso, y todas las miradas se posan en mí.

—¿Sorellina? —Matteo arquea la ceja.

—Antes de empezar, hay algo que yo, bueno… Isa y yo —le guiño un ojo—, preparamos para ustedes.

—¿Qué diablos? —exclama Enzo, mirando a su esposa, que aprovecha para levantarse también.

—No me miren a mí. —Lucca levanta las manos en señal de defensa—. No tengo la menor idea de lo que están tramando.

Muerdo los labios para no reír.

Eso es tan Lucca.

Siempre gracioso.

—*Mamma* —continúo, y ella se levanta, toda seria como acordamos, y va a la despensa, regresando con un carrito con cinco cajas de regalo.

Todas idénticas.

Negras con un hermoso lazo rojo.

—Me da curiosidad, díganme que hay un regalo para mí —bromea Giu.

—Sí —responde Isa, guiñándole un ojo.

Isa toma una de las cajas y se la entrega a Giu, que sonríe de oreja a oreja.

—No puedes abrirla todavía.

—Ay, saben que soy curiosa.

—Esta es tuya, Teo.

—Gracias, *sorellina* —dice, tomando la caja de mis manos, y sé que está tan curioso como los demás, solo que no lo admite.

—Y esta es para ti, *mamma*.

—¿Para mí? —Abre los ojos, sorprendida, porque le ocultamos esa parte.

—¿Creíste que te ibas a quedar fuera de la diversión? ¡Nunca!

—Ustedes son muy astutas. —Besa mi frente y luego la de Isa.

Miro hacia ella y… *es hora de la verdad.*

—Para que esto funcione, es importante que Teo, Giu y *mamma* abran sus regalos solo después de Enzo y Lucca, ¿ok? —aviso.

—Aún me parece muy injusto para la persona curiosa aquí, pero… vamos —resopla Giu, aunque claramente disfruta del suspenso.

—No sé tú, Enzo, pero yo empiezo a preocuparme un poco —bromea Lucca, haciendo una mueca.

—¿Tienes miedo, *consigliere*? —Arqueo la ceja, sin poder evitar provocarlo.

—Viniendo de ti, *bambina* —comienza, sin apartar la mirada —. Solo puedo imaginar cuánto me va a gustar. Recuerda que tus hermanos están aquí, así que cuidado con lo que pusiste en esa caja. —Me guiña un ojo, y yo pongo los ojos en blanco.

—Alguien, por favor, amordace a Lucca —resopla Enzo, con la mirada fija en Isa, que sostiene la caja negra lista para entregársela.

Tomo la mía, es ligera, pero lo que hay dentro va a cambiarlo todo, para siempre.

—A la cuenta de tres pueden abrir, y solo después ustedes —advierte Isa.

—Para ti, Lucca Salvatore. —Le entrego la caja, sintiendo mis ojos humedecerse, sabiendo que lo que contiene refleja lo que ya le entregué a Lucca años atrás: mi corazón.

—Uno. —*Mamma* inicia la cuenta y la tensión es palpable—, dos y tres. Pueden abrir.

La sala queda en silencio mientras mi hermano y mi marido levantan la tapa de sus respectivas cajas.

Esperaba gritos, desmayos, cualquier cosa, pero claro que Lucca tenía que sorprenderme una vez más.

Se arrodilla y empieza a llorar.

—Lucca —susurro, arrodillándome frente a él, sosteniendo su rostro entre mis manos.

—Yo… —No puede ni hablar.

Agarra el body con tanta fuerza.

—¿Voy a ser papá, *bambina*? —pregunta, con sus ojos verdes fijos en los míos, y hay tanto contenido en esa mirada.

—Lee lo que dice, *consigliere* —le pido, con la voz quebrada.

Cierra los ojos, respira profundo y luego lee en voz alta para que todos escuchen:

—"***Ascendido de consigliere a papá".***

—Creo que eso responde a tu pregunta, PAPÁ —digo, enfatizando la última palabra y sonriendo entre lágrimas, y Lucca no dice nada, solo me atrae a sus brazos, hundiendo su rostro en la curva de mi cuello y juntos lloramos, celebrando la llegada de nuestro primer hijo, mientras toda la familia grita y festeja a nuestro alrededor.

—Gracias, *bambina* —susurra en mi oído—. Puede que no haya tenido un buen ejemplo como padre, pero prometo que…

No lo dejo terminar, sostengo su rostro, necesitando que me mire.

—Oye… sé que vas a serlo, porque eres quien eres. Eres bueno, Lucca, eres una buena persona, no tienes nada que ver con tu padre. Eres dedicado, amigo, protector, cielos, eres el hombre maravilloso del que me enamoré y por quien sigo encantándome cada vez más, mi marido, mi amor y ahora el padre de mi hijo… o hija. —Le guiño un ojo y veo las lágrimas deslizarse por su rostro.

—Papá… —susurra, rozando sus labios con los míos.

—Yo debería estar preocupada, voy a ser madre, es aterrador.

Él ríe.

—Serás la madre más hermosa, cariñosa y protectora de este mundo.

Sonrío entre lágrimas.

—Puedes estar seguro de que lo seré, es lo mío. Y si es una niña, tendrá un armario solo para ella. Dios, ¡necesitamos una casa más grande! —exclamo y Lucca se ríe; me alegra verlo así.

—Todo lo que quieras, *bambina*, todo. Gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo, Chiara Zampieri —susurra, sosteniendo mi nuca, su frente apoyada en la mía.

—Gracias por hacerme la mujer más feliz del mundo, Lucca Salvatore —repito sus palabras, sin apartar la mirada de la suya—. Ahora, ¿qué te parece si nos levantamos? —Le guiño un ojo—.

Seguro que tienes curiosidad por ver lo que recibió Enzo, admítelo, te conozco.

—Me hago una idea —bromea—, pero vamos a confirmar. Me conoces demasiado bien.

Riendo, nos levantamos y no hay quien no esté llorando.

Enzo llora como un niño, sosteniendo el rostro de Isa, sin poder creer aún su propio regalo: un body personalizado que dice "***Ascendido a papá – uploading"***, con el dibujo de una barra de progreso, como en una computadora.

Bien nerd, ¿no? ¡Igual que ellos!

Ni Matteo se salvó de nuestra broma.

Con Lucca, aún recuperándose del shock, sosteniendo mi mano, camino hacia mi hermano mayor.

—¿Te gustó el regalo, Teo? —susurro la pregunta.

—¿Si me gustó, *sorellina*? —Se levanta, mirándome a mí y luego a Lucca, y luego exclama con orgullo, levantando una botella de vino con etiqueta personalizada que dice ***"Ascendido a mejor tío/padrino"***—: ¿Cómo no me iba a gustar? ¡Voy a ser tío, por partida doble, carajo…! —Me abraza fuerte, besándome la frente, y luego hace lo mismo con Lucca, sosteniendo su nuca con fuerza, con las frentes juntas, los dos llorando de emoción.

Es una escena tan hermosa que allí estoy, en llanto… otra vez, y sé que no será la última.

Giulia, a su lado, no sabe si llorar o abrazarnos; al final, nos abraza llorando.

—Dios, no puedo creerlo, tú, ustedes… —se corrige, mirando a Isa—… realmente me escucharon.

—Lo pediste al universo, él te escuchó —bromeo, mientras Lucca sigue llorando junto a Matteo.

—Chicos, AMÉ mi taza de "***ascendida a tía/madrina"***, y siento que habrá una ligera discusión al respecto.

—¿Discusión? ¡Nunca! Nos entendemos. Somos familia, siempre encontramos la manera —dice Isa, sacando las palabras de mi boca, acercándose con el rostro rojo de tanto llorar, mientras Enzo es abrazado por Lucca y Matteo, y de repente estamos las tres, abrazadas y llorando otra vez.

¿Qué estaba diciendo?

—Por cierto, Pietro va a quedar hermoso con su body "***Ascendido a primo mayor"***. Yo… —Se muerde el labio, pero empiezan a caer más lágrimas—. Dios, los quiero muchísimo a ambos.

—Seguro que sí —exclamo, viendo que *mamma* está sentada en su silla en la gran mesa del comedor, sola, mirando a todos nosotros, llorando copiosamente mientras sostiene el pequeño cuadro que Isa y yo decidimos darle, con letras doradas que dicen "***Las mejores madres ascienden a abuela… Felicidades, abuela Eleonora".***

—*Mamma* —susurro, tocando su mano—, ¿está todo bien?

Su sonrisa se ensancha mientras nos mira a cada una de nosotras.

—Solo admirando a la hermosa familia que Dios me dio —dice, con la voz entrecortada— y pensando en lo bendecida que soy por tener la oportunidad de verla crecer.

—Nosotras somos las afortunadas por tenerte en nuestras vidas —comienzo, pero debo parar, porque sé que si sigo me deshago—. Y si Dios quiere, nuestros hijos también serán bendecidos por tenerte como abuela.

—Eso dice el cuadro —exclama Giu, guiñando un ojo.

—Solo las mejores ascienden a abuela —complementa Isa.

—Necesito más pañuelos —solloza, extendiendo los brazos en una invitación, que ninguna de nosotras desperdicia.

—Oye, ¿qué es esto? —exclama Lucca, y solo levanto un poco la cabeza, indicando que se acerquen y se unan a nosotras.

—Parece un abrazo en familia —comenta Enzo.

—Entonces, ahí es donde debemos estar —dice Matteo, acercándose con el cochecito donde Pietro duerme pacíficamente, ajeno al alboroto y a esta familia increíble y ruidosa de la que ahora forma parte.

En segundos, *mamma* deja de estar sola y es abrazada por todos nosotros.

Familia.

Aquella que celebra y llora con cada logro nuestro, que sufre y lucha sin importar cuán dura sea la batalla, aquella que cuida y protege pase lo que pase…

Nuestra gran familia: los Zampieri.

EPÍLOGO 2 - CHIARA



Clara

Photograph – Ed Sheeran
Pra você guardei o amor – Nando Reis & Ana Canãs

9 meses después…

La familia ha crecido y está a punto de hacerlo aún más.

Mi enorme barriga es prueba de ello.

La mansión está ruidosa, tal como *mamma* quería.

Se escuchan risas, ese llanto dulce…

Es el sonido de la felicidad absoluta.

—Pronto formarás parte de esta locura, *amore* —digo, acariciando mi barriga mientras termino de revisar por décima vez la maleta de maternidad.

Está todo listo, pero aun así quiero asegurarme.

—¿Qué te parece si vamos a visitar a la abuela, las tías y los primitos? —pregunto, levantándome de la cama—. Tu papá también disfrutará la sorpresa.

A Lucca le molesta dejarme sola, sobre todo en esta recta final del embarazo, pero hoy, en lugar de ir a la mansión con él, preferí quedarme aquí y revisar que todo estuviera perfecto en la habitación del bebé y, por supuesto, en la maleta.

Ahora que todo está listo, será maravilloso sumergirse en todo ese delicioso caos.

Mando un mensaje a Rafaelle y, en menos de cinco minutos, el soldado está en la puerta de casa.

—Deja que la ayude, señora… —comienza, pero ni lo dejo terminar.

—Todavía puedo caminar, Rafaelle. Apenas veo mis pies, pero puedo dar algunos pasos.

No dice nada, pero aun así se queda a mi lado, como un perro guardián, apoyándome en cada paso hasta el vehículo.

Como imaginaba, apenas abro la puerta de la sala, soy recibida por el sonido de voces y ese llanto dulce de bebé, o mejor dicho, bebés.

¡Sí!

Pietro está a punto de cumplir un año y ya es un pequeñito, empezando a dar sus primeros pasos, para la locura y orgullo de Giulia y Matteo. El travieso se sostiene de los muebles, y pronto sé que estará corriendo por la casa dejándonos los nervios de punta.

Enzo e Isa recibieron a las gemelas Alessia y Martina hace unas cuatro semanas.

¡Exacto! ¡Gemelas!

Ni necesito decir que el torturador de la Sacra rompió a llorar cuando tuvo los dos paquetitos en brazos. Dos niñas hermosas, una sonriente, parece que salió a Isa, y la otra, tranquila, observa todo a su alrededor con sus ojos azules inteligentes, una mini Enzo. Esta vez no hubo discusión: Giulia y yo somos las madrinas.

—Buenos días —saludo, viendo a *mamma* jugar con Pietro en su regazo y a Giulia entreteniendo a Alessia mientras Isa amamanta a Martina.

—*Figlia*, qué bueno que viniste, ¿cómo estás?

—A punto de explotar. —Guiño un ojo y todos sonríen.

—Conocemos bien la sensación —bromea Giu, acercándose a mí y dándome un beso en la mejilla.

—¿Y cómo está esta pequeñita? —pregunto, ofreciendo mi dedo para que lo agarre con su manita diminuta.

—Es muy buena, esperando su turno; Martina puede ser la más tranquila, pero cuando tiene hambre, se hace escuchar —comenta Giu, guiñándole un ojo a Isa.

—No me dejes con hambre, que me vuelvo un demonio —bromea Isa, acariciando la cabecita de la pequeña mientras la

observa mamar.

—¿Lucca?

—En el despacho, con tus hermanos —explica *mamma* y, como si estuviera invocándolo, la puerta se abre y allí está él, haciendo que mi corazón se acelere.

—¿Estás bien, *bambina*? ¿Pasó algo? —comienza a lanzar preguntas, caminando rápido hacia mí.

Quiero reír, pero decido tranquilizar al hombre de inmediato.

—Estoy perfecta.

—¿Seguro? ¿Puedo llamar a la doctora?

—Lucca, cálmate, veremos a la médica más tarde… —digo, y en cuanto salen las palabras de mi boca, sé que los planes acaban de cambiar—. ¡Oh, Dios! —Respiro con dificultad, sintiendo el líquido caliente escurrir por mis piernas.

—¿Qué pasó, carajo?

—¡Siiii! —Isa vibra desde donde está—. Tu primito llegará hoy.

Miro mis pies y noto un charco de agua en medio del piso de la sala.

—Rompí bolsa —digo pausadamente, tratando de no entrar en pánico, sabíamos que esto podía ocurrir en cualquier momento.

Estamos listos y preparados.

Y, Dios, no puedo esperar para conocer su carita.

—Parece que tendremos que ir a ver a la doctora más temprano —exclamo, sonriendo, mientras Lucca sigue mirando de mis ojos al suelo, en completo shock—. Lucca… —Agito mi mano frente a su rostro.

—Mi hijo va a nacer —susurra.

—Si te mueves y me llevas al hospital —bromeo, y justo en ese instante siento una fuerte punzada en la espalda.

He pasado mi vida con cólicos menstruales.

Estoy acostumbrada al dolor, pero esto… es mucho peor.

—Oh, Dios.

—Carajo…

En un segundo estoy de pie, encorvada de dolor, apoyada en la pared, y al siguiente estoy en los brazos de Lucca, mientras él da

órdenes a los soldados.

—La maleta… —Respiro, cuando el dolor disminuye—. Necesitamos la maleta, está en casa, sobre la cama.

—Matteo y yo nos encargamos de eso —interviene Giulia—. Lucca te llevará al hospital y yo llegaré enseguida con tu maleta, tranquila.

—Ok… ok… —suspiro, intentando calmar mi respiración, pero otra contracción llega con fuerza, obligándome a apretar los dientes para no gritar.

—¡Vayan, vayan, vayan!

Y así lo hicimos.

Lucca me colocó con cuidado en el asiento trasero de la camioneta y no se apartó un segundo de mi lado.

Sostuvo mi mano y trató de calmarme mientras el dolor me atravesaba, y todo lo que podía hacer era gemir mientras el pobre soldado conducía lo más rápido posible por las carreteras de Siena.

No sé cuánto tardamos en llegar al hospital.

Perdí toda noción del tiempo y del espacio.

Solo sé que los dolores llegaban con intervalos cada vez más cortos.

Pensé que tardaría en sentirlos, pero no… definitivamente no.

—Lucca —grito, sintiendo otra contracción mientras el equipo del hospital nos recibe con una silla de ruedas, donde me acomodan rápidamente y me llevan al interior.

—Todo estará bien, *amore mio*, estaré contigo en todo momento, no soltaré tu mano, ¿me escuchaste? —me tranquiliza, besándome la frente mientras cierro los ojos, apretando su mano con fuerza, sabiendo que estará ahí, pase lo que pase—. Todos vienen para acá.

Sonrío entre lágrimas.

Claro que vendrían.

—¿Oíste eso, Romeo? Todos vienen a conocerte, hijo. Toda la *famiglia* —digo, viendo la misma emoción en los ojos de Lucca.

Me examinan y confirman que estoy en trabajo de parto. Romeo llegará hoy y mi corazón parece que va a estallar de la emoción.

La médica llega pocos minutos después del primer examen y confirma lo que ya sabíamos.

Dilatación casi completa.

—Hora de traer a este italianito a tus brazos, *mamma* —dice, sonriendo.

—Yo… —comienzo, pero ni siquiera termino la frase cuando otra contracción me atraviesa—. Puta madre —grito, casi aplastando los dedos de Lucca.

—Muy bien, muy bien. Estás perfecta, Chiara, así es, con cada contracción empujas un poco más, pronto habrá terminado y tu hijo estará aquí.

Balanceo la cabeza, incapaz de responder.

Todas mis fuerzas y energía están concentradas en superar cada contracción, sabiendo lo que me espera… él.

El momento en que tendré a mi hijo conmigo.

La siguiente media hora pasa en un abrir y cerrar de ojos, con contracciones cada vez más intensas y con intervalos más cortos.

Pierdo toda noción de lo que ocurre a mi alrededor, solo dejo que mi cuerpo me guíe en cada etapa del proceso.

Respira, empuja…

—¡Oh, Dios! —Aprieto la mano de Lucca.

—Solo un empujón más.

—No voy a lograrlo.

—Claro que sí —Lucca besa mi mano y me mira con tanto amor, tanto orgullo—. Tú eres Chiara Zampieri, la mujer de mi vida, la más fuerte y valiente que conozco, tú… me salvaste no solo aquel día en el depósito, me salvaste mucho antes, de mí mismo, de una vida sin ti, así que sí puedes, carajo, puedes todo lo que quieras, *bambina*… TODO.

Sus labios rozan los míos y no intento contener las lágrimas.

—Ahora, ¿qué tal si traemos a nuestro niño para que conozca a la familia? Apuesto a que todos están andando de un lado a otro en la sala de espera.

Sonrío, porque sé que exactamente eso es lo que están haciendo.

Asiento y respiro hondo.

—En la próxima contracción, empuja con toda tu fuerza, Chiara —orienta la médica, con la mirada fija en la mía. Asiento, sabiendo que se acerca el momento.

El dolor llega con todo, pero no me resisto; voy con él.

Veo que la médica dice algo, pero ni escucho nada.

En ese momento, es como si todo se trasladara a otro plano, soy puro instinto.

—¡Ahhhh! —grito, haciendo fuerza, dejando que mi cuerpo me guíe, sin soltar la mano de Lucca ni un segundo, hasta que un alivio inmenso me invade y el llanto más hermoso del mundo llena la sala.

—Carajo, carajo, lo lograste, *bambina*.

—Un niño hermoso y saludable —anuncia la doctora, entregándomelo directamente, todo sucio y aún con el cordón umbilical.

—Hola, mi amor, soy yo, tu *mamma*. —Mi voz está entrecortada, cargada de emoción. Mi niño deja de llorar al escucharme —suspiro y solo puedo llorar—. Este es tu papá… —Me giro solo para encontrar a Lucca mirando completamente asombrado a nuestro hijo, su rostro empapado en lágrimas.

—¿Y bien, campeón? —Apenas puede hablar.

Imposible describir la grandeza de este momento.

—Ustedes son lo más precioso que tengo, mis amores. —Lucca besa mi frente y luego la de nuestro hijo, y el pequeño se calma al sentir su toque y escuchar su voz.

—Lucca… —Su mirada se encuentra con la mía y, juntos, decimos:

—Bienvenido, Romeo Salvatore Zampieri.

Le dije a Lucca que no me importaba que el último apellido fuera Salvatore, como dicta la tradición, pero para mi sorpresa y emoción, él insistió, diciendo que los Salvatore morirían con él y que nuestro hijo era un Zampieri.

—¡Gracias! —digo, atrayendo su atención—. Por ser mi amor, aquel que me irrita pero me hace reír al mismo tiempo, aquel que me hace feliz todos los días, o casi —hago una mueca—, mi marido,

el padre de Romeo —mi voz tiembla y Lucca apoya su frente contra la mía—, la razón de mi felicidad. Te amo, Lucca Salvatore.

—Carajo, *bambina*, podría pasar horas diciéndote todo lo que significas para mí y aún así faltarían palabras, te amo, Chiara Zampieri, *mia bambina*, te amo con todo mi ser.

—¿Quién necesita una declaración enorme y cursi cuando se tiene esto? —bromeo, y los dos sonreímos.

—¿Qué te parece si voy a avisarles a todos que Romeo llegó y convierto este cuarto en un completo caos?

—Diría que es una excelente idea, una buenísima idea.

Veo a Lucca salir del cuarto y vuelvo mi atención a mi hijo, tan pequeño, tan hermoso…

—No te asustes —susurro, acariciando su mejilla con mi dedo —, pueden ser ruidosos, extremadamente posesivos, protectores y mandones, algunos dirían hasta entrometidos, según la situación, pero no te engañes, todos allí morirían por ti, todos, sin excepción. —Rozo mis labios en su frente, deleitándome con su aroma—. Bienvenido a la *famiglia, amore mio.*

Debería detenerme aquí, pero…
Quiero regalarles un poquito más de ellos.
Miren nada más, los niños han crecido…

EPÍLOGO 3 - CHIARA



a

La Forza della Vita – Renato Russo

13 años después
Septiembre de 2038

—¿Cómo te sientes casada con un cincuentón, Giu? —Hago la pregunta de siempre, aunque ya sé cuál será la respuesta.

—¡Chiara! —*Mamma* me reprende, y en serio, no entiendo cómo todavía no se acostumbró a nuestra locura.

Es lo que somos.

A mi lado, Isa se muerde los labios para no reír mientras arreglamos las últimas cosas en la cocina.

Mamma quería organizar una gran fiesta, Matteo, claro, dijo que no, que sería algo solo nuestro, para quienes realmente importan.

—¿Entonces? —insisto, arqueando la ceja.

—Estoy tan enamorada como yo estaba cuando puse mis ojos en él, en aquella casa a punto de caerse a pedazos… —Me rio.

—Buena respuesta, *diavoletta.* —Matteo aparece de la nada, abrazando a Giu por la espalda y besando su cuello.

—Sabías que venía, admítelo —bromeo, secando mis manos en el paño de cocina—. Después me cuentas la verdad. —Le guiño un ojo y se ríe a carcajadas.

—¡Es la verdad, loca!

—Por favor, díganme que no dejaron que Chiara se acercara a esos platos que parecen deliciosos, parecen… —Lucca enfatiza, mirando con desconfianza, y sé que el maldito se está conteniendo para no reír.

—¿Puedo saber por qué no puedo acercarme a ellos, *consigliere*? —pregunto, aunque sé que no me gustará la respuesta.

Todos guardan silencio, expectantes, incluido Enzo, que se ha unido a nosotros y está apoyado en una de las columnas, solo observando la escena.

—Lo siento, *bambina*, pero hoy tengo hambre.

—¡Vaya, tú…!

Ni siquiera logro terminar de expresar mi indignación cuando la cocina explota en una carcajada sonora.

Todos, sin excepción.

—Hasta tú, *mamma*… —Estrecho la mirada hacia ella y ni siquiera intenta disimular, se ríe con ganas.

—Lo intentas, querida, eso nadie puede negarlo —dice, y Enzo casi se atraganta de la risa.

Se ahoga de tanto reír.

—En mi defensa, he mejorado mucho en estos últimos años. —Miro a Giu e Isa esperando ayuda y ellas balbucean un tímido sí, casi imposible de escuchar—. ¿Saben qué? Me voy a apuntar a uno de esos cursos de cocina en línea, solo para preparar varios platos especiales y ustedes, querida familia, serán mis conejillos de indias.

—Siempre podemos servirlos en Chiusure, tía Chi. —La voz de Alessia suena desde la cocina y solo entonces me doy cuenta de que las niñas también están allí. Las traviesas entraron sigilosamente y ni me di cuenta.

Enzo e Isa tuvieron solo a las dos, y mi hermano suele decir que valen por decenas. Completamente opuestas: Alessia más parlanchina, como su madre, y Martina, calladita, más en su mundo, pero no por eso menos… mortal. La pequeña ya acompaña al padre en el sótano de Chiusure, y me atrevo a decir que Isa dejó de quejarse, simplemente es quien es.

Lucca y yo también cerramos la fábrica con dos, Romeo y Stella, la más pequeña del grupo con casi once años.

—¡Alessia! —Isa reprende a la niña y muerdo mis labios para no reír.

—Solo decía que a Martina le encantaría usar estos venenos, ups, comida. —Guiña un ojo en mi dirección. Traviesa.

Martina no dice nada, solo pone esa sonrisita que dice "no podría estar más de acuerdo" y que adoraría probar mis recetas con algún pobre infeliz.

Diablilla.

—Eres exagerada, Alessia, la comida de *mamma* no es tan mala… —Mi pequeña sale en mi defensa, pero no sé si reír o llorar. "¿Tan mala?" Me vas a matar, Stellita—. Es que no estás acostumbrada a comer algo…

Todos guardan silencio, esperando el final de su frase.

—Delicioso —suspiro cuando me mira.

—Raro —comenta después de pensarlo un rato.

Sí, no funcionó.

Todos vuelven a reír, y esta vez hasta yo me uno a ellos.

—Gracias por el intento, *amore* —digo, tomando a Stella en mis brazos y besando su frente.

—Hoy nada de Chiusure ni de los venenos de la tía Chi. —Giulia, claro, tiene que meter un comentario—. ¡Hoy es una fiesta! —exclama y todos aplauden.

—Lo que quiere decir es que tu tío Teo se está convirtiendo en un viejito —susurra Lucca a las chicas, guiñándoles un ojo, ridículo, ya que él solo es dos años menor.

—¿Cuántos años tienes, *consigliere*? —exclama Matteo serio, aunque claramente se está divirtiendo. Cincuenta o casi, el hecho es que los tres están en perfecta forma y le ganan a muchos soldados más jóvenes, como insisten en demostrar durante los entrenamientos en el gimnasio.

—No intentes cambiar de tema.

—Hablando de cambiar de tema, ¿dónde están Pietro, Giovanni y Romeo? —pregunta Giulia, extrañando al resto del grupo.

—Están terminando de organizar el puesto de tiro —responde Enzo—. Resulta que los encontramos en una especie de competencia —advierte y por su mirada, sé que hay más.

—¿Competencia? —dice Isa por mí—. Hasta me da miedo preguntar.

—Estaban practicando tiro al blanco —aclara Matteo, y aunque sé que solo usan munición falsa y equipo de seguridad, aún así me pongo nerviosa.

¿Mamma sobreprotectora? ¡Sí, lo soy! Pero entiendo su curiosidad; a los siete años yo ya quería entrenar con mis hermanos.

—¿Quién ganó? —pregunto a Stella, pero no es ella quien responde.

—¡Nadie! —responde Romeo, llegando con Giovanni y Pietro —. Empató, pero solo porque Pietro falló el último tiro a propósito.

—Entonces Pietro falló, interesante.

Lejos de mí está la idea fomentar la rivalidad entre los pequeños traviesos, pero una cosa es segura: con solo trece años, Pietro tiene una puntería envidiable y, a pesar de cargar con el peso de ser el futuro *Don*, eso no parece molestarle. Me atrevo a decir que nació para reemplazar a su padre en el momento oportuno. Un líder nato, inteligente y extremadamente protector con la familia.

Miro hacia él y su mirada se encuentra con la mía, y cuando lanza esa sonrisa de lado, sé que Romeo tiene razón.

Falló a propósito, sin duda.

La pregunta es: ¿por qué?

—Deja de llorar, Romeo —interviene Martina, casi siempre callada.

—Solo dije la verdad. —Se encoge de hombros.

—Pietro no habría tenido que fallar si Stella no fuera tan mala con la puntería —argumenta Giovanni, y ahí el caos estalla por completo.

—¡Basta! —dice Matteo serio, con tono que no admite discusión, y todos se callan—. ¿Qué les digo siempre antes de cualquier entrenamiento?

—Somos familia, y la familia se cuida y protege —responde Pietro y todos, sin excepción, repiten.

—¡Exacto! —continúa, acercándose a Giovanni—. Entonces, si crees que tu prima es "mala con la puntería", ¿qué deberías hacer en lugar de quejarte, hijo?

—Ayudarla a mejorar —responde sin titubear.

—¡Eso mismo! —exclama Matteo, apoyando su mano en su hombro.

—Perdón, papá, perdón, Stella, no debería haber dicho que eres mala.

—Perdón aceptado y, tío Teo, sí, realmente soy mala. —Ella hace una mueca.

—Estoy lista para hablar —digo, pero veo la mirada que Lucca intercambia con mi hermano, y entonces él se arrodilla frente a nuestra hija.

—No eres mala, querida.

—Pero, papá…

—Solo necesitas entrenar más y más. Tal vez hoy no entiendas lo que voy a decir, pero en el futuro tendrá sentido —comienza, con toda su atención puesta en ella—. Hay personas que nacen con un talento, un don para hacer ciertas cosas: para algunos es cantar, tocar un instrumento, jugar al fútbol o incluso cocinar. Lo logran con más facilidad que otros; es algo casi natural.

—¿Como Pietro disparar? —pregunta y muerdo mis labios para no reír.

—¡Exacto! Lo entendiste. Pietro tiene un talento especial con las armas, pero ¿sabes qué pasa con quienes no tienen ese mismo talento?

—¿Entrenan? —Arquea la ceja.

—Exacto, pequeña, porque con práctica y entrenamiento uno adquiere habilidades.

—Habilidades —repite Stella, orgullosa.

—Ahora déjenme ver si todos entendieron: ¿qué significa esto? —pregunta Lucca.

—Que hasta la tía Chi puede cocinar algo rico si practica mucho —exclama Martina, la diablilla, para orgullo de Enzo, que explota en carcajadas, y no hay manera, todos ríen.

Todos.

—Tienes que admitirlo. Captó el mensaje —dice el hijo de puta, guiñándome un ojo.

—Prepárense que la Navidad será por mi cuenta —bromeo y se escuchan gritos sucesivos de "¡no!"

Cuando todo queda en silencio y pienso que la paz volverá, Giovanni vuelve a hablar.

—¿Es verdad, tía Chi, que salvaste al tío Luc de convertirse en sardina enlatada?

No sé qué me sorprende más: la pregunta o el término "sardina enlatada". Dios, eso es tan típico de Enzo.

—¿Quién te dijo eso? —pregunto, y señala hacia él mismo, como sospechaba.

—¿Dije alguna mentira? —Arquea la ceja.

—Es verdad —revelo, sintiendo todas las miradas curiosas sobre mí.

No es un tema que solemos llevar a la mesa, aunque crezcan, siguen siendo nuestros niños, pero viendo su curiosidad, decido continuar:

—Y ya que estamos hablando de esto, creo que les gustaría saber que no fui la única que salvó a alguien aquí —provoco.

—¿Cómo es eso?

—Tu madre salvó a tu padre cuando estaba herido, y después también me salvó a mí. Fue una ninja.

—¡Guau! ¿En serio, *mamma*? —pregunta, admirado.

—Aham —confirma Giu—. Y tu tía Isa aquí fue hasta Venezuela una vez y ayudó a tu padre y a tus tíos a acabar con un cartel.

—¡Así es! Y tu tío casi me mata del susto ese día —se queja Isa, para deleite de Enzo.

—Fue solo una puñalada, *piccolina*. Todo estaba bajo control. —Le guiña un ojo.

—¿Saben qué significa esto? —continúo, aprovechando para enseñarles algunas cosas más a nuestro grupo.

—¡Que las mujeres de esta familia son letales! —exclama Alessia y muerdo mis labios para no reír, viendo que Isa y Giulia hacen lo mismo.

—¡También! Buen argumento, muy bueno, pero no solo eso… significa que no importa si eres hombre o mujer, sino lo que estás

dispuesto a hacer para proteger a los tuyos, para proteger a la familia.

Todos asienten, captando el mensaje.

—Pietro, querido, lo que hiciste hoy fue noble. —Miro alrededor—. No hay rivalidad, solo sana competencia.

—Pero no se equivoquen —interviene Matteo—. En el mundo real, fuera de aquí, cada tiro cuenta —subraya, un mensaje claro para el heredero de la Sacra—. Ustedes son el futuro de la organización, de esta *famiglia*, cada uno de ustedes. —Apunta a cada uno—. Manténganse unidos, protejan y cuiden unos de otros. *Famiglia* para siempre.

—¡*Famiglia* para siempre! —gritan todos en la cocina.

—La conversación está buena, pero —empieza Lucca y ya sé lo que viene—. Realmente me muero de hambre.

—Y como no fue Chiara quien cocinó… —continúa Enzo.

—¿Qué esperan? —grita Matteo—. La fiesta empieza aquí. —Y todo el caos explota en la cocina: gritos de emoción, bromas, aplausos y muchas, muchas risas.

El sonido de una casa feliz y unida.

La mayor riqueza que existe: la familia.

FIN o ¿será un hasta luego?

"***Familia es donde la vida comienza, y el amor nunca termina". Autor desconocido.***



¡Eso es todo!

Otro libro más…

El libro 3 de los Zampieri.

Juro que todavía no puedo creer que estoy cerrando la trilogía.

¡Qué emoción!

Dios, estoy tan agradecida con ellos, esos mafiosos que cambiaron todo por aquí.

Que me enseñaron que puedo escribir sobre cualquier tema que decida aventurarme.

Que está bien tener miedo. ¡Sigue adelante aunque tengas miedo!

Gracias a cada uno de ustedes que no soltó mi mano en esta aventura.

Que dijeron: *"Oh, lo escribió Ceci, lo leeré...* "

Gracias por darme una oportunidad a mí, a Matteo, a Vincenzo y a Chiara.

Espero que hayan disfrutado la historia de la princesita de la mafia y del consigliere bromista, que en el fondo nunca se sintió digno, y que descubrió que era amado, querido, que era FAMIGLIA.

Solo de recordarlos se me llenan los ojos de lágrimas.

Hermosos y valiosos.

Como siempre, hay mucho que agradecer.

Gracias, Dios mío, por iluminar mi camino, por permitirme tocar la vida de otras personas a través de mis libros, de mis historias.

Gracias a mi esposo por apoyarme, SIEMPRE, incluso cuando no quiere hablar de técnicas de tortura. 🤣

Gracias a mis betas: ***Jully y Luana...*** que, como siempre, se entregaron, en medio del caos y la rutina diaria, para leer algo crudo y sin revisión. Gracias.

Gracias, Bah, mi correctora, siempre increíble, dejando el texto aún mejor.

Gracias a mi asesora ***Ariel @leiturasdaariel***, la "dueña del látigo", la que me dice que me concentre y deje de charlar en el grupo de WhatsApp, la que pregunta si ya cumplí mi meta diaria de palabras, pero que también me dice "Ve a descansar", "Por hoy basta", "Tú puedes", la que me motiva y anima, y que siempre está ahí para mí. Gracias, Ariel. Otro libro más para la cuenta, y seguimos, que si todo sale bien, habrá uno más antes de nuestras merecidas vacaciones. ¡Te amo!

Gracias a ***Jully @leiturasdajully***, por ayudarme a dejar el feed digno de esta pareja hermosa y, de paso, por aceptar ser la lectora beta del libro. ¡Muchísimas gracias!

Mis maravillosas compañeras que aceptaron este desafío conmigo. Gracias por inscribirse y ayudarme a difundir la historia de ellos. ¡Ustedes viven en mi corazón!

Gracias a mis *Ceciletes*, espero que hayan disfrutado esta nueva aventura en el Ceciverso. Esta vez fui más ligera, sin tantas lágrimas, sin tortura, pero me gusta pensar que quedó un corazón calentito… y otras partes también. ¡Guau, qué pareja de conejitos! Casi no pude terminar el libro. ?? Espero que la espera haya valido la pena y que la princesita de la mafia y su consigliere hayan conquistado sus corazones también. Gracias por el apoyo diario… ¡Los amo!

Gracias a ***mis lectores.*** Realmente espero que hayan disfrutado esta historia, y si no fue así, no pasa nada, tal vez la

próxima los conquiste. Solo no me abandonen. Gracias por todo el cariño hacia mí y mis libros. Ustedes me motivan a traer más y más historias.

Gracias a TI, que estás leyendo. Sí, ¡a ti! Espero que hayas disfrutado su historia y que tengas curiosidad por lo que viene…

Recuerden que me encanta recibir mensajes por DM, no se queden con ganas, vamos, charlen conmigo.

Si este es tu primer contacto con mis libros, debes saber que hay otros héroes encantadores por conocer: Bomberos, Militares Protectores, CEOs, Cowboys, Jugadores de fútbol americano… mira las próximas páginas y elige tu próxima lectura.

¡Los amo!

PD: deja tu evaluación y un mensaje, es importante para mi evolución y para que la historia llegue a más lectores.

Un gran beso y hasta la próxima.

Cecilia Turner.

SOBRE LA AUTORA

Cecília Turner es el seudónimo de una abogada paulista.

Lectora voraz desde la adolescencia, solía ir a la casa de sus tías a buscar libros y más libros para devorar después de hacer la tarea.

Hoy, casada y con dos hijas, continúa devorando libro tras libro.

El deseo de escribir surgió hace algunos años.

Después de cuatro años conciliando su carrera, la crianza de sus hijas, su esposo, el posgrado y las innumerables series que adora ver, finalizó su primer libro, *Viciada por Ti*, en 2021, y desde entonces no ha parado.

Le gusta crear historias que calienten el corazón y garanticen buenas risas.



Instagram: **@ceciliaturner_author**

Facebook: **@CeciliaTurner.autora**
https://www.facebook.com/CeciliaTurner.autora

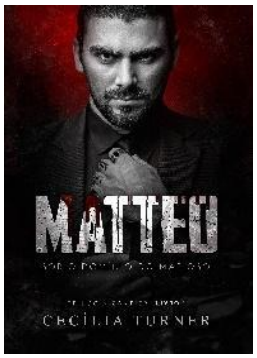
TikTok: **autor_ceciliaturner**
https://www.tiktok.com/@autora_ceciliaturner?lang=pt-BR

Twitter:
https://twitter.com/Ceci_Turner

Sitio web: **www.ceciliaturner.com.br**

AUTORA
Cecilia Turner

OTRAS OBRAS



"Sus enemigos no tendrán piedad de ustedes ni de sus mujeres, de sus hijos. Tienen que ser fuertes, protegerse a sí mismos y a la familia. Cuidar unos de otros". Giuseppe Zampieri.

Matteo Zampieri es el *Don* de la Sacra Siena Organizzata, la mafia más poderosa del centro de Italia; ellos dominan la Toscana, tienen aliados poderosos y enemigos más que dispuestos a sacarlos del camino.

Es un hombre inteligente, metódico e implacable, criado para ser el líder de la organización. Aprendió desde pequeño que el enemigo siempre acecha y que no hay margen para la debilidad.

Desde que asumió el cargo de su padre, ha estado bajo presión para casarse y tener un heredero, además de tener que lidiar con algunos jefes que creen que sus planes de diversificar su negocio son un error.

Puede manejar esto último, pero cuando se trata de lo primero, sabe que sus días de soltero han terminado.

Todo tiene un precio.

Una reunión de negocios, una emboscada, lo pondrá cara a cara con una brasileña que habla media docena de palabras en italiano.

Ella lo salvó.

Ella simplemente no contaba con que esto la pondría directamente bajo su control.

Giulia Tomazini ha perdido a todos sus seres queridos en los últimos años.

A excepción de su mejor amiga, ella está sola.

Decide seguir con sus orígenes italianos y, como beneficio adicional, obtener su ciudadanía.

Era un viejo sueño de ella y de su madre.

Uno que fue interrumpido.

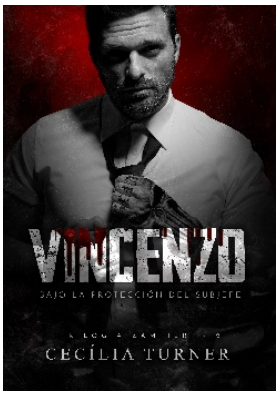
No más…

Parte hacia Italia con dos objetivos: convertirse en italiana y descubrir más sobre su familia.

Ella no fue criada en la mafia.

Todo lo que sabes es lo que has leído en novelas románticas o películas de acción, pero eso está a punto de cambiar.

Dos desconocidos.
Caminos que se cruzan.
Ella lo salvó.
Él la cuidará, la protegerá, incluso contra su voluntad.
Ella es familia.
Y honra a la familia.



"La inteligencia es el único arma que siempre estará contigo. Afínala". Giuseppe Zampieri.

Vincenzo Zampieri es el subjefe de la Sacra Siena Organizzata, la mafia más poderosa de la región central de Italia. Es observador, experto en informática y especialista en tortura. A los diez años mató a su primer hombre y no sintió absolutamente nada, salvo el placer de ver cómo los ojos de aquel hijo de puta se volvían opacos, sin vida. Odia tanto a las mentiras como a los traidores; por eso se dedica a aprender nuevas formas de obtener respuestas. Vive para la *famiglia* y su único objetivo es honrarla. Si hay algo que ya aprendió, es que el dolor trae la verdad.

Isabella Venturini es analista de sistemas en horario de oficina y, por las noches, una hacker de sombrero blanco. A los dieciséis años perdió a todos los que amaba… todos, excepto a su mejor amiga, Giulia Zampieri, la hermana que la vida le regaló. Podría haberse ahogado en el luto y la tristeza, pero eligió concentrarse en los estudios y en el trabajo, intentando ser feliz a su manera. Ella era lo que sus padres habrían querido.

La realidad no podría ser más distinta. Día tras día, vive para trabajar y mantener a su madrina y a sus dos primos.

Un viaje a Italia…

Una mirada compartida con Vincenzo Zampieri lo cambiaría TODO.

Por primera vez en años, se sintió viva, en casa… feliz. Pero todo lo bueno termina. De regreso en Brasil, lo único que desea es olvidarlo, volver a su rutina y seguir adelante. Sin embargo, cuando el peligro acecha… el subjefe de la Sacra no dudará en ponerla bajo su protección, para bien o para mal.

Él es inteligente.
Ella también.
Él ama matar.
Ella no lastimaría ni a una mosca.
Él es conocido por sus enemigos como el mismísimo Diablo.
Ella está lista para arder en el infierno con él.



ROMANCE UNIVERSITARIO + QUARTERBACK POPULAR + NOVATA HIJA DEL ENTRENADOR + CHICO DE ORO + ÉL LA AYUDA A SUPERAR EL DUELO + PRIMERAS VECES

Megan Adams tiene 19 años y acaba de ver cómo su vida da un vuelco.

Ha perdido a una de las personas más importantes de su vida: su madre.

El tan soñado ingreso a la universidad ya no le parece interesante.

Nada lo es... no sin ella.

Decidida a superar el duelo y empezar de nuevo, sigue a su padre a un pequeño pueblo de Kentucky.

Es tu nuevo comienzo.

El plan: quedarse allí hasta que termine el semestre de primavera...

Haces una lista de objetivos para los próximos meses: sacar buenas notas, hacer amigos, conocer lugares nuevos y, por supuesto, no enamorarte.

¿Quién necesita confusiones y dolores de cabeza cuando tienes una fecha y una hora para marcharte?

Tu estancia en Georgetown tiene fecha de caducidad, o eso creías, hasta que conociste a un jugador de fútbol americano.

.

Josh Miller tiene 21 años, es inteligente, divertido y tremendamente atractivo... No en vano es uno de los cuatro Guerreros Calientes, los jugadores más cotizados y deseados de la Universidad de Georgetown.

Él es todo lo que tú quieres evitar..., pero cuanto más intentas resistirte, más te ves atrapada por los encantos del veterano.

Solo quieres pasar cada día, esperando que el dolor disminuya.

Él tiene sueños y ambiciones y está centrado en convertirse en jugador profesional.

Ninguno de los dos quiere una relación...

Pero a veces las cosas suceden cuando menos te lo esperas.

¿Conseguirán cumplir sus objetivos?

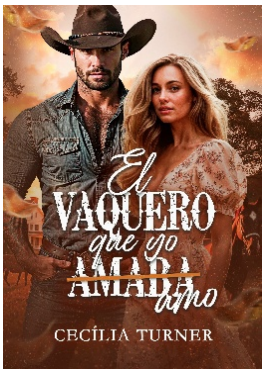
Hasta que termine el semestre, ¿será suficiente para el sentimiento que crece cada día entre ellos?

.

Ella está tratando de encontrarse a sí misma...

Él no quiere una relación ni nada que interfiera en su rendimiento dentro del campo.

No sabían que se necesitaban tanto el uno al otro hasta que se conocieron.



NUEVO ADULTO + De amigos a amantes + Haras

Ana Clara Telles tiene 19 años y acaba de terminar la secundaria.

Su padre quiere que estudie derecho, pero ella odia la idea con todas sus fuerzas.

Negocia seis meses de descanso...

Destino: la granja de su abuelo, un haras en el interior de São Paulo.

Siempre ha sido su lugar favorito.

Fue allí donde conoció a su mejor amigo... Joaquim.

En realidad, su EX MEJOR AMIGO...

Él dijo «amigos para siempre», ¡pero mintió!

.

Joaquim Alberto Lopes Saraiva tiene 23 años.

No tuvo una infancia fácil.

Su vida dio un vuelco de la noche a la mañana.

Encontró en la granja un nuevo hogar, una nueva familia y a su mejor amiga...

Al menos eso creía, pero ella se marchó y él se quedó SOLO, otra vez.

.

Después de seis años, ella va a volver al lugar del que nunca quiso marcharse.

Va en busca de respuestas, de encontrar su camino.

Ya no es una niña...

Pero mentiría si dijera que tu corazón no se acelera solo con la idea de volver a verte.

¿Puede una amistad permanecer después de una larga distancia?

Su corazón de niña siempre fue de él, pero eso es pasado o debería serlo...

Se trata de la amistad...

Se trata del reencuentro...

Se trata de descubrimientos y elecciones.

Se trata de no estar más solo.

Se trata del AMOR...
